
Embarazada y Rechazada
POR EL
Juez Viudo
YULE TRAVALON

Embarazada y Rechazada por el Juez Viudo

Copyright © YULE TRAVALON

Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener a las personas. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con nombres, fechas o eventos reales es pura coincidencia.

Se prohíbe el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

Índice

ÍNDICE
SINOPSIS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
EPÍLOGO

Sinopsis

OLIVIA MÁRQUEZ

Jamás imaginé que una bendición como un embarazo se convertiría en una carga más en mi vida. Cuando me involucré con Daniel, aunque sabía que un romance con el jefe no era el tipo de relación ideal, nunca pensé que me sentiría tan devastada.

La forma en que me trató y las humillaciones a las que me sometió jamás serán olvidadas, porque están grabadas en mi corazón. Suponer que soy una oportunista detrás de su fortuna y creer que usaría a nuestro bebé, la mayor bendición de mi vida, como moneda de cambio fue demasiado bajo.

Voy a hacerle sentir en cada célula de su cuerpo el peso del arrepentimiento, porque cuando me desee —y lo hará—, lo despreciaré con aún más intensidad de la que él tuvo conmigo. Daniel va a pagar.

"No soporto las medias tintas. Por eso, no me entrego a medias. No soy tu media amiga ni tu casi amor. O soy todo o no soy nada."[1]

— Clarice Lispector.

Capítulo 1

Olivia

—¿Por qué los cohetes tienen forma de pene? —escucho preguntar a mi mejor amiga.

Parpadeo rápidamente y giro la cabeza en su dirección, solo para ver a Kalinca cubrirse la boca con la mano y reír, lanzándome una mirada acusadora.

Vuelvo a fijar la vista en los edificios iluminados que van quedando atrás a través de la ventana del metro y niego con la cabeza.

—Perdona, tía. Te he llamado cuatro veces, pero parece que no has escuchado ninguna, así que he tenido que recurrir a esto —dice la morena de flequillo y melena larga, observando su propio reflejo cuando el tren entra en un túnel.

Y yo observo el mío: el pelo recogido en una coleta, las gafas de montura gruesa, abrazada a mi mochila y con cara de estar

agotada.

La verdad es que estoy muerta.

Gracias a los horarios flexibles del sexto semestre de Psicología, consigo compaginar mi trabajo en la guardería con las clases en la universidad, lo que significa que paso todo el día fuera de casa y, para colmo, pierdo una hora en un vagón abarrotado, como una sardina enlatada.

—Ha sido un día duro —suspiro—. Y estoy ansiosa, porque mi madre me ha dicho que hoy recibió la resolución del tribunal, pero no me ha contado nada más.

Kalinca frunce los labios y me mira con atención.

—Ya ha pasado un año… —Me acaricia el hombro.

—Sí… y ella sigue sin recuperarse. Espero que la decisión judicial la tranquilice —murmuro.

—Ya… Pero, oye, ¿por qué tu madre no fue directamente al banco a financiar la casa? —refunfuña—. En vez de eso, cayó en la estafa del "sorteo", perdió todo el dinero que había ahorrado en su vida y encima la obligaban a pagar cuotas absurdas cada mes…

Da pena admitir que tiene razón, porque la situación es un auténtico disparate.

La desesperación y las ganas de salir del sitio donde vivimos pesaron más. Cuando vio una oportunidad de cumplir su sueño de tener casa propia, se lanzó de cabeza.

Desafortunadamente, cayó en una trampa y lleva un año sufriendo por ello.

—Solo sé que todo esto se acaba hoy —me encojo de hombros —. Incluso le pedí que hablara con su jefe, que es juez, pero me dijo que no podía molestarle con un asunto así —pongo los ojos en blanco.

—Si yo fuera tu madre, habría dejado de pagar esas cuotas ridículas. ¿Un año esperando ese sorteo y nada? —Se agarra con fuerza a la barra de sujeción y, con una mano en la cadera, deja claro su enfado.

—Es que le prometieron que, en un máximo de tres meses, la seleccionarían y ya estaría viviendo en su casa nueva —le explico.

—Prometer es fácil, hasta un loro lo hace, Olivia.

—Lo sé. Se lo advertí… Mi padre también le pidió que no lo hiciera, pero tenía miedo de que él cogiera todo el dinero y lo gastara en alcohol —cierro los ojos con fuerza, conteniendo las ganas de llorar.

Estamos viviendo una situación horrible e insostenible, y sé que mi madre está al límite.

Le he pedido que vaya a terapia, pero se niega. Dice que hablar no ayuda, que solo quiere un rincón de paz donde vivir y estar lejos de las malas influencias que llevan a mi padre a beber todos los días.

—Tu padre también… —Kalinca suelta un hondo suspiro—. Es jodido, ¿sabes? Debe de ser por eso que los cohetes tienen forma de pene…

Vuelve al tema inicial.

Y yo no tengo ni idea de qué tiene que ver eso con nuestra conversación.

—¿Por qué los cohetes tienen forma de pene, Kalinca? —pregunto, temiendo la respuesta.

—Porque los hombres quieren largarse de este planeta para joder el resto del sistema solar —se echa el pelo hacia atrás y señala la puerta de salida—. Hora de bajar.

Salgo del vagón abrazada a mi mochila, empujada tanto por los que intentan salir como por los que intentan entrar.

Tras esta ardua batalla, me detengo y observo a mi amiga avanzar, repartiendo codazos y patadas a quien se cruce en su camino.

—¡Fuera de mi camino, que hoy no estoy para hostias! —advierte.

Y quien tiene dos dedos de frente, corre lejos de ella.

*

Tardo veinte minutos en llegar a casa, pero logro distraerme con las locuras de mi amiga.

—Mándale un beso a tu madre y avísame en cuanto sepas el resultado de la decisión judicial —me dice, haciéndome un gesto con la mano antes de seguir calle arriba.

—¡Seguro! Te mando un mensaje más tarde.

Saco las llaves del bolsillo y abro el portón alto de rejas que da acceso a un callejón con cinco casas. La última es la mía.

Nada más entrar, veo que una luz viene de la cocina.

—¡Mamá! ¡Ya estoy en casa! —aviso, cerrando la puerta con llave. Dejo la mochila a un lado y empiezo a buscarla.

No vivimos en un sitio grande. Nuestra casa tiene un salón, una cocina, dos habitaciones, un baño y un pequeño patio trasero donde está el butano y nuestro minihuerto.

—¿Mamá? —Recorro cada rincón, empezando por la cocina, que tiene la luz encendida, pero está vacía.

Paso por los dormitorios y el baño, vuelvo a la cocina y entonces noto algo: la puerta del patio trasero está entreabierta, aunque la luz está apagada.

Avanzo con cautela hasta abrirla del todo y entonces la veo.

Mi madre está inconsciente en el suelo, varios papeles esparcidos a su lado derecho y el móvil apoyado sobre su pecho.

—¡Mamá! ¡Por el amor de Dios, qué ha pasado? —La sujeto por los hombros e intento moverla suavemente para que despierte,

pero no responde. Ni a mi tacto, ni a mis llamados.

—¡Mamá, por favor! ¡Mírame! —le suplico.

Nada.

Su cuerpo está frío, rígido, pero aún logro sentir sus latidos, aunque débiles.

Cojo su móvil y veo su última llamada: 112, emergencias médicas. Pero al parecer, no consiguió completarla.

Rehago la llamada.

Siento que el corazón se me sube hasta la garganta. La presión en mis venas es tan intensa que mi visión se nubla y la cabeza me pesa.

—Hola —digo en cuanto responden—. Es una emergencia. Mi madre está desmayada en el suelo. ¡Por favor, necesitamos ayuda, rápido! —hablo con la voz entrecortada, sin aliento.

Capítulo 2

Daniel

Hace seis años perdí al amor de mi vida.

Después de dictar una sentencia que desarticuló una banda dentro del Ministerio Público que desviaba fondos y lavaba dinero, la represalia no tardó en llegar: tendieron una emboscada contra mi esposa, que estaba embarazada de siete meses, y dispararon contra nuestro coche.

Mariana fue trasladada de urgencia al Hospital Albert Einstein, pero no resistió y falleció. Los médicos dicen que sus últimas palabras fueron: "Daniel, por favor, cuida de nuestra niña".

Nunca me perdoné por lo que pasó.

Ni siquiera pude tomar su mano una última vez para decirle que todo estaría bien, porque cuando salí corriendo del tribunal, mi esposa ya había muerto y nuestra hija, prematura, estaba en una incubadora, aislada, en estado crítico.

Todos los días, cuando me miro en el espejo del vestidor y me pongo el traje, recuerdo contra qué estoy luchando.

Los idiotas pensaron que me atemorizarían, pero la verdad es que me volví aún más rígido, frío e implacable contra el crimen. Sin miedo a represalias.

Bajo las escaleras justo a tiempo para ver a Beatriz, mi hija de cinco años, con su uniforme y su mochila, lista para ir al colegio. Rosario, el ama de llaves, es quien la acompaña hasta el coche blindado.

—¡Chao, papá! —me saluda con entusiasmo.

Hago un leve gesto con la cabeza a modo de despedida y echo un vistazo al salón.

—Dijiste que tenías algo urgente que contarme, Rosario —le pregunto cuando la mujer regresa.

Ella se alisa el blazer azul marino y baja la mirada al encontrarse con la mía. Se acerca rápidamente hasta quedar frente a mí, junta las manos frente a su cuerpo y empieza a balancearse, inquieta.

—¿Por qué estás nerviosa? —Me aclaro la garganta y miro por la gran ventana que da al jardín exterior, viendo a Bia saludando desde el coche mientras se marcha al colegio.

—Señor… —dice, y se traga las palabras—. Ay, Dios mío, ¿cómo se lo digo? —Aprieta los dedos con nerviosismo.

—Dilo de una vez, mujer —gruño en voz baja.

—Es sobre María del Carmen… —Cierra los ojos y sacude la cabeza en señal de negación.

Me canso de esperar la noticia y decido comprobarlo por mí mismo.

Camino hasta la cocina y, al llegar, no encuentro a la empleada. Todo está fuera de lugar y sucio.

Lanzo una mirada que hace que Rosario aparte el rostro, como un perro atrapado en falta que finge no tener nada que ver con la situación.

—Puedes despedirla. Esto no está a la altura de los estándares que exige esta casa —le digo con seriedad, dándome la vuelta, porque tengo un día largo en el tribunal.

—Señor… —Rosario habla con desesperación—. Es la mejor que hemos tenido aquí. Vino recomendada por la familia Dourado antes de que se mudaran a Florida hace dos años. Siempre ha sido puntual, impecable y cariñosa con Bia…

—Despídela —repito en voz alta y clara, para que no haya dudas.

—Es que… —Rosario se aclara la garganta.

Me giro sutilmente para mirarla por encima del hombro.

No quiero escuchar historias. Quiero que el trabajo se haga a la perfección.

—Sufrió un infarto. Su hija llamó para avisar —dice—. Está en el hospital, despertó esta mañana, pero necesita permanecer en reposo. Tal vez pueda volver en una o dos semanas…

—¿Y qué se supone que haga mientras tanto? —Señalo el caos en la cocina—. ¿Dejar que todo se acumule hasta quedar sepultados en el desorden? —Desapruebo la idea solo de imaginarlo.

Rosario sabe que soy controlador, exigente y que me gusta que todo funcione a la perfección. Si en dos días esto ya está así, en dos semanas este lugar será inhabitable.

—La familia necesita el sueldo, patrón. María del Carmen es el único sustento de su casa —explica—. Su hija hace prácticas en una guardería, es psicóloga. Usted sabe cuánto gana un becario… —Hace un puchero.

Lo sé. Y, aparentemente, nada de eso es mi problema.

Frunzo el ceño y cruzo los brazos. Golpeo con el dedo índice el reloj Cartier en mi muñeca, dejando claro que no tengo tiempo para tonterías.

—Su hija se ofreció a ocupar el puesto de su madre hasta que ella vuelva. Serán dos semanas como máximo, le prometo que ni siquiera notará su presencia —la mujer casi suplica—. Nos necesitan, patrón.

Respiro hondo y paso los dedos por los muchos cabellos blancos que la vida me ha dado, ya sea por la edad, el estrés o simplemente como prueba de que me estoy volviendo viejo, solitario y amargado.

—La chica está dispuesta a preparar todas las comidas y también a cuidar de Bia por las tardes, cuando regresa del colegio —explica—. Solo no puede los miércoles y los viernes porque tiene clases en el Instituto de Psicología de la USP.

—¿Chica? —gruño—. No quiero a una cría aquí.

—Es un decir. Es una mujer, tiene veintidós años, es responsable y está dispuesta a mantener el empleo de su madre. Déjeme encargarme de esto, confíe en mí.

Rosario fue elegida por Mariana hace quince años, cuando compré esta mansión. Dijo que necesitaba a alguien que la ayudara a administrar la casa y, desde que el ama de llaves puso un pie aquí, nunca hemos tenido problemas. Sabe cómo mantener todo en orden, justo como me gusta.

No entiendo su apego emocional con la empleada, pero ese no es mi problema.

—Solo quiero que las cosas funcionen a la perfección. Si cree que una chica es capaz de eso… —Alzo las cejas en señal de que Rosario ha ganado esta batalla.

—Perfecto. Gracias, patrón, no sabe cuánta paz le dará a una familia que ya está tan desesperada… —Me acompaña hasta la salida, batiendo las manos en silencio y conteniendo su alegría cuando me giro para mirarla.

—Quiero entrevistar a esa mujer para asegurarme de que es adecuada —digo con seriedad.

—Por supuesto, me encargaré de eso —responde Rosario.

Capítulo 3

Olivia

Según el médico, fue un milagro que encontrara a mi madre pocos minutos antes de que le diera el infarto. Si el tiempo de espera hubiera sido mayor, las secuelas habrían sido mucho más graves.

Agradecí a Dios por esta bendición y, cuando terminé mi oración, con los codos apoyados sobre la cama del hospital, recibí un mensaje en su móvil.

Ama de llaves Rosario:

El patrón ha aceptado la propuesta de que tu hija venga a trabajar aquí, pero con una condición: debe pasar una entrevista.

Exige que se presente mañana antes de las 8 a. m.

María del Carmen:

Hola, Rosario. Soy yo, Olivia.

Mi madre aún no está en condiciones de responder. Dígale a su jefe que estaré allí mañana antes de la hora indicada.

¿Podría enviarme la dirección?

Ama de llaves Rosario:

Sí, querida.

Aquí tienes la ubicación.

¿Cómo está tu madre?

María del Carmen:

Bien, gracias a Dios.

El médico dijo que, si sigue así, en tres días podrá recibir el alta y los demás cuidados los haremos en casa.

Ama de llaves Rosario:

¡Me alegra saberlo!

Si necesitas algo, por favor, avísame.

Dada la situación de mi madre, me encontré con el siguiente problema: tendría que renunciar a mis prácticas en la guardería pública y, con ello, mi currículum quedaría manchado. Sin mencionar que mi tutora me mataría, ya que fue ella quien consiguió esa oportunidad para mí.

El problema es que en la guardería me pagan la mitad de un salario mínimo.
Y el empleo de mi madre, que sostiene la casa, paga cuatro, con vale de transporte, alimentación y un buen seguro médico, que de hecho estamos utilizando en este momento.

Perder esta oportunidad sería demasiado problemático.

Mi madre siempre pensó en mí primero. Ha llegado el momento de devolvérselo y asumir sus responsabilidades, al menos hasta que esté en condiciones de volver al trabajo.

*

A la mañana siguiente, Kalinca llegó temprano para hacerle compañía a mi madre. Renunció a un día de trabajo para ayudarme, mientras yo corría para dar una buena primera impresión y asegurar el empleo y los beneficios que mi madre tenía.

—¿Y cómo lo vas a hacer, loca? ¿Vas a mandar la universidad a la mierda? —bosteza y se sienta en la butaca junto a la cama, tomando la mano de mi madre y acariciándola.

—Intentaré negociar, por supuesto. No quiero retrasarme, solo me falta un año para graduarme, no puedo perder tiempo… —suspiro—. Pero si es complicado… tendré que congelar la matrícula.

—Joder, Olivia, no quería que siguieras mi camino —hace un puchero.

Kalinca también entró en la USP, pero en Química, el mismo año que yo. Siempre fuimos uña y carne desde el colegio, estudiamos juntas para el ENEM y arrasamos, porque logramos ingresar a una de las universidades más disputadas de toda América Latina.

Pero su familia pasó por una crisis financiera y ella dejó la carrera para fabricar productos de limpieza —no aprobados por la ANVISA, la Agencia Nacional de Vigilancia Sanitaria, entidad

brasileña responsable de la regulación de medicamentos, alimentos y otros productos de consumo— y venderlos por ahí.

Hace los desinfectantes más perfumados, los jabones más cremosos y los suavizantes que dejan la ropa con olor a bebé, todo a un precio accesible y con una calidad impecable. Tanto así, que puso a toda su familia a trabajar en ello y, desde entonces, lograron construir el techo de la casa, compraron muebles nuevos y ahora está lista para comprarse un coche.

—Me gustaría seguir tu camino… te ha ido bien, amiga —miro su barriga, que está un poco abultada—. ¿Y eso? —señalo.

—Panza de embarazada falsa —se sube la camiseta y saca el relleno—. Ah, Olivia, son las cinco y media de la mañana. ¿Tú crees que voy a viajar de pie? ¡Por favor!

—Si te descubren con esa farsa… —entorno los ojos.

—Pero si estoy embarazada, hija —dice con un tono tan serio que se me pone la piel de gallina—. Es un embarazo psicológico de Henry Cavill, pero sigue siendo un embarazo.

Contengo la risa para no despertar a mi madre.

Kalinca me extiende la barriga falsa.

—¿Quieres? Al fin y al cabo, tienes que tomar un autobús directo al barrio Jardins, al menos ve sentada.

Solo de ver el objeto me dan escalofríos. ¿Embarazo? Solo cuando ya esté graduada, con un empleo estable y con la capacidad de darle una vida de calidad a mi bebé.

Sin mencionar que el padre tiene que ser responsable, cariñoso y un buen ejemplo. O sea, estoy buscando una especie extinta.

—No, gracias —miro la hora en la pantalla del móvil y me apresuro—. ¡Tengo que irme! ¡No puedo llegar tarde!

—¿Te has lavado las axilas? —cruza los brazos—. ¿Te has puesto perfume? ¿Dónde está un labial bonito para resaltar esa bocota?

—Ah, no tengo tiempo para eso —digo y camino hacia la puerta.

Kalinca viene detrás de mí, me agarra del brazo y me pasa un labial nude en los labios. Mientras intento caminar por el pasillo, ella prepara la máscara de pestañas y, cuando entro en el ascensor, el único momento en el que puedo quedarme quieta, me riza las pestañas, haciendo que mis ojos marrones resalten mucho más.

—Gracias —la abrazo.

—¡No parpadees! ¡No parpadees! —me amenaza con el cepillo del rímel—. De nada, sé que harías lo mismo por mí. ¿Estás desesperada?

— Sí.

—Pero estás guapa. Y eso es lo que importa. Nadie más ve lo que tenemos dentro, así que lo importante es el escote al frente, la postura firme y el rostro impecable —me muestra en el espejo.

Ni parece que llevo dos noches sin dormir.

Kalinca me extiende un corrector que saca de su bolso, pero lo rechazo de inmediato.

—¿Cuántas cosas caben ahí? —espío.

—Hija mía, este es el bolso de Hermione, cabe todo lo necesario —se pone un poco de corrector en la punta del dedo y luego lo difumina suavemente debajo de mis ojos.

—Tengo que irme, Ka —le doy un abrazo rápido.

—¡Espera! ¡La base! ¡El rubor! ¡El relleno del sujetador! —grita en el pasillo del hospital, agitándome la mano.

Y yo me apresuro a salir del lugar, porque no puedo llegar tarde.

—¡Voy a una entrevista de trabajo en una casa de familia, no a un casting de modelo! —le grito de vuelta, mientras salto dentro del autobús que está a punto de partir.

Amo mi relación con Kalinca, ella es la hermana que la vida me dio y, desde que éramos niñas, nos cuidamos como una familia.

*

Bajo del autobús y camino a paso rápido durante cinco minutos hasta llegar a la mansión del misterioso jefe de mi madre. Ella nunca mencionó nada sobre él, después de todo, firmó un acuerdo de confidencialidad para no revelar ningún detalle sobre la familia para la que trabajaba, así que me siento tensa y ansiosa.

—Es aquí. —Observo el número 1030.

Estoy frente a una casa con muros altos cubiertos de un seto verde, muy bien recortado, aunque con ramas secas y flores marchitas y grisáceas.

El portón principal es negro, reforzado, tres veces más alto que yo —lo que tampoco dice mucho, porque mido 1,55— y lo suficientemente ancho como para que dos coches pasen al mismo tiempo con facilidad.

Toco el interfono y, en cuestión de segundos, me responden.

—¿Sí? —pregunta una voz femenina.

—Hola, soy la hija de María del Carmen. Me llamo Olivia, vine para la entrevista… —explico.

—Oh, sí, por favor, entra —dice.

Escucho el sonido del portón abriéndose y me acerco.

Intento no preocuparme demasiado por mi apariencia, pero enciendo la cámara del móvil para comprobar cómo me veo. Me apruebo casi instintivamente, ya que estoy sencilla pero bien presentada: unos vaqueros que realzan mi silueta, una camisa blanca debajo del blazer azul marino y unas zapatillas All Star bastante desgastadas.

—Mejor recogérmelo. —Murmuro al darme cuenta de que el pelo suelto podría parecer demasiado informal.

Tan pronto como entro, me encuentro con una casa de ensueño: rodeada de árboles, un césped vibrante y lo que parece haber sido un jardín. Es una casa de tres pisos donde el tono beige de la pintura y el techo marrón le dan un aire de resort, un lugar de paz y tranquilidad.

Lleno los pulmones de aire y percibo un aroma fresco, dulce, como el de la naturaleza después de la lluvia.

—¿Olivia? —Una mujer de cabello blanco recogido en un moño clásico, ropa formal y un aroma a jabón de bebé me estrecha la mano—. Me llamo Rosario y soy el ama de llaves. Por favor, sígueme, el patrón está a punto de salir.

Miro el reloj y noto que son las 7:20. Estoy cuarenta minutos adelantada. Levanto una ceja en señal de pregunta y Rosario responde de inmediato:

—Es un adicto al trabajo, no puede estar alejado de su oficina por mucho tiempo. —Niega con la cabeza, pero hay una leve sonrisa en sus labios.

Antes de entrar, veo a una niña de cabello castaño, ojos color miel y piel blanca dentro de un coche negro, acompañada de dos guardias de seguridad con cara de pocos amigos.

—Por aquí. —La mujer señala un ascensor.

Parpadeo varias veces hasta asimilar que esta casa tiene un ascensor.

—Último piso. —Presiona el botón—. Al final del pasillo, la puerta de la izquierda. Buena suerte. —Y se aleja mientras la puerta se cierra.

Siento un pinchazo en el pecho y mis manos comienzan a sudar. Me las seco en los vaqueros y sujeto mi mochila como si pudiera defenderme con ella.

Después de todo, ¿quién es este hombre tan importante para quien mi madre trabajaba y del que nunca me dijo nada?

Cuando la puerta del ascensor se abre en el último piso, dejo escapar un gemido de tensión.

Recorro el pasillo contando los pasos hasta llegar a la puerta indicada.

—¡Entra! —resuena una voz imperativa, ronca y firme.

Los vellos de mis brazos se erizan y un escalofrío recorre mi nuca.

Agarro el pomo de la puerta y empujo, encontrándome con una oficina con dos paredes llenas de grandes libros de tapa dura.

Médico o abogado, esa es mi apuesta.

—¿Señor? —lo llamo, porque no lo veo.

—En la puerta de la derecha —avisa, y observo la entrada junto a un reloj de pie.

Al entrar, me encuentro de frente con lo que parece ser el almacén de una lujosa tienda de camisas, zapatos de vestir, trajes y corbatas. También hay una colección de relojes, anillos y pulseras en una isla central.

Lo que realmente capta mi atención, sin embargo, es un hombre enorme.

De al menos 1,90 de estatura, con hombros anchos y una espalda marcada por músculos. El pantalón de vestir de rayas muestra un volumen generoso en su trasero y sus pies descalzos pisan la alfombra negra.

Se gira hacia mí y trato de apartar la mirada, porque el volumen que llama la atención en la parte trasera parece bastante proporcional en la delantera.

Pasa el cinturón alrededor del pantalón y camina hacia su interminable colección de camisas de vestir. Toma una blanca y cubre su cuerpo.

Siento que la presión de mi sangre empieza a bajar, pero mis piernas siguen temblando.

—¿Y bien? —dice, sin mirarme—. ¿No vas a decir nada?

¿Qué podría decir? ¿Bendito sea Dios? ¿Dios tiene a sus favoritos? ¿Freud explica por qué los penes son más grandes que los cohetes?

Quiero decir… digo…

—Buenos días, señor, me llamo Olivia y estoy aquí para la entrevista —digo, tratando de no tartamudear.

Mi voz parece llamar su atención.

Y, por primera vez, levanta el rostro por encima del hombro y me observa.

No parece satisfecho con solo eso, porque gira el cuerpo y se vuelve hacia mí.

Empieza a abotonarse la camisa sin apartar los ojos de mí y sus labios se entreabren, pero ningún sonido sale.

Mete la camisa dentro del pantalón y lo cierra. Luego, se dirige a un armario lleno solo de corbatas, saca una roja y la coloca alrededor de su cuello. Hace un nudo impecable mientras me sigue mirando.

Le sonrío con intención de alentarlo a hablar.

Su cabello, perfectamente peinado en un tupé bien estructurado, mezcla mechones negros con blancos, al igual que su barba.

Los ojos color miel que vi en la niña se repiten aquí, solo que con más intensidad. Y cuando se acerca a mí, encojo los hombros, porque siento que me va a devorar.

—Daniel Mascarenhas. —Hace un leve gesto con la cabeza.

Indica que debemos regresar a la oficina.

Capítulo 4

Olivia

Me siento en la silla frente a su escritorio y observo cómo Daniel se impone en su silla presidencial.

Soy muy buena manteniendo el contacto visual, eso transmite confianza y, como diría mi abuela: "los ojos son la ventana del alma". Para conectar profundamente con alguien, ella recomendaba mirar durante más de quince segundos.

Desafortunadamente, no logro sostener la mirada en esos ojos color miel por más de cuatro segundos.

Siento una presión en el pecho y un frío repentino en el estómago, como un escalofrío inesperado.

Recojo las manos sobre mi regazo e intento concentrarme en los libros de tapa dura, en los diplomas colgados en la pared —el hombre incluso tiene un doctorado en Harvard— y noto que, entre

tantas fotos con el alcalde, el gobernador de São Paulo y políticos influyentes del país, falta una de su hija.

—¿Cuál es tu nombre y número de identificación? —Abre su portátil delgado y comienza a teclear.

—¿Para qué lo necesita? —Me aclaro la garganta—. El pago puede seguir siendo transferido a mi madre, y no quiero que firme un contrato de trabajo para mí. Por favor, mantenga el de ella.

—Es para un NDA —explica sin dejar de escribir, aunque sus ojos siguen fijos en mí.

Diferente de antes, cuando estaba demasiado ocupado observando su reflejo en el espejo, desde que captó mi atención, Daniel mantiene su mentón cuadrado y su nariz grande y fina apuntando en mi dirección.

—¿Y qué es eso? No lo sé. —Me masajeo el dorso de las manos.

—*Non-Disclosure Agreement*, o sea, un acuerdo de confidencialidad. Toda la información tratada aquí es confidencial y jamás debe compartirse con nadie —explica Daniel.

Aunque mantiene una postura seria y parece un CEO importante de alguna empresa que mueve las engranajes de São Paulo, sus ojos me transmiten un calor que nunca antes había sentido.

Es como si cada parte de mi cuerpo entrara en alerta, y siento cada pequeña sensación amplificada, como un hormigueo en el muslo y un calor que sube desde mi vientre hasta mi pecho.

Miro hacia la ventana, buscando algo de aire, e inmediatamente Daniel enciende el aire acondicionado, lo que parece resolver mis problemas por el momento.

—Olivia del Carmen Márquez. Mi número de identificación es… —Digo los dígitos y él los introduce en el sistema.

Tan pronto como termino, imprime tres páginas de un documento y las coloca frente a mí para que las firme, junto con una pluma estilográfica Montblanc de tinta, con la punta de oro y toda su extensión negra y lisa.

A través de ella, veo la expresión de Daniel observándome desde arriba, casi sobre mi cuello.

Siento su respiración cálida en mi nuca y todas aquellas sensaciones regresan de una manera aún más arrolladora.

—¿Podría bajar un poco la temperatura? Hace tanto calor… —comento.

—Por supuesto.

El contrato de confidencialidad básicamente trata sobre los siguientes puntos:

1. Bajo ninguna circunstancia puedo decir quién es mi patrón, a qué se dedica o dónde vive. En su lugar, recibiré información falsa que debo usar en caso de que me pregunten.
2. Mi presencia en la casa debe ser como la de un fantasma: nunca debe notarse. Debo mantener el orden, no cambiar la forma en que funcionan las cosas y siempre reportarme con el ama de llaves, Rosario.
3. Se considerará una violación del contrato: el uso de drogas (lícitas o ilícitas), poner en riesgo la casa o a sus miembros, embarazo, entre otras cosas.

Me doy cuenta de que no estoy vendiendo mi alma, asumiendo deudas ni aceptando entrar en el crimen, así que firmo y entrego el documento al señor Mascarenhas.

Él inmediatamente saca una copia del contrato y me la entrega.

—Como mencioné antes, me llamo Daniel Mascarenhas, soy juez federal y trabajo en el TRF3, el tribunal federal que supervisa los casos de São Paulo —revela su identidad después de aclararse la garganta—. Cualquier información sensible tratada dentro de esta casa no puede salir de aquí.

—Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas. —Asiento.

—¿Cómo? —Frunce el ceño.

—Solo es una forma de decir que entendí. —Aprieto los labios y contengo una sonrisa.

—Estudias Psicología en la USP, la Universidad de São Paulo, ¿eh? —Se vuelve a sentar en su silla presidencial.

Me resulta curioso porque parece que mi vida es un libro abierto, mientras que la suya está rodeada de misterios, al punto de que tuve que firmar un documento para poder hablar de ello.

—Estoy en el quinto semestre. Avancé algunas materias el año pasado para poder hacer prácticas este año y ayudar a mi mamá con los gastos... —Mencionarla me provoca un nudo en la garganta.

—¿Qué le pasó?

—Tuvo un infarto, pero su estado ya es estable. Llegué pocos minutos después…

—¿Estaba sobrecargada? ¿Cómo era su alimentación fuera de aquí? ¿Mucho estrés? —pregunta, interesado.

—Bueno... creo que lo que realmente la enfermó fue haber entregado todo su dinero a una institución financiera creyendo que le financiarían una casa en un máximo de tres meses. Pero solo después de firmar el contrato y pagar la primera cuota se enteró de que era un sistema de sorteo. —Bajo los hombros y respiro hondo—. Podía ser seleccionada en el primer mes... o dentro de quince años.

—¿Por qué no me dijo nada? —El hombre parece indignado.

A juzgar por la forma en que Rosario lo describió y por la manera en que me mira, creo que mi madre nunca se habría sentido cómoda hablándole de algo así a su jefe, incluso si es juez.

—Fue a la oficina de defensa del consumidor para denunciar a la empresa e interpuso una demanda para recuperar el dinero… El fallo del juez salió hace dos días, a favor de la empresa.

Inmediatamente, Daniel toma una hoja en blanco, agarra la pluma y comienza a escribir.

—Va a contratar a este bufete de abogados y van a enviar el caso a segunda instancia. —Encierra en un círculo el número de teléfono que acaba de anotar—. ¿Tu madre presentó una denuncia policial?

—No… —Suspiro.

—Eso podría haber detenido los pagos indebidos y servir como prueba en el juicio… —Empieza a golpear la pluma contra su barbilla.

Eso hace que me fije en el lunar que tiene justo debajo de sus labios carnosos, en los mechones de su barba que mezclan blanco y negro. Cuando arquea su gruesa ceja y parece irritado con la situación, aprieto los muslos contra la silla, porque siento que me he humedecido.

Daniel me mira con furia, y yo contengo el aliento.

—¿Tu madre tiene pruebas de que no sabía que era un sorteo? ¿Algo o alguien que pueda servir como testigo?

—No, solo mi padre. Pero probablemente estaba borracho…

—Mierda, Olivia —gruñe—. Tu madre debería haber hablado de esto conmigo. ¿Cuánto tiempo lleva el caso así?

—Un año.

—Voy a revisar el proceso y a encargarme de esto. —Se rasca la nuca y hace un gesto para que dejemos el tema, porque hay otra conversación pendiente—. ¿Sabes cocinar?

—Sí, mi madre me enseñó. Cuando era niña, siempre estaba pegada a la estufa con ella.

—¿Te gustan los niños?

—Simplemente los adoro. —Mis ojos brillan—. Hacer prácticas en una guardería solo aumentó mi amor por ellos. Me encanta lo creativos y astutos que son, además de divertidos…

—El trabajo es bastante sencillo: solo tienes que cocinar para Beatriz, Rosario y tú. Yo siempre como fuera. Mantén la cocina en orden, no te preocupes por las otras habitaciones de la casa, porque tengo personal solo para eso. Y por las tardes, cuida de mi hija. —

Vuelve a golpear la pluma contra su barbilla, como si quisiera que lo mirara.

Y eso es lo que hago, aunque mi respiración se entrecorta.

—¿Es un problema que falte los miércoles y viernes? Tengo clases en Butantã.

Daniel frunce los labios, dejando claro que no le gusta la idea.

—No es lo ideal, pero tampoco creo justo que interrumpas la universidad. —Golpea la pluma contra la mesa, como si eso ya estuviera decidido—. ¿Tienes novio?

—¿Perdón?

—¿Tienes novio? —repite, irritado.

—No, señor Mascarenhas, soy soltera. —Mi corazón se acelera.

—Perfecto. Traer a un novio aquí te costará el despido inmediato y una demanda. —Advierte—. ¿Bebes alcohol?

—No. Quiero decir, sí, moderadamente, pero nunca en el trabajo. Solo los fines de semana.

Me arrepiento de decirlo en cuanto las palabras salen de mi boca. Mi madre a veces trabajaba sábados y domingos.

—Bebe después del horario laboral. —Humedece los labios—. ¿Consumes drogas?

—No.

—¿Puedo ver tus manos? —Estira el cuello.

Aunque estoy temblando, levanto las manos para que las observe.

—¿Puedo examinarlas?

—S-s-sí —tartamudeo, abriendo los ojos con sorpresa.

Daniel se levanta de su imponente silla y camina hacia mí. Sus manos firmes y suaves sostienen las mías. Examina entre mis dedos, observa mis uñas con detenimiento y luego fija su mirada en la mía.

—No pongas en riesgo a mi hija, Olivia. Es lo más valioso que tengo y sería capaz de ir hasta el infierno para destruirte.

—No tengo dudas de ello.

Incluso después de terminar su inspección, sigue sujetando mis manos y mirándome con esa intensidad severa.

Intento ocultar las reacciones de mi cuerpo, sobre todo porque mi pecho parece haber corrido una maratón con lo fuerte que late

mi corazón, pero con mis manos en su poder, veo en los ojos de Daniel que ha sentido cómo mis dedos palpitan.

—¿Cuándo puedo empezar? —Intento bajar mis manos al regazo, pero él sigue sujetándolas con firmeza.

—Hoy mismo. Y espero que hayas entendido cuál es tu función en esta casa.

—Sí, señor. Prometo ser como un fantasma, ni siquiera notará mi presencia, pero cuidaré de Beatriz como si fuera mi propia hija.

—Excelente. —Me suelta como si fuera lo último que realmente quisiera hacer—. Envíame la cuenta de los medicamentos de tu madre e infórmame si necesita algo.

—Por supuesto, señor Mascarenhas. —Asiento y me levanto, pues me da la señal de que puedo salir.

Digo, de que puedo irme e informarme sobre mis tareas con Rosario.

Capítulo 5

Daniel

Soy un hombre pragmático.

Durante años he mantenido mi rutina como una especie de religión: hago todo en un orden determinado, como un ritual, y luego bajo al garaje, donde mi chófer, Benício, me espera, y Thiago Zampieri, un agente de la Policía Federal, está listo para escoltarme hasta la sede del TRF3.

Por eso, me resulta extraño cuando, en medio de las escaleras, me doy cuenta de que tengo el maletín en la mano, estoy vestido adecuadamente para el trabajo… pero sin calcetines ni zapatos.

Olivia y Rosario detienen su conversación y me miran.

Doy media vuelta y regreso al despacho, me pongo los calcetines finos y los zapatos Oxford, maldiciendo en voz baja por haber olvidado algo tan básico esta mañana, considerando que llevo repitiendo el mismo ritual matutino durante al menos quince años.

Al pasar junto a Olivia, ella me sonríe y me saluda con una expresión demasiado expresiva para mi gusto, dejándome atónito. Respondo con un gesto casi imperceptible y sigo hasta la parte exterior.

—Buenos días, doctor Mascarenhas —dicen Benício y Thiago al unísono.

El primero abre la puerta del coche para que suba y luego toma su lugar al volante, permaneciendo en silencio durante todo el trayecto. Thiago, sin embargo, empieza a parlotear.

Nos conocemos desde la muerte de mi esposa y hemos formado algo parecido a una amistad, ya que durante todo este tiempo me he dedicado exclusivamente al trabajo y he evitado cualquier tipo de contacto con otros seres humanos que no fueran del tribunal.

—Bonita la chica nueva —comenta—. Muy distinta a todas las mujeres que han trabajado para usted.

—¿Qué quieres decir, Rapunzel de la Federal? —lo provoco.

Thiago recibió ese apodo de una delegada federal por su cabello largo, al que cuida con la misma dedicación con la que cuida su cuerpo y la vida ajena.

—Vaya, hoy se despertó de buen humor, ¿eh, doctor? —Thiago ríe—. Es solo que, en seis años, nunca lo vi contratar a una mujer tan joven para trabajar en la mansión. ¿Los tiempos están cambiando?

—No. Solo es un imprevisto. Ella sustituirá a su madre por un máximo de dos semanas y luego todo volverá a la normalidad —le aclaro—. Ni una broma más o pasaré el resto de tu vida llamándote Rapunzel de la Federal.

Es la segunda vez que lo llamo así. Y la primera fue hace apenas unos minutos. Hay algo realmente divertido tanto en el apodo como en su reacción al escucharlo de mi boca. Es algo inesperado, porque siempre he sido lo más formal y profesional posible.

—Está bien. Pero la chica es bonita —insiste.

Lo sé. Lo noté.

Nunca he mirado ni me he involucrado con ninguna otra mujer después de Mariana. Hicimos un juramento en el altar, ante Dios y nuestras familias, de amarnos para siempre y de que le sería fiel.

Conocer a Olivia esta mañana ha desajustado los engranajes de mi mundo.

Parecía tan pequeña e indefensa, siempre evitando mi mirada y respondiendo de inmediato a mis solicitudes. Al mismo tiempo, la encontré valiente e íntegra por intentar conservar el trabajo de su madre, dejando claro que el salario debía seguir siendo transferido a la cuenta de María del Carmen, ya que solo estaba tratando de cuidar de su familia.

Una mujer muy diferente de esta nueva generación.

Su aroma dulce hizo que mis músculos se contrajeran cada vez que su fragancia llegaba a mis fosas nasales. Una mezcla de frambuesa proveniente de sus labios, perfectamente delineados con su labial nude, y lirio silvestre exhalando de su piel, lo que me puso en alerta.

Pero fue cuando la toqué que sentí mi cuerpo perder el control.

La saliva descendió por mi garganta y mi estómago como un whisky viejo y caro. Una corriente eléctrica recorrió mi cuerpo, despertando sensaciones e instintos que parecían estar guardados desde hace mucho tiempo.

Mi miembro inmediatamente comenzó a endurecerse y a presionar contra mi ropa interior y el pantalón de vestir. Un deseo

extraño y estúpido que luché por contener cada segundo que estuvimos cerca.

No puedo sentir esto.

Es incorrecto de muchas maneras y una falta de respeto tanto hacia la mujer a la que juré amar para siempre como hacia la propia Olivia.

Soy un hombre chapado a la antigua. No tengo nada en contra del sexo solo por placer, pero con amor es divino. El amor, el compromiso y los lazos familiares son lo que transforman el sexo de algo trivial en algo que trasciende los cuerpos.

Sin embargo, no puedo vivir eso nuevamente, porque fallé con la mujer a la que juré amar, cuidar y proteger.

Ese instinto animal que Olivia despertó con una mirada tierna y el simple roce de sus manos va a pasar, porque pronto se irá y todo mi mundo volverá a la normalidad.

—¿Me da una pista sobre qué próximo corrupto será arrestado? —Thiago me saca de mis pensamientos y empieza a parlotear—. Quiero estar ahí y salir bien guapo en la tele. El Doctor no tiene idea de cuántas chicas me llueven en los mensajes de Instagram, ¡es una fiesta!

—¿Mensajes? —Frunzo el ceño—. ¿Qué demonios es eso?

—Es por donde me contactan antes de ser cazadas en mi torre de lujuria y deseo. —Thiago se frota las manos con malicia.

—¿Qué torre ni qué ocho cuartos? Vives en el último piso de un edificio, Rapunzel. ¡Ubícate!

—Es una torre, sí —insiste—. Y yo lanzo mi melena para que ellas suban... De hecho, ¿sabía que a las mujeres les gusta tirar del pelo? También dan unas mordidas increíbles en el trasero…

Me aclaro la garganta en voz alta para que detenga esa conversación, sobre todo delante de Benício.

Thiago y yo tenemos cierta confianza, pero todos los días pone a prueba sus límites para ver si consigue sacarme de este estado letárgico.

—¿Nunca ha pensado en hacerse un Instagram? ¡Piense en la cantidad de mujeres que lloverían en su campo! Especialmente cuando aparece en televisión después de encerrar a un montón de criminales… —Thiago suspira—. ¡Está desperdiciando una oportunidad de oro!

—No tengo tiempo para esas trivialidades. Paso casi quince horas al día leyendo expedientes, escuchando testigos, revisando juicios y emitiendo sentencias. —Lo repruebo con la mirada.

—Está bien. No voy a discutir porque estoy delante de mi héroe, el que me ha permitido acostarme con al menos quinientas mujeres desde que aparecí en la televisión con el pelo recogido, gafas oscuras y los brazos cruzados para que los bíceps se vieran más grandes. —Se justifica—. Pero todas las mujeres hoy en día están en Instagram, y si usted no está dispuesto a cazarlas, al menos deje que lo cacen a usted. Le haría bien a su ego.

Thiago es diez años más joven que yo, creo que tiene treinta y cinco.

Está aprovechando cada momento para vivir intensamente, y no lo juzgo por ello, siempre y cuando no me fastidie.

—Si quieres saber, Rapunzel de la Federal —recalco una vez más el apodo, solo para molestarlo, pero parece que lo divierte—. Siempre fui del tipo cazador. El problema es que ninguna mujer, desde Mariana, me ha interesado. Y ninguna lo hará.

El final de mi frase coincide con nuestra llegada a la sede del TRF3 en la Avenida Paulista, un edificio alto de hormigón con una

fachada de vidrio espejado.

Camino hacia la entrada y veo a Thiago apresurarse para alcanzarme.

—No hagas eso, no te pongas en peligro —dice, mirando a su alrededor—. Pero dime al menos que lo vas a pensar. Estoy en sequía, Doctor, esta semana solo me acosté con tres.

—Hoy es lunes, Thiago. —Lo miro de reojo.

—¿Lo ve? Estoy en números rojos —sigue quejándose.

Lo ignoro y paso por la recepción, coloco mi identificación en el lector que desbloquea el torniquete y entro en el ascensor, presionando el botón con rapidez para dejar atrás al Rapunzel de la Federal.

Después de subir y llegar a mi oficina, dejo el maletín sobre la mesa y agarro una pila de documentos que debo terminar de revisar, pero mis dedos hormiguean.

Saco el móvil del bolsillo y dejo que la aplicación de Instagram se descargue mientras organizo todas mis anotaciones para que los otros jueces las revisen.

—¿Tengo que crear una cuenta? Qué fastidio… —murmuro.

Coloco mi correo personal, un nombre de usuario lleno de números para no ser identificado, y en la barra de búsqueda escribo: Olivia del Carmen Márquez.

Ningún resultado.

—Concéntrate, Daniel. Tenemos un caso importante que resolver —gruño para mí mismo, bloqueo la pantalla del móvil y regreso a los documentos.

Mis dedos hormiguean mientras paso las páginas y reviso mis marcas.

—¡Mierda! —Tomo el móvil otra vez, lo desbloqueo y escribo: **Olivia Márquez.**

Y ahí está.

La foto de perfil muestra a Olivia con el pelo suelto, el sol iluminando su rostro moreno. Su sonrisa me deja fascinado.

Las fotos son, en su mayoría, de su día a día en la guardería o en el Instituto de Psicología de la USP. Parece muy comprometida con sus compañeros y profesores.

Dejo de deslizar la pantalla cuando veo una foto suya en la playa —la misma de perfil, pero de cuerpo entero— con la cintura

envuelta en un pareo floral y un bikini negro, frente al mar.

En la leyenda: Hora de reconectarme y recargar energías para dar lo mejor de mí a quienes amo, seguido de varios emojis de sol, playa, luz, etc.

Tiene un lunar bonito en el costado del cuerpo, parece una mancha de nacimiento.

Intento ampliar la foto para verlo mejor y, de repente, un **corazón rojo** aparece sobre la imagen.

—¿Qué carajo fue eso? —Suelto el móvil sobre la mesa—. ¿Qué demonios es esto? ¿Por qué apareció un corazón? ¡No quiero dar un corazón!

Presiono el maldito corazón y desaparece, para mi alivio.

Cierro la aplicación, la desinstalo de inmediato y lanzo el móvil al otro lado de la oficina.

—Concéntrate, Daniel. ¡Concéntrate! —murmuro para mí mismo.

Capítulo 6

Olivia

Al principio, estar a solas con Rosario es intimidante.

Ella rompe rápidamente toda la tensión entre nosotras con una invitación:

—¿Vamos a la cocina a tomar café? —propone.

—¡Genial, vamos! —Suspiro aliviada y la sigo.

La cocina de la casa del juez Mascarenhas es casi del tamaño de la mitad de mi casa: hay una isla en el centro con dos fregaderos, una placa de inducción, un horno, un lavavajillas y una pequeña barra de madera frente a la isla con tres sillas altas de asiento ovalado. Es allí donde Rosario me indica que me siente.

La pared detrás de mí está llena de armarios que llegan hasta el techo. Algunos nichos sirven de decoración con copas relucientes, platos con diseños inusuales y libros de cocina.

Rosario abre uno de los armarios y entra en él.

Estiro el cuello, preocupada de que haya terminado en Narnia o algo parecido, pero veo que la mujer sale de allí con dos grandes frascos de galletas finas y los coloca frente a mí.

—Luego te mostraré la despensa, es enorme. —Me sonríe con amabilidad.

—¿Dentro del armario? —Frunzo el ceño.

—Esta casa tiene sus secretos. Los irás descubriendo con el tiempo... —Trae la cafetera, solo una taza, y me sirve—. Espero que esté bueno, yo solo tomo té, así que mi café podría ser intragable.

—No lo creo, seguro está delicioso. —Soplo el líquido caliente en mi taza y lo llevo a la boca.

Uso toda la fuerza de mi cuerpo para no hacer una mueca ni escupirlo de vuelta.

—Descubrí que el señor Daniel estaba tirando mi café en la palmera del jarrón de la entrada, porque la pobre se estaba muriendo. —Niega con la cabeza—. ¿Cómo está tu madre?

—Estable y recuperándose. En unos dos días probablemente le den el alta. —Suspiro—. Gracias a Dios llegué a tiempo. El médico dijo que habría sido muy peligroso que siguiera allí sola…

—Fue un milagro —coincide la mujer—. ¿Y qué opinas de la casa?

—Bueno… no sé si podré con esto. —Soy sincera—. Si fuera por mí, renunciaría ahora mismo. Pero lo hago por mi madre, así que necesito quedarme.

La mujer me lanza una mirada compasiva y toma una de las galletas con guayaba para darle un mordisco.

—¿Sabes cocinar?

—Sí, mi madre me enseñó todo. —Mis ojos brillan al hablar de ella, evocando esos recuerdos—. Siempre tuvimos una relación muy fuerte de madre e hija. Me enseñó a cocinar, coser e incluso qué remedios usar en casos de emergencia. —Me aclaro la garganta y miro a mi alrededor—. Mi padre siempre causó muchos problemas…

—Ella me ha comentado una cosa u otra. —Rosario asiente.

El otro lado de la cocina es aún más amplio y hermoso: hay un altillo que parece un bar, lleno de botellas caras, dos estanterías repletas de libros de colores y sillones cómodos en la parte superior.

Abajo, una mesa rústica de madera con doce sillas se encuentra frente a un área con barbacoa, dos frigoríficos y un

congelador.

La vista del exterior ilumina aún más el ambiente interior: césped verde y fresco, una piscina enorme y aún más árboles y parterres llenos de plantas.

—¿Cuándo conoceré a la señora Mascarenhas? —pregunto.

La expresión de Rosario muestra compasión y, al mismo tiempo, sorpresa.

—¿Tu madre nunca te contó nada sobre esta casa?

—No —respondo de inmediato.

Después de todo, probablemente firmó el mismo documento que yo. Y hizo bien en no decir nada, eso solo refuerza lo profesional que fue.

—La señora Mariana, que Dios la tenga en su gloria, falleció hace seis años —dice con inmenso pesar—. Trabajo en esta casa desde hace quince años. Trabajaba para la familia del doctor Mascarenhas desde hace veinte. —Sonríe con ternura, como si evocara buenos recuerdos—. Es el hijo mayor, siempre fue muy responsable, reservado y malhumorado, desde pequeño…

—Ah… —Levanto una ceja y sigo bebiendo el café, pero esta vez acompaño con una galleta para mitigar el sabor aguado y quemado.

—Cuando conoció a Mariana, su vida se llenó de luz. Esa mujer cambió su mundo. —Sus ojos brillan—. El doctor no quería tener hijos, pero era el sueño de la señora, y por ella hacía cualquier cosa. Así que quedó embarazada de Bia…

Parece que es en este punto donde la historia se vuelve pesada.

Rosario recoge las manos cerca del cuerpo y se encoge un poco, mirando a su alrededor con cierto pesar.

—En aquella época, el patrón estaba trabajando en un caso importante, estaba a punto de encarcelar a los cabecillas de una facción criminal… y uno de ellos ordenó asesinar a la señora, estando embarazada. —Rosario aprieta los labios.

—¡Qué horror, Dios mío! —Me cubro la boca.

—El hombre nunca se recuperó. Parece que retrocedió a una vida cerrada, solitaria, y se volvió adicto al trabajo para intentar sobrellevar el dolor… Por eso es importante que estés aquí, Bia

necesita el cariño, la ternura y la atención que solo una mujer puede darle.

—¿Cómo así?

—No tuvo madre… así que necesita nuestro apoyo —explica.

—¿Y su padre?

—El doctor Mascarenhas siempre está muy ocupado… y llena a Bia de actividades también. Así que somos nosotros quienes la acompañamos en todo. Antes solía contarle un cuento para dormir… hoy en día ni siquiera eso… —Suspira y apoya el rostro en su mano cerrada—. Parece que su corazón se ha endurecido… y ya no hay vuelta atrás.

—Pero él es su padre. No es solo la madre o una figura femenina la que da cariño, ternura y atención. —Intento mantener mi expresión lo más neutral posible para que Rosario se sienta cómoda compartiendo todo lo que quiera, pero confieso que me cuesta.

—Es complicado… El hombre perdió a su esposa embarazada y se siente culpable porque fue una represalia de criminales…

—¿Y la familia? ¿Beatriz tiene abuelos, tías, primos? —pregunto.

—¡Sí! Y qué bueno que lo mencionaste. —Dice animada—. ¿Tienes pasaporte?

—No.

—Perfecto, voy a necesitar tu documento de identidad completo, acta de nacimiento y número de identificación fiscal para entregarlo a un gestor y tramitarlo.

—¿Para qué? —Frunzo el ceño.

—Para las vacaciones del juez Mascarenhas. Él y Bia viajan a Miami, Florida, y suelen llevarme a mí y a tu madre también.

—¿Mi madre? —Mi cara de incredulidad aumenta—. Mi madre nunca ha salido ni de São Paulo…

—Va por trabajo, querida, así que es confidencial.

Vaya, empiezo a pensar que mi madre tenía una vida doble. ¡Qué locura! Pero al mismo tiempo, me alegra saber que tuvo la oportunidad de viajar, aunque fuera por trabajo.

—Toda la familia Mascarenhas vive actualmente en Florida. Se fueron después de todo lo que pasó. El patrón se quedó por terco y

porque no puede dejar el trabajo… Pensó en enviar a Bia con ellos, pero tu madre entendió que la niña podía ser una buena compañía para él… es tan solo…

—Y ella lo necesita. —Refuerzo—. Es una niña. ¿De qué, 5, 6 años?

—Exactamente.

—Él es adulto, puede cuidarse solo. Ella no. —Suspiro y me masajeo las sienes.

Acabo de darme cuenta de que voy a estresarme un poco trabajando para este hombre, especialmente porque parece tener un carácter fuerte. Sin embargo, no importa, hay una niña en juego y eso cambia todo.

—¿Qué te parece si ahora recorremos el resto de la casa? —Rosario me invita, un poco decepcionada porque no terminé su café.

—Me encantaría. ¿Cuándo conoceré a Bia?

—Llega a las 13:00 —informa.

Capítulo 7

Olivia

La ama de llaves me dejó a mi aire para recorrer la mansión. Me mostró el cuarto de servicio en la parte trasera, fuera de la propiedad principal, y dijo:

—Si quieres dejar tus cosas aquí, siéntete libre. Puede ser ropa, objetos, o incluso cuando quieras dormir… En fin, el patrón reserva este cuartito para las empleadas temporales.

Dejo mi bolso sobre el escritorio blanco y me siento en la cama individual.

Desde la puerta del cuarto, observo la piscina, los jardines y la zona de barbacoa mientras pienso en todo lo que voy a sacrificar por unos meses para poder trabajar aquí.

Tomo el móvil y llamo a Kalinca.

—¡Hola! ¿Salió todo bien ahí? —pregunta.

—Creo que sí, por ahora. —Me levanto y empiezo a caminar por la habitación—. Conocí a mi nuevo jefe.

—¿Guapo?

—¡Kalinca! —Me quejo por su indiscreción.

—¿Es más del estilo "viejo de yate" o un "niño rico y vacío por dentro"?

Trago saliva. Creo que es un poco de ambas cosas.

—Firmé un acuerdo de confidencialidad, así que no puedo dar detalles…

—¡Qué misterio, Dios mío! ¿Quién se cree que es? ¿Una celebridad?

—Créeme, hay un motivo para tanto secreto. —Me apoyo contra la pared y miro al vacío—. ¿Y mi mamá?

—Inquieta, obviamente. Se pasó la vida entera trabajando, y ahora está en cama, en reposo. ¡Doña María está desesperada! —Kalinca resopla—. Voy a subirla a una silla de ruedas y correr con ella por los pasillos del hospital, a ver si así las dos nos calmamos.

—¡Dios mío, Kalinca, acaba de sufrir un infarto, ten cuidado!

—Sí, pero quedarse en este aburrimiento tampoco ayuda. Creo que tenía una vida bastante agitada en esa mansión, ¿eh? No para de decir que quiere volver a trabajar…

Siento un nudo en la garganta y pienso en todo lo que mi madre ha sacrificado durante estos años por mi bienestar.

Ha vivido para el trabajo en los últimos años y ahora le han quitado lo único que la hacía sentir que pertenecía a un lugar.

—Me dijo que cuidaras de Bia, que Bia te necesita. ¿Quién es Bia, eh? ¿Tu Pomba-gira? —gruñe.

—La hija de mi jefe. —Suspiro—. Y creo que eso es todo lo que puedo decir.

—¿Por qué tu voz suena triste? —pregunta Kalinca con un tono dramático y respira hondo al teléfono.

—Estoy triste por dejar mi pasantía y la guardería… ¿era un ruido insoportable? Sí. Los niños gritaban, cantaban, hacían alboroto todo el día…

Empiezo a reír solo de recordarlo.

Maldije muchas veces y hasta tuve que tomar medicinas para el dolor de cabeza por la energía desbordante del lugar. Pero la

verdad es que los voy a echar mucho de menos.

—Pero me encantaba trabajar con los niños. Sé que eran muchos y que sería casi imposible mejorar la calidad de vida emocional de todos ellos y de sus familias, pero yo soy como una hormiguita: hago un pequeño trabajo cada día y sé que eso cambia el mundo y a las personas poco a poco…

—Ay, amiga, me encanta que seas soñadora. —La escucho resoplar, parece que está haciendo esfuerzo físico—. Pero ahora sé más realista y práctica. Tienes una niña y un papacito de los buenos para atender. ¿La mamá de la niña vive ahí?

Siento ganas de morderme la lengua cuando la respuesta me viene a la boca. No puedo decir más de lo que ya he dicho, estaría incumpliendo mi compromiso con el doctor Mascarenhas y metiéndome en un problema legal para el que ni siquiera tengo dinero.

—Solo él y la niña.

—Bueno, entonces aprovecha este momento. Creo que será interesante ver su evolución de cerca, ¿no?

—Espero que sí… si es que quieren evolucionar. Mi jefe parece un hombre muy cerrado y satisfecho con la vida que lleva.

—Todo el mundo es así hasta que se da cuenta de que le falta algo —dice, jadeando.

—¡Kalinca, más despaaciooo! —Escucho la voz de mi madre de fondo.

—¿Amiga? —Aprieto el móvil contra mi cara.

—Voy a correr con doña María, sacarla de este estado de inercia, porque la depresión es contagiosa y yo soy demasiado sexy para deprimirme. ¡Chao! —grita la última palabra y cuelga.

Atravieso el área exterior y regreso a la cocina. Le pido ayuda a Rosario para encontrar las ollas y saber cómo usar la placa de inducción.

—¿Qué le gusta comer a Bia?

—Es muy buena para comer, nunca da problemas. —Rosario me sonríe ampliamente—. Solo es alérgica al cacahuete.

—Cacahuete, entendido. —Asiento.

—Tu madre hizo milagros en esta casa. Diversificó la alimentación de Beatriz, tanto que el patrón no vio la necesidad de mantener a una nutricionista.

—Mi madre es increíble. —Lo digo con orgullo—. Cuando era niña, era un poco quisquillosa con la comida, pero ella me incentivó a probar de todo. Sin mencionar que su comida siempre es deliciosa.

—Sí.

—Bueno, ¿qué te parece un *escondidinho* de carne picada y ensalada césar? —propongo.

—¡Se me hace la boca agua! —Rosario se frota las manos.

—¡Genial, voy a empezar de inmediato! —Me muevo por la cocina, lleno las ollas de agua y las pongo al fuego—. ¿Puedo revisar la nevera?

—Olivia, siéntete libre de abrir y mover lo que quieras. Si necesitas algo, dime y voy al mercado. Te dejaré trabajar tranquila, ¿de acuerdo?

—¡Gracias! Te aviso cuando todo esté listo.

Pongo música animada en mis auriculares y empiezo a moverme por la cocina para tomar todo lo que necesito: patatas, carne picada, queso, leche, salsa de tomate y algunos condimentos.

¡Quiero causar una buena primera impresión a Bia cuando llegue!

Capítulo 8

Daniel

—¿No va a almorzar en el despacho o en un restaurante, doctor Daniel? —Thiago frunce el ceño al verme salir del edificio del TRF3 en dirección al coche.

—No. Voy a volver a casa, quiero ver si todo está en orden.

—Qué raro, usted nunca ha almorzado en casa. No en los últimos… —hace una cuenta mental— seis años. ¿Debería preocuparme por algo?

Rapunzel de la Federal se pone en alerta, mirando hacia ambos lados de la calle y esperando a que suba al coche antes de entrar y dar órdenes al conductor:

—No sigas el GPS, vamos a tomar otra ruta por seguridad. Esto fue muy inesperado. —Thiago mantiene su atención en las calles.

—No seas dramático, son solo dos horitas en casa. Quiero comprobar que todo está bien…

Como si le hubiera caído un rayo en la cabeza, Thiago entrecierra los ojos y me mira con una expresión acusatoria y burlona. Al menos su paranoia se desvanece, lo que hace que el ambiente sea más ligero.

—Es por la nueva chica que llegó a trabajar, ¿verdad? —me provoca.

—Estoy preocupado por mi hija. Le cuesta adaptarse. —Trago en seco.

—Tu hija. Sí, claro. Bien, sigue el GPS para llegar lo antes posible, el doctor Mascarenhas no quiere perder tiempo. —Se ríe con moderación y observa el tráfico por la ventana.

No voy a admitir que estoy volviendo a casa para ver a Olivia.

No logré sacármela de la cabeza ni un solo segundo durante la mañana.

La sensación de tocar sus manos y encontrarme con sus ojos asustados, pero llenos de ternura, me hicieron ignorar por completo todos los expedientes de un caso importante.

Mi mañana se resumió en un deseo extraño de volver a sentir su dulce aroma a vainilla invadiendo mis fosas nasales y poder tocar

sus manos, sentir la suavidad de sus dedos y, quizás, ir un poco más allá.

Al principio, me repetí la mentira de que estaba investigando la vida de Olivia para garantizar la seguridad de Beatriz, pero a medida que buscaba rastros de un novio secreto o de sus pasatiempos, me di cuenta de que lo hacía por el simple placer de conocerla un poco más.

—Oiga, solo no le haga un interrogatorio demasiado intenso a la chica, deje eso para los criminales —Thiago me llama la atención cuando llegamos a mi calle.

—¿Me estás diciendo que no sé ser amable, Rapunzel de la Federal?

El policía pone los ojos en blanco, traga su frustración y luego me dedica una sonrisa maliciosa.

—¿Usted? ¿Amable? ¿El que hace llorar hasta a los criminales en el tribunal? Ay, doctor Mascarenhas… —Asiente con la cabeza hacia el portón de mi casa para indicar que hemos llegado—. Opa. Espere a que el coche entre al garaje. ¡Calma, hombre!

Le muestro el reloj para indicarle que tengo el tiempo contado para mi almuerzo. Salgo del vehículo y entro en la casa, atravesando

el área exterior para llegar más rápido a la cocina.

Siento los latidos de mi corazón descompasados con cada paso que doy.

Me detengo ante una ventana enorme y la veo.

Olivia está animada frente a la placa de inducción, moviendo las manos de una manera extraña pero rítmica. Agudizo la mirada para darme cuenta de que lleva auriculares y está inmersa en una canción animada mientras termina de preparar una gran bandeja y la mete en el horno.

La veo secarse las manos con un paño de cocina.

Olivia se gira lentamente en mi dirección y, cuando me ve, da un salto, se arranca los auriculares y los guarda en el bolsillo.

—Señor… señor Mascarenhas, no lo había visto ahí —dice con los ojos abiertos de par en par.

Me acerco a ella con una sonrisa discreta, aún un poco nervioso por estar tan cerca. Sus ojos transmiten una mezcla de sorpresa y cierta vergüenza por haber sido descubierta desprevenida.

—Perdón si te asusté, Olivia. No quería interrumpir tu momento. Solo pasé a ver si todo estaba bien —digo suavemente, tratando de controlar la aceleración de mi corazón.

Ella sonríe tímidamente y baja la mirada por un instante, como si no supiera exactamente cómo reaccionar ante mi presencia.

Me doy cuenta de que está nerviosa, pero aun así, noto una delicadeza en sus gestos mientras intenta recomponerse, con varios mechones de cabello cayendo sobre su rostro.

—No tiene que preocuparse, todo está bajo control. Solo estaba preparando el almuerzo —responde con voz suave.

La cercanía nos deja a ambos un poco desconcertados, pero no puedo resistirme a iniciar una conversación para prolongar ese momento.

Mi curiosidad por ella es genuina.

—¿Y qué estás preparando? Huele muy bien —comento, intentando disimular que, en realidad, es su aroma el que me afecta.

Olivia mira hacia el horno con un brillo de orgullo en los ojos.

—Es una receta que aprendí de mi madre. Y me encanta: escondidinho de carne picada. ¿Se va a quedar a almorzar? —Hace

un gesto vacilante y se aleja cuando me acerco.

Maldición. Eso me inquieta. No quiero que retroceda.

Nuestras miradas se encuentran de nuevo, y algo parece suceder en ese instante.

Una conexión inexplicable que trasciende las palabras.

Permanecemos en silencio por unos segundos, perdidos en nuestros pensamientos y sentimientos.

—Sí. Solo por hoy. Tuve que volver para buscar unos documentos… —Me rasco la nuca—. Siéntete a gusto. Beatriz debe llegar en unos minutos.

—Ok. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

Solo me doy cuenta de que estoy caminando hacia Olivia cuando ya estoy a dos pasos de su cuerpo.

Su aroma a vainilla invade mis pulmones y eso hace que cada músculo de mi cuerpo se tense.

Hay una electricidad en el aire mientras nuestros cuerpos casi se tocan.

Un impulso me lleva a levantar la mano y, con delicadeza, colocar un mechón de su cabello detrás de su oreja.

Olivia parece sorprendida, pero no se aparta.

Su mirada intensa se aferra a la mía, y en ese momento parece que no hay más barreras entre nosotros.

—En realidad, sí hay algo que puedes hacer por mí. —Mi voz sale suave, casi un susurro—. Quiero conocerte mejor, Olivia. ¿Puedo llevarte a casa hoy mientras te hago algunas preguntas?

Ella respira hondo, y puedo sentir que la tensión que nos rodeaba comienza a disiparse.

¡Mierda!

Sus labios se entreabren, como si quisiera decir algo, pero las palabras parecen haberse perdido en el aire.

Finalmente, sacude levemente la cabeza en un gesto negativo.

—Usted quiere proteger su vida privada y yo respeto eso. Yo también lo quiero, así que creo que la conversación puede esperar hasta mañana —propone—. O justo después del almuerzo, doctor Mascarenhas…

Siento un nudo en la garganta y, aunque intento respirar, mi pecho parece impedir la circulación del aire.

Su negativa solo aumenta mis ganas de conocerla.

—Por favor, llámame solo Daniel.

Una sonrisa genuina se forma en su rostro, y la atracción que siento por Olivia se transforma en algo más profundo.

Un sentimiento que llevaba demasiado tiempo dormido dentro de mí.

Antes de que podamos decir algo más, escuchamos el sonido del timbre, anunciando la llegada de Beatriz.

Olivia se aparta un poco, pero sus ojos aún permanecen fijos en los míos, como si quisiera grabar cada detalle de este momento en su memoria.

—Señor… Daniel, prometo que mañana llegaré temprano para que conversemos —dice Olivia antes de dirigirse a la sala a recibir a mi hija.

Al verla alejarse, siento como si mi mundo volviera a sumirse en la oscuridad que me envuelve por completo.

Y por primera vez en muchos años, me doy cuenta de que esa sensación no es satisfactoria.

Capítulo 9

Olivia

Beatriz Mascarenhas hace una pausa dramática cuando cruza la puerta y se encuentra de frente conmigo.

Sujeta con firmeza las asas rosas de su mochila de unicornio y ensaya una sonrisa tímida.

Es una niña preciosa, una copia fiel de su padre: los ojos color miel, la nariz respingada y algunas pecas en el rostro. Mira a la ama de llaves en busca de una explicación, pero yo me adelanto.

—¡Hola, Bia! —La saludo con la mano.

La niña responde de inmediato, su sonrisa se ensancha al oír mi voz.

—Me llamo Olivia y, a partir de hoy, cuidaré de ti, ¿de acuerdo? Soy hija de María del Carmen, tu antigua cuidadora.

Inmediatamente, parece comprender y se acerca.

—Mi mamá se enfermó, así que estaré en su lugar por unas semanas.

—¿Tu mamá está bien? —Se acerca, pero no lo suficiente como para que pueda tomarle la mano o tener algún tipo de contacto.

—Mejorará un poquito cada día. —Sonrío y señalo la cocina con la mano—. ¿Vamos a almorzar?

—Yo llevo la mochila arriba —dice Rosario.

Beatriz estaba a punto de entregarle el objeto a la ama de llaves cuando ve a su padre. Su emoción se triplica y sale corriendo hacia la cocina, saca su cuaderno de la mochila y se lo muestra a él.

—¡Mira lo que hice, papá!

La sigo hasta la cocina. Cuando llego, veo a los dos en la mesa, ella mostrándole algunas páginas de su cuaderno y él concentrado, evaluando sus trabajos.

—Muy bien, eres tan inteligente. Estoy muy orgulloso de ti. —El hombre sonríe.

Es la primera vez que lo veo ser dulce y amable, y eso me genera un alivio instantáneo.

Aun así, mantiene cierta distancia con la niña.

No parece algo relevante para quien lo ve desde fuera, pero yo trabajo con niños todos los días y sé cuánto necesitan el afecto y la cercanía de sus padres para sentirse seguros.

—Mira esto. —Bia sigue enseñándole su cuaderno.

—Sí, lo estoy viendo. Has trabajado muy bien, felicidades.

Muerdo mi labio inferior cuando Rosario se acerca por detrás y murmura en mi oído. Me contengo para no soltar un grito:

—Nuestra niña es muy inteligente y madura. Siempre hace todo sola y enorgullece a su padre. —Su voz transmite entusiasmo.

No comparto su sentimiento, así que le devuelvo una sonrisa forzada.

Los niños **no** deberían ser "maduros". Solo deberían ser niños. Vivir sin la carga, el miedo ni la presión de la aprobación. Y creo que esa es la barrera que los separa.

Inmediatamente, noto que Bia está ansiosa por obtener la aprobación de su padre, quien le dice palabras de aliento, pero que no parecen ser suficientes.

—Es increíble. Ni siquiera parece que tiene seis años —comento a Rosario.

—Sí, es una niña prodigio. —La mujer infla el pecho, orgullosa.

Camino con decisión hacia la mesa y observo el cuaderno de Bia.

Es en ese momento cuando confirmo que es la copia de su padre: su caligrafía es limpia, sigue perfectamente las líneas y es estéticamente impecable y rígida. Un cuaderno perfecto para un abogado, no para una niña.

Yo fui de esas niñas que dibujaban en medio de la página, anotaban letras de canciones en inglés entre un tema y otro y, por supuesto, escribían cualquier pensamiento aleatorio.

Mis cuadernos eran un gran desorden creativo, porque crecí en un hogar que me permitía expresarme así.

—Bia, me gustaría saber qué te gusta comer. —Llamo su atención.

La niña gira el rostro hacia mí y luego mira a su padre.

—Sopa, ensalada, pescado… —responde.

—¿Te gusta el puré de patatas gratinado?

Contiene su entusiasmo y asiente con un gesto meticuloso, como si guardara un secreto.

—Hice **escondidinho** de carne picada, ¿lo has probado antes?

—No.

—¿Quieres probarlo? —La invito a acercarse a la isla en el centro de la cocina.

Saco la bandeja con la comida y la coloco sobre la encimera. Bia se pone de puntillas para olerla, sus ojos brillan.

—¡Huele delicioso!

—¿Puedo servirte? —Tomo un plato y me preparo para hacerlo.

—Yo lo sirvo —dice, como si fuera completamente independiente.

Observo mientras usa la espátula de silicona para cortar un cuadrado casi perfecto en la esquina de la bandeja, lo coloca en su plato y camina hasta la mesa. Yo llevo la ensalada para que se sirva ahí mismo.

—¡Está muy bueno! ¡Delicioso! —exclama—. ¿Ya lo probaste, papá?

—No. En realidad, debo apurarme, tengo que regresar al tribunal en breve. —El hombre se pone de pie y le hace un breve cariño en la cabeza.

Bia deja de comer por un momento y mira hacia arriba, hipnotizada por el gesto. Solo regresa a su plato cuando su padre se sienta frente a ella y comienza a comer.

—Esto realmente está muy bueno. Felicidades, Olivia.

—No fue nada. Me sorprende que mi madre no lo haya hecho antes, a ella también le encanta… —Froto mis manos y miro alrededor—. Bueno, si me lo permiten, voy a llevarme el cuaderno de Bia para revisar sus actividades y planear qué haremos cuando termine de almorzar.

Estoy a punto de retirar el cuaderno de la mesa cuando Daniel toma mi mano.

—¿Ya almorzaste?

Esto me toma por sorpresa.

Sus ojos verde miel están fijos en los míos, y un escalofrío recorre mi espalda. Su mano cálida sujeta la mía con firmeza y, por un momento, la tensión entre nosotros es palpable.

—Aún no, pero yo… —Mi voz se quiebra y mis pensamientos se enredan con su cercanía.

Al principio fue severo, pero ahora se muestra más cálido. Aun así, me siento nerviosa ante él, y eso es extraño para mí, porque siempre me he desenvuelto bien en mi trabajo.

Daniel suelta mi mano y se pone de pie, señalando la silla a su lado. Sus labios se curvan en una sonrisa suave y seductora, y mi corazón se acelera ante la idea de estar tan cerca de él.

—Entonces, permíteme invitarte a almorzar con nosotros —dice, inclinando levemente la cabeza.

Mi mente entra en conflicto, pero el deseo de estar cerca de él pesa más.

—¿Tú qué opinas, Bia? ¿Debería sentarme a comer con vosotros? —pregunto para ver qué piensa la niña.

Ella asiente de inmediato, entusiasmada.

—¡Claro que sí! ¡Hiciste el mejor almuerzo del mundo y además trajiste a mi papá a almorzar! —dice emocionada.

Aún con cierta duda, me siento en la silla junto a Daniel, y él me sirve una porción del escondidinho que preparé. Nuestras miradas se cruzan de nuevo, y puedo jurar que hay un destello de deseo en sus ojos.

El silencio entre nosotros está cargado de expectativa.

—Entonces, ¿tu papá nunca almuerza en casa? —Levanto una ceja.

Bia no ve problema en delatar la ausencia de su padre, quien, por su parte, se ve claramente incómodo.

—Rara vez tengo tiempo, hay muchos casos…

—Ah, pero el tribunal está justo aquí al lado. —Le guiño un ojo.

Daniel se acaricia la barba, con varios hilos blancos, y me lanza una mirada de advertencia, como si fuera a despedirme por cruzar la línea.

—¿Te gusta cuando tu papá almuerza contigo, Bia? —le pregunto.

—¡Siiii! —La niña no puede contener su entusiasmo.

—¿Cómo puedes negarte a esa carita? —Señalo a su hija.

—El trabajo lo exige —responde con seriedad.

—¿Por qué decidió ser juez, señor Mascarenhas?

—Solo Daniel —me corrige—. Porque alguien tiene que luchar para hacer la diferencia en la vida de las personas.

—Entonces haga la diferencia en la vida de esta hermosa niña y almuerce con ella al menos tres veces por semana. —Le guiño un ojo.

El hombre, claramente, se arrepiente de haberme invitado a la mesa.

Al mismo tiempo que no rebate nada de lo que digo, se queda pensativo y observa la emoción de su hija.

—Olivia… —comienza a decir, pero el sonido de su móvil lo interrumpe.

Suspira, frustrado, pero atiende de inmediato. Parece ser una llamada importante, así que me levanto discretamente, dándole espacio para resolver el asunto.

Mientras está ocupado en la conversación, mi mente se llena de preguntas y sentimientos encontrados.

Siento una atracción irresistible por Daniel, pero también un leve temor. Este hombre es poderoso, y yo solo soy la nueva empleada de su casa.

Al mismo tiempo, no puedo negar que hay una conexión intensa entre nosotros, y la tensión que nos rodea es como un imán

que nos acerca cada vez más.

Él cuelga el teléfono y me mira con expresión pesarosa.

—Lo siento, Olivia, pero debo volver a la sede del TRF3. Ha surgido un caso urgente —dice, visiblemente decepcionado.

—Claro, lo entiendo. El trabajo es importante —respondo, intentando disimular la leve tristeza que me invade.

Se levanta y se acerca a mí de nuevo, pero antes de tocarme, se aleja.

Bia espera alguna palabra o gesto de su padre, pero él la ignora y se va.

Me siento y observo a Bia comer, un poco frustrada por lo que acaba de pasar.

—¿A qué hora sueles hacer tu tarea, Bia?

—Antes de que anochezca.

—¿Y qué haces hasta entonces?

—Leo, juego y duermo.

Suspiro, aliviada de que tenga una rutina saludable, no muy diferente a la de la guardería en la que trabajaba.

—Y por la noche, cuando tu papá vuelve del trabajo, ¿pasáis tiempo juntos?

Ella no responde.

—¿Cuándo pasáis tiempo juntos?

—No sé.

—¿No… sabes? —Abro los ojos con sorpresa, dejando que mi decepción se refleje en mi rostro.

—El domingo. Después de pasear, ir al centro comercial con Rosario, jugar…

—Entiendo. ¿Y qué opinas de eso?

Beatriz piensa por un momento y luego termina las últimas cucharadas de su plato.

—No sé.

—¿Lo echas de menos?

—¡Sí!

—¿Te gustaría pasar más tiempo con él?

—¡Sí! —Su emoción vuelve a desbordarse.

Ahora que su padre se ha ido, se comporta de manera menos rígida, incluso se ensucia un poco con la comida y deja que su alegría se exprese libremente, sin miedo a ser juzgada.

—Te prometo que haré que eso suceda. —Le guiño un ojo—. Esa será mi misión aquí.

Capítulo 10

Olivia

—¿Ya te vas? —pregunta Beatriz cuando llega el final del día.

—Sí, pero prometo que mañana vuelvo. —Le sonrío ampliamente—. ¿Te gustó que estuviera aquí?

—Uhum —responde con un leve movimiento tímido de cabeza.

El primer día fue productivo y Beatriz no dio problemas. Hicimos sus tareas y después jugó, siempre bien portada y con miedo a ser juzgada por mí.

Preparé la cena para la familia y me fui con la sensación de un trabajo bien hecho.

Tomo el metro hasta el hospital donde mi madre sigue ingresada y, al llegar a su habitación, abro una gran sonrisa y le hago un gesto con la mano.

—¡Buenas noches, mamá, llegué! —La saludo.

No obtengo respuesta. La habitación está en silencio y mi madre parece profundamente dormida en la cama.

Corro hacia ella y me aseguro de que está respirando.

—¿Mamá? ¿Estás bien? ¿Pasó algo? —la llamo, pero no responde.

Miro el monitor multiparamétrico donde puedo ver sus constantes vitales. Parece que todo está en orden.

—Deja dormir a doña María, Olivia —resmunga Kalinca.

Mi corazón da un salto del susto, pues no la había visto tumbada en el sofá.

Mi amiga se frota el dorso de las manos en el rostro y parpadea lentamente, cubriéndose los ojos por la luz de la habitación.

—Fue un trabajo duro hacer que esta mujer descansara… —explica—. ¿Tu madre tiene ansiedad? No puede quedarse quieta, quería moverse por toda la habitación. ¡Me atacó fuerte el vértigo!

—¿Y entonces decidiste correr con ella por el hospital en silla de ruedas? —Veo la silla al lado de la cama.

—Sí. ¿Tenías una idea mejor? —Se echa el cabello hacia atrás y se acomoda el flequillo en la frente—. Y dime, ¿cómo fue tu primer día de trabajo?

—Bien.

—¡Cuéntamelo todo!

—Ya te dije que no puedo, Ka, firmé un contrato de confidencialidad.

—¿Y desde cuándo tenemos secretos entre nosotras? —me reclama, toma su bolso del sofá y se lo cuelga al hombro—. Oye, ¿así es como me agradeces por haberme quedado aquí todo el día?

Entrecierro los ojos, debatiéndome entre desahogarme sobre todo lo que vi y cumplir con mi compromiso con el doctor Mascarenhas.

Siempre ha sido parte de mi rutina tomar el metro a casa y contarle a mi amiga todo lo que pasó en mi día. Me molesta no poder darle detalles sobre hoy.

—Bueno, ¿qué puedo decir?

—No me enredes, ¡dímelo todo! —Se acerca, me toma del brazo, me lanza al sofá y me mira con mucha curiosidad.

—Mi jefe es un hombre estricto, autoritario y que exige discreción —le explico.

—¿CEO de un cártel de drogas que tiene una secretaria amante? —adivina.

—¡Kalinca, tienes que dejar de leer esos libros! —le advierto.

—¿Un multimillonario italiano que rechazó a su esposa y…

—Basta —la interrumpo antes de que no pueda controlar mi lengua y termine revelándolo todo—. Es ese tipo de hombre. Y tiene una hija pequeña de seis años.

—¡Ay, qué ternura! —Sonríe ampliamente.

—Una princesa, pero parece una mini-adulta.

—Uf, y tú odias a esas…

—No es que las odie, Ka. —Respiro hondo—. Es una niña educada, refinada, pero que está bajo una presión constante para impresionar a su padre. Le faltó una figura femenina ahí, ¿sabes?

—Hum…

—Y hace de todo para impresionarlo, pero él es un hombre ocupado, lleno de responsabilidades, que puede darle todo a su

hija… menos amor.

—Joder, ¿eres psicóloga o vidente, Olivia? Ya te dije que vayas a hacerte una limpieza espiritual, mujer. Cualquier día de estos tu Pomba Gira María Menina de la Falda Volada va a girar y ahí sí quiero ver. —Kalinca golpea su bolso en su regazo y me pide que cuente más.

Contengo la risa y le lanzo una mirada de advertencia, indicándole que ya he dicho todo lo que podía.

—¿Qué? ¿Solo eso? No, ¡cuéntamelo todo! —exige.

—Me di cuenta de todo esto porque… —Cierro los ojos y ladeo la cabeza—. Yo fui esa niña, ¿verdad, Ka? Crecí con un padre ausente, siempre bebiendo. Hacía de todo para impresionarlo, pero él no estaba disponible porque quería un hijo varón…

—Imbécil.

—Hablando de él, ¿apareció por aquí? —Miro a mi alrededor.

—Sí. Vino, sí. Estuvo justo ahí. —Ironiza, señalando la butaca de descanso junto a la cama de mi madre.

—Me hubiera gustado crecer con menos presión y sin la carga de tener que ser perfecta para él, porque la verdad es que nunca lo

sería. —Suspiro—. Pero en fin, el doctor… —Trago saliva cuando dejo escapar eso.

—¿Doctor? ¿Es médico? ¿Le tocaste el estetoscopio? —Kalinca se sacude el pecho de manera exagerada—. Ay, doctor, me duele, aplíqueme una inyección.

—¡Para con eso! —Me quejo, pero termino riéndome.

Solo ella es capaz de iluminar mi final de día y hacer todo más ligero.

Tomo su mano y la aprieto con suavidad, en señal de nuestra hermandad.

—Apenas me entrevistó, me tomó de las manos y sentí algo extraño… —Aprieto los labios—. También fue a casa a la hora del almuerzo para revisar todo. Y la ama de llaves intentó distraerme para que me quedara hasta que él llegara, pero tuve que venir. Estoy nerviosa.

—¿Nerviosa?

—Me pone nerviosa —admito.

—¿Tú? ¿Nerviosa? Nunca te había visto así.

—Pues sí, ni yo me reconozco. Su presencia me dejaba sin aire.

—¿Cómo es él? —pregunta Kalinca, curiosa—. No tienes que decir quién es, solo cómo es.

—Alto, hombros anchos, piel clara, ojos verdes con tono miel, cabello castaño con varias hebras blancas… ah, y también tiene barba.

—Un verdadero daddy. Soltero. ¿Guapo?

—No quiero ser poco profesional. —Trago en seco.

—Pero yo sí, yo no trabajo para él. —Se encoge de hombros —. ¿Notaste algo?

Kalinca y yo sabemos la respuesta. Cuando se trata del arte de coquetear, soy un desastre total. No podría darme cuenta de que alguien está interesado en mí, tengo un bloqueo mental con eso, tal vez por la falta de experiencia.

Mi amiga, en cambio, es experta, desenvuelta y, desde que comenzó a leer ciertos libros en Amazon, parece que se le fue la cabeza.

—Esta no es el tipo de historia que estás acostumbrada a leer, Kalinca —dejo claro—. Además, no hay posibilidad de que pase algo ahí, mucho menos que él se fije en mí. Soy solo la nueva empleada de su casa. Gente como él nos ve como meros objetos y nada más.

—Si tiene un paquetón, puede verme como quiera. —Lanza la correa del bolso sobre su hombro y se levanta.

—¡No es así como funcionan las cosas! —insisto.

—Claro, Olivia. Sigue siendo romántica, soñadora y tratando de cambiar el mundo, un hombre a la vez… —Camina meneando las caderas hasta la puerta de la habitación.

La sigo.

—No soy ese tipo de mujer, así como sé que él no es ese tipo de hombre. Lo vi. Frente a mis ojos. Es profesional, severo, muy meticuloso…

—Esos son los peores. —Me guiña un ojo.

—No tiene sentido. Apenas nos conocemos.

—¡Donde hay humo, hay fuego! —Kalinca apunta sus dedos índice y medio a sus ojos y luego a mí—. Y no fui yo la que se puso "nerviosa" cerca de él, así que si dices que no tiene sentido…

—Dijo que quiere conocerme mejor. —Trago en seco.

—Conocerte por dentro, en este caso. —Me lanza una mirada pícara.

—Me refiero a mi interior.

—Con un paquetón de 20 cm puede conocer una buena parte de tu interior. —Lo dice en voz alta y le cubro la boca justo cuando un médico pasa junto a nosotras.

—¡Vete a dormir, que tu problema es el sueño, Kalinca! —me quejo—. Ahora tengo que llamar a un bufete de abogados que él recomendó para apelar el caso de mi madre y luego iré a casa a descansar…

—Mira nada más, hasta quiere ayudar. —Mueve las cejas—. Y también quiere conocer tu "interior"… No sé, eh, Olivia. ¡No sé! ¡Abre los ojos! —Se aleja moviendo las caderas por el pasillo, llamando la atención de todos.

—¡Abre los tuyos! —le respondo y regreso a la habitación.

Aprovecho que mi madre está dormida y llamo al bufete que Daniel indicó. Antes de que pueda explicar el caso, una voz masculina me dice:

—El doctor Mascarenhas ya nos puso al tanto del caso, estábamos esperando su llamada.

—¡Perfecto! —Siento un alivio casi inmediato—. ¿Qué necesitan? ¿Los documentos que recibió del juez de primera instancia? ¿Los autos del proceso?

—Ya tenemos todo eso. Necesitamos pruebas de que su madre fue engañada.

—De acuerdo, en cuanto despierte, me ocuparé de eso. ¡Muchas gracias!

Cuelgo y me siento en la butaca al lado de la cama del hospital. Observo a mi madre dormir por unos instantes y mi mente se llena de pensamientos sobre mi día.

No puedo dejar de pensar en el juez Mascarenhas, desde el momento en que tocó mis manos.

En ese instante, una corriente energética pareció recorrer todo mi cuerpo, haciendo que mi corazón latiera acelerado y mis manos temblaran levemente.

Nunca antes había sentido algo así con un simple roce.

No tengo idea de cómo era la relación de mi madre con él, pero mi encuentro con Daniel fue impactante desde el inicio.

Al llegar a su casa, me recibió con una mirada seria y una expresión dura. Su semblante severo me intimidó, pero algo en el fondo de sus ojos mostraba tristeza y vulnerabilidad, lo que despertó en mí el deseo de conocerlo mejor.

Sin embargo, mi lado profesional provocó en mí un sinfín de dudas y conflictos: ¿sería ético desarrollar sentimientos más allá de una relación profesional con mi jefe? ¿Sentía él algo por mí, o solo era una atracción pasajera?

No quise admitirlo durante el día, pero ahora, lejos de la mansión y recordando cada momento que viví hoy, me pregunto cómo sería si él se permitiera abrirse a un nuevo amor, si dejara entrar a una nueva mujer en su vida y cuánto eso podría ayudar a Beatriz a tener una figura fuerte, decidida y, al mismo tiempo, cariñosa, que despertara en ella un lado que ni siquiera parecía saber que tenía.

En medio de esas reflexiones, tuve que lidiar con mis propias emociones y miedos.

Siempre he visto mi papel como psicóloga como el de ayudar a las personas a encontrar su equilibrio y felicidad, pero ¿cómo voy a lograrlo en casa de Daniel si yo misma me siento confundida y dividida con mis sentimientos?

—Olivia, ¿ya llegaste? —murmura mi madre, despertando poco a poco y entrecerrando los ojos, incómoda con la luz.

—Sí, mamá. Estoy aquí. —Tomo su mano y la aprieto con cariño.

—Estoy tan feliz de que hayas podido ocupar mi lugar por un tiempo… —susurra—. Casi lo arruino todo, Olivia. Si perdía este trabajo… —Su voz se quiebra—. ¿Qué habría sido de nosotras?

—¡Shhh! —intento calmarla, acariciando su rostro—. Yo me encargaré de todo, mamá. Te prometo que todo estará bien.

La verdad es que yo también quiero conocer mejor a Daniel.

Pero debo ignorar lo que siento por el bienestar de mi familia.

No puedo arriesgarlo todo, por eso seré extremadamente profesional y cumpliré mi papel hasta que mi madre esté en condiciones de volver a trabajar.

Capítulo 11

Daniel

Unos días después.

Los días pasaron desde que conocí a Olivia y la contraté para cuidar de mi hija.

Esperé ansiosamente nuestro reencuentro cada mañana, deseando tener otro momento a solas con ella. Sin embargo, parecía que el destino se estaba burlando de mí, porque cada vez que intentaba encontrarla o la esperaba, Olivia parecía estar evitándome o huyendo de mí.

Esto alimentó una sensación que terminó por afectar toda mi concentración en el trabajo.

Durante la semana, mis días en el tribunal fueron intensos y llenos de responsabilidades.

Estaba a cargo del caso más importante de mi carrera, una batalla legal compleja y de alto perfil que podría desmantelar una red de lavado de dinero que no solo afectaba a São Paulo, sino también a la mayoría de las grandes ciudades de Brasil.

Y aun estando ocupado, sepultado en una pila interminable de documentos y escuchando testigos sobre el caso, mis pensamientos y emociones siempre terminaban volviendo a Olivia.

—Nunca te había visto así, Daniel. —Fernanda me detiene en el pasillo, detrás de la sala del tribunal.

Fernanda y yo entramos al TRF3 en la misma época y, desde entonces, nos hicimos conocidos como la dupla dinámica, porque siempre tomábamos los casos más difíciles y aplicábamos el rigor de la ley sin miedo ni tentaciones por el dinero.

—¿Así cómo? ¿Con traje gris? —resoplo.

—Con la cabeza en la luna. —Se acerca, se echa el cabello rubio hacia atrás y esboza una sonrisa amable—. ¿Es por el caso que lleva ocho años estancado y ahora han aparecido nuevas pruebas?

—Ojalá fuera eso. —Camino hacia mi despacho y ella me sigue.

—¿Entonces qué es?

Trago en seco, dudando si debo compartir esto con ella.

—La nueva empleada de mi casa —digo con un tono despreocupado.

—¿No lleva dos años trabajando para ustedes?

—No, no esa. —Me paso la mano por el rostro.

Jamás mezclo el trabajo con mi vida personal, especialmente después de lo que pasó con Mari.

—¿Cambiaron de empleada? ¿Tú? ¿Que odias los cambios? —Fernanda me provoca.

—Sí.

—¿Y qué hizo para ponerte tan inquieto? ¿Tráfico de drogas? ¿Evasión de fronteras?

—Está huyendo de mí. —Trago saliva.

—¿Y está equivocada? —Fernanda suelta una carcajada y me da un leve codazo—. Mira, somos conocidos como "el poli bueno y el poli malo". Adivina quién es el malo.

—¿Yo? —Levanto una ceja.

—No, ¡imagínate! Solo masticas, retuerces y pulverizas a las personas en el tribunal como si fueran un pedazo de carne. —Fernanda me da una palmada en el hombro—. No conozco a un alma viva que no te tenga miedo. Excepto…

Se toca el mentón con el dedo índice, pensativa.

—¿Quién? —gruño.

—Yo, obviamente. —Se encoge de hombros—. A ver, dime, ¿por qué está huyendo de ti? ¿Rompió algo en la casa? ¿Puso a Bia en penitencia?

—No, hizo algo mucho peor.

—¿Qué cosa? —pregunta, ansiosa por la respuesta.

Olivia robó toda mi atención.

Llevo días sin poder dejar de pensar en ella, lo que es completamente extraño, porque ninguna mujer había logrado afectarme así antes.

Excepto…

Suspiro con pesar y hago un gesto negativo hacia Fernanda.

Durante todos estos años, he revivido la muerte de Mariana y me he mantenido cerrado al mundo.

Mariana fue la única mujer que realmente amé en toda mi vida. Cuando se fue, se llevó una parte de mí con ella. Desde entonces, nunca más permití que mi corazón se abriera a otra persona.

Fernanda me conoce bien y sabe la historia que compartí con Mariana.

También fue una de las pocas personas que me apoyaron durante aquel periodo oscuro de mi vida. Y por eso está sorprendida, porque hace mucho tiempo que no me ve tan afectado como ahora.

Olivia remueve mis emociones.

¿Por qué?

Necesito sacarla de mi cabeza. Quiero borrarla, fingir que no existe, parpadear y dejar que los días pasen hasta que ella se vaya y su madre recupere su lugar en la casa.

—¿Qué hizo ella, Daniel? —insiste Fernanda.

—Nada. Solo necesito cuestionar algunas cosas, aclarar unas dudas... —Muevo la cabeza en negación.

—¿Para el viaje a Florida? —Levanta una ceja—. ¿Ella es la que irá esta vez?

—Sí. Eso es todo. —Me masajeo la sien.

—Entiendo. Se acercan tus vacaciones y estás empezando a entrar en cortocircuito porque no sabes qué hacer cuando tienes que descansar —lamenta Fernanda.

—¿Cuándo fue la última vez que tomé vacaciones? —Entrecierro los ojos—. He estado viviendo para el trabajo.

—Sí. Y tal vez este sea el signo de que necesitas una vida más allá de esto. ¿Has pensado en abrir tu corazón otra vez? —sugiere—. ¿Sabías que tener una relación hace bien?

—¿Tú y Rapunzel de la Federal estáis conspirando juntos? —Niego con la cabeza—. No. No puedo, Fernanda. Sería injusto conmigo mismo y con la persona que se atreviera a involucrarse en algo así. Ya no soy el mismo de antes de perder a Mari.

Fernanda me mira con comprensión.

Sabe que no estoy listo para una nueva relación, aunque mi mente insista en pensar en Olivia.

La parte racional de mí dice que debo seguir con mi vida tal como está y olvidar a Olivia.

Pero el hecho de que ella me evite despierta algo en mí que llevaba años dormido y me hace querer al menos conocerla un poco más, para llenar los vacíos en mi mente y poder seguir adelante.

—Solo dale tiempo al tiempo, Daniel. Las cosas se resolverán en el momento adecuado —me anima.

—No. Además de la promesa que le hice a mi esposa de amarla por siempre, mi trabajo me impide tener una relación. —Soy categórico.

Después de todo, fue mi posición como juez y una investigación en mis manos lo que acabó con la vida del amor de mi vida.

¿Qué estaría haciendo con Olivia?

¿Poniéndola en peligro al acercarme?

No podía permitírmelo.

Era mejor así.

Ella tenía razón en mantenerse alejada y yo debía aceptar que solo estaría en mi casa unos días más antes de marcharse.

—Solo hay una forma de sanar nuestras heridas, Daniel.

—¿Y cuál sería?

—Enfrentándolas —sugiere Fernanda—. ¡Buen trabajo!

—Igualmente. —Cierro la puerta de mi despacho y regreso a mi escritorio.

Olivia

El viernes, después de darle la merienda a Beatriz y terminar todas sus tareas escolares para que tuviera un fin de semana libre, fui al hospital a buscar a mi madre.

Su estadía se prolongó porque comenzó a sentir mareos y el médico notó que estaba demasiado ansiosa e inquieta, así que no le dieron el alta el día previsto.

Entré animada en la habitación del hospital, feliz de poder llevarla a casa, cuando me detuve en seco en la puerta con el

corazón latiéndome con fuerza, desesperado.

Abrí los ojos de par en par, di un paso atrás y volví a mirar, para asegurarme de que no estaba imaginando al hombre de traje gris oscuro, sentado en el sofá al lado de la cama, conversando con mi madre.

—¿Doctor… señor… Daniel? —pregunto.

Me froto las manos contra los jeans y veo mis dedos temblar cuando me agarro de la puerta para cerrarla.

—¿Qué hace aquí?

—Vine a ver a su madre. Llamé al hospital y me dijeron que le darían el alta hoy —responde con naturalidad.

—Mira, hija, ¡qué flores tan lindas! —Mi madre señala un jarrón de cristal con flores blancas y una tarjeta con una letra fina y elegante que dice: "Esperamos que se recupere pronto y vuelva con nosotros lo antes posible. Daniel y Beatriz".

—Sí, realmente hermosas —coincido.

Mi jefe se levanta del sofá, abotona su traje y camina en mi dirección.

No da señales de desviarse, así que empiezo a dar pasos hacia atrás, pero él me sigue, firme, sin apartarse.

—¿Qué vino a hacer aquí? —gimo en un susurro cuando mi espalda choca contra la pared.

—Me cansé de esperar a que vinieras a mí, así que vine yo —su voz ronca me eriza la piel.

Me acorrala.

Mira hacia abajo y, con su mano grande y firme, me toca suavemente el brazo.

El escalofrío que recorre mi espalda me deja sin palabras, me hace tragar en seco, pero aun así lo miro con seriedad.

He estado pensando en él toda la semana, pero huí.

No podía arruinarlo todo.

Mi madre necesita este trabajo y no puedo ponerlo en riesgo.

Es gracias a que sigo siendo empleada del doctor Mascarenhas que ella ha podido quedarse aquí, bien atendida y recuperándose.

—Me debes una conversación, Olivia.

Lo miro, fingiendo sorpresa, pero asiento.

—¿Podemos hablar fuera de la habitación? Mi madre está justo ahí —señalo con la cabeza.

—Por supuesto.

—Mamá, ya vuelvo. Voy a acompañar al doctor Mascarenhas hasta la salida —le hago un gesto con la mano y salgo por la puerta, casi huyendo.

Él me sigue, ciego, como si estuviera persiguiendo mi rastro.

—No quiero ser invasivo ni hacerte sentir incómoda… —empieza a hablar con su tono ronco, serio, mirándome profundamente a los ojos—. Pero necesitaba verte. Hablar contigo.

—¿Hice algo mal, señor?

—Daniel —insiste—. Solo Daniel, Olivia.

—Está bien, Daniel —acepto.

Sigo caminando en dirección al ascensor, buscando un lugar más discreto, lejos de miradas curiosas.

—Y no, no hiciste nada mal. Es solo que, desde el momento en que te vi, no he podido sacarte de mi cabeza.

Bajo la mirada, sin saber qué decir.

Siento que me falta el aire y, cuando las puertas del ascensor se cierran, me doy cuenta de que fue un error venir aquí.

—No estoy acostumbrada a este tipo de atención, señor… Daniel —admito—. Todo esto es muy nuevo para mí.

—¿Quieres que me detenga? —pregunta sin rodeos.

Eso encaja perfectamente con su personalidad directa y austera.

—No. —Mis labios tiemblan al decirlo.

El escalofrío sube por mi columna y me deja completamente erizada.

Doy un paso hacia atrás, pero él da dos en mi dirección.

Sus ojos se clavan en los míos, recorren los lados de mi rostro y luego se posan en mis labios.

—Esto no es profesional —advierto.

Él es un hombre de la ley, muy correcto, sabe que no hay vuelta atrás si cruzamos esta línea.

Lo veo a solo un palmo de mi rostro.

Su barba perfectamente delineada, con tonos oscuros y plateados, sus labios hinchados y entreabiertos apuntando hacia mí, su mirada fija en cada uno de mis movimientos.

—Sí, lo es. Y también es más fuerte que yo —su mano derecha agarra mi nuca y me jala contra su cuerpo.

Mi corazón late descompasado, las mariposas en mi estómago cobran vida y mis piernas amenazan con ceder.

El beso es tan intenso, tan lleno de emociones contradictorias, que me deja aturdida.

Los labios suaves de Daniel encuentran los míos, y una descarga eléctrica recorre todo mi cuerpo, haciendo que el cansancio del día se disipe y cada parte de mí despierte con su toque.

El beso es delicado, pero al mismo tiempo está cargado de pasión, como si estuviéramos conectados por una energía inexplicable.

Sus manos grandes y firmes rodean mi cintura, acercándome aún más a él.

Siento el calor de su cuerpo contra el mío y no puedo evitar soltar un suspiro de placer.

Mi mente me grita que pare, que recuerde que somos jefe y empleada, que este es un terreno peligroso de explorar.

Sin embargo, mi corazón, traicionero, se rinde ante esta pasión arrolladora.

El beso se profundiza y sus caricias se vuelven más intensas.

La mano de Daniel recorre mi nuca, y me estremezco con su toque, tan delicado y, al mismo tiempo, tan provocador.

Cada movimiento, cada roce, es como una chispa encendiendo un incendio dentro de mí, y me pierdo en este sentimiento desbordante.

Es como si estuviera flotando en una nube de éxtasis, sin pensar en nada más, ni siquiera en las consecuencias.

Pero entonces, las puertas del ascensor se abren, devolviéndome de golpe a la realidad.

Nuestros labios se separan, pero nuestras miradas permanecen conectadas, reflejando la intensidad de lo que acabamos de compartir.

Mi corazón late tan fuerte que temo que pueda escucharlo.

Daniel sostiene mi mano, masajea el dorso, juega con mis dedos hasta que quedan entrelazados.

En ese rostro serio, malhumorado y hosco, aparece una sonrisa que parece iluminarlo todo.

—¿Con permiso? —Una familia carraspea, esperando entrar.

—Claro. Claro, por favor. —Salgo del ascensor y Daniel me sigue, sin dejar de mirarme fijamente.

Mis mejillas arden de vergüenza por haber sido sorprendida besándolo, pero no me arrepiento en absoluto.

—¿Estás bien? —Casi sollozo al final de la frase, de lo tensa que estoy.

—Solo estaré bien cuando lo hagamos otra vez —responde.

Se acerca con cautela y su barba roza mi rostro.

Me raspa la piel suavemente mientras desciende, y respira cerca de mi cuello.

Toda mi piel se eriza y mis pechos se sienten más pesados.

Siento una mezcla de vergüenza y deseo de volver a besarlo, pero me alejo.

—Necesito regresar. Mi madre me está esperando…

—Mañana es sábado, así que no tendrás cómo huir de mí —me recuerda.

Muerdo mi labio inferior y presiono frenéticamente el botón del ascensor.

Sé que si me quedo aquí, sucumbiré a la tentación y lo besaré hasta que mis labios queden hinchados.

De alguna manera inexplicable, Daniel Mascarenhas ha despertado en mí algo que no puedo ignorar.

Es un error. Está prohibido.

Y lo quiero otra vez.

Capítulo 12

Olivia

Mi corazón sigue acelerado mientras regreso a la habitación donde está ingresada mi madre.

Ese intercambio de miradas y ese beso robado me han afectado de una manera que jamás imaginé posible. Sudo frío mientras mi cuerpo parece arder.

Al mismo tiempo que siento una atracción irresistible por Daniel, también sé que es un camino peligroso.

Es mi jefe, y cualquier relación entre nosotros podría traer consecuencias devastadoras para mi carrera y para mi familia.

Entro en la habitación y encuentro a mi madre sentada en la cama, con una sonrisa amable en el rostro.

—Hija, ¡has tardado! Ya estaba preocupada.

—Lo siento, mamá. Tuve un pequeño contratiempo de camino. —Desvío la mirada, evitando que note cualquier indicio de lo

que acaba de suceder en el ascensor.

Mi mente es un caos de emociones contradictorias.

La razón me dice que debo alejarme de Daniel y evitar cualquier tipo de relación romántica, pero mi corazón no puede ignorar la atracción que siento por él.

Debería huir de todo esto, olvidar este sentimiento que ha surgido de la nada, pero es como si estuviera atrapada en un torbellino, arrastrada cada vez más hacia su centro.

—¿Pero estás bien?

—¡Sí, mamá! —Me acerco a ella y tomo su bolso—. ¿Y tú? ¿Te sientes bien? ¿Podemos irnos?

—Sí, podemos.

Apenas salimos de la habitación, ella carraspea.

—¿Qué quería el patrón?

—Ah… Quiere llevar a Beatriz a algún sitio bonito mañana, me pidió consejo. —Me muerdo la lengua por mentirle a mi madre.

Odio hacerlo.

Siempre hemos tenido una relación sincera y nos hemos contado todo.

Bueno, no todo.

Ella nunca me dijo que trabajaba para un juez tan importante, y yo no voy a decirle que acabo de besarlo.

—¿Cómo está Bia?

—Bien, mamá. —Suspiro.

—Me alegra que el doctor Mascarenhas quiera llevarse a la niña a algún lado —dice, radiante—. Rosario y yo siempre la llevábamos. Él nunca tiene tiempo para su hija, se pasa el día encerrado en el despacho trabajando.

—Ah, pero ahora que estoy en la casa, va a encontrar tiempo para su hija —digo con tono desafiante—. Me he dado cuenta de que es emocionalmente distante con ella. ¿Por qué será, mamá? ¿Acaso culpa a la niña por la muerte de su madre?

El simple hecho de hacer esa pregunta me duele en el alma.

Y decirlo en voz alta lo hace aún peor.

—No, hija. Los hombres como el doctor Mascarenhas fueron criados así, con cierta distancia de sus propios padres. Por eso no

saben cómo acercarse a sus hijos —explica.

—Hum. Pero la niña lo necesita. No solo necesita un proveedor, sino un padre.

—Sí. Y me alegra que seas tú quien me reemplace, porque tú, mejor que nadie, sabes identificar las necesidades de los niños. —Me abraza.

Salimos del hospital y me sorprende ver que Daniel ha dejado un coche esperándonos para llevarnos a casa.

Gracias a eso, evitamos el metro y llegamos a nuestro hogar con comodidad, rapidez y seguridad.

Durante la cena, mientras ayudo a mi madre a comer, mi mente sigue divagando sobre Daniel.

¿Cómo puede alguien afectarme tanto en tan poco tiempo?

¿Sentirá él lo mismo por mí, o solo ha sido un impulso momentáneo?

Pero incluso si siente algo, ¿vale la pena arriesgarlo todo por este romance prohibido?

Tengo la responsabilidad de cuidar de mi madre y asegurarme de que reciba el mejor tratamiento posible.

También debo garantizar que Beatriz tenga todo lo que necesita para crecer de forma saludable, lo que significa que tendré que enfrentar a Daniel por su actitud con su hija.

Un romance con él podría ponerlo todo en riesgo.

Sin embargo, cada vez que recuerdo la sensación de sus labios sobre los míos, el calor de su cuerpo contra el mío, siento un deseo arrollador de revivir ese momento.

Es como si mi cuerpo ya fuera adicto a la sensación de estar cerca de él.

*

Finalmente llegó el domingo, el día en que Daniel había prometido pasar tiempo con Bia.

Estaba ansiosa y nerviosa al mismo tiempo.

La atracción entre nosotros era innegable, pero sabía que debía tener cuidado de no dejarme llevar por ese sentimiento

prohibido.

—Haz lo que acordamos, ¿sí? —murmuro a Bia.

La niña me mira con incertidumbre, un poco temerosa.

—¿Y si el plan no funciona? —Se lleva un dedito a la boca.

—Sí que funcionará. ¿Confías en mí?

—Sí, confío.

—Entonces hazlo como te expliqué: cuando tu papá baje las escaleras, corre hacia él y lánzate a sus brazos —le explico nuevamente—. Si no te levanta, dile: "¡Papá, levántame! ¡Levántame!" —lo digo con entusiasmo.

Siempre he sido muy buena fortaleciendo lazos familiares y generando conexiones entre padres e hijos en la guardería.

Esperamos un rato más, aburridas en el sofá. Rosario está en la cocina, preparando la bolsa térmica.

A las nueve en punto de la mañana, Daniel sale de su despacho y baja las escaleras. En cuanto lo veo, mi corazón da un vuelco.

Está simplemente deslumbrante, con un pantalón negro de sastrería, una camisa azul de botones y el cabello ligeramente echado hacia atrás, pero con un toque desordenado.

—Buenos días, Olivia. —Su sonrisa es capaz de iluminar todo el ambiente—. Espero que estés lista para...

Daniel se interrumpe cuando Bia corre en su dirección.

Antes de que el pequeño cuerpo de la niña choque contra él, la atrapa, aunque con una expresión aún cautelosa, como si no comprendiera el significado de ese gesto.

—Beatriz, ¡podrías hacerte daño! —dice, con el ceño fruncido y un tono serio.

Eso apaga la alegría de la niña por un breve segundo.

Pero Beatriz es de las mías; incluso con la reacción de su padre, sigue el plan:

—¡Papá, levántame! ¡Levántame! —pide, sacudiendo los bracitos.

Daniel le lanza una mirada severa, como recordándole quién es él.

Y cuando me mira a mí, esperando que controle la situación, solo encuentra mi expresión de aliento, animándolo a hacerlo.

El hombre finalmente levanta a la niña en el aire.

Puedo ver un enorme signo de interrogación en su frente mientras balancea a Beatriz y hace que su vestido con vuelo gire.

—¿Así? ¿Así está bien? —Su voz suena preocupada.

Bia abre los brazos y suelta una carcajada tan pura y alegre que logra romper la expresión rígida de su padre.

Poco a poco, él se entrega al juego y comienza a girar con la niña por la sala, haciéndola reír hasta que finalmente la deja en el sofá.

—¡Otra vez! ¡Otra vez! —Bia suplica.

—Vas a sudar. Y estás tan bonita... —se queja.

—Ah, sudar está bien —intervengo en la conversación—. Lo importante es divertirse. ¡Aprovechad el momento! —Sonrío y me deslizo discretamente hacia la cocina.

Daniel sigue interactuando con Beatriz, aunque su expresión aún muestra cierta confusión.

Hace todo de manera rígida; es evidente que nunca antes había jugado así con su hija.

—¿Qué demonios está pasando? —Rosario se tapa la boca con la mano en cuanto lo dice—. ¡Dios mío! ¿Está bien?

—Está perfectamente bien. —Río—. ¿Necesitas ayuda para llenar la bolsa térmica?

—No, ya terminé. Puse todo lo que me pediste para el picnic. —Muestra su emoción—. No puedo imaginar al doctor Mascarenhas haciendo un picnic, pero estoy ansiosa por verlo.

—Lo verás, Rosario. Lo verás. —Le guiño un ojo.

Regresamos a la sala y encontramos a Daniel acomodándose el cabello y tratando de contener la emoción de Beatriz.

—Bien, hoy iremos a un lugar muy especial. Os encantará. —Su expresión es misteriosa.

Subimos al coche y, durante el trayecto, conversamos sobre temas triviales: las calificaciones de Beatriz, cómo estaba progresando en natación y sobre los almuerzos que había preparado durante la semana.

Sin embargo, sentía que había una tensión en el aire, como si Daniel y yo estuviéramos ocultándonos algo el uno al otro.

En veinte minutos llegamos al Parque Ibirapuera, uno de los lugares más icónicos de São Paulo.

Gracias a Dios, el día está soleado y el parque rebosa de vida.

Caminamos por los senderos, observando la naturaleza a nuestro alrededor.

Bia se queda fascinada con los patos nadando en el lago y con los enormes árboles que parecen tocar el cielo.

—Beatriz, ¡no te alejes! —su padre la advierte, preocupado.

Aun así, la niña corre para observar más de cerca a los animales.

Verlo salir de su rutina y enfrentarse a un desafío fuera del tribunal es divertido.

Daniel sigue de cerca a su hija, monitoreando cada uno de sus pasos para asegurarse de que no se aleje demasiado, mientras yo los observo desde la distancia.

Nuestros ojos se encuentran con frecuencia, y puedo sentir la electricidad entre nosotros.

Una hora después, mientras Bia ayuda a Rosario a montar el picnic, colocando las golosinas, aperitivos y bebidas sobre la manta, Daniel se acerca a mí.

Nuestros cuerpos casi se tocan.

La tensión en el aire se vuelve palpable, y soy capaz de sentir su mirada sobre mí.

—Olivia, yo... —empieza a decir, pero la voz entusiasta de Bia lo interrumpe.

—¡El picnic está listo! —anuncia la niña, bebiendo su zumo directamente de la botella.

La expresión de Daniel es divertida, aunque parece estar aterrado.

Seguro su intención era llevarnos a un restaurante de cinco estrellas, pero al ver todo lo que Rosario y Bia han preparado sobre el mantel de cuadros, se queda sin palabras y sin saber cómo sugerir otra opción.

—¿Has hecho todo esto? —me pregunta, desconcertado.

—Sí. ¿Quieres probarlo? —Extiendo la mano, invitándolo.

—¿Cómo has tenido tiempo para hacer todo esto?

—Soy buena administrando mi tiempo. —Sonrío.

Se sienta sobre la manta junto a nosotras y comenzamos a comer en silencio.

A cada bocado, Daniel parece más sorprendido. Suelta un leve gemido de aprobación y me mira con admiración.

—Todo está perfecto —dice, refiriéndose a la comida.

Creo que no se ha dado cuenta de que la comida es solo un detalle.

Lo realmente importante es que su hija está sentada en su regazo, descansando después de haber gastado toda su energía en el parque.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta Rosario con interés.

—Está bien, le dieron el alta ayer.

—¿Crees que volverá a trabajar pronto?

Trago saliva al escuchar la pregunta.

—En una o dos semanas. Se está recuperando rápido, pero todavía tiene episodios de ansiedad y nerviosismo por el proceso... —Suspiro.

—¿Llamaste al bufete de abogados que te recomendé? —Daniel me mira con seriedad.

—Sí. Ya tienen el caso en sus manos.

—Perfecto. Entonces dile a tu madre que no hay nada de qué preocuparse, el caso está ganado.

—Ojalá. —Cruzo los dedos.

—¿Te vas a ir, Olivia? —Bia se retuerce en el regazo de su padre y hace un puchero.

—Sí, mi amor. Cuando mi mamá regrese, me iré —le respondo con sinceridad.

—¡Papá, no la dejes ir! —Bia agarra el brazo de su padre con ambas manos y lo sacude con fuerza—. ¡Por favor! ¡Necesitamos a Olivia!

—Es... —Su padre se queda sin palabras, incómodo—. Aun cuando tu madre vuelva, piensa en quedarte con nosotros, Olivia —propone.

—Me encantaría, pero eso no contará en mi currículum. —Río con ligereza—. Intentaré volver a la guardería o enfocarme únicamente en la universidad.

—¡Por favor! ¡Por favor! —Bia abre sus grandes ojos color miel y luego los cierra, haciendo una oración silenciosa.

—No te preocupes, pequeña, estarás en muy buenas manos. Mi madre siempre te ha cuidado bien, ¿verdad? —le recuerdo.

—Sí, pero tú eres más divertida.

—¡No le digas eso! —Contengo la risa—. Gracias, es muy bonito ver este cariño.

—Olivia, solo... piénsalo —me pide Daniel, fijando sus ojos en los míos—. ¿Qué haríamos sin ti?

Me sonrojo, pero recibo sus palabras con el corazón abierto.

Sé que no he hecho mucho, después de todo, ha sido poco tiempo.

Pero entiendo que la primera ley de Newton no solo se aplica a la materia, sino también a la mente: "Un cuerpo en reposo tiende a permanecer en reposo, a menos que una fuerza actúe sobre él".

Si pudiera resumir mi llegada a la mansión Mascarenhas con una sola frase, sería esa.

Puede que no haya hecho mucho, pero hice algo.

Y ese "algo" parece haber roto años de barreras entre padre e hija.

Ahora les toca a ellos aprender a caminar juntos, sin mi intervención.

—¡No hablemos de mi despedida! —pido con entusiasmo—. ¡Vamos a disfrutar el momento, es todo lo que tenemos!

—¡Sí!!! —exclama Bia emocionada, tomando un gran trozo de pastel de chocolate con relleno de coco y embarrándose entera.

A cada cucharada, su padre usa una servilleta para limpiar su boca y mejillas, preocupado por ella.

Sí, definitivamente parece que las cosas están cambiando.

Y eso me alegra muchísimo.

Capítulo 13

Olivia

El día de paseo en el parque fue extremadamente productivo.

Rosario y yo dimos espacio para que padre e hija disfrutaran del momento juntos. Y aunque a veces parecían perdidos sobre cómo interactuar el uno con el otro, Daniel y Bia aprovecharon la oportunidad.

Este pequeño milagro no era el final, en realidad, era solo el comienzo. A partir de ahora, ambos tendrían que esforzarse por reconstruir el vínculo perdido.

Y necesitarían mucho más que un día en el parque para construir la relación que debieron haber tenido desde el nacimiento de la niña.

—Descansad, vosotras dos —dice Daniel en cuanto llegamos a la mansión—. Voy a llevar a la dormilona a su habitación.

Toma a su hija en brazos y entra con ella en la casa.

Rosario y yo caminamos lentamente hacia la propiedad, intercambiando una mirada cómplice.

—¡Qué milagro! —Frota las manos, satisfecha.

—En realidad, fue mucho trabajo duro. —Contengo la risa—. Creo que para Daniel es más fácil juzgar un caso de cinco mil páginas que ser el padre de Bia.

—Sí. Nunca aprendió a ser padre... siempre delegó esa responsabilidad —lamenta.

—Ahora no tendrá otra opción más que asumir su papel —digo con firmeza—. Al menos mientras yo esté aquí.

—¿Planeas irte? —La gobernanta entreabre los labios, sorprendida.

—Mi madre está mejorando...

—¿Justo ahora que el señor está mostrando avances? —Toma mis manos entre las suyas—. Piénsalo bien, Olivia. Conozco al doctor Mascarenhas desde hace muchos años y nunca lo había visto evolucionar tan rápido en tan poco tiempo.

—Me alegra oír eso. Solo me preocupa si será algo duradero...

—Lo será, si te quedas aquí y acompañas todo el proceso, hasta que ya no puedan separarse más. —Rosario aprieta suavemente mis manos y las sacude con delicadeza—. Hazlo por la pequeña, por favor. Te necesita.

Suelto un suspiro y asiento levemente con la cabeza.

—Tal vez —es mi única respuesta—, pero necesito un trabajo de verdad, para ayudar a mi madre.

—¡Pídele al doctor Mascarenhas que te deje quedarte cuando tu madre vuelva!

—No lo sé... —Muerdo mi labio inferior.

Este lugar es mucho más tranquilo y ordenado que la guardería donde hice mis prácticas. Comparado con eso, es prácticamente un paraíso.

Sin embargo, soy extremadamente profesional y siento que Daniel y yo vamos a sobrepasar esta relación muy pronto.

Y eso me asusta.

—Tómate tu tiempo, date un baño y medita sobre lo que hemos hablado. —Rosario me da unas palmaditas suaves en las manos y sube a su habitación.

Voy al cuarto de servicio fuera de la casa, abro la ducha con agua caliente y disfruto de un baño relajante después de un día tan productivo.

¿Quién diría que mi día más productivo sería un domingo?

Al terminar, dejo mi cabello húmedo cayendo hacia atrás y me pongo ropa limpia para regresar a casa.

El chófer ya me espera y, en cuanto me acerco, me dice:

—El doctor Mascarenhas quisiera verla antes de que se vaya.

—Por supuesto. —Señalo en dirección a su oficina, en una pregunta silenciosa sobre si debo encontrarlo allí.

Recibo un asentimiento afirmativo y regreso a la propiedad.

Subo las escaleras y camino hacia su despacho. Noto que el lugar está ordenado, pero no veo a mi jefe.

—¿Señor Mascarenhas? —lo llamo.

—Estoy aquí —responde desde el vestidor.

Avanzo con pasos cautelosos, temerosa de encontrarlo nuevamente en bata, como aquella vez.

Siento un escalofrío recorrerme al acercarme al cuarto y, cuando lo miro, lo veo con el cabello ligeramente húmedo, una camisa blanca de vestir, pantalón negro y zapatos lustrados.

—¿Va a salir?

—En realidad, voy a trabajar. —Me hace una señal para que volvamos al despacho—. Estoy llevando el caso más importante de mi vida, requiere toda mi dedicación.

—Ah... debería dormir un poco y relajarse.

—¿Relajarme? —Frunce el ceño, con una expresión de irritación.

Esa expresión lo hace ver aún más atractivo, dándole un aire de hombre rudo, diferente a la imagen del hombre de la ley que siempre intenta proyectar.

—Creo que el día le ha exigido demasiado. Parecía tan tenso al principio... —Contengo la risa.

—¿Te gusta analizar mis emociones? —Cruza los brazos y se sienta sobre el escritorio.

—Lo siento, no puedo evitarlo.

Siento mi corazón acelerarse al estar tan cerca de él, a solo unos pasos. Y cuando los ojos verdes de Daniel se fijan en los míos, mi rostro se calienta de vergüenza, sobre todo por mi sonrisa torpe, que me obliga a cubrirme la boca.

—¿Y qué has analizado desde entonces?

—Que usted es un hombre muy rígido consigo mismo, demasiado correcto y siempre dedicado a ser el proveedor.

—¿Por qué dices todo eso como si fuera algo malo? —inquiere con un tono severo, pero sus ojos siempre guardan cierta dulzura cuando me miran.

—Todo lo contrario, señor...

—Daniel —insiste.

—Todo lo contrario, Daniel —repito su nombre con énfasis.

Y por primera vez, noto lo que parece ser una expresión de satisfacción en sus labios, algo que nunca antes había visto en él.

—Son cualidades excelentes para un juez. Un hombre de la ley, que pasa ocho horas en el tribunal... pero...

—¿Pero...?

—Que luego necesita quitarse la ropa formal, la toga, la máscara de hombre impenetrable y ser simplemente Daniel. Solo un hombre que es padre de una niña preciosa y que también tiene necesidades.

Su respuesta es el silencio.

Un largo, ruidoso y frenético silencio mientras me observa de pies a cabeza.

—¿Quieres que me quite la ropa ahora? —murmura, con la voz ronca.

Siento un escalofrío en el estómago que se expande, y abro una sonrisa nerviosa.

La respuesta es "quiero", pero ningún sonido sale de mi garganta.

Solo muevo la cabeza en direcciones que ni yo misma sé lo que significan e intento alejarme, escapar hacia la puerta.

—Creo que será mejor que me vaya. —Trago en seco.

—Porque olvidé lo que era ser Daniel hace mucho tiempo —dice—. Pero cada vez que mi nombre sale de tus labios, es como si me recordaras la sensación.

Trago en seco nuevamente. Un calor se apodera de mi pecho, mis senos se sienten pesados y mi cuerpo sufre por la falta de aire, porque no puedo respirar con facilidad. Cada bocanada de aire suena demasiado fuerte, y quiero permanecer en silencio, pero es difícil.

—Por eso me gusta que me llames Daniel. Es como si me recordaras que soy más que mi profesión.

—Y lo eres. —Le dedico una sonrisa alentadora.

—Entonces déjame tocar tus manos una vez más. —Su tono siempre suena como una orden en lugar de una petición.

Lo cual es bastante gracioso.

—Creo que ya he probado muchas veces que no consumo drogas. —Levanto mis manos para que las vea.

Y en cuanto lo veo saltar de la mesa y avanzar hacia mí, coloco mis manos sobre mi vientre y abro los ojos de par en par a medida que se acerca, hasta que su rostro queda a centímetros del mío.

—No eres tú quien tiene que probar nada, soy yo quien necesita sentir que aún estoy vivo —murmura.

Su aliento fresco roza mis labios. Siento un escalofrío recorrer mi cuerpo y, antes de darme cuenta, me estoy acercando lentamente hacia él, como un imán.

Agarro el picaporte en un intento desesperado de huir y controlar el torbellino de emociones dentro de mí.

Daniel cubre mi mano con la suya.

Gimo suavemente y suelto el picaporte poco a poco. Me rindo.

—¿Por qué no puedo controlar mis impulsos cuando estoy contigo? —susurra Daniel, a solo unos centímetros de mi boca.

—No lo sé —es mi respuesta sincera, que sale como un gemido.

Mis manos tiemblan y mi corazón late de manera descontrolada.

No tengo idea de qué decir o cómo actuar. De hecho, estoy tan curiosa como él: ¿por qué soy incapaz de frenar este impulso que parece más fuerte que cualquier otra cosa en mí?

Estoy arriesgándolo todo. Tengo miedo de entregarme a esta pasión —si es que realmente lo es— y salir lastimada en el proceso.

Y aun así, aquí estoy, incapaz de huir y alejarme de él.

—Si quieres olvidar lo que pasó, lo entenderé —continúa.

Suspiro, sintiendo la tensión en el aire.

No quiero olvidar, pero tampoco puedo entregarme a este sentimiento, porque está mal en muchos niveles.

—Podemos olvidar todo esto y seguir como si nada hubiera pasado —digo, intentando sonar firme—. Muy pronto me iré y todo volverá a la normalidad por aquí... No necesitamos cruzar esta línea.

—¿No?

—No, Daniel. No necesitamos hacerlo.

—Qué lástima —dice. Sus ojos verdes se posan en mi cuello y luego suben lentamente hasta mi barbilla.

Y antes de que pueda decir algo más, siento su mano grande y firme posarse en mi nuca, apretándola suavemente mientras me acerca a su cuerpo con determinación.

—Porque yo no quiero... y no voy a olvidar.

Capítulo 14

Olivia

Daniel se acerca aún más, hasta que no queda espacio entre nosotros, excepto por nuestra ropa. Sin decir una palabra, me atrae hacia sus labios en un beso apasionado que hace que mi cuerpo se encienda por completo.

Intenté resistir todo lo que pude, pero la atracción entre nosotros era irresistible.

Con la mano libre, Daniel rodea mi cintura y me atrae con firmeza hacia él, haciéndome sentir el calor que irradia su cuerpo, incluso cubierto por su traje formal.

Al principio, no sé qué hacer, pero él me guía en ese beso hasta que alcanzamos una sincronía perfecta, lo que solo aviva un deseo abrumador dentro de mí. La tensión y el miedo desaparecen poco a poco, y antes de que él pueda decir algo cuando el beso parece acercarse a su fin, comienzo a desabrochar su camisa.

Daniel me empuja suavemente contra la pared y su boca se concentra en mi cuello, dejando un rastro de besos y chupetones a su paso. Yo, torpe, intento quitarle la camisa formal, pero se engancha en sus brazos fuertes.

—¡Aaah! —suelto un pequeño grito cuando él agarra mis piernas y me levanta, apoyándome sobre su entrepierna.

Mis piernas tiemblan, y solo me siento satisfecha cuando logro dejar todo su torso al descubierto. Me aferro a sus hombros en busca de apoyo y observo su piel suave, delineada por músculos. Lo araño con mis uñas y escucho un gemido ronco escaparse de la boca de Daniel.

Eso llena mi cuerpo de deseo.

Daniel me lleva hasta su escritorio, y con el brazo barre todos los documentos, portarretratos y objetos de la superficie, dejándolos caer al suelo. Me acuesta sobre el escritorio mientras se coloca encima de mí.

Desliza su mano debajo de mi blusa, acariciando mi piel de manera suave y provocativa. Y, correspondiendo a mi gesto, me quita la blusa y aparta mi sujetador, liberando el peso de mis pechos, que van directo a su boca.

Él toma uno de mis pezones mientras masajea el otro, excitándome aún más. Su boca caliente y húmeda me provoca escalofríos que me impiden quedarme quieta sobre la mesa. Mi cuerpo se retuerce, con espasmos leves y continuos con cada toque suyo, hasta que su boca alcanza mi otro pecho.

El chupón es lento y dedicado, y en el pezón libre siento a Daniel pellizcarlo suavemente.

El efecto de esto se nota inmediatamente en mi ropa interior. Me mojo, y mi cuerpo se calienta más de lo normal.

—Yo me encargo de eso —dice él al notar mi movimiento para comprobar la humedad en mi ropa interior.

—Solo no pares lo que estás haciendo —pido, cerrando los ojos con vergüenza.

—Oye. —Daniel acerca su nariz a la mía—. Mírame.

Abro los ojos lentamente, un poco avergonzada por la situación.

—Quiero mirarte en cada segundo hasta el momento en que te corras sobre mi polla.

Sus palabras parecen combustible para mi cuerpo excitado.

Daniel chupa mi pezón mientras me mira con su actitud ruda y dominante, y eso me moja aún más. Consciente del efecto que tiene sobre mí, aprovecha para desnudarme por completo, y cuando sus manos me quitan la última prenda, su lengua desciende por mi vientre, disminuye el ritmo en mi entrepierna y hunde su rostro en mi abertura.

Arqueo la cabeza hacia atrás y tomo todo el aire que puedo con la boca, aunque mis pulmones sienten que necesitan más.

—Así... bien dentro de mí, quiero sentirte... —gimo en voz baja.

La lengua de Daniel serpentea dentro de mí y llega muy profundo. Tira de mis muslos y aprieta su cabeza entre ellos, yendo tan lejos como puede.

—Córrete en mi boca, Olivia —ordena, con su tono autoritario.

—No sé si puedo... —Siento mis mejillas arder.

Mi negativa parece excitarlo aún más. Hunde su rostro en mí nuevamente, haciendo que su lengua contornee mis carnes mientras entra y sale sin parar.

Al ver los espasmos involuntarios de mi cuerpo, Daniel decide chupar mi parte más sensible. Introduce dos dedos húmedos dentro de mí y comienza a follarme sin parar, mientras me anima con su voz ronca:

—Quiero sentir tu líquido en mi garganta. Córrete para mí, Olivia...

Es tan ágil con sus manos que me hace sentir la intensidad de su deseo. Mi cuerpo responde a sus órdenes casi de inmediato. Mi piel se calienta y siento un orgasmo abrumador apoderarse de mí, como si fuera una fiebre.

Miro a Daniel, dedicado a darme placer, y veo el brillo en su mirada, lo que hace que este momento sea aún más arrebatador.

Me mira como si yo fuera única, preciosa, la persona a la que quiere cuidar y con quien vivir cada deseo intenso. Eso hace que me entregue por completo y deje que la ola de mi placer llegue con una intensidad que nunca antes había sentido.

—Soy yo quien te necesita ahora —se levanta.

Veo el gran volumen en su pantalón.

—Yo también te necesito —digo, tocando los costados de su torso con mis uñas mientras se coloca entre mis muslos.

Daniel baja la cremallera de su pantalón y frota su polla sobre mí, la empapa con mi líquido y pide espacio para entrar.

—Úsame, hazme sentir completamente tuya —le pido.

—No digas palabras de las que podrías arrepentirte —me advierte.

—Por favor —suplico—. Haz lo que quieras conmigo.

Nunca había sentido algo así antes, una pasión tan abrumadora e intensa. Era como si él tuviera el poder de despertar todos mis sentidos al mismo tiempo, haciéndome sentir viva como nunca antes.

La adrenalina en mí simplemente se disparó con su simple toque, y ahora, con mi cuerpo bajo el dominio de Daniel, estoy entregada a mis instintos.

Las manos de Daniel exploran cada centímetro de mi cuerpo.

Cierro los ojos y siento la presión invadirme cuando me penetra. Entreabro los labios en un intento desesperado de tomar

aire, pero cuanto más lo tengo dentro de mí, más mi cuerpo entra en una ola efervescente.

—Así. Eres tan deliciosa —murmura, animándome.

Daniel agarra mis pechos y los aprieta suavemente. Hunde su cuerpo dentro del mío mientras me atrae hacia él.

Estiro el cuello para respirar y quedo a pocos centímetros de su boca, exhalando un aire caliente y sensual que sigue el ritmo de sus embestidas dentro de mí.

—Mierda... —dice.

—¿Qué pasa?

—Me quitas todo mi autocontrol —los ojos de Daniel brillan, y eso me pone la piel de gallina—. Y aún así no me siento satisfecho...

—¿No? —Mi corazón se detiene.

—No. Necesito más —aplasta mis nalgas y me levanta para sentarme sobre la mesa.

Quedo con las piernas abiertas, con Daniel entre ellas. Siento sus dedos curiosos enredarse entre mis hilos hasta que su mano firme se posa en mi nuca.

Me atrae hacia un beso ardiente mientras me folla deliciosamente. Su otra mano descansa en la parte baja de mi espalda y me atrae con intensidad, haciendo que nuestros cuerpos emitan un sonido obsceno y estimulante con cada encuentro.

—Daniel, ¡estamos haciendo demasiado ruido! —lo alerto al escuchar la mesa crujir.

—No me importa. Lo único que me importa ahora eres tú.

Al decir eso, chupa mi labio inferior y me besa con tanta pasión que mi cuerpo se entrega por completo al placer, y todo lo que no sean nuestros cuerpos en fricción deja de existir.

Lo abrazo por la nuca, luego mis manos se aferran a su cabeza, tirando de él cada vez más fuerte hacia mí.

Daniel es tan bruto y hambriento como imaginé, pero al mismo tiempo, sus dedos al acariciar mi cuerpo y tocar mi piel son suaves y gentiles.

—Córrete de nuevo para mí —pide—. Quiero sentir tu placer derramándose sobre mí.

Me mira tan serio que mi cuerpo entra en alerta.

Me siento dividida entre sus ojos verdes, que me hacen sentir como la persona más importante del mundo para él en este momento, y el sexo delicioso y envolvente que me deja sin aliento y pidiendo más.

Siento que el orgasmo llega con tanta intensidad que prácticamente colapso en sus brazos.

Daniel agarra firmemente mis muslos, me aparta de la mesa y sostiene el peso de mi cuerpo. Sigue follándome con intensidad hasta que se corre dentro de mí, y esa es una sensación extrañamente deliciosa que me hace querer moverme sobre su polla dura e hinchada.

Cuando termina, sudado y con una sonrisa sutil en los labios, Daniel me lleva en sus brazos al baño, enciende la ducha caliente y deja que el agua caiga sobre nosotros.

—Todavía estás medio vestido —digo jadeante, mirando hacia abajo.

—Lo sé.

Es algo extraño para un hombre que siempre sigue las reglas y nunca deja que las cosas cambien su rumbo.

—Esa es la belleza en ti. Me sacas de mi eje —toma los mechones mojados de mi cabello y los coloca detrás de mi oreja.

—No sé cómo lidiar con esto... —niego con la cabeza—. Fue incorrecto de tantas maneras...

—Y delicioso —complementa, chupa mi labio inferior y hace que mi cuerpo se caliente de nuevo. Es imposible no envolverme en su abrazo apretado y su cuerpo mojado rozándose contra el mío.

—Eso no lo hace menos incorrecto.

—Me pareció lo correcto —acaricia mi nuca con ternura.

Al decir esas palabras, hace que mis mejillas ardan. Me siento deseada y valorada por él, algo que nunca antes había sentido.

—Espero haber sido gentil contigo.

—Gentil como un camión atropellando a alguien —me río.

Y él se ríe también.

En este momento, parece que estamos más conectados que antes.

—Entonces déjame cuidarte esta noche...

—¿Y atropellarme unas cuantas veces más? —entrecierro los ojos.

—Unas cuantas. Hasta saciar mi deseo.

Daniel me hace sentir protegida y acogida cuando me abraza.

El agua caliente cae sobre nuestros cuerpos y elimina todo rastro de sudor y cansancio, pero no borra el recuerdo de su mirada en mí, algo que me marcó como un tatuaje.

Algo que me decía que yo era suya y de nadie más.

Capítulo 15

Olivia

Después de una noche cargada de emociones, dormí con una camisa de mi jefe en su cama.

De todas las cosas que pensé que podrían suceder entre Daniel y yo, ninguna me preparó para tenerlo abrazado a mí mientras dormía plácidamente.

Desperté con ganas de ir al baño y me quedé paralizada al sentir su respiración cálida en mi nuca. Al intentar deslizarme fuera de la cama, él me sujetó con fuerza, casi de manera instintiva. Su barba rozó mi piel, provocándome un escalofrío que me erizó por completo.

Esperé un poco más antes de poder escapar de la cama, caminé de puntillas hasta la suite, me senté en el sanitario y vi tres llamadas perdidas de mi madre y al menos una docena de mensajes de Kalinca.

22:47 – Kalinca: Tu mamá dijo que no habías vuelto del trabajo y preguntó si estabas aquí. Le dije que sí. ¿Qué pasó? ¿Dónde estás?

Llamada de voz perdida a las 23:04 mientras el modo "No Molestar" estaba activado.

23:05 – Kalinca: Amiga, ¿te dejaron tirada en un descampado? ¡Mándame noticias!!!!!!!!!!

23:11 – Kalinca: Ahora en serio, Olivia, deja de hacerte la graciosa y manda una señal de humo, o voy a la policía. O peor, le diré a tu mamá que no estás aquí.

Llamada de voz perdida a las 23:20 mientras el modo "No Molestar" estaba activado.

23:25 – Kalinca: Llamé a mi amiga vidente, la que recibe a la Pomba Gira, y me dijo que estabas *en la vara*. ¿Qué significa eso? No tengo idea. Pero si no me dices dónde estás antes de las seis de la mañana, se lo contaré a tu madre y ella sí lo entenderá.

Respiro con dificultad y siento el peso de la realidad cayendo sobre mis hombros.

Son casi las cinco de la mañana y yo debí haber vuelto a casa antes de las ocho de la noche.

Después de nuestro momento ardiente, Daniel vino conmigo a su habitación. Intentamos hablar un poco mientras yo bebía champán, pero nuestra química fue más fuerte.

Me lanzó de cuatro en la cama y terminó de hacerme perder el juicio.

Me agotó tanto que me quedé dormida, y ahora necesito salir de aquí lo antes posible.

4:48 – Olivia: Dormí en casa del jefe.
Salgo para casa en un rato, cuando pueda te explico.
Beso.

Termino de enviar el mensaje y regreso al cuarto.

Recojo mi ropa y mis cosas, me visto lo más rápido posible, pero no es fácil mantener la concentración cuando hay un hombre de casi dos metros de altura acostado en la cama, usando solo un

bóxer ajustado, con la cara apoyada en la almohada que está abrazando.

Por más tentador que sea quedarme aquí admirando la espalda ancha y fuerte de mi jefe, necesito escapar.

Salgo del cuarto con pasos cuidadosos, voy a su oficina para recoger mi bolso y bajo las escaleras con agilidad.

—¡Buenos días! —digo rápidamente al pasar junto al guardia de seguridad.

Él me lanza una mirada llena de interrogantes, pero abre el portón sin decir nada. Solo sugiere:

—El doctor Mascarenhas pidió que el chófer la llevara a casa.

—No hace falta, tomo el primer autobús que pase y llego en un momento. —Me tapo la boca para esconder un bostezo.

—¿No es peligroso?

—No, estoy acostumbrada. ¡Gracias!

Acelero el paso hasta la parada de autobús y espero el transporte. Tarda un poco en llegar, y casi me duermo de nuevo, pero aun así subo y vuelvo a casa.

Tengo la suerte de llegar y encontrar a todos todavía dormidos, así que me dejo caer en la cama y me rindo al sueño.

*

—Rum-hum. —Oigo claramente a alguien carraspear.

Abro los ojos y casi salto de la cama al ver a Kalinca sentada a mi lado, con su cabello largo y liso caído hacia adelante como Samara, de la película *The Ring*, y una plancha en las manos, alisando los mechones mientras intenta fusionarse con alguna pesadilla que tuve.

—Qué susto, Kalinca, casi grito. —Me masajeo el pecho, justo sobre el corazón.

—Fue exactamente mi reacción cuando tu madre dijo que la señorita *miss zona este* estaba desaparecida. —Lanza todo el cabello hacia atrás de una sola vez y me mira con seriedad—. ¡Habla! —Golpea mi pierna con la plancha.

—¡Au!

—¡*Au*, una mierda! ¡Habla! —exige.

—¿Hablar qué?

—No te hagas la santa, Olivia, te conozco. ¡Perderías un millón de reales antes que perder la oportunidad de dormir en tu cama! —Sigue golpeándome con la plancha; siento el calor a pesar de estar cubierta.

—Fue un día agitado… —Intento encontrar las palabras, pero no puedo.

—Agitada voy a estar yo si no me cuentas qué pasó. ¿Qué es esa historia de *vara*?

Kalinca me analiza con furia en la mirada.

Y con un simple cruce de miradas, lo entiende al instante y se tapa la boca.

—Entonces, ¿quiere decir que estabas en otra cama, pero no estabas durmiendo? —me provoca.

—¡Habla bajo, mi madre puede oírnos! —le reprocho.

—Se fue a comprar pan. ¡No te desvíes del tema!

—Sí, estaba en otra cama… y dormí. Porque el día fue agotador. —Suspiro.

—Pobrecita de mi amiga, pasó tanto tiempo acostada y aun así siguió *trabajando*… —Sacude los hombros—. ¡Cuenta! —insiste, agitando la plancha como si fuera un cuchillo.

—Sí. Dormí con mi jefe —admito.

Y un sentimiento de vergüenza y culpa se apodera de mí. Siento que mi rostro arde y apenas puedo mirar a mi amiga.

—¡¡¡ESTE ES EL BRASIL QUE YO QUIEROOOOO!!! —grita la loca.

No contenta con eso, salta de la cama, saca el trasero y empieza a bailar una música imaginaria.

—¡Te lo dije, Olivia! ¡Te lo dije, esto era fuerte!

—Sí. ¿Pero a cambio de qué? Tengo una resaca moral horrible. —Soplo todo el aire de mis pulmones y la miro, todavía absorta en su baile.

—Entonces la sacudida estuvo buena. —Aplaude y se frota las manos—. Porque para tener resaca moral, el asunto debió ser memorable.

—La primera lo fue. Y en la segunda… me puso de cuatro, me tiró del pelo y me empujaba con la…

—¡¡¡AEEEEEEEE!!! —Kalinca empieza a correr por la habitación como si fuera a derribarla—. ¡Es de Brasil! ¡Es de Brasil! —grita como si estuviera celebrando un gol.

Termina su show en cuanto escucha el sonido del portón abriéndose. Se lanza sobre la cama a mi lado y me mira fijamente, acariciando un mechón de mi cabello con los dedos.

—¿Y por qué la *gata* no está feliz?

—¿Debería estarlo? Fui una pésima profesional.

—Olivia, tienes un culo grande y bonito, no necesitas preocuparte por ser profesional. —se burla.

—¡Déjate de tonterías! —Contengo la risa—. Es mi jefe.

—Pide un aumento.

—En unas semanas dejaré el trabajo, mi madre va a volver.

—Entonces pídeselo a ella, ¡carajo! —Kalinca golpea la cama con la palma abierta.

—No es así como funciona. Es juez. Creo que me metí en un…

Cuando me doy cuenta de que acabo de revelar información confidencial, siento que todo mi cuerpo se congela.

Es como si mi alma abandonara mi piel, y la mirada chispeante de Kalinca me asusta.

—¿Juez? ¿Es juez? Entonces, ¡de verdad entraste en la vara!

—¡Shhh! ¡Cállate!

—¿Pero qué tipo de *vara* era? ¿Una vara criminal? ¿Una vara civil? ¿Una vara de hacienda?

—Esto nunca puede salir de aquí. Por el amor de Dios. Me hizo acceder a un *nada consta*. Necesita proteger a su hija, su identidad y todo lo demás…

—Entonces es una vara de familia —analiza—. ¿*Gordota, venosa, babosa, cabezona*?

—¿Kalinca?

—¡Olivia! —dice con un tono irritado y burlón—. ¡Cuenta bien la historia! ¿Cómo que estás saliendo con un juez?

—No estoy saliendo con él, trabajo para él. Y… pasó…

—¿Pasó *grandote*?

—¡Ay, basta! ¡Esta conversación no va a ninguna parte! —protesto y me levanto.

Me amarro el cabello en un moño y, al pasar por el espejo, noto que todavía llevo puesta la camisa de Daniel. Me la quito de inmediato y busco cualquier ropa menos sospechosa.

Mi amiga se lanza sobre la prenda, tira de un lado mientras yo jalo del otro. Cuando parece que se va a rasgar, la suelto.

Ella le da varias olfateadas a la tela, lo que me genera un inexplicable ataque de celos. Pero enseguida me la devuelve, con la mirada perdida, vagando por mi habitación.

—Olor a hombre rico, 23 cm, una cabeza enorme y una vena prominente, un saco grande que hace mucho ruido cuando golpea el trasero y algunos pelos —analiza.

Me quedo con los ojos abiertos como platos y muda, mirándola.

—Acerté, ¿verdad? Sí, tengo talento.

—¿Qué fue eso?

—Hay gente que lee el futuro en los posos del café, yo leo el futuro en el olor de los machos. Mi tercer ojo ve hasta los detalles

del pito.

—Ah… —desprecio la idea.

Pero trago saliva, porque acertó en todo.

—No quiero volver allí. —Niego con la cabeza y doblo la prenda, metiéndola en mi bolso.

—Claro que vas a volver. Tu madre, tú y tu familia necesitan ese empleo. —Me devuelve a la realidad.

—¿Con qué cara voy a mirarlo, Kalinca?

—Con cara de quien quiere una buena embestida violenta —aconseja—. Y una chupadita en el pezón mientras mete, si no es pedir demasiado.

—Kalinca, mi vida se ha acabado…

—¿Acabado qué, chica? ¡Ese hombre debe estar xonado por ti!

—Me va a despedir.

Kalinca me agarra por los hombros y me sacude violentamente.

—¡Deja de decir tonterías! ¡Eres psicóloga, no entres en crisis!

—Los psicólogos también pueden volverse locos —aclaro.

—Obvio, Olivia, tienes un diploma en locura. ¿Qué pasa por la cabeza de un hombre? Tonterías. ¿Y por la de una mujer? Locuras.

Su visión es ofensiva y graciosa, por eso la amo tanto. La abrazo como si pidiera auxilio.

Kalinca me corresponde al instante, presiona sus manos en mi espalda y me masajea suavemente.

—Todo está bien y todo estará bien. Tal vez solo quiera cogerte en horario laboral, son los beneficios y los perjuicios de ser CLT…

—Te odio —murmuro.

—No me odias nada. —Me da una palmada en el trasero—. Quiero los detalles sucios. Quiero…

Somos interrumpidas por mi madre, que golpea la puerta entreabierta y luego entra.

—Hola, niñas. ¿Cómo están? ¡Me preocupé!

—Relájese, tía, todo bajo control. Necesitaba ayuda de madrugada para hacer unos desinfectantes y Olivia fue a mi casa. Le traje el de bambú, ¿ok? —Kalinca señala una botella de plástico

dentro de una bolsa en el suelo, con un líquido lechoso—. Sé que le encanta.

—Gracias, querida. ¿Cómo van las ventas?

—Mejor de lo que si hubiera estudiado y estuviera dando clases. Solo soporto niños en rituales de umbanda cuando les baja en el médium, tía —explica.

Le doy un codazo a Kalinca para que deje la locura de lado y se concentre.

—¿Y tú, hija? Me preocupé. ¿Ni un mensaje? ¿No contestaste mi llamada?

—Mi móvil se quedó sin batería y… —miro a mi amiga— había mucho trabajo por hacer.

—Un *trabajazo* del carajo, tía —refuerza Kalinca.

—Sí… —digo con vergüenza, sintiendo mis mejillas arder—. Lo puse a cargar de madrugada, cuando terminamos todo.

—Trabajó duro. Estaba como… en la vara.

—¿Kalinca?

—Yo.

—¿No es hora de que vayas a trabajar, preciosa? —Señalo el reloj.

—Sí, tengo que irme. Porque mi cuenta bancaria y mi trasero solo van a crecer con mi esfuerzo. —Me lanza el cabello en la cara, toma el regalo para mi madre y se lo entrega.

Luego sale contoneándose.

—¡Espero noticias tuyas, Olivia!

—¡Chao, Ka! —Niego con la cabeza—. Hoy se ha despertado con todas las pilas… bien loca…

—Amo a esa niña. —Mi madre destapa la botella y el aroma perfuma el ambiente—. Tengo noticias del abogado que me recomendaste.

—¿Hmm? ¿Qué pasó? —Mi corazón se acelera, mi voz sale casi débil.

—Ya llevó el caso a segunda instancia y dijo que lo seguirá con dedicación. Que hará todo lo posible para que todo avance rápido y espera dar noticias pronto.

Suspiro aliviada. Aun así, necesito mantenerla con los pies en la tierra para que no tenga otro susto.

—Pero recuerda que estas cosas de la justicia tardan, mamá. Lo importante es que ahora el caso está en manos de alguien competente.

—Sí. El abogado ya dijo que no necesito pagar nada más a esos estafadores y que pronto tendré mi dinero de vuelta.

—¡Eso es genial! —Voy hasta ella y la abrazo—. ¿Y cómo te sientes?

—Bien. Creo que ya estoy lista para volver al trabajo.

Siento que mi corazón se detiene y el pecho se me congela. Mi vista se desenfoca por un instante y mi mirada se pierde en el vacío de la pared.

—¿Crees que podrás acompañar a Daniel a Estados Unidos? —pregunto.

Mi madre me mira extrañada por haberlo llamado así.

—El médico me pidió que no me esfuerce demasiado… —Suspira—. Y solo Dios sabe lo exigente que puede ser la madre del doctor Mascarenhas. Dice que como la empleada tiene la oportunidad de viajar a Miami, tiene que trabajar el doble para que valga la pena el billete de avión.

—Vaca.

—¿Olivia? ¿Esa fue la educación que te di? —me reprende.

—¿Qué te parece si voy yo en este viaje? Y cuando regrese, tú retomas todo —propongo.

—¿Cuándo son las vacaciones del doctor Mascarenhas? —Trata de hacer un cálculo mental.

Antes de que pueda responder, recibo una notificación en el móvil.

Abro los mensajes y veo que Rosario acaba de enviarme un billete a Miami con mis datos.

Es como si Daniel estuviera dejando claro que la que va con él soy yo.

—En siete días —respondo, al mirar la fecha.

—¡Vaya! ¡El tiempo está volando! —Mi madre sale de la habitación y la sigo hasta la cocina—. Bueno… al menos vas a poder ir a Disney. Siempre quisiste ir, desde niña.

—Sí…

—Me alegra que tengas esta oportunidad, aunque sea por trabajo —dice con cierta tristeza al final.

—¿Crees que podrás arreglártelas sola aquí?

—Siempre ha sido así, no sería diferente ahora. —Mira a su alrededor—. Tu padre… un inútil que nunca ayuda en nada… Si necesito auxilio… tendré que llamar a Kalinca.

—Ah, esa es buena para todo.

—Sí que lo es. Ahora descansa, hija, aprovecha que tienes el lunes libre para dormir… después te llevo el café a la habitación. —Empieza a preparar todo.

—¿No necesitas ayuda?

—No, necesito poner el cuerpo y la mente a trabajar.

Se mueve despacio, pero con firmeza, empieza y termina todo lo que se propone.

Me gustaría mucho quedarme con ella y hacerle compañía, pero mis ojos pesan demasiado y necesito al menos treinta minutos más de sueño.

Por eso me arrastro hasta la habitación, me dejo caer en la cama y, al apoyar la cabeza en la almohada, el perfume de Daniel

invade mis pulmones.

Eso hace que mi cuerpo se relaje mientras intento recordar cada segundo de la noche anterior.

Capítulo 16

Daniel

Despertar sin Olivia en mi cama es como recibir un puñetazo en el estómago.

Me quedo unos minutos acostado, observando el lado vacío que dejó, junto con su aroma. Apoyo la cabeza en la almohada que usó, cierro los ojos y ruego mentalmente para que salga del baño o aparezca. Pero en los cinco minutos que pasan, no hay señal de ella.

Me levanto y miro los dos coches allá abajo. Llamo inmediatamente al guardia de seguridad.

—¿Alguien salió de la casa durante la madrugada? —pregunto.

Me froto la cara con la mano para espantar el sueño.

—Sí, señor. La señorita que cuida de su hija.

—Entiendo. ¿El chófer la llevó?

—No, señor, dijo que no era necesario.

—Pero yo dije que era necesario —gruño.

—Lo siento, señor, pero insistió en tomar un autobús.

—Y yo insisto en que la próxima vez la lleven a casa con seguridad o me despierten para que lo haga yo.

Cuelgo el teléfono y voy al baño de la suite para ducharme.

Quitar su olor de mi cuerpo parece lo peor que podría hacer en este momento. Realmente creí que, si saciaba el deseo que siento por Olivia, este desaparecería y podría olvidarla.

No puedo. Ella sigue en mi cabeza incluso ahora, y el deseo solo aumenta.

No sé qué haría si estuviera aquí, pero su ausencia parece desmoronar mi mundo.

—¿Rosario? —digo apenas atiende mi llamada.

—Buenos días, patrón. ¿Quiere que suba a la oficina? Estoy preparando a Bia para la escuela.

—No. Quiero la dirección de Olivia —digo mientras escojo la ropa para el trabajo.

—Creo que eso no será posible, señor. —Traga saliva.

—¿Por qué?

—Porque hay un acuerdo de confidencialidad, tanto para protegerlo a usted como para protegerla a ella —responde la ama de llaves en un tono cauteloso.

Y ella sabe que soy el tipo de hombre que sigue las reglas, cueste lo que cueste.

—A la mierda, quiero la dirección.

No puedo creer que esas palabras salgan de mi boca.

Aun así, parecen las palabras correctas para un corazón desbocado.

—¿Esto es alguna prueba o una broma? —Su voz tiembla.

—No. Solo quiero la dirección.

—Señor, la multa por romper el NDA es de quinientos mil reales, y yo no voy a pagar por eso —intenta mantenerse firme, pero su voz vacila.

Cierro los ojos, molesto. Aparto el teléfono de mi rostro y me repito mentalmente: *¿No puedes esperar hasta mañana, cuando ella*

estará aquí otra vez?

—Estoy tratando de ser racional, doctor Mascarenhas —advierte con ese tono maternal y severo a la vez, de quien me conoce desde niño.

—Tienes razón, Rosario. —Suspiro—. No dejes que Bia suba al coche antes de que baje.

—De acuerdo, señor.

Cuelgo y termino de arreglarme.

Bajo las escaleras y encuentro a mi hija uniformada, con su mochila lista para la escuela. Le revuelvo el cabello con cariño y veo cómo una sonrisa gigante ilumina su rostro.

—Buenos días, pequeña. ¿Qué harás hoy en la escuela?

—Tengo clases de portugués, geometría e informática —responde con entusiasmo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué aprenden en informática a tu edad? ¿A manejar Facebook? —Hago una mueca.

—¿Qué es eso? —Bia repite mi expresión.

Y eso me da ganas de reír, porque somos demasiado parecidos.

—Solo bromeaba. Compórtate.

Acompaño a Bia hasta el coche y abro la puerta para que suba.

—¡Chao, papá! —saluda, agitando la mano.

—Chao, nos vemos más tarde.

Rosario observa todo desde la pared de vidrio, sorprendida. Retrocede unos pasos cuando regreso a la sala.

—¿Está todo bien, doctor?

—Estoy perfectamente —respondo con mi tono irritado de siempre—. Voy a quedarme hasta tarde en el trabajo revisando las pruebas que la Policía Federal recogió del caso que voy a juzgar.

—¡Suena emocionante! —La mujer sonríe y aprieta el teléfono contra su cuerpo.

—Son siete horas de vídeo, una montaña de comprobantes bancarios y cajas llenas de documentos y pruebas.

Intento pensar en la mejor manera de arrancarle el móvil de las manos, pero todas parecen demasiado invasivas.

Y definitivamente no soy ese tipo de hombre.

Pero estoy inquieto, porque sé que al salir por esa puerta, no podré concentrarme en nada más que en una respuesta de Olivia.

Aunque sea solo un: *Buenos días, dormí bien.*

Y nada más.

—Debe de ser agotador, doctor.

—Lo es. Muy agotador. —Aprieto la mandíbula y observo su móvil.

—Pero no se preocupe, la casa estará en orden. Y aunque Olivia tenga su día libre hoy, yo me encargo de Bia —afirma con entusiasmo.

—No dudo de tus habilidades, Rosario.

—Gracias.

—¿Qué hora es?

—Son... —Toma el móvil y lo desbloquea, poniéndolo frente a su rostro—. 7:15, doctor. Aún tiene…

Creo que la palabra que iba a decir es “tiempo”.

La mujer se queda muda y sin reacción cuando le quito el móvil de las manos y empiezo a caminar por la casa. Abro la lista de contactos y busco a Olivia.

—¿Señor? ¿Doctor Mascarenhas? ¿Qué está haciendo?

—Nada, solo verificando algo.

Acelero el paso para que no se acerque y vea lo que estoy haciendo.

Empiezo a marcar el número del contacto que encuentro en mi móvil y llamo, pero nadie atiende. Guardo el número, esquivando los intentos de Rosario por recuperar su teléfono, y se lo devuelvo.

La mujer se endereza y me lanza una mirada sospechosa, como si me hubieran cambiado por otra persona.

—Está diferente, señor —comenta, aún sin aliento, mirando su móvil para intentar entender qué busqué en él. Pero tuve el cuidado de borrar mis huellas cerrando la pestaña.

—Es solo una impresión suya.

—No, puedo afirmar con certeza que está muy diferente —insiste—. Nunca lo había visto así.

—¿Y eso es malo?

—Aún no lo sé, solo estoy asustada. —La mujer vuelve a revisar el móvil, buscando algún rastro de lo que hice en él—. No estará tratando de obtener información ilegal, ¿verdad?

—No. —Frunzo el ceño—. Rosario… soy un hombre de ley. Siempre actúo dentro de las normas.

—Por supuesto.

—En fin, tengo que irme.

—Olivia dejó café preparado para usted —avisa justo cuando me doy la vuelta—. Hoy tiene su día libre, pero antes de irse, preparó todo para usted. Es una chica realmente aplicada y dedicada, ni siquiera tuve que pedírselo.

—Sí. Es muy profesional. —Asiento, tragándome las palabras que casi escapan: *el que no lo es, soy yo.*

Voy hasta la cocina, preparo una taza de café y bebo lentamente mientras intento llamar otra vez, pero sin éxito.

—Perdone mi curiosidad, patrón… —La mujer se acerca con pasos cortos y trata de fijarse en todo: el frasco de azúcar, el

desayuno servido en la mesa, los platos sucios en el fregadero… menos en mí—. ¿Olivia hizo algo malo?

—No. ¿Por qué?

—Es raro que quiera saber su dirección.

—Es que… —me detengo antes de tropezar con alguna palabra—. Quería enviarle flores a su madre, deseándole mejoría.

—Entiendo. Pero… ¿no las envió al hospital? —Levanta una ceja.

—¿Es usted ama de llaves o investigadora de la Policía Federal? —gruño.

—Ah, para trabajar en esta casa, creo que ambas cosas… —Saca pecho y sonríe con dulzura—. María me contó, dijo que usted fue personalmente a entregarlas.

—No me gusta el chisme, Rosario.

—Lo sé, señor, lo siento. —Baja la cabeza—. Pero… ¿flores? ¿Otra vez?

—Se me hace tarde, tengo que irme. —Doy un último sorbo al café y me dirijo a la salida.

Rosario me sigue, sigue haciéndome preguntas para saciar su curiosidad, pero la ignoro por completo. Subo al coche que ya me espera y respiro aliviado.

—¿Preocupado por Olivia?

Casi salto del asiento trasero cuando Rapunzel de la Federal, alias Thiago, estira el cuello y casi apoya la barbilla en mi hombro.

—Buenos días para ti también —respondo de mal humor.

—Buenos días, jefe. ¿A quién vamos a arrestar hoy? —Se ríe.

—Por ahora, a nadie. Vamos al tribunal —ordeno al conductor.

—Preguntaba por Olivia porque… ya sabe, es mi trabajo estar informado de todo. Y el guardia de seguridad se puso nervioso, temiendo ser despedido, después de que usted llamara esta mañana para preguntar si alguien llevó a la chica a su casa…

No me importa lo que dice, sigo con la vista fija en la ventana, viendo cómo las calles quedan atrás.

—¿Algo que reportar? ¿Desapareció algún objeto? ¿Algo extraño anoche? ¿La chica huyó y no piensa volver?

—Ese no es tu trabajo, ¿verdad, Thiago? Céntrate.

Parece ofendido por haberlo llamado por su nombre en lugar de su apodo. Incluso se toca el moño para asegurarse de que su cabello sigue en su sitio.

—Ok. Solo me preocupé porque, si necesita recuperar algo, sé dónde vive.

Si estuviera conduciendo, este sería el momento en el que pisaría los frenos y provocaría un desastre en el tráfico.

Una vez que logra captar mi atención, Thiago sonríe victorioso y finge que el tema ya no le interesa.

Me giro para mirarlo, y él se vuelve hacia la ventana para mirar la calle.

—¿Cómo sabes dónde vive?

—Por la misma razón por la que sé a qué hora entra Bia a la escuela, a qué hora sale, si alguien la molesta, la sigue, etc. Yo monitoreo a todos a su alrededor.

—Ah… ¿y llegó bien a su casa?

—Sí. Somnolienta, pero llegó. Raro que haya salido de la mansión antes de que saliera el sol y no anoche…

Carraspeo fuerte para que deje de hablar de inmediato.

—Bia… —intento justificarme.

—Sí. Los niños dan trabajo y los jueces son malos para mentir. —Me da un leve codazo—. ¿Le gustaría la dirección? Para fines de seguridad, claro…

Thiago da la impresión de que está traficándome drogas. Es raro, poco profesional.

Y yo estoy listo para aceptar, sea cual sea el precio.

—Sí.

—Ok, voy a reportarlo con el jefe, a ver si autoriza compartir esa información… —me provoca.

—¿Qué quieres? —gruño.

—Me gustaría poder acostarme con todas las mujeres que me escriben por Instagram, pero no tengo tiempo —Thiago suspira con fingido dramatismo—. Aunque me conformo si me deja estar presente el día que arresten a alguien, solo para salir guapo en la televisión, etc.

—¿Qué tal si te libero definitivamente de mi equipo de seguridad? —propongo.

—Ay, doctor, pero si tenemos una amistad tan bonita… —Thiago hace un puchero.

Y creo que es la primera vez que me río de verdad en una conversación con él. Normalmente es irritante y cruza los límites, pero esta vez no voy a juzgarlo.

—Autorizado para salir en la televisión, siempre.

—Un trato nunca sale caro. —Me tiende la mano.

Y la estrecho.

—Y algún día tenemos que salir a beber.

—No bebo.

—Y yo no me acuesto con mujeres casadas. A menos que ellas lo pidan. —Thiago me lanza una mirada burlona—. Le paso la dirección en cuanto salga del TRF3.

Capítulo 17

Daniel

—¿Por qué mienten, sabiendo que vamos a conseguir pruebas y desmontar toda su narrativa? —Lúcia, mi asistente, se queja.

Después de treinta minutos de declaración de nuestro investigado, ya ha dicho al menos diez mentiras. Estamos siguiendo todo lo que dice en el vídeo proporcionado por la Policía Federal, con extractos bancarios, documentos incautados y las conversaciones de WhatsApp que tuvo con sujetos que aún no hemos podido relacionar con él.

—¿Crees que intenta engañarnos o engañarse a sí mismo? —Márcia, otra asistente, se vuelve hacia mí.

—Lo que importan son las pruebas, y son contundentes —esa es mi opinión—. Pero aún tengo dudas sobre esta banda, parece que falta una pieza.

Lúcia y Márcia comienzan a revisar los documentos, leyendo las partes que resalté con marcador o los post-its que coloqué sobre las transferencias bancarias.

A primera vista, todo parece limpio y correcto, pero las conversaciones a las que tuvimos acceso revelan lo contrario.

—Voy a tomar un poco de aire y reflexionar, vuelvo en unos minutos —aviso y salgo de la sala.

Camino por los pasillos del tribunal hasta que Fernanda me aborda.

—¿Día difícil? —Se echa el cabello hacia atrás.

—Sí, se podría decir que sí.

—¿Cómo fue el fin de semana? ¿Lograste descansar?

Suelto una risa ahogada y sigo caminando.

—Nunca descansas, ¿verdad? Espero que puedas hacerlo en tus vacaciones.

—Sabes muy bien que no lo haré —cruzo los brazos.

—Lo sé —Fernanda se divierte—. ¿Café?

—No, gracias, ya tomé.

—¿Qué te aflige?

Una mujer que no contesta mis llamadas, que dejó mi cama en la madrugada y huyó.

—La PF no me entregó pruebas, sino un callejón sin salida —me quejo—. Estos delincuentes están ocultando algo.

—Así funciona el lavado de dinero, Daniel. Y tú eres el tipo que puede desmantelarlo, así que concéntrate.

—Lo estoy intentando.

Pero Olivia no me deja. Si al menos contestara una llamada…

—Fui a buscarte a tu despacho porque tu madre me llamó.

—¿Qué?

—Sí. Eso pasa cuando no contestas sus llamadas y también quitaste el teléfono de tu oficina.

—Maldición. Lo siento, Fernanda.

—Tranquilo, solo ve a atenderla y calma el corazón de esa mujer —me da una palmadita en la espalda.

La sigo hasta su despacho, tomo el teléfono fijo y contesto.

—Hola, mamá. ¿No habíamos quedado en que no debías llamar al trabajo? ¿Mucho menos a Fernanda? —me quejo.

Mi colega reprime una risa y mantiene a sus asistentes ocupados mientras escucho a mi madre.

—Dani, ¿cuándo vienes?

—En una semana —respondo, revoleando los ojos—. Ya te lo había dicho, ¿no recibiste el correo?

—¿Qué clase de hijo informa las cosas por correo? —refunfuña—. ¿Por qué no traes a Fernanda?

—¿Y dejar el poder judicial sin ella? Ella cubre mis guardias cuando no estoy, es la mejor aquí.

—Dani, ella también necesita descansar. Ustedes siempre están cansados, apenas pueden disfrutar la vida. Invítala, acabamos de reformar la casa y tenemos tres habitaciones disponibles.

—No es así como funcionan las cosas, mamá. Y no llames a mi trabajo, mucho menos a Fernanda —advierto.

—¡Dani…!

—Adiós.

Cuelgo y me giro hacia mi colega, que mantiene una sonrisa incómoda.

—Lo siento… ella no conoce la palabra *límites*.

—Tranquilo, Daniel, ella se preocupa por ti. Cuando no la atiendes, encuentra la manera de contactarte. Es señal de amor, ya sabes…

Me dirijo hacia la salida, pero Fernanda me detiene.

—¿Cómo está Bia?

—Está bien, creciendo, volviéndose lista como su madre…

—Extraño a Mari —Fernanda aprieta los labios—. La mejor asistente que he tenido. Era el cerebro de este despacho…

—Y el corazón de mi hogar —asiento rápidamente—. Buen día, Fernanda.

—Buen día, Daniel.

Salgo del despacho de mi amiga y deambulo por la sede del TRF3, esperando que alguna luz se encienda en mi cabeza, pero no sucede.

Eventualmente llamo a Olivia, pero parece que se niega a contestar, lo que me irrita aún más y me deja con la mente incapaz de concentrarse en nada.

Cuando termina la jornada laboral, organizo todo en la oficina para ocupar mi mente y tratar de convencerme de que no debo ir tras Olivia, pero esa sensación es más fuerte de lo que puedo controlar.

Apago mi lado racional, bajo al estacionamiento y me encuentro con Thiago.

—Quiero su dirección —exijo.

—Te llevo.

—No, quiero ir solo —dejo claro.

El hombre se ríe y cruza los brazos.

—Negativo, doctor, usted no puede andar solo por ahí.

—Rapunzel…

—¿Sí? —Se ríe.

—Por favor. —Bajo los hombros.

La sonrisa de Thiago se desvanece poco a poco hasta que su rostro se vuelve serio. Hace un gesto afirmativo, mete la mano en el bolsillo, saca un papel y me lo entrega.

—Pero sabe que tendré que seguirle, ¿verdad? Aunque sea a distancia.

—¿No terminó tu horario de trabajo? —Hago una mueca.

—Terminó, pero no confío en esos inútiles. Y sé que usted tampoco —hace un gesto rápido con la cabeza—. Ok, Benício, el doctor Mascarenhas quiere conducir y tú vienes conmigo en el otro coche…

El conductor expresa toda su confusión con una mirada perdida, sale del automóvil y es guiado por Thiago hacia otro.

Tiro la carpeta de trabajo en el asiento trasero, entro en el vehículo y digo la dirección al Waze, que muestra un tráfico infernal hasta la casa de Olivia.

Pongo el coche en marcha, sigo las indicaciones del navegador y observo que Benício y Thiago me siguen de lejos.

Hago un trayecto de más de una hora, extremadamente agotador por el tráfico de São Paulo, pero cuando llego a la Zona

Este de la ciudad, logro tomar algunas calles con menos movimiento.

Atravieso un muro por el que pasa el metro y me doy cuenta de que he entrado en una comunidad. Sigo por calles estrechas hasta detenerme frente a la casa indicada.

Llamo a Olivia una vez más, y no contesta.

Mascarenhas: Estoy frente a tu casa, por favor, sal.

Daniel.

No pasan ni veinte segundos cuando Olivia aparece por el pasillo de la casa, con una expresión asustada y confusa. Abre la verja de hierro y se acerca al coche negro. Bajo la ventanilla y observo su rostro cerca del mío.

Intento controlarme para no besarla, aunque mi corazón late en el pecho como si me estuviera golpeando por dentro.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, preocupada.

—¿Por qué no contestaste a mis llamadas? —replico.

—No sabía que eras tú... —dice incómoda, mete las manos dentro de su sudadera verde agua y junta las piernas, pues lleva un short corto y hace frío.

—Entra —le indico con la cabeza.

—No deberíamos vernos fuera del trabajo —Olivia da un paso atrás.

—Entonces entra, te llevaré a mi casa y lo haremos como debe ser —propongo.

Olivia respira hondo, mira a su alrededor, preocupada por los vecinos.

—¿Por qué estás aquí, Daniel? —repite la pregunta del principio.

Primero intenté esquivarla con otra pregunta, pero le debo la verdad, para que entienda que jamás cruzaría la ciudad y entraría en un lugar peligroso si no fuera realmente importante.

—No puedo dejar de pensar en ti.

Esa respuesta la desarma. Y yo mismo me siento confundido por haberlo dicho.

Olivia da la vuelta, abre la puerta y se sienta a mi lado, con los brazos cruzados, sin decir nada. Yo tampoco.

Nos miramos de reojo por un segundo y luego apartamos la vista, con una mirada curiosa y al mismo tiempo irritada, los dos. Aunque ella siempre parezca dulce y gentil, haber cruzado este límite entre nosotros parece dejarla incómoda.

Y al diablo, la necesito.

Siento la tensión en el coche, palpable, como si el aire a nuestro alrededor estuviera cargado de electricidad.

Mi mano alcanza el rostro delicado de Olivia, mis dedos recorren su mandíbula. Ella no retrocede, y esa pequeña confirmación es el detonante que necesitaba para acercarme a sus labios, con el hambre que me ha corroído todo el día.

El beso es suave al principio, casi vacilante, como si ambos estuviéramos tratando de descubrir qué está pasando. Pero la llama del deseo rápidamente se convierte en un fuego incontrolable que exige urgencia y pasión de los dos.

Mi mano aún descansa en su mandíbula, mientras la otra se desliza hacia su nuca, acercándola más a mí.

La sensación de su piel suave bajo mis dedos es abrumadora, y un escalofrío recorre mi cuerpo cuando siento sus dedos enredarse en mi pelo.

Nuestras lenguas se encuentran en un ritmo que parece casi coreografiado, una mezcla de deseo y anhelo.

El beso se vuelve más intenso, más voraz, y no puedo evitar la sensación de calma y tranquilidad en el abismo de emociones que su toque despierta en mí. Por fin, parece que mi cabeza vuelve a funcionar.

Mis manos entran dentro de su sudadera, siento su piel bajo mis dedos y la araño con deseo. Olivia suspira contra mis labios, y el sonido parece una invitación a ir más lejos.

Con un movimiento sutil, la atraigo hacia mí. Empujo el asiento del conductor hacia atrás y la coloco para que esté cómoda y entregada a mis toques.

La sensación de esa proximidad es casi abrumadora, y el calor que irradia parece combinarse con el fuego que arde dentro de mí.

Mi mano en su nuca se intensifica, y la atraigo hacia un beso aún más profundo, más apasionado. Cada parte de mi ser está

enfocada en este momento, en esta conexión intensa que estamos compartiendo.

Olivia desabrocha mi camisa y estoy a punto de meter la mano dentro de su short cuando miro por el retrovisor y veo, a unos metros de nosotros, el coche en el que está Thiago.

No es posible que vean lo que está pasando aquí dentro debido a la película oscura que cubre las ventanillas, pero aun así, quiero protegerla.

Olivia merece toda mi dedicación y todo el confort y seguridad que pueda ofrecerle, así que contengo al animal dentro de mí que solo la desea y la aparto suavemente para que se siente de nuevo en el asiento del copiloto.

—No entiendo... —Ella muestra su confusión.

—No quiero que te sientas incómoda —dejo claro.

—Yo... estaba bastante cómoda... —Se ríe de manera torpe, y eso casi me obliga a avanzar de nuevo y desnudarla.

Creo que decirle que estamos siendo vigilados por un miembro de la Policía Federal la pondría incómoda, así que intento cambiar de tema.

—¿Por qué te fuiste esta mañana?

Olivia incluso cambia de expresión. Se aclara la garganta y comienza a mirar a los lados.

—No me fui... vine a ver cómo estaba mi madre, estaba muy preocupada, nunca había dormido fuera de casa —explica.

—¿Por qué no me despertaste para que te trajera?

—No quería molestarte, Daniel.

—Lo único que me molestó fue no poder verte por la mañana —murmuro—. Pensé tantas cosas... ¿Te arrepentiste?

—No, no me arrepiento —responde de inmediato, con timidez.

Eso me excita muchísimo. En los momentos en que Olivia se retrae y parece dar un paso atrás, es cuando mi corazón parece que va a explotar en mi pecho.

—Quiero hacer esto bien. Como te mereces.

Ella me mira por un momento, como si estuviera evaluando mis palabras y mis intenciones.

Y entonces, con una mirada determinada, dice algo que hace que mi corazón lata aún más rápido:

—No sé lo que merezco, pero siento que necesito...

—¿Qué?

—De ti. —Sus ojos brillan como si estuviera a punto de llorar.

Antes de que pueda reaccionar, ella se inclina como si fuera a salir del coche.

Inmediatamente la detengo, agarrando su brazo y atrayéndola hacia mí. Olivia se acerca, con ambas manos sujetando mi cabeza, y nuestros labios se encuentran de nuevo, esta vez con una intensidad renovada.

Ella levanta su trasero y baja el short de manera torpe, y yo intento desvestirme sin separarme de su cuerpo.

Olivia se aferra a mi pelo en el momento en que mi polla se hunde en ella y se mueve lentamente hasta que nuestros cuerpos se moldean el uno al otro, como piezas de un rompecabezas perfecto.

Aunque el espacio entre nosotros es reducido, estimulo su punto más sensible. Ella gime en mi oído, lo que me pone más duro y sediento, con ganas de sentirla hasta el final.

La pasión parece consumirnos, los cristales del coche se empañan por completo, y ella se entrega a mí como yo deseaba.

Parece que ya no hay incertidumbres o barreras entre nosotros.

Somos solo dos individuos que se han perdido el uno en el otro, y solo los besos ardientes o su cuerpo desvaneciéndose sobre el mío parecen ser la respuesta a todo lo que necesito.

Intento cambiar nuestra posición, aunque con el poco espacio que tenemos es difícil, pero no imposible.

Siento a Olivia en el asiento del conductor y me coloco sobre ella, presiono su cuerpo contra el asiento y entro lo más profundo que puedo. Exploro cada centímetro de su boca con hambre y deseo, luego su cuello y me tomo un momento para contemplar su rostro sudoroso, con los ojos cerrados, los músculos de su cara contrayéndose con cada embestida firme que doy.

Ella logra pasar sus manos por mi camisa y araña mi pecho, los costados de mi cuerpo, siento como si quisiera rasgar mi espalda por la fuerza que usa, y eso enciende cada parte de mí.

El mundo a nuestro alrededor desaparece, y estamos inmersos en una burbuja de pasión, donde solo existimos nosotros

dos.

Siento nuestros corazones latir al unísono, acelerados, como si quisieran convertirse en uno solo.

No recuerdo haberme sentido tan vivo y tan conectado con alguien.

—Quiero sentir tu orgasmo —digo serio, sujetando su cuello, mirándola a pocos centímetros.

—¿Otra vez? —Se ríe—. Ya tuve uno.

—Entonces corréte de nuevo y hazme saber que llegaste al clímax.

Olivia me mira con deseo y admiración. Sus piernas se entrelazan alrededor de mi cuerpo y voy cada vez más fuerte e intenso hasta sentir que pierdo el control de mí mismo.

—¿Tuviste un orgasmo? —pregunto, sintiendo cómo mi cuerpo tiene calambres y me deja caer en el asiento del copiloto.

Enciendo el aire acondicionado al máximo y siento el viento frío sobre mí.

—Tres veces. —Se ríe con descaro.

Capítulo 18

Olivia

Conforme pasaron los días, acompañé la evolución de Bia con su padre.

Definitivamente estaban más cercanos e interactuaban de una manera más natural. Aunque seguían siendo torpes y rígidos el uno con el otro, ya no parecían dos extraños.

Mi última etapa antes de volver a mi vida normal era viajar con los dos a Orlando. Daniel aprovechó las vacaciones de julio de la escuela de su hija y las combinó con las suyas para asegurarse de que ella no perdiera ninguna clase.

El 4 de julio embarcamos en el Aeropuerto Internacional de Guarulhos con destino a Orlando.

Bia estaba extremadamente emocionada, no soltó la mano de su padre ni por un segundo y siempre se aseguraba de que yo estuviera cerca.

—¿Tienes miedo a los aviones, Olivia? —me pregunta la pequeña.

—No lo sé… estoy tratando de no pensarlo demasiado —respondo.

—¿Nunca has viajado en avión? —indaga Daniel.

—No. Me encanta viajar, pero siempre voy en autobús. Puede tardar lo que sea, pero me parece más seguro.

—¿Seguro? —Bia frunce el ceño y mira a su padre—. El avión es más seguro.

—Estadísticamente, sí. Pero, ¿y si quiero escapar? No puedo simplemente abrir la puerta y saltar.

—¿Y por qué querrías escapar? —Daniel ríe—. ¿Eres claustrofóbica?

—No, solo estoy inquieta porque es algo nuevo y no estoy acostumbrada.

—Nos encargaremos de ella, ¿verdad, papá?

—Sí, Olivia, no tienes de qué preocuparte, estaremos contigo.

A la niña le cuesta entenderlo. Como viaja todos los años, debe resultarle muy extraño que alguien tenga miedo de volar. Pero Daniel me comprende perfectamente, sobre todo porque, al principio, yo también estaba insegura respecto a nuestra relación. Ahora, sin embargo, siento que nos estamos entendiendo.

En los días previos al viaje, nos vimos y tuvimos momentos a solas todos los días.

Nunca pensé que desarrollaría algún tipo de dependencia con un hombre, pero extrañaba su cuerpo a diario, como si fuera una droga.

Y al regresar del trabajo, él saciaba mi necesidad.

Otros miedos que tenía quedaron en segundo plano en cuanto subí al avión. Me sentía tranquila con respecto a mis documentos para viajar, ya que Rosario se encargó de todo. También dejé de preocuparme por no tener un inglés perfecto, porque siempre estaría con Bia y Daniel. No corría el riesgo de perderme ni de tener que arreglármelas sola en Orlando.

Dentro del avión, viajamos en primera clase: Daniel en un asiento aislado al lado derecho del avión, separado por un pequeño pasillo de su hija, que estaba justo al lado, y yo junto a ella.

El lugar era espacioso, recordaba a una oficina privada con escritorio, pantalla y detalles refinados en el acabado.

Daniel se aisló en su asiento y se puso a estudiar los expedientes de un caso que llevaba —ni siquiera estando de vacaciones lograba despegarse del trabajo.

Yo me mantuve atenta a Bia, pero no dio ningún problema.

Vio un dibujo animado tras otro y se mantuvo entretenida.

En un momento del vuelo, antes de que sirvieran la cena, percibí un olor extraño a frutos secos y mi estómago se revolvió.

Corrí al baño y vomité hasta sentir que mi estómago se vaciaba por completo. El mareo fue tan repentino y las arcadas tan fuertes que no pude avisarle a nadie; simplemente me levanté, corrí al cubículo y lo saqué todo.

Después de limpiar el desastre que hice, abrí la puerta y me encontré de frente con Daniel, visiblemente preocupado.

—Estás pálida, ¿qué ha pasado? —Sujeta mi mano.

—No es nada, creo que la mezcla de miedo y ansiedad me ha afectado. —Parpadeo lentamente.

—¿Quieres un medicamento para el mareo?

—Lo tomé antes de embarcar.

—Qué raro. ¿Te sientes incómoda? ¿Sientes algo más? ¿Necesitas atención médica?

La forma en que se preocupa por mí me hace sentir segura. Me culpo porque soy yo quien debería estar cuidando de Bia y dejándolo trabajar en paz, pero en este momento no me siento con muchas fuerzas.

—Se me pasará.

—¿Y si no se pasa?

—Tomo un somnífero y me duermo. —Me encojo de hombros.

—Voy a sentarme en el asiento de Bia con ella y ocupar el tuyo, quiero estar pendiente de ti.

—No hace falta…

—Quiero hacerlo —insiste—. Si te sientes mal otra vez, puedo ayudarte.

—¿Cómo?

—Brindándote apoyo moral, probablemente.

Daniel y yo nos reímos juntos.

Regreso a mi asiento, y él se sienta junto a su hija, dividiendo su atención entre el dibujo animado que ella ve y yo, al otro lado.

Cada vez que nuestras miradas se cruzan, parece que nos comunicamos en silencio.

La mirada de Daniel transmite una mezcla de preocupación y ternura, como si estuviera decidido a hacerme sentir cómoda y segura a toda costa.

Y esa actitud suya tiene un efecto increíblemente tranquilizador en mí.

El viaje transcurre con una calma que no esperaba. Daniel y Bia están en el asiento de al lado, conversando entre ellos sobre los parques y restaurantes que visitarán y siempre me incluyen en la conversación. Parece que están sirviendo de apoyo para que enfrente mi miedo a volar.

Cuando sirven la cena, mi estómago parece estar más estable. Evito los frutos secos y las aceitunas de entrada, y espero el plato principal, que consiste en arroz, brócoli y zanahorias al vapor, *strogonoff* y patatas paja.

—¿Cuál ha sido tu viaje favorito? —pregunta Daniel.

—Angra dos Reis. —Sonrío—. Mi amiga Kalinca y yo amamos ir a la playa, parece que nos reconectamos con nosotras mismas...

—¿Playa? —Daniel parece sorprendido, pero al mismo tiempo da la impresión de confirmar algo que ya sabe.

—Sí. ¿Por qué esa cara de extrañeza?

—Nada. No te estoy juzgando, solo me ha sorprendido.

—Sí, amo la playa, el calor, el mar… el agua en general.

—Nunca te he visto usar la piscina de mi casa —dice.

Bia mira a su padre cuando habla y luego me mira a mí. A veces asiente, intentando encontrar la forma de meterse en la conversación, pero al final parece entretenida con nuestra charla.

—Sería, cuanto menos, extraño andar en bikini en mi trabajo. —Sigo comiendo, aliviada de que mi estómago no haya dado señales de otra recaída.

—Diciéndolo así… —Daniel se limpia los labios y me lanza una mirada provocadora.

Bajo la cabeza y trato de no reír.

—En fin, Angra dos Reis. Pero fue hace tiempo, el dinero ha estado justo y las oportunidades de viajar últimamente eran nulas...

—Orlando tiene muchas playas, pero dudo que haya alguna que se compare con las de Angra dos Reis —observa Daniel.

—Sí. Pero si pudiera ir, aunque solo fuera para escaparme un rato, lo agradecería. —Parpadeo lentamente.

Parece que le gusta cuando hago eso. Su expresión cambia, pasa de ser un hombre serio a un hombre enamorado, y eso me pone la piel de gallina.

—Te aseguro que tendrás tu momento de playa.

—Gracias. ¿Te gustan las playas, Bia?

La niña, que parecía estar esperando una oportunidad para lanzarse al tema, responde:

—Nunca he ido.

—¿Nunca? ¿Ni en Orlando?

—No, mi papá no me deja.

—¿No te deja?

—Es peligroso. —El hombre endurece la expresión.

—Sí, es peligroso. —Asiento con la cabeza—. ¿Pero y si es con supervisión?

—¿Tuya o de la Policía Federal? —Daniel hace un gesto con la cabeza señalando a los dos hombres que embarcaron con nosotros y que están en clase ejecutiva.

—Ambas —propongo.

—Puedo pensarlo. No quiero poner a Bia en riesgo.

Respeto su decisión, porque actúa así por ser sobreprotector, por temor a lo que pueda pasarle a su hija. Pero al mismo tiempo, no puede privarla de experimentar la vida.

Diferencias aparte, Daniel es muy hábil para crear un ambiente ligero y acogedor cuando quiere. Su presencia tiene un efecto relajante en mí y noto que ocurre lo mismo con Bia.

Después de la cena, las luces del avión se atenúan, la aeronave entra en un ambiente más tranquilo, con la mayoría de los pasajeros preparándose para descansar.

Bia se duerme rápidamente, recostada sobre el hombro de su padre.

Observo la escena por un momento, diferente al Daniel que conocí hace unas semanas. Ahora le dedica a Bia una mirada llena de cariño, lo que me calienta el corazón.

Con un gesto amable, acomoda una manta sobre Bia para mantenerla abrigada durante el vuelo. Y entonces, con una mirada suave en mi dirección, pregunta si estoy bien.

Asiento con la cabeza.

—¿Cómo te sientes ahora? —murmura, para no despertar a la niña.

—Mucho mejor, gracias.

—Puedo agendar una cita con el médico de la familia en cuanto aterricemos en suelo americano —sugiere.

—No, no es necesario, solo fue mareo por el viaje. Me pasaba mucho cuando viajaba en autobús a otras ciudades...

Él asiente, mirándome a los ojos de una manera que me hace sentir como si estuviera conectando con mi alma.

Lo siento cerca, a pesar de que hay una mesa, una pequeña barrera y otra mesa entre nuestros asientos.

—Quiero ser el primero en saber si necesitas algo. Lo que sea —advierte en un tono serio, pero al mismo tiempo suave y reconfortante.

—Te lo diré. Y perdón por haberte preocupado tanto.

—No tienes que disculparte.

—Es que yo estoy aquí para cuidar de Bia...

Daniel ya ha hecho demasiado al traerme en primera clase, lo mínimo que podía hacer era mi trabajo, y ni siquiera eso fui capaz de cumplir.

—Y yo voy a cuidar de ti —dice sin titubear.

El avión sigue cruzando el cielo nocturno y logro relajarme.

Me duermo para descansar el cuerpo y la mente, porque aterrizaremos en suelo americano por la mañana y necesito estar lista para desempeñar mi papel.

Capítulo 19

Olivia

Así que el avión aterrizó en suelo estadounidense, sentí un extraño latido en el pecho y unas ganas incontrolables de salir corriendo. Solo me contuve porque Daniel sujetó firmemente mi cintura y me guió fuera del avión.

—¿Dormiste bien?

—Logré descansar, pero dormir… eso solo lo haré cuando tenga una cama de verdad donde acostarme.

—¿Crees que puedes trabajar hoy o prefieres tomarte un tiempo para descansar?

—No, Daniel. Estoy aquí para trabajar —digo en un tono casi ofendido—. No logré hacer nada bien dentro del avión, así que fuera de él necesito demostrar para qué vine.

—De acuerdo. Al pasar por inmigración, no tengas miedo ni ansiedad. Responde con sinceridad, sonríe y mantén la calma…

Me da instrucciones sobre qué hacer y qué decir al pasar por la última etapa para entrar al país, pero mi mente se desconecta un poco cuando siento que Miami me da la bienvenida.

Al salir de la aeronave, el calor y la humedad de Florida me golpean, un clima muy distinto al nublado y seco de São Paulo.

Miro a mi alrededor para absorber todo lo que veo: los carteles en inglés, decenas de personas hablando en otro idioma que entendía en partes, pero que sonaba distinto cuando se hablaba con naturalidad.

Era como si estuviera entrando en un mundo nuevo.

Daniel aprieta mi cintura, lo que me genera una sensación de seguridad y, al mismo tiempo, me mantiene alerta. Miro hacia atrás constantemente para verificar a los agentes de la Policía Federal que nos siguen, pero parecen no notar nada en medio de la multitud.

—¡Buena suerte! —Daniel me guiña un ojo cuando estoy a punto de pasar por inmigración.

Confieso que casi tuve un ataque de ansiedad y que el inglés desapareció de mi lengua por momentos, pero respiré hondo y respondí todo de manera objetiva y tranquila.

Sentí una paz inmensa con cada sello que recibió mi pasaporte y, en cuanto me autorizaron la entrada, empecé a dar saltitos en dirección a Bia.

—Parece que te recuperaste bien —evalúa Daniel—. Vamos a completar esto yendo a la playa.

—¿A la playa? ¿No arruinará tu día?

—Media hora con los pies en la arena no matará a nadie.

Daniel me mira tan de cerca que puedo sentir una atracción irresistible entre nuestros cuerpos.

Se aleja lentamente y lleva a su hija hasta el aparcamiento, tomándola de la mano, y yo los sigo.

Hay dos coches esperando a Daniel, uno que él insiste en conducir y otro para los agentes que nos acompañan. Pero ignoro todo eso cuando el coche sale del aeropuerto y nos dirigimos a la playa.

—Miami es más bonita de lo que vi en fotos y películas —comento.

—Es calurosa —Bia ríe.

—Sí, pero el clima es agradable. —Siento mis cabellos mecerse con el viento que entra por la ventanilla y cierro los ojos—. Hasta dan ganas de cantar.

—¡Vamos a cantar! —Bia aplaude.

—Ah, no, no sé cantar. —Contengo la risa y siento mi rostro arder de vergüenza.

—¡Canta, Olivia! —insiste la niña.

Una infinidad de canciones aleatorias pasan por mi mente, pero la única que sale de mis labios es una que solía escuchar con frecuencia cuando trabajé en una guardería.

A veces, sin querer, recuerdo algunos fragmentos de ella.

Comienzo a cantar la canción "Me quedo así sin ti".

Bia aplaude y me acompaña moviendo su cuerpo de un lado a otro, mientras Daniel sigue tranquilo, observando las calles en silencio.

—¡Sigue! ¡Sigue! —Bia pide, justo cuando tomo aire para respirar y contemplar las palmeras que se extienden por todas las calles.

—Prometo que cantaré más tarde…

—Está cansada, hija —Daniel sale en mi defensa.

—Entonces canta tú, papá —pide la niña.

Eso parece desarmar por completo al hombre, que esperaba cualquier cosa menos esa petición inesperada.

Daniel carraspea y niega en silencio, señalando a la niña que no insista.

—¿No conoces esa canción? —pregunto.

—Obvio que la conozco. —Me mira con seriedad.

—¿Entonces por qué no la cantas?

—¿Cantar?

—¿Vas a decirme que ni siquiera cantas en la ducha?

Su respuesta es una risa ahogada que pronto se transforma en su típica cara malhumorada.

—No, no canto.

—Por favor, papá —insiste Bia.

Pero con una simple mirada, Daniel es capaz de hacer que la niña guarde silencio.

—Sin música. —Es su palabra final.

Estoy lista para protestar cuando me doy cuenta de que ya hemos llegado a la playa.

—Pies en la arena, gente —dice Daniel. Va hasta el asiento trasero y saca a su hija de la silla infantil.

Bia corre hacia mí y toma mi mano para caminar juntas por la arena. Dejamos nuestros zapatos con su padre y seguimos adelante.

Todo a nuestro alrededor es nuevo y fascinante.

Cada detalle parece merecer mi atención, desde las bicicletas de colores alineadas en las estaciones de alquiler hasta la arena dorada de la playa.

Cuando finalmente me acerco al mar, no puedo contener un suspiro de admiración.

Estoy en el medio. Detrás de mí, una extensa franja de arena se extiende hasta los altos edificios de cristal que reflejan todo lo que el hombre ha construido. También hay sombrillas de colores y personas disfrutando del sol.

Del otro lado, el sonido de las olas rompiendo en la costa, el cielo azul despejado y el horizonte lleno de misterios, de aquello que solo Dios podría haber diseñado.

Las náuseas y el cansancio del viaje parecen desvanecerse de inmediato y, cuando me doy cuenta, estoy sonriendo como una niña.

—Es hermoso, ¿verdad? —pregunto a Bia.

—Hum. —La niña se sienta en la arena y observa el agua acercarse hasta tres metros de nosotras.

Yo también me siento, sintiendo la arena caliente debajo de mí y hundiendo los pies en ella. La sensación es deliciosa, me hace sentir conectada.

—Mi papá no canta —dice Bia, haciendo un puchero. Parece un comentario banal, pero para ella es algo muy importante.

—Ah, ¿sí? ¿Eso te pone triste?

—Creo que él está triste, por eso no canta. —La niña clava las manos en la arena, pero pronto limpia la suciedad de su ropa.

—¿Por qué crees que está triste?

—Es diferente de los otros papás.

—Ah... ¿y desde cuándo es así?

—Desde que nací.

El silencio entre nosotras solo es interrumpido por el sonido de las olas del mar. Abrazo a Bia por los hombros y apoyo mi cabeza en la suya.

—Mi mamá se fue y se llevó su alegría… —explica.

—¿Crees que si ella estuviera aquí, las cosas serían diferentes?

Bia reflexiona un poco y luego solo asiente torpemente.

—Pero tú llegaste y parece que ya no está tan triste.

—¿De verdad? —Levanto una ceja.

—Por eso no quiero que te vayas. —Hace un puchero.

—Ah, Bia…

—Papá dijo que después del viaje te irás. —Cruza los brazos.

—Es que solo estoy reemplazando a mi mamá. Ella siempre te ha cuidado muy bien, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces.

—Pero ella nunca hizo feliz a mi papá como tú.

Es difícil rebatir a una niña tan perspicaz. Y me siento feliz de escuchar eso, porque significa que mi presencia aquí ha marcado la diferencia.

—Me iré, pero no os abandonaré, ¿de acuerdo?

—¿Lo prometes? —Bia me lanza una mirada de quien sospecha de cualquier promesa.

—Lo prometo.

Nos quedamos allí unos minutos más y luego nos levantamos. Tomo firmemente la mano de Bia y caminamos hacia el agua.

Cuando sentimos las olas acariciar nuestros pies y el agua fresca romper el calor, Bia suelta un gritito y yo salto, estremeciéndome por el choque térmico.

Una brisa suave sopla desde el mar, trayendo consigo el aroma salado que asocio mucho con mi propia vida.

Siempre ha sido tan salada, fría, y parecía que me iba a ahogar.

Sin mi madre, no habría tenido la fuerza para luchar y perseguir mi destino. Me entristece que Bia no haya tenido esa figura.

—¿Lista para volver? —pregunto.

—¡Vamos! —dice ella, temblando de frío.

La cargo en brazos e intento transmitirle algo de calor mientras regresamos al coche.

Daniel nos espera con nuestros zapatos en la mano y una mirada paternal, emocionado al ver a su hija feliz.

En este momento, me doy cuenta de que él, más que nadie, quiere que Beatriz sea un ser humano completo, lleno de oportunidades, historias y amor.

Pero él no puede darle esto último.

¿Por qué?

—¿Nos vamos? Mi madre ya me ha llamado siete veces, está impaciente —se queja.

—Vamos.

—¿Te sientes mejor?

—Ahora sí. 100% mejor, necesitaba esto. Gracias.

—¿Y tú, Bia?

—Me ha encantado, papá. ¿Podemos volver más veces?

—Sí.

—¿Y en Brasil? ¿Podemos ir a la playa también?

—Bueno... en Brasil es más peligroso… —traga saliva.

—Puedo darte excelentes recomendaciones de playas allí —me meto en la conversación—. Claro, como tienes posibilidades, un viaje con tu hija a Fernando de Noronha sería increíble.

Daniel asiente mientras me mira fijamente. Siento mis mejillas arder.

—¿Por qué te estás excluyendo? —Levanta una ceja.

—Ah... porque en las próximas vacaciones probablemente ya no estaré aquí. —Me encojo de hombros.

—¿Ah, sí?

—Mi mamá volverá pronto a ocupar su puesto —explico.

—¿Y solo puedo llevarte si trabajas conmigo?

—¿Por qué más me llevarías? —Me rasco la nuca y aparto la mirada para no enfrentarlo.

Siento cada parte de mi cuerpo tensarse cuando hace eso, cuando no desvía la mirada y me observa fijamente. Eso me pone

nerviosa.

—Porque quiero estar cerca de ti, creo. —Daniel sostiene mi mano con suavidad y la aprieta ligeramente.

Solo Dios sabe cuánto necesitaba ese momento, especialmente por lo que estaba por venir.

Capítulo 20

Olivia

Daniel condujo hasta la Bahía de Biscayne, en Miami Beach, donde pude ver seis islas artificiales con una vista privilegiada de la playa y el mar. Nos detuvimos en la primera, llamada Belle Isle, donde Daniel estacionó el coche frente a una mansión rodeada de palmeras.

Noté que el ambiente cambió por completo cuando Bia frunció el ceño. Bajó del coche en silencio, se quedó cerca de mí y observó lo que haría su padre.

¿Será que vio la forma en que Daniel y yo nos tratamos?

—¡Ah, ya era hora! —escucho una voz femenina, alta y estridente.

Una mujer de unos setenta años, vestida con ropa clara debajo de un traje negro con gemelos dorados y un sombrero con lazo, nos hace señas con la mano.

—¿Dónde te metiste? ¡Deberías haber llegado hace al menos una hora! —reclama a mi jefe.

—Lo importante es que ya estamos aquí, mamá —responde él.

La mujer ignora completamente a Bia, se aferra al brazo de Daniel y lo arrastra hacia la entrada.

—¡Deja las maletas ahí, los criados las recogerán! —gruñe cuando el hombre mira hacia atrás—. Hoy tendremos una cena fabulosa. Espero que no tengas otros planes.

—Necesito volver al trabajo.

—¡Tonterías, Daniel! ¡Estás de vacaciones! ¡Tu padre fue ministro del Supremo Tribunal Federal y daba gracias a Dios cuando podía dejar de lado todos esos papeles! —bufa.

—Y también estoy preocupado por Olivia, pasó mal durante el viaje.

—¿Quién?

—Olivia. —Indica con la cabeza.

—¿No se llamaba Beatriz? —La mujer frunce la boca como si hubiera encontrado algo desagradable en su comida.

—Olivia, mamá. Es quien cuida de Beatriz ahora —explica.

—¡Ah! —La mujer se detiene frente al portal de la casa, una enorme puerta de madera que, a mi parecer, no tiene otra función más que ostentación o permitir el paso de un gigante—. Una chica adecuada, por fin.

—Mamá… —Daniel la reprende con su habitual mal humor.

—En fin, buenas noticias. Me alegra que te hayas librado de aquella otra mujer.

—Basta.

—Tenía un olor raro, a gente pobre. Y te lo dije, hijo, probablemente no era buena persona, era de otro mundo, jamás habría entendido cómo cuidar de una niña como Beatriz.

—Ya te pedí que guardes tus opiniones personales para ti.

—¡Ay, tonterías! —Sacude el brazo frente a su rostro como si estuviera espantando un mosquito—. ¿Olivia se llama?

La mujer viene hacia mí. Siento a Bia apretar mi mano y esconderse detrás de mí.

La madre de Daniel se detiene frente a mí y me examina de pies a cabeza.

—¿Fue ella la que pasó mal? —le pregunta a su hijo.

—Sí.

—Se nota. —Hace una mueca—. Al menos está mejor presentada que la anterior. ¿Tiene alguna calificación?

—Estoy terminando la carrera de Psicología —me adelanto a responder.

Tengo la impresión de que no quería una respuesta mía por la manera en que me mira.

—Alguien con formación. Media formación, pero ya es algo.

Da media vuelta y regresa junto a Daniel, que la acompaña. Él me hace un leve gesto con la cabeza, indicándome que ignore por completo todo lo que diga su madre.

—¿Y dónde la encontraste?

—Vino a sustituir a María del Carmen.

—Gracias a Dios. Pero ¿cómo llegó a ti? Espero que no haya sido recomendación de aquella mujer, puedo jurar que me robó algunas joyas cuando estuvo aquí.

—¡Mamá, ya basta!

—¿Cuál es el problema de expresar mi opinión? Una pobre infeliz, venida de una favela, viajando por el mundo por primera vez… se habrá deslumbrado.

Al notar que Daniel no le responderá, decide volverse hacia mí.

—¿Cómo llegaste a nuestra familia, querida? —pregunta, alzando la barbilla para mirarme.

—Soy hija de María del Carmen —respondo con firmeza.

La mirada de horror y desprecio que me lanza me habría hecho sentir mal si no fuera porque ya había recargado mis energías.

Aprovecho que la mujer se queda boquiabierta, paralizada en la puerta, y tiro de Bia para entrar conmigo. Pasamos justo a su lado, y ella casi se echa hacia atrás para evitar cualquier proximidad.

—¡Daniel! —la mujer exclama, llevándose una mano al pecho.

—Compórtate o me iré a un hotel —le advierte él por última vez.

Daniel

Siempre termino más cansado en vacaciones que trabajando.

El tribunal parece ser mi entorno natural y toda la energía que gasto allí se renueva cada día. Sin embargo, visitar a mis padres es como entrar en un vórtice que me drena por completo.

Después de una hora de conversaciones, de llamar a los vecinos para que me saluden y de mostrarme toda su nueva colección de Romero Britto, finalmente logro subir a la habitación donde está alojada Olivia.

Tan pronto como entro, ella se tensa, alerta, como si estuviera a punto de saltar por la ventana. Pero al verme, suspira, pisa fuerte en el suelo, se sienta en la cama y niega con la cabeza.

—Como puedes ver, ella no mide sus palabras —rompo el silencio.

—Interesante forma de decir que es desagradable —retruca Olivia.

No esperaba que fuera tan directa, pero no puedo contradecirla. Me siento en la silla frente al tocador y cruzo las piernas.

—Si te molesta, dímelo.

—Si me molesta, tomo el primer avión de regreso a Brasil —deja claro.

—Espero que no llegue a ese extremo. Y si llega, quiero ser informado.

Olivia niega con la cabeza, lo que no me agrada en absoluto.

—¿Qué pasa?

—Nada. Estoy tratando de callar mi sexto sentido y seguir con naturalidad, pero es difícil…

—¿No quieres hablar de ello?

—Mejor no, para evitar una discusión. —Sonríe—. Bia se ha dormido.

—Sí. Siempre que llega aquí, se desmaya. Debe ser el jet lag.

—Hay un nombre para eso, y definitivamente no es jet lag. —Olivia cruza las piernas.

—¿Y cuál sería…?

Ella traga saliva y aprieta los labios, pero no me responde.

—¿No estás cansado? —me pregunta.

—Para ser sincero, sí. He sobrevivido al viaje, pero ahora el sueño me ha atrapado.

—Hum, curioso.

—¿Qué es curioso?

Noto que Olivia se debate internamente para decirlo, pero sus labios no se mueven.

—No eres el tipo de mujer que deja pistas, Olivia. Di lo que tengas que decir.

—No es nada, solo estoy cansada. —Baja los hombros—. Y mis náuseas han vuelto.

—¿Mareo por la brisa marina? —Miro por la ventana abierta.

El sonido y el olor del agua entran en la habitación y parecen llenarla.

—Creo que sería mejor llamar al médico de la familia. —Tomo el móvil y busco el número en la agenda.

—No. No es necesario —me interrumpe—. Solo necesito un descanso decente, en una cama que no esté a más de diez kilómetros del suelo, y estaré lista para trabajar.

—¿Quieres su número? —ofrezco.

—No te preocupes por mí, señor Mascarenhas, todo estará bien.

—¿Vas a llamarme así ahora?

—Es mejor mantener cierta formalidad en la casa de tu familia. Para evitar malentendidos.

—No me importan los malentendidos.

—Más te vale, porque si tu madre llega a sospechar lo que está pasando…

—Soy un hombre adulto y responsable de mis actos, Olivia. Lo que ellos piensen sobre mi vida no significa nada.

Esa respuesta parece satisfacerla, al menos por unos segundos.

—¿Qué dirían sobre su hijo de oro involucrándose con una mujer como yo?

—Nada de lo que digan cambiará lo que siento por ti.

—¿Y qué sientes por mí, Daniel?

—Lo que siento por ti, Olivia, va más allá de la opinión de cualquier persona.

Me acerco más a ella, siento mi corazón acelerarse mientras sus ojos se clavan en los míos.

Mi mano encuentra suavemente su muslo, un gesto cargado de deseo y ternura, una comunicación silenciosa que las palabras no pueden expresar.

Ella no se aparta, solo sonríe levemente, como si entendiera lo que intento transmitir.

Entonces, ya no puedo resistirme a la atracción que nos envuelve. Me inclino y nuestros labios se encuentran en un beso intenso, lleno de la pasión contenida por las horas que hemos pasado juntos sin poder expresarlo.

Empujo a Olivia sobre la cama y coloco la rodilla para subir a su encuentro, cuando escucho la puerta abrirse.

—No puedo dormir —dice Bia, frotándose los ojos.

Me aparto de la cama y me acerco a ella.

—¿Qué pasa, pequeña?

Mi hija no sabe explicarlo, solo abre las manos a la altura del rostro, como si estuviera en duda.

—¿Puedo sugerir algo? —dice Olivia, rodando por la cama hasta quedar sentada.

—Claro.

—¿Por qué no duermes con Bia mientras estéis aquí?

Niego con la cabeza.

—Ella necesita mantener su independencia, y…

—Tendrá toda la independencia que quiera cuando sea adulta, pero por ahora, es solo una niña que acaba de viajar casi diez horas en avión, está lejos de casa y tiene sueño —explica Olivia—. Bia necesita más a su padre que independencia en este momento.

Miro a la pequeña para ver qué opina, pero ella sigue rascándose la cara.

—Está bien, ve al cuarto de papá, y yo iré a buscar tus cosas —digo.

—Okay. —Bia sale de la habitación con pasos lentos.

—Y un cuento antes de dormir también puede ayudar. Deja el ambiente oscuro, revisa si está cómoda con la almohada y la manta, acuéstate a su lado y cuéntale una historia para dormir —sugiere.

—¿Crees que eso funcionará? —Cruzo los brazos.

—Hoy, sí.

—¿Y si no funciona?

—¿Nunca has puesto a dormir a Bia? —Olivia frunce el ceño —. ¿Ni cuando se despertaba llorando en la madrugada?

—Sí, claro. Pero nunca en mi cama.

—A veces, eso es suficiente para curar muchas cosas, Daniel. El contacto humano es mágico. Pruébalo y te sorprenderás. —Me guiña un ojo.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás siendo irónica?

—No lo soy, solo quiero ayudar.

—Dudo que eso sirva.

—Es una niña, no un caso complicado en el tribunal en el que necesitas revisar la Constitución, la legislación y mil páginas más para decidir. —Olivia se ríe, haciendo que la conversación sea más

ligera—. Un abrazo, un besito, un cuento antes de dormir… eso soluciona muchas cosas en su mundo, por ahora.

—¿Por ahora?

—Sí. Porque un día, Bia crecerá. Y te arrepentirás de no haber construido este vínculo con ella. —Olivia me señala la salida.

No quiero refutar nada de lo que acabo de escuchar.

Todos estamos cansados y, en el fondo, Olivia parece tener razón en lo que acaba de decir.

—Nos vemos más tarde. —Asiento con la cabeza.

—Buen descanso, Daniel. —Ella devuelve el gesto.

Capítulo 21

Daniel

Fui a contarle un cuento a Bia para que se durmiera, pero el que terminó quedándose dormido fui yo.

Cuando desperté tres horas después, mi hija seguía roncando, con sus dos manitas aferradas a mi camisa y la cabeza prácticamente apoyada en mi pecho.

Instintivamente, quise levantarme y darme una ducha, pero tuve una extraña sensación de que me necesitaba, así que me quedé allí unos minutos más, observándola dormir.

Media hora después, me levanté con cuidado, salí de la cama sin hacer ruido para no despertarla y fui a la suite para ducharme y cambiarme. Me puse una camisa blanca, pantalón negro y un traje gris, listo para la famosa cena especial que mi madre iba a ofrecer.

Regresé al cuarto y pasé el resto del tiempo con mi hija, que parecía más agotada de lo que aparentaba.

Incluso en silencio, me sentí profundamente conectado con ella.

Ver a Beatriz tan serena y segura me llenó el pecho de paz, una sensación que no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

*

Durante el resto del día, estuve bastante ocupado.

—¿Algún imprevisto? ¿Señal de alerta? ¿Todo ha salido bien? —pregunto a los dos agentes de la Policía Federal que nos han acompañado en el viaje.

—Todo en orden, señor. Solo le pido que no cambie la ruta sin previo aviso, por favor —dice Flávio.

—Necesitamos saber con antelación lo que va a suceder para poder protegerle a usted y a su hija —añade Jean.

—Ciertamente, un error mío. —Esbozo una sonrisa amable—. Thiago debe de estar furioso por no haber podido venir.

—Zampieri se quedó para participar en un operativo de allanamiento e incautación. Ya sabe, le encanta salir en la tele —Jean niega con la cabeza, reprobándolo.

—Sí, sé bien cómo es —río.

Sé que le he fastidiado sus "vacaciones en Disney" a cambio de unos minutos de fama. Pero es adulto y sabe cuáles son sus prioridades, lo que más le interesa.

—Doctor Mascarenhas —los agentes saludan a mi padre cuando entra en la biblioteca.

Mirar a mi padre, Roberto Mascarenhas, es como ver el tiempo reflejado en un espejo. Su cabello es completamente blanco y su expresión está cansada, pero, por lo demás, sigue siendo el mismo hombre altivo, elegante y formal de siempre.

—¿Mi chico os ha dado problemas? —Les palmea la espalda a modo de saludo.

—El juez Mascarenhas es un gran hombre, señor. Es un honor servirle y garantizar su seguridad —responde Flávio de inmediato.

—Gracias por el servicio, muchachos. Ahora, si nos pueden dar un poco de privacidad a un viejo y su hijo…

Esa es la señal para que salgan.

Mi padre cruza la biblioteca, coge una botella de whisky y trae dos vasos. Llena el suyo y el mío.

—Sabes que no bebo.

—Perder el control de vez en cuando no hace daño. —Se encoge de hombros y me lanza una mirada traviesa, como si fuera un adolescente de quince años—. ¿Cómo van las cosas en el tribunal?

—Movidas.

—Estás trabajando en un caso de blanqueo de dinero, me han dicho…

—Sí. Para variar. Mi deporte favorito: encarcelar políticos.

—O ganar millones a su costa. —Levanta el vaso y apura el licor de un solo trago—. ¿Por qué aún no has cerrado el caso?

—Demasiados indicios, pocas pruebas.

—En estos casos, siempre usan a un tercero para encubrir sus huellas.

—Lo sé, pero ¿cómo identifico al tercero? No puedo autorizar a la Policía Federal a realizar una redada sin el debido proceso legal.

Mi padre hace una mueca y cambia de tema.

—Me ha sorprendido ver a la joven que está cuidando de Beatriz. Pensé que las mujeres atentaban contra tu voto de castidad.

—Papá…

—Daniel, por el amor de Dios. Me estoy haciendo viejo y quiero un nieto.

—Ya tiene una.

—Un nieto varón —dice con seriedad—. Para que lleve adelante el nombre de la familia.

Pongo los ojos en blanco y dejo el vaso de whisky sobre la silla. Me doy una vuelta por la habitación, recorriendo con la mirada los antiguos encuadernados.

—Tu madre intentó traer de vuelta a Fernanda…

—Lo sé. No va a pasar. Fernanda y yo somos iguales: excelentes en el trabajo, un desastre en la vida personal.

—Entonces busca a alguien que sea excelente en la vida personal. Quiero nietos.

—¿Demasiado tarde para tener otro hijo? —le provoco.

—No hay ninguna posibilidad de que vuelva a ser padre. Lo que pasó con Mari…

Solo recordarlo me hace estremecer.

Por mi culpa, ella perdió la vida, y eso casi le costó la vida a Bia también.

—Una tragedia, lo sé. Pero la familia necesita crecer… —Su expresión se endurece—. Tu madre no va a descansar hasta encontrar a la mujer adecuada para ti.

—Puedo encargarme yo mismo de eso, papá.

—No, no lo entiendes. Está decidida a encontrar a la mujer perfecta para ti, cueste lo que cueste.

—Entonces se llevará un buen chasco, porque si hay algo que no busco en una mujer es, precisamente, la aprobación de mi madre.

Él alza su vaso hacia mí, y yo repito el gesto con uno imaginario. Brindamos.

Olivia

Puedo ver que Bia está mentalmente agotada.

Aún no sé si es por el efecto del viaje o por el hecho de estar aquí.

No soy mística ni nada por el estilo, pero debo admitir que este lugar tiene una energía extraña y me siento fuera de lugar.

Salgo con Bia al jardín para aprovechar el aire libre. El calor del día ha sido reemplazado por una brisa fresca, y la vista panorámica de Miami, con sus edificios iluminados reflejándose en el agua, es impresionante.

—¡Daniel, tu hija está fuera, cogiendo sereno! —escucho a Vivian, la madre de Daniel, quejarse cada cinco minutos.

Cada vez que grita, encuentra un defecto nuevo.

Se ocupa cuatro minutos y medio con los invitados que van llegando a la cena y luego suelta:

—¡Daniel, tu hija está ensuciando el vestido nuevo que le regalé!

Bia se encoge y se paraliza cada vez que escucha su voz.

Y yo me mantengo alerta, porque no voy a permitir que una niña se sienta mal por las neuras de los adultos.

—¡Daniel, ve a buscar a tu hija, la cena va a empezar!

En el último grito, Bia y yo intercambiamos miradas cómplices y terminamos riéndonos sin decir una sola palabra.

Entramos y vamos directamente al baño a lavarnos las manos. La ayudo a limpiarse y luego nos dirigimos al comedor.

La mesa es enorme, con más de veinte asientos, y hay dos vacíos: uno para Bia y otro para Daniel, que aún no ha llegado. Todos los demás nos observan al entrar, espiando a la niña y a mí.

—¿Cuándo aprenderá a comportarse como una niña de familia? Siempre desarreglada, nunca hace las cosas bien… Mira nada más cómo está de sudada —reclama Vivian.

Si Kalinca estuviera aquí, la llamaría "heraldo de la tormenta", porque cada vez que esta mujer abre la boca, parece que va a caer un trueno.

—Ah, ahí están. —Daniel entra por la puerta y camina hacia nosotras.

Está elegantísimo y guapísimo; el traje gris resalta tanto su cabello como su barba.

—Todo está en orden, Bia necesitaba tomar aire, y yo también —explico.

—La noche aquí es muy bonita, ¿verdad?

—Afuera, sí.

Toda la mesa guarda silencio y nos observan como si hubiéramos interrumpido algo muy importante. Entonces, le indico a Daniel que ocupe su lugar y yo me quedo junto a Bia.

No necesito hacer mucho, de hecho, me gusta que sea independiente y haga las cosas por sí misma. Solo la superviso para asegurarme de que no se haga daño… o de que los demás no la molesten.

—Virgínia es hija de un hacendado de Mato Grosso. La mayor parte de esas tierras son de su familia, ¿puedes creerlo? —Vivian le dice a Daniel.

Presenta a una mujer bellísima: rubia, con unos labios perfectos y unos pechos redondos que me provocan cierta envidia.

—Odio los caballos —dice Daniel, mirando a la mujer.

—Ah… Empezamos bien. —Ella ríe.

—Soy un hombre de ciudad. La naturaleza me estresa —continúa él.

—¿En serio? ¿No te da ni un poco de paz?

—No, mi única paz está en la civilización, el asfalto y los edificios de hormigón.

Estoy entretenida y, al mismo tiempo, inquieta con la conversación. Siento una punzada de celos al verlos sentados juntos en la mesa, mientras yo estoy aquí, de pie, detrás de Bia, sirviendo de apoyo.

—Daniel logró capturar a una peligrosa organización criminal hace unos años, fue su caso más importante en la justicia —dice la madre, vendiendo a su hijo como si fuera un trofeo para Virgínia—. Ahora está trabajando en un caso aún mayor.

—Ah, ¿de qué trata?

—Es información confidencial —responde él con seriedad.

—Parece interesante… El último caso tuvo repercusión nacional, ¿no? Vi tu cara en la televisión durante días —comenta la mujer con buen humor.

—Daniel… —Vivian se levanta al ver que su hijo también lo hace.

—Voy a traer una silla para que Olivia se siente. Está cansada del viaje y…

—No —lo interrumpo—. Estoy bien, no te preocupes.

—Daniel, los sirvientes no se sientan a la mesa. —La mujer ríe, y todos los demás la siguen.

—Olivia no es una sirvienta, ella es…

Le hago un gesto negativo, rogándole que no diga nada.

Lo último que quiero es convertirme en el blanco de su madre, y menos aún en territorio estadounidense. Quiero que mi estancia aquí sea tranquila.

—Es de la familia. Igual que Rosario —completa él.

—¡Pero ella nunca se sentó a la mesa! —Vivian se muestra ofendida—. ¿Te has vuelto comunista o qué? ¿Has olvidado el lugar que ocupa cada uno?

Daniel ignora a su madre y se acerca a mí.

Sostiene mi brazo con gentileza pero con firmeza y me jala para que me siente.

Niego con la cabeza con vehemencia.

Y él insiste.

—Estás cansada.

—Lo sé, pero no quiero sentarme cerca de tu madre —murmuro entre dientes.

Cambia de plan y me lleva de vuelta a donde estaba.

—¿Podríais correros un poco más allá? —les dice a los que están sentados en el lado izquierdo de la mesa.

Toma la silla en la que estaba sentado y la coloca junto a Bia.

Seis hombres y dos mujeres se levantan, y se produce una verdadera confusión de sillas arrastradas, platos, cubiertos y copas moviéndose por encima de la mesa.

Puedo ver a la madre de Daniel poniéndose roja de furia y a Virgínia sintiéndose incómoda.

—Listo. ¿Mejor? —Me mira fijamente a los ojos.

—Te odio por esto —murmuro.

—Ni lo digas.

Me siento al lado de Bia.

Daniel está a punto de servirme un plato cuando su madre lo interrumpe:

—Pagamos a los sirvientes de la casa por una razón, hijo. —Sonríe nerviosa, como si todavía tuviera el control de la situación—. Ahora dime, ¿vas a quedarte de pie mientras cenamos?

—Voy a quedarme con Bia, me necesita. —Se coloca detrás de ella.

—Oh, Dios… —la mujer se lamenta.

Y nos ignora por completo el resto de la noche.

Lo cual, para mí, fue perfecto.

Pero por la expresión de su rostro, como alguien que quería presumir de su hijo juez estrella ante sus amigos americanos, quedaba claro que nunca seríamos amigas.

Lo cual, para mí, también estaba perfecto.

Capítulo 22

Olivia

—¿Te estás acostando con la empleada? —brama Vivian.

La cena fue un éxito… para mí. Comí cosas deliciosas, me divertí con Bia y la llevé a dormir.

Cuando estaba a punto de salir del cuarto de Daniel, él y su madre comenzaron a discutir en el pasillo con un tono exaltado.

—No seas ridícula —responde él.

—¿Ridícula, yo? —Ella suelta una risa amarga—. Me humillaste delante de mis amigos, arruinaste mi cena, echaste a perder la noche, Daniel.

—Baja el tono, mamá.

—Todo lo que he hecho todos estos años es asegurarme de que esta familia tenga contactos, buen networking, que tu hija crezca rodeada de gente que valga la pena… —sigue ella, sin intención de detenerse.

El suspiro de Daniel es una clara señal de que ya está cansado de la conversación, que ni siquiera ha comenzado.

—¿Y en lugar de pasar la noche conversando con la hija de un hacendado, qué decides hacer? ¿Mover a todos en la mesa para sentarte junto a la empleada?

—Junto a mi hija.

—¡Y junto a la empleada! —enfatiza ella.

—Tiene nombre, se llama Olivia, y estaba agotada por el viaje.

—Si estaba cansada, que se hubiera quedado en su cuarto durmiendo.

—¿Y excluirla de la cena?

La mujer se ríe aún más fuerte, como si quisiera asegurarse de que la escucho desde mi habitación, al final del pasillo.

—Por el amor de Dios, Daniel, es una sirvienta. ¡Su cena es en la cocina y con suerte!

—Mamá, el viaje ha sido agotador. Tu cena ha sido agotadora. Y esta conversación me está agotando. ¿Podemos seguir mañana?

—¿Así es como va a ser? ¿Arruinas mi día y luego duermes tan tranquilo?

—Sí. Es lo que hago.

—Escúchame bien, Daniel —gruñe entre dientes, asegurándose de que solo su hijo la escuche.

Y yo, como la buena chismosa que soy, estoy pegada a la puerta, escuchando cada detalle.

—¡Esta familia no aceptará bastardos!

—Olivia no está embarazada.

—Pero mujeres como ella acaban estándolo, porque son unas interesadas. ¡Dan el golpe del embarazo! Intentan quitarnos todo, sobre todo con un hombre como tú, que es tan sagaz para investigar crímenes, pero un estúpido para caer en las artimañas de una mujercita de baja categoría.

—Escúchame bien. —Su voz sube de tono—. No voy a permitir que hables así de Olivia. Desde que llegó, Bia está mucho mejor. Y yo también. Así que ten cuidado con lo que dices.

—Eso es… te estás acostando con la sirvienta. —La mujer suspira, lenta y dramáticamente—. ¿En qué he fallado como madre?

Ya era suficiente con aquella problemática, que al menos era funcionaria pública… y ahora una favelada.

—Basta. No voy a permitir que hables así de ella.

—Soy tu madre y hablaré como me dé la gana, ¿me has oído? ¡Si esa empleada está embarazada, haré de tu vida y de la de ella un infierno! —advierte antes de alejarse, pisando fuerte.

Daniel se queda unos segundos más fuera de la habitación, lo que me da tiempo para acostarme junto a Bia y fingir que me he quedado dormida.

Cuando entra, duda en continuar. Va a la suite, abre el grifo y se queda allí un rato. Luego regresa con el rostro y el cuello aún húmedos.

—No hace falta que finjas que duermes —dice.

Yo sigo fingiendo; no sé cómo reaccionar en este momento.

—Lamento lo que ha dicho. No tendrías que haber escuchado eso.

Permanezco inmóvil.

Daniel se queda unos minutos observándome antes de salir del cuarto.

Escucho el motor de su coche arrancando y alejándose. Esa es mi señal para ir a mi habitación, donde me encierro, me doy una ducha rápida y me dejo caer en la cama, cubriéndome por completo, como si tuviera miedo de algo.

*

Al día siguiente, me despierto con ganas de gastar toda la energía posible con Bia.

Vivian vuelve a discutir con su hijo sobre cómo está arruinando todo y que necesita poner la cabeza en su sitio, pero el resultado de todo esto es que él decide que nos iremos a Orlando para llevar a Bia a Disney y luego volveremos a Brasil.

Me parece una decisión sensata y me alegra que haya salido de él.

No sé cómo Bia y él soportarían unos días más aquí. Yo, en particular, me volvería loca.

Empacamos las maletas. Vivian ni siquiera hizo el mínimo esfuerzo por despedirse de su propia nieta, y nos fuimos en coche

hacia Orlando, un viaje de cuatro horas mucho más tranquilo que el del avión.

Hicimos todo el trayecto en silencio. Bia parecía entender que el ambiente no estaba bien y me imagino que estaba agotada por el entorno tóxico de la casa de sus abuelos.

Confieso que hasta yo me sentí drenada, con las energías por los suelos, solo por estar en ese lugar.

Daniel reservó para nosotros un hotel dentro de Disney, para ahorrar tiempo.

Era evidente en su expresión que quería salir de allí cuanto antes, y yo estaba feliz de saber que pronto volvería a Brasil… y preocupada por tener que regresar en avión.

Llegamos al Resort Disney al inicio de la tarde y tuvimos tiempo para almorzar y disfrutar un poco del parque.

—No quiero, estoy cansada —Bia cruza los brazos.

—¿Ni un solo juego? —Frunzo el ceño.

Bia es una niña con mucha energía y entusiasmo, pero también es una esponja de su padre. Y cuando él se cierra, ella lo imita.

—Pero hay tantas cosas por hacer aquí… Al menos caminemos un poco. He pasado tanto tiempo en un avión y en un coche que necesito sentir que aún tengo piernas.

La niña sigue de mal humor, y no la culpo.

Lo que quiero es recuperar un poco de la Bia animada antes de volver a Brasil, o mi madre pensará que lo he hecho todo mal durante el viaje.

—Mira, Bia, ¡un carrusel! ¿No te gusta? —Le señalo el juego.

—No.

—Ah, cuando era niña me encantaba subirme al carrusel…

Me mira con una expresión incrédula.

—No me gustan los juegos que se elevan del suelo, pero el carrusel es seguro.

—Está bien, vamos —dice al fin, señalándolo con el dedo.

—¿Segura?

—Es para que te diviertas.

—¡Qué niña tan altruista!

Hacemos una fila moderada para entrar al juego y, cuando llega nuestro turno, coloco a Bia sobre un animal azul con un cuello enorme. Ella se aferra con fuerza y espera a que empiece a girar.

Me doy cuenta de lo colorido que es el lugar, lleno de detalles, y de que el techo gira en sentido contrario mientras los animales avanzan.

Siento una punzada de náuseas en el estómago e intento contenerla lo mejor que puedo.

—¿Te está gustando? —Intento concentrarme solo en la niña para no marearme.

—¡Sí! —responde Bia con entusiasmo—. ¡Ahora sí quiero jugar!

—¡Eso! ¡Muy bien! —La animo.

Siento un sudor frío apoderarse de mí y cuento los segundos para que el juego termine, lo que parece llevar una eternidad.

Cuando finalmente acaba, busco a Daniel y le entrego a Bia.

—¿Puedes quedarte con ella cinco minutitos? Necesito ir al baño.

—Claro. ¿Quieres que marquemos un punto de encuentro en caso de que nos perdamos?

—Aquí en el carrusel o en el hotel —sugiero—. Pero los buscaré, no te preocupes.

Salgo corriendo en busca de un baño y, cuando entro, dejo salir toda la náusea.

Odio no tener control sobre mi propio cuerpo, y estas náuseas están siendo una tortura.

—Kalinca. —Doy gracias a Dios cuando me llama y atiendo de inmediato—. Hola.

—Hola una mierda, ¡no vas a creer lo que pasó!

—¿Qué pasó?

—Estaba tan tranquila y monísima en el metro, vendiendo mis productos, cuando hice esa broma, ya sabes, la de que estaba vendiendo drogas…

—Humm… —Intento aguantar, pero el mareo vuelve con todo.

Vuelvo al inodoro y termino de vomitar.

—Amiga, ¿estás bien? —Su emoción disminuye y noto su tono preocupado.

—Sí. Sigue contando la historia, distráeme.

—Vale. Entonces dije: "¿quién quiere comprar drogas?", bromeando, ¿no?

—Hum.

—Y entonces, amiga, apareció un tipo enorme. No era solo alto, era como una BMW 4X4 con traje y corbata, con el pelo largo, pareciendo Rapunzel de Chernóbil.

Vuelvo a vaciar el estómago y aún suelto:

—Hum.

Solo para que sepa que sigo ahí.

—Una delicia. Pero en fin, quiero que se muera.

—¿Qué pasó?

—¡Intentó confiscar mis productos, ¿te lo puedes creer?! Dijo que era policía y toda la mierda esa.

—¿Y entonces?

—Pues le lancé una botella de desinfectante, agarré mis bolsas y salí corriendo por el vagón.

—Kalinca, mujer…

—¡Y él detrás, corriendo detrás de mí!

—Dios mío.

—Si hubiera sabido que para hacer que un hombre corriera detrás de mí solo tenía que desacatar a la policía, lo habría hecho antes —bromea.

Y yo me río, lo que me distrae de mi situación.

—¡Kalinca, no me digas que me estás llamando desde la cárcel, por el amor de Dios! —Me llevo la mano al pecho.

—No, tonta, escapé. Lo despisté. Solo perdí un desinfectante de lavanda.

—Qué mierda.

—Siete reales de pérdida. ¡Qué rabia!

—Al menos no acabaste en la cárcel.

—Ahora dime, ¿qué pasa con los vómitos, eh, Olivia?

Voy hasta el lavabo, me lavo la cara, la boca y vuelvo a la llamada, sintiéndome agotada.

—Ah, no sé. Viajé en avión y quedé descompensada. Ahora he venido en coche a Disney y estoy fatal.

—Ojalá yo estuviera fatal en Disney.

—¿Será vértigo?

—No, no creo. Mercurio está retrógrado, ¿será eso?

Pongo los ojos en blanco y reprimo la risa.

—¡Ay, deja de decir tonterías!

—¿Has tenido sexo sin condón? —Kalinca me desarma.

—Ehh... bueno... creo que puede ser Mercurio retrógrado, definitivamente.

Siento el cuerpo congelarse. La taquicardia se apodera de mí y me sujeto al lavabo para no caerme, porque la simple idea de estar embarazada me pone en pánico.

—¡¡¡OLIVIA, HAS TENIDO SEXO SIN CONDÓN!!! —grita del otro lado.

—¡Baja la voz! ¡Alguien puede escucharte!

—Solo si es el policía vikingo Blancanieves, si todavía me está siguiendo.

—¿No era Rapunzel?

—¡Ay, da igual, es todo lo mismo! —se queja Kalinca—. Olivia, sal de ese baño ahora mismo y ve a la farmacia a comprar un test de embarazo.

—¿En Disney?

—Querida, es donde estás. ¡Vamos! No pienso colgar hasta escuchar el resultado.

—Por el amor de Dios, qué tontería, Kalinca, claro que no estoy embarazada.

Salgo del baño y voy en busca de una farmacia. Y para llegar a la más cercana, me doy cuenta de que tendré que caminar diez minutos. Al menos tengo a mi amiga conmigo... es lo que siento.

—¿Qué pasó con aquella niña que decía: "ah, no, primero tengo que conseguir un trabajo, graduarme y luego pensar en relaciones..."? —se burla.

—No sé. Pasó, eso fue todo.

—Qué delicia, ¿no, amiga? Felicidades. Pero, ¿y el condón?

—No pensé en ese detalle cuando pasó. Fue todo muy rápido.

—Solo dime quién es el desgraciado, que ahora mismo voy a su casa a darle una paliza —gruñe—. ¿Es de la Zona Este?

—No.

—¿Es de la universidad? ¿Qué clase de psicólogos irresponsables son esos que tienen sexo sin condón? Sin ofender, amiga. Pero es que la peor enfermedad mental que existe es el ser humano, ¿sabes? ¿Para qué traer más?

—¡Idiota! —reprimo la risa mientras me dirijo a la farmacia.

Gracias a Dios no tengo que hacer cola. Compro lo que necesito y voy al baño más cercano.

—He visto pedidas de matrimonio en Disney, pero hacer un test de embarazo… caramba… ¡tantas emociones! —bromea.

—No molestes.

Antes de entrar al baño, veo un grupo de personas alrededor de Goofy y Pluto. Los personajes, súper atentos, saludan, llaman a la gente para sacarse fotos e interactúan.

Y yo soy una de las afortunadas con las que vienen a jugar.

Justo yo, Dios mío. ¿Por qué?

—¿Qué es todo ese ruido?

—Goofy y Pluto.

—¡Fuera, Patán del demonio! —grita Kalinca del otro lado—. ¡Estamos en una misión de emergencia, no hay tiempo para jueguecitos!

El parque de Disney se toma muy en serio eso de vivir la experiencia mágica de estar en un lugar donde los sueños se hacen realidad, y eso es justo lo que los personajes intentan hacer cuando nos encuentran.

Yo, lamentablemente, estoy viviendo mi peor pesadilla en este momento.

—Logré librarme de ellos —le aviso.

—Joder, ¿hay perros callejeros molestos hasta ahí? ¡Puta madre! —se queja Kalinca—. Vamos, amiga, orina en ese aparato de una vez.

—¡Por el amor de Dios, cálmate! ¡No puedo escucharte y hacer esto al mismo tiempo!

—¡Ponme en altavoz!

—Ni muerta. Ya he pasado suficiente vergüenza en los últimos tres días.

Dejo a Kalinca en espera, encima de una repisa dentro del baño. Como estoy nerviosa, me toma un rato hasta que logro hacer pis en el recipiente, sumergir el test y luego sostenerlo boca abajo, esperando el resultado.

—¿Y...?

—Aún nada.

—La mala noticia es que podría ser cáncer, vértigo, astigmatismo, glaucoma, esquizofrenia, cálculos renales o que tu hígado está en plena falla. Eso dice Google. La buena noticia...

—¿Y hay buena noticia?

—Es que podría ser embarazo.

—¿Qué clase de buenas noticias son esas, Kalinca?

—¡Ay, dilo ya, estoy ansiosa!

—Salió una rayita —digo, aliviada.

Cierro los ojos para agradecer a Dios.

—¡Eso es, carajo! ¡Felicidades! ¡Uhul! Ahora tenemos que investigar si es cáncer, vértigo, astigmatismo, glaucoma, esquizofrenia...

—Espera —la interrumpo.

—¡Dos rayitas, Kalinca! ¡Apareció la otra! ¡Dos rayitas! ¿Qué significa eso?

—Significa, amiga, que no eres esquizofrénica. —Suspira.

—Ah, gracias.

—¡¡¡PERO ESTÁS LOCA!!! —grita.

Capítulo 23

Olivia

—¿Gata? ¿Olivia? ¿Chica? —Kalinca patalea por teléfono.

Han pasado cinco o diez minutos, y no consigo reaccionar de otra forma que no sea quedarme en posición fetal dentro del baño, abrazando mis rodillas y mirando al vacío.

—¿Estás embarazada o muerta? ¡Decídete, carajo!

—No puedo respirar —murmuro, pero no lo suficiente para que ella me escuche.

—¡Olivia! Dame una señal de vida, gata, ¡estoy preocupada!

—No puedo moverme.

Nunca había sentido este estado de shock apoderarse de mi cuerpo hasta dejarme catatónica, pero lo he visto en niños y madres en la guardería.

Es desesperante, angustiante y, al mismo tiempo, parece que el cerebro se ha detenido y ya no funciona.

—Voy a llamar a tu madre. ¡Vamos a resolver esto ahora mismo!

—¡A mi madre no! —grito y agarro el móvil en un impulso violento.

—Ah, ahí estás.

—¡Por el amor de Dios, no le digas nada a mi madre!

—Olivia, tiene que saberlo.

—No ahora. Y no por ti. Soy adulta y se lo diré yo misma.

—Genial. Espero que pienses lo mismo sobre el padre del bebé.

Aquí es donde la historia se complica.

Conozco a Daniel. Sé que quiere todo en la vida, menos otro hijo. Y esto no solo afectaría a mi madre… Ahora dependo de este trabajo, porque ni siquiera soy pasante en una guardería ya.

—No.

—¿No? ¡Ah, sí que se lo vas a decir! ¡Amiga mía no va a pasar apuros criando un hijo sola!

—Déjame al menos llegar a Brasil y asegurarme de que todo está bien. Entonces se lo diré.

—Es el juez, ¿verdad? —dice con un tono de frustración y alivio a la vez.

—Ujum.

—No solo estás loca, Olivia, ¡estás completamente ida!

—Lo sé.

—Meterse en la vara es una cosa, pero ¿embarazarse? —refunfuña al otro lado—. En fin, discúlpame, me puse tensa. La tía te ama, la tía te cuida. ¡No estás sola!

—Gracias.

—Pero ese juez va a pagar pensión, o seré yo quien lo meta en la vara.

—¿Kalinca?

—Te estaré esperando en el Aeropuerto Internacional de Guarulhos con un palo en la mano.

—No hace falta. Se lo diré. Solo que en el momento adecuado.

—¿Y cuál sería el momento adecuado, Olivia? —Kalinca pregunta indignada. Hasta puedo verla: mano en la cintura, mirada intimidante, moviendo el pelo de un lado a otro.

—Dentro de tres meses.

—¿Qué clase de superstición es esa?

—Lo dice mi madre. Contar un embarazo antes de los tres meses puede ser perjudicial para el bebé. Y… tal vez… para entonces… no sé, cualquier cosa puede pasar.

—Incluyendo que yo le dé dos bofetadas a ese juez que no usó condón. Ese polvo tiene que haber valido la pena, ¿eh?

Valió. Más que nada. Pero, por lo visto, el precio fue altísimo.

—Te llamo después.

—¿Vas a poder arreglártelas sola?

—Sí.

—Dios mío, mi amiga toda cagada en el baño de Disney… Solo falta que aparezca Goofy ahora —se queja y cuelga.

Salgo del baño después de lavarme la cara y camino por el parque buscando a Daniel y a Bia.

Cuando los encuentro, intento fingir normalidad y minimizo las náuseas, atribuyéndolas a algo que comí.

Paso la noche con Bia recorriendo los juegos y luego vamos a ver el espectáculo de fuegos artificiales en el castillo de Mickey.

Es una noche mágica, pero no consigo disfrutarla porque estoy desesperada y acabo de darme cuenta de que lo he echado todo a perder.

Daniel

—¿Estás segura de que no quieres ir al médico?

—Absolutamente. Solo necesito dejar el café y viajar menos... —ríe, nerviosa—. Eso es lo que me está destrozando el estómago.

—Ese problema se resolverá pasado mañana, ya que volvemos a Brasil.

—Me siento feliz y triste al mismo tiempo. No sé si podré soportar otro viaje en avión... pero, ¿qué opción tengo?

Me doy cuenta de que está esquiva, evitando mirarme. Tomo su brazo con suavidad y me acerco. Su piel está fría y tensa.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —pregunta, asustada.

—Sí, no tiene sentido fingir, Olivia. Lo sé todo.

—Ay, Daniel... no sé... no quiero hablar de esto...

—Fue un error habernos quedado en casa de mi madre. Deberíamos habernos ido en cuanto empezaron los primeros insultos. Lamento mucho que tuvieras que escuchar todo eso, porque sé que lo hiciste.

Parece sorprendida de que lo haya descubierto y asiente en silencio.

—Nunca permitiré que ella ni nadie más hable así de ti.

—No te preocupes, de alguna forma, ya estaba preparada...

—Volveremos a Brasil y todo será como antes.

—¿Seguro?

—La buena noticia es que tendré más de un mes de vacaciones para que podamos disfrutar juntos. Podemos viajar a alguna playa o...

—No quiero viajar. Solo quiero que mi madre vuelva al trabajo y yo necesito buscar uno.

—¿Por qué no te quedas en mi casa? Puedo pagarte por eso.

Olivia parece ofendida y se aleja sutilmente.

—No creo que esta relación sea correcta.

—Ya hemos pasado por esto —intento acercarla de nuevo.

—Si realmente quieres tener una oportunidad conmigo, creo que no puedo seguir trabajando en tu casa. No puedo depender de ti, no de esta manera —dice, antes de irse a cuidar de Bia.

Los dos días previos al viaje transcurren de la misma forma: Olivia esquivándome. Y durante el vuelo, intenta no llamarme cuando va al baño porque se siente mal, pero ahí estoy yo, en la puerta, dándole algo de apoyo moral.

Volver a casa siempre es placentero, pero tengo la sensación de que algo está mal.

Esa sospecha se confirma cuando Rosario me encuentra al día siguiente en la oficina.

—¿Doctor Mascarenhas?

—Hola, Rosario. ¿Cómo han ido las cosas por aquí?

—Todo en orden. ¡Estoy feliz de que María regrese hoy! —Se frota las manos.

—Ah... vuelve hoy. ¿Noticias de Olivia?

—No, señor. Ninguna. ¿Por qué?

—Pidió irse en taxi en cuanto llegamos de Florida —tamborileo los dedos sobre el escritorio.

—Pero usted no la dejó, ¿verdad?

—Por supuesto que no. La llevé hasta su casa y me aseguré de que llegara bien. Pero estuvo en silencio todo el camino...

—Debía estar agotada, pobrecita. María del Carmen también se sintió mal cuando viajó a Florida, pero usted ni cuenta se dio —murmura, apretando los labios.

—Sí. Eso y mi madre diciendo cosas desagradables.

—¿Su madre? —Rosario arquea una ceja—. ¿No?!

Reprimo una sonrisa y la miro con desaprobación.

—¿Esa mujer dulce y encantadora? ¡Quién lo diría! —Se frota las manos contra el vestido—. María del Carmen lloraba a escondidas cada vez que recordaba lo que la señora Mascarenhas le decía. Y... yo también... en los primeros años... luego lo superé...

—Triste. También noté que Bia se sintió incómoda, así que entendí que lo mejor para todos era volver. Ya no había ambiente.

—Me alegra que el señor esté tan atento a esos detalles, patrón —Rosario sonríe con ternura—. Olivia debe de estar orgullosa.

—¿Orgullosa?

—Prometió que no se iría de aquí sin restablecer el lazo que usted tenía con la niña. Creo que, de alguna forma... lo logró.

—Sí. Tal vez.

Rosario está a punto de salir, pero se detiene, da media vuelta y me entrega un sobre sellado.

—La señora Albuquerque estuvo aquí y pidió que le entregara esto.

—¿Fernanda? —Frunzo el ceño—. ¿Qué hacía aquí? Pensé que estaba fuera.

—Sí. Y dejó una nota.

—Mierda —gruño, abriendo el sobre y sacando el papel de su interior.

Contiene un mensaje breve, pero lo suficientemente inquietante como para ponerme en alerta:

"Daniel, sé que esto es lo que más odias, pero necesito advertirte sobre cambios inminentes. Ha llegado a segunda instancia un caso que parece estar conectado con el tuyo. Cuando recibas esta nota, llámame con urgencia, necesitamos hablar a solas."

Casi tomo el teléfono de inmediato para llamarla, pero al darme cuenta de que se ha tomado todas las precauciones posibles para alertarme, llamo a Rosario.

—Llama al despacho de Fernanda y dile que ya he llegado. Dile que venga lo antes posible.

—Está bien, patrón —dice, antes de salir y cerrar la puerta.

Olivia

—¿Está segura de que está lista para volver al trabajo? —pregunto.

Mi madre está inquieta. Desde que llegué a casa, me he dado cuenta de que ha cambiado todo de sitio, ha limpiado varias veces y sigue sin poder quedarse quieta.

—¡Nunca en mi vida había estado tanto tiempo sin trabajar! ¡Necesito volver!

—Vale. ¿Puedo al menos acompañarla? Para asegurarme de que llega bien.

—Claro, hija. Después de todo, sé que debes de estar echando de menos a Beatriz.

—Sí. Y esa sensación solo va a ir en aumento...

—Sí, la niña es un amor.

—No pude disfrutar mucho de su compañía durante el viaje porque me sentí mal.

—Ah, a mí me pasó lo mismo. Fue por el avión, ¿verdad?

—Sí. —Tomo un café bien cargado.

Nunca le he ocultado nada a mi madre. Mantener en secreto mi relación con Daniel ya era difícil y doloroso, pero ahora la situación se intensifica.

Ruego que todo esto sea solo un error. En unas semanas haré otra prueba y espero que haya sido un simple defecto de fábrica, porque no puedo estar embarazada.

Aún no me he graduado, no tengo una vida estable, no quiero tener que lidiar con todo esto sola.

Nací y crecí con un padre ausente y no sé si tengo la fuerza y la determinación de mi madre para ser todo lo que un niño necesita.

—¿Y doña Vivian, hija? —mi madre lanza la pregunta con disimulo, como quien no quiere la cosa.

—Dijo barbaridades —me limito a responder.

—Que Dios me perdone, pero qué mujer tan desagradable.

Nunca había oído a mi madre hablar mal de nadie. Y siento que se quita un peso de encima al desahogarse, algo que debió de haber guardado en su pecho durante más de un año.

—Vive en otro mundo, no hay otra explicación... —Revuelvo los ojos.

Dejo todo organizado para que, cuando vuelva a casa, no tenga tanto trabajo, y salgo con mi madre rumbo a la mansión de los Mascarenhas.

Tomamos el transporte y llegamos allí una hora y media después.

—¡Qué bueno verla, María! —Rosario la abraza, emocionada —. ¿Ya está bien?

—Sí, muy bien, fuerte como siempre. Fue solo un contratiempo que me ha dado aún más energía.

—¿Y le devolverán su dinero? —Rosario se lleva una mano al pecho.

—El abogado está trabajando en ello. Por ahora, ha paralizado los pagos y ya ha llevado el caso a segunda instancia.

—Ah, qué bien, todo saldrá bien.

—¿El doctor Mascarenhas está? —interrumpo la conversación de las dos.

—Sí, querida, está en el despacho. Está hablando con una amiga, pero en cuanto termine, bajará —dice Rosario—. Ven, María, vamos a tomar un café. Pero tú lo preparas.

—No hay problema. —Mi madre la acompaña a la cocina.

Subo las escaleras y voy a la habitación de Bia, pero no está allí.

Entonces me dirijo al despacho de Daniel. La puerta está cerrada, pero escucho la conversación acalorada que viene desde dentro.

—Ella ha destruido mi carrera —gruñe él.

—Sí. Lo lamento mucho —responde una voz femenina. No la reconozco.

—¡Son diez años de investigación tirados a la basura! —exclama Daniel, furioso.

—El caso sigue en pie, solo que sin ti. Antes de que esas pruebas salgan a la luz, solicita tu recusación y sal del caso sin hacer ruido —le aconseja la mujer.

Me invade la curiosidad. Nunca había visto a Daniel así, tan agresivo.

—¡Todo puede terminar en manos de un juez corrupto!

—Eso es lo que quieren y, para lograrlo, jugarán con todas las armas que tengan. Sabemos cómo funciona esto, Daniel. La buena noticia es que la pieza que faltaba en tu investigación ya ha llegado.

—¿A qué precio?

—Deberías haber pensado en el precio antes de involucrarte con la niñera de tu hija. La situación ya era mala, pero ahora te ha arrastrado al ojo del huracán.

—Mierda.

—Tienen fotos y grabaciones que supuestamente prueban vuestra relación y van a pedir tu inhabilitación en el caso —dice con firmeza—. Incluso afirman que ella está embarazada de ti.

—¡Tonterías! —ríe con desdén—. Nunca embarazaría a esa mujer y si llegara a pasar... —Su voz se llena de rabia—. Preferiría la muerte.

—Te creo. Pero cuando consigas demostrar la verdad, ya te habrán arrastrado a escándalos y rumores, perderemos credibilidad y todo puede retroceder aún más...

—Necesito alejarme de Olivia —decide Daniel—. Y asegurarme de que no esté embarazada ni nada por el estilo...

—Es lo más sensato que puedes hacer. Al menos hasta que terminen las investigaciones.

—Mierda... ¿y de dónde han sacado esa historia de que está embarazada?

—Ya sabes cómo funcionan las facciones criminales, inventan todo tipo de narrativas para desviar la atención. Pero el verdadero foco aquí es el lavado de dinero, la corrupción y la asociación delictiva.

—Sí. Tienes razón. Solo es una cortina de humo.

Siento los ojos arder al escuchar esas palabras.

Daniel parece estar de acuerdo con ella, y la conversación sigue girando en torno a alejarse de mí y asegurarse de que no esté embarazada.

Sus palabras son como puñales clavándose en mi pecho. Una sensación de abandono y desamparo me invade.

Me limpio las lágrimas cuando finalmente tengo fuerzas para alejarme de la puerta, incapaz de escuchar más.

Mis piernas tambalean hasta las escaleras. Bajo con cuidado cada peldaño y solo me detengo cuando estoy fuera de la mansión, sollozando.

Era peor de lo que imaginaba.

Por suerte, no lo dije en Florida, porque corría el riesgo de que él me abandonara.

Toda mi confianza, todo el amor que sentía, parece haber sido arrancado de mí.

Y ahora estoy sola, perdida en un mar de mentiras y decepciones.

Capítulo 24

Daniel

—He dado mi vida por este caso.

—Lo sé.

Fernanda me lanza una mirada comprensiva, de apoyo. Y eso no es suficiente.

—He trabajado día y noche, de domingo a domingo. He renunciado a tantas cosas para investigar cada documento, cada prueba, cada conversación... —Apoyo los codos sobre la mesa y me froto el rostro con las manos.

—Por eso he venido a decírtelo antes de que recibas la bomba al volver de vacaciones —cruza los brazos.

—¿Así que esos malditos están lavando dinero en una empresa de préstamos financieros? ¿Robando a los más pobres, mezclando dinero del narcotráfico y luego repartiéndolo entre

políticos? —me asombro, indignado al contemplar el panorama completo ahora.

—Sí. Y como estás involucrado con las víctimas, no podrás juzgar el caso —suspira con fuerza y sacude la cabeza con desaprobación.

—No puedo creer que lo haya arruinado todo así...

—¿Ella está embarazada? —suelta Fernanda, con una mezcla de curiosidad e irritación.

—¿Qué?

—La niñera de Beatriz, ¿está embarazada?

—No. Por supuesto que no. Yo no permitiría que eso sucediera —dejo claro.

—Pero sí estás involucrado con ella, ¿verdad? —baja la mirada y traga saliva.

Podría negarlo y fingir que todo es un malentendido. Pero, además de que Fernanda merece la verdad, no voy a ocultar lo que siento por Olivia.

Exceptuando el trabajo —que acaban de arrebatarme—, ella ha sido la mejor parte de mis últimos días.

—Sí, me involucré con ella.

—Daniel... —Fernanda me reprende.

—¿Qué se suponía que hiciera? Soy disciplinado, capaz de controlar mis instintos, mis deseos, mis opiniones. Pero no cuando se trata de ella. Ella me mueve.

—Qué estúpido. ¿Has perdido el caso de tu vida por una mujer? —se burla.

Sus palabras solo avivan mi tormento.

Años de trabajo tirados a la basura. Ahora el caso corre el riesgo de quedar en manos de un juez comprado por esos criminales o, peor aún, de volver a cero.

Parece que todos pierden en esta historia.

—¿Quién crees que se quedará con el caso?

—Yo, si no tuviera otro igual de grande en mis manos, además de todo lo que sigue llegando al tribunal... —baja los hombros y camina en círculos—. Valmir… Humberto...

—Causa ganada para ellos.

—Todos los procesos de esa empresa terminaron en manos de tres jueces distintos en primera instancia y todos fallaron a favor de la empresa. Lo que significa que también lo hicieron a favor de esos criminales, así que...

—Mierda.

—¿Estás seguro de que ella no está embarazada? —Fernanda vuelve al tema que más me irrita.

Y el que no puedo sacarme de la cabeza.

—Si lo estuviera, me lo diría.

—No es así como funciona, Daniel...

—¿Ah, no? ¿Y cómo funciona entonces?

—Puede estar trabajando para ellos —se encoge de hombros.

Lo que dice es tan absurdo que apenas logro procesarlo.

Simplemente niego con la cabeza y ruedo los ojos.

—¿Y si fuera un golpe del embarazo, qué tal? Eres rico, sigues frágil por la pérdida de tu esposa, vives para tu trabajo… un campo fértil para una oportunista.

—Olivia no es una oportunista —dejo claro—. Fui yo quien se aprovechó. Fui yo quien dio el primer paso, quien insistió.

—Y eres inocente. Y un idiota cuando se trata del amor —niega con la cabeza.

—Voy a hablar con ella.

—Sin dar detalles, por el amor de Dios, o quedaré impedida para tomar el caso —me advierte.

—No te preocupes.

Cuando el silencio vuelve a llenar la sala, me paso las manos por la cara y me culpo por cada decisión que he tomado en las últimas semanas.

Es cierto que, de cualquier manera, yo ya era sospechoso de juzgar el caso porque María del Carmen trabajaba para mí. Eso ya me colocaba en una zona gris que podía anular todo el proceso.

Sin embargo, involucrarme con Olivia me ha arrojado directamente a la zona de peligro, donde mi imagen y mi reputación se hundirán, y todo lo que he construido en los últimos años quedará en la nada.

Todo en vano.

La frustración y la rabia se apoderan de mí.

Tomo el móvil y llamo a Olivia, pero no contesta.

Repito la llamada y ni siquiera dura dos segundos antes de que la rechace.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —Fernanda capta mi reacción.

Ya había olvidado que seguía allí, cerca de la puerta. Me había sumergido tanto en mis pensamientos que todo a mi alrededor desapareció.

Y entonces todo cobra sentido: las náuseas, el malestar, lo diferente que estaba Olivia durante el viaje.

—Tengo que irme.

—¿Vas tras ella? —Fernanda se altera.

—Sí.

—¡Daniel, sigues siendo el juez del caso! —me advierte—. ¡No puedes cruzar la línea de lo correcto!

—Me importa una mierda —respondo, sin dudar.

Olivia

Llamo a Kalinca de camino a casa y ella deja todo para poder verme.

En cuanto llego, la veo esperándome en la reja. Corro hacia ella, la abrazo con todas mis fuerzas y me echo a llorar.

—No te pongas así, vamos a encontrar una solución.

—¿Qué solución, Ka? ¿Cuál? —mi desesperación es evidente.

—Aún no lo sé, pero no voy a permitir que pases por esto sola.

Me da fuerzas en este momento difícil y me ayuda a entrar en casa. Vamos directo a mi habitación y me dejo caer sobre la cama, con ganas de desaparecer.

Lo sabía. Desde el principio supe que esto no terminaría bien. Pero lo que escuché de Daniel me ha destrozado de una manera que no sé explicar.

Confié en él. Sabía que no manejaría bien la situación, pero lo que oí me hizo entender que quizá no era tan diferente de su madre.

—Explícame desde el principio.

—Empecé a sentirme mal en el avión, pensé que era por el viaje, pero...

Kalinca me interrumpe, saca una prueba de embarazo de su bolso y me la pone en las manos.

—Haz otra, solo para asegurarnos. No vamos a desesperarnos sin motivo.

Yo ya tengo motivos de sobra para entrar en crisis: en los próximos meses, mi vientre crecerá, llamará la atención de todos, no contaré con el apoyo de Daniel o, peor aún, lo tendré como mi enemigo.

Siempre soñé con ser madre, pero dentro de una familia estable, después de graduarme y conseguir un buen empleo, para poder ofrecerle a mi hijo no solo un hogar seguro, sino una madre emocionalmente preparada.

Y en medio de este torbellino de emociones, voy al baño, pero me quedo bloqueada cuando intento orinar en el recipiente. Tardo más que la primera vez y, cuando por fin lo consigo, coloco la prueba boca abajo sobre la superficie y espero.

—¿Va todo bien ahí dentro? —pregunta Kalinca.

—No lo sé. —Me lavo las manos, la cara, el cuello, el pelo, me empapo para ver si el estrés y el calor en mi cuerpo disminuyen, pero mi cabeza sigue ardiendo.

—Cuando tengas el resultado, dime.

—Vale.

Cruzo los brazos y cierro los ojos.

No es que no quiera el embarazo, simplemente no lo planeé.

Y una mezcla de preocupaciones vuelve a rondarme la cabeza: nací y crecí sin un padre presente, y mi madre se desvivió para darme una vida mínimamente digna.

¿Tengo algo así para ofrecerle a este bebé?

Porque en este momento me siento sin fuerzas y lo único que quiero es acostarme en el suelo en posición fetal y llorar.

—Me estoy impacientando, o me dices el resultado o tiro la puerta abajo.

—Ya, espera. —Me arrastro hasta la puerta. Cuando la abro, apoyo la espalda contra la pared y me deslizo lentamente hasta el

suelo.

—¡Dramática!

Kalinca se mantiene atenta. Y en cuanto el resultado aparece, toma la prueba, analiza el símbolo que se muestra y luego me la devuelve.

—Positivo. Estás embarazada —intenta decirlo con un tono neutral.

—No... —vuelvo a sollozar y abrazo mis rodillas con toda la fuerza de mi cuerpo.

—¡Déjate de tonterías, levántate! —Me toma por los hombros y empieza a sacudirme—. ¡Eres la mujer más sensata, increíble y emocionalmente estable que conozco! ¡Ese niño tendrá suerte de tenerte como madre!

—Pero no tendrá la suerte de tener un padre presente.

—¿Qué mierda, amiga?

—Dijo que me mandaría a abortar.

Hace una pausa dramática y me mira de arriba abajo.

—¿Y lo harás?

—No. ¡Por supuesto que no, Kalinca!

—Entonces pongamos los pies en la tierra y enfrentemos la realidad —dice con un tono muy serio—. Este bebé va a nacer...

—No voy a ser la mejor madre del mundo para él.

—Harás todo lo posible por serlo. Te conozco, siempre das más de lo suficiente.

—¿Y si nunca es suficiente? ¡No puedo ser madre y padre para un bebé!

—Tendrás que serlo —afirma con rabia—. Si es necesario, tendrás que serlo. Así fue con tu madre, tu abuela, la mía… Es lo que nos toca.

—Ay… —Vuelvo a llorar de desesperación.

—Pero este bebé y tú tendréis una tía, una abuela, una familia que os cuidará y no permitirá que os sintáis solos.

—Vale... —Intento calmar mi corazón, pero es imposible.

—Y vas a meter a ese desgraciado en juicio, pedir pensión, derechos y todo lo que corresponda.

—No. No quiero nada de él.

—No es por ti, es por tu hijo —Kalinca deja claro—. No vas a cargar con las consecuencias sola. ¿O qué? ¿Lo hiciste con el dedo?

En medio de mi desgracia, logro encontrar un respiro para reír, aunque esa risa venga con mucho dolor.

—No. No fue con el dedo.

—El guapito es un adulto y esto es lo que pasa con los adultos: tienen que afrontar las consecuencias.

Daniel no es el tipo de hombre que quiero como enemigo.

Es implacable. Cuando se dedica a algo, deja todo en su vida para concentrarse en resolver problemas.

Y ahora, yo soy su mayor problema.

—Quisiera morirme. —Me cubro el rostro con las manos.

—¡Deja de escuchar a *Lana Del Rey* y empieza a poner canciones de la *Gallina Pintadita* para entrar en ambiente! —Kalinca resopla y se aguanta la risa.

Capítulo 25

Daniel

Mi cabeza estaba a punto de explotar. Dejé a Fernanda en la oficina y salí de casa a toda prisa, directo a la casa de Olivia.

No soy el tipo de hombre que disfruta generando conmoción, mucho menos entre los agentes federales que me escoltan, pero ignoré por completo el alboroto y la carrera por seguirme.

Si Olivia no quería atenderme ni venir a mí, descubriría la verdad a mi manera.

Paso más de una hora atrapado en el tráfico, repasando cada palabra y cada suceso durante el viaje. Me resulta inconcebible que todo esto esté ocurriendo.

—Contesta, Olivia —gruño contra el móvil.

Llamo de nuevo. Nada.

Eso hace que la tensión y el estrés se apoderen de mí.

Cuando llego a su barrio, aparco el coche de cualquier manera frente a su casa y presiono el timbre frenéticamente.

—¿Sí? —Una mujer joven, de piel morena y flequillo, aparece al fondo.

—Necesito hablar con Olivia.

—¿Y quién lo busca? —Pone las manos en la cintura.

—Dile que Daniel la está esperando.

—Ah, así que usted es Daniel —asiente.

Y parece que tiene mucho que decir, porque empieza a caminar hacia mí con el dedo en alto, pero su amiga la interrumpe.

—Kalinca, vuelve. Yo me encargo de esto.

—No, voy a tener una buena media hora de conversación con él, espérame ahí.

—No. Yo me encargo —Olivia lo dice con seriedad.

Nunca la había visto con esa expresión.

Observo sus profundas ojeras y sus ojos enrojecidos. Se acerca, pero no cruza el umbral. Nos quedamos con el portón de rejas entre nosotros, atrapados en un silencio ensordecedor.

—Creo que merezco una explicación.

—¿Explicación? —Alza una ceja.

—Sí. ¿Qué pasó con tu móvil? Te he llamado al menos diez veces.

—Y no atendí ninguna de esas diez, así que probablemente estaba ocupada —junta las manos delante del cuerpo—. ¿Qué quieres aquí, Daniel?

—Solo… dime que no estás embarazada —le pido.

Y debido a mi costumbre de ser siempre tan directo y preciso con las palabras, parece que le estoy dando una orden.

—¿Por eso has venido?

—Sí, Olivia, y porque no contestaste el teléfono.

—¿Quién te dijo eso? —Cruza los brazos.

—No importa quién lo dijo. Es un rumor. Y puede tirar mi carrera e imagen a la basura, así que dime que no estás embarazada.

Ella se ríe con nerviosismo. Se frota los ojos durante unos segundos y mira alrededor. Veo la decepción estampada en su

rostro.

—¿Eso es lo que quieres escuchar de mí?

—Sí —soy lo más franco que puedo.

—Dios mío… es peor de lo que imaginé… —Se da la vuelta y empieza a caminar en círculos—. Qué pesadilla…

—¿Cómo alguien puede tener esa información y yo no?

Aprieta los labios y sacude la cabeza.

Eso no es una respuesta.

—¿Acabas de descubrirlo?

—No.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo, Olivia? ¿Cuando tu vientre estuviera grande y esto se convirtiera en la comidilla de los medios?

—No. No, iba a decírtelo…

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Es complicado.

—Yo te diré lo que es complicado —ahora soy yo quien se ríe con amargura—. He dedicado la mitad de una década de mi vida a

un caso gigantesco que puede encarcelar a una red de empresarios, políticos y pandillas peligrosas.

—¿Y yo lo he arruinado todo? —humedece los labios y me mira con sequedad.

Estoy tan irritado que no puedo responder a eso.

—No solo tengo que alejarme, sino que mi imagen puede quedar manchada.

—¿Manchada? ¿Por estar embarazada?

Siento que una vena está a punto de estallar en mi frente cada vez que repite esa información.

Vine aquí convencido de que lo negaría y diría que todo esto era una locura, pero parece que solo estaba esperando ser confrontada.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—En el momento adecuado.

—¿Y cuál sería el momento adecuado? ¿Cuando los periodistas rodearan mi casa y me enterara por televisión? ¿Cuando necesitaras dinero para el niño?

—¿Crees que soy ese tipo de mujer? ¿Una interesada?

—¿Por qué no eres capaz de responder a mis preguntas, Olivia? ¿Por qué no puedes decirme la verdad?

—Estoy tratando de ser lo más sincera posible, Daniel.

—Ya veo —cruzo los brazos.

—Dices que mi embarazo ha arruinado tu carrera, pero ¿y mi vida? Necesito terminar la universidad. No tengo trabajo. Soy el sustento de mi madre y cuando lo descubra… —Mira al cielo y sacude la cabeza con resignación.

—¿Entonces tu madre no lo sabe?

—No la involucres en esto, por favor. Necesita su empleo. Y, al final de cuentas, la culpa fue mía, no de ella, ¿no?

—No le pasará nada a tu madre.

—Gracias —suspira, aliviada.

—¿Quién más lo sabe?

—Kalinca. Y… nadie más.

—Nadie más debe enterarse de esto —sentencio.

Olivia me lanza una mirada inquieta y se aleja poco a poco.

—¡No estoy bromeando, Olivia!

—Ni yo. Soy yo quien va a llevar a este bebé, no tú. ¿Cómo se supone que lo esconda, Daniel? ¿Qué estás sugiriendo?

—No lo sé. Aún no lo sé. Solo sé que nadie puede saber que este hijo es mío.

Se detiene en seco.

Me clava los ojos.

No necesito escuchar su respuesta para saber que he cruzado una línea.

Pero lo hago de todos modos.

—Es mío, ¿verdad?

Puedo ver la furia apoderándose de Olivia cuando avanza contra la reja e intenta abofetearme. Permanezco en mi sitio, observando toda la rabia y el dolor en sus ojos.

—¡Idiota! ¿Te estás escuchando? ¿No puedes ver que estoy completamente destrozada? ¿Viniste aquí solo para humillarme?

Miro alrededor para asegurarme de que nadie en la calle nos está escuchando.

—Es lo mejor para ti y para mí, créeme.

—Te odio, Daniel. Te odio de maneras que nunca imaginé que podría odiar a alguien.

—No es momento de dejarnos llevar por las emociones, tenemos que ser racionales —trago saliva y me acerco al portón para hablar en un tono más bajo—. Mira el lugar donde vives. Ni siquiera sabes si alguna de estas personas ya ha esparcido el rumor de que estás embarazada de mí...

—¿Y cómo lo sabrían?

—Tal vez porque te subiste a mi coche hace un tiempo.

Olivia me sigue mirando incrédula. No sé qué es lo que más la enfurece, pero estoy intentando reconstruir nuestros pasos para entender de dónde ha salido toda esta mierda.

—Vete, Daniel. Y espero no volver a verte nunca más en mi vida.

—Quiero que te hagas otra prueba —digo.

—No. No voy a hacer nada de lo que tú quieras o digas.

—Pero vas a necesitarlo. Ya sea para una pensión o…

Olivia suelta una risa baja y me mira con seriedad.

A diferencia de antes, cuando todo su cuerpo expresaba la agitación que sentía, ahora una calma repentina se apodera de su expresión. Eso me pone en alerta.

—¿Crees que quiero tu dinero?

—No se trata de lo que creo que quieres, se trata de la ley.

—Respóndeme, Daniel. Sé un hombre y mírame a los ojos, dime: ¿crees que quiero tu dinero?

—No. No creo que quieras mi dinero.

Olivia se aleja y respira hondo.

—Pero no tengo ni idea de qué es lo que quieres, ya que ni siquiera fuiste capaz de decirme la verdad. ¿Qué más estás ocultando?

—¿Sabes qué es lo que quiero, Daniel? Estar lejos de ti. Me usaste y me desechaste como si no tuviera ningún valor. Ahora vivirás el resto de tu vida miserable sin volver a probar el amor que te di.

—No seas ridícula…

—Parece que lo único que tienes para ofrecer es dinero y nada más. No quiero tu dinero, ni tu estatus, ni pertenecer a tu mundo —desahoga—. Pensé que algo más grande nos había conectado, pero ahora veo lo ciega y equivocada que estaba contigo.

Me acomodo el traje y la miro con seriedad.

—Puedes estar tranquilo, no le diré a nadie que este bebé es tuyo. Pero tampoco quiero tu dinero, ni tu estatus, y quiero estar lo más lejos posible de tu mundo.

Por más amargas que sean sus palabras, siento un alivio al escucharlas.

—Este bebé tendrá todo lo que necesite: amor, cariño, afecto, atención, dedicación y dinero, sí, porque voy a trabajar para darle todo lo que necesite —se golpea el pecho.

—No seas tan orgullosa.

—¿Orgullosa? —Se ríe—. Qué curioso que eso lo diga alguien que no puede bajarse de su pedestal. Déjame decirte algo, Daniel. El amor no tiene precio. No todo en la vida se trata de lo que el dinero puede comprar, y tú, más que nadie, deberías saberlo.

—Hum.

—Beatriz te ama, pero tiene miedo de acercarse a ti y descubrir que su padre no es más que una extensión de su abuela narcisista, alguien para quien todo gira en torno a sí mismo, ¡incluso los estornudos de los demás!

Aclaro la garganta y permanezco inmóvil.

La veo ahí, parada frente a mí, sus ojos empañados reflejando una tormenta de emociones. El aire entre nosotros está cargado, la tensión casi palpable.

Olivia habla con la voz temblorosa, pero firme:

—El dinero y los bienes están bien, pero no sustituyen el cariño, la atención y el tiempo de un padre. En el futuro, Bia no recordará cuánto dinero gastaste en ella, sino lo que sacrificaste por ella —me señala con el dedo—, y lo más valioso que un ser humano puede dar a otro es su tiempo.

—Tú, mejor que nadie, sabes que estoy mejorando en eso.

—Lo sé —asiente—. Y también sé que mi hijo no sentirá la falta de tu tiempo, porque nunca sabrá que eres su padre.

Da la espalda y se dirige hacia la puerta de la casa.

—Siempre ves el precio de todo, Daniel. Ahora tendrás que aprender que algunas cosas no tienen precio, tienen valor.

—¿Olivia? ¡Olivia, regresa aquí, te estoy hablando!

—El tiempo no regresa. Tu hija está creciendo sin amor porque eres incapaz de verla, de amarla. No voy a permitir que hagas lo mismo con nuestro hijo. Este niño ahora es solo mío.

Hace un gesto con la mano, pero no se gira para mirarme.

Cierra la puerta de la casa y yo me quedo en la calle, rumiando sus palabras.

Hay demasiadas cosas acumuladas en mi pecho ahora, y siento que he fallado en todo.

Sobre todo conmigo mismo, por permitir que la situación llegara a este punto.

Capítulo 26

Olivia

No puedo ver ni un palmo delante de mí.

Estoy ciega de rabia, y el llanto atorado en mi garganta sale de golpe. Me dejo caer en el sofá de la sala y abrazo el cojín contra mi rostro, sintiendo cómo el dolor pesa sobre mis hombros hasta el punto de no poder mantenerme en pie.

Las palabras de Daniel resuenan en mi mente y mi cabeza palpita como si fuera a explotar.

—Estoy aquí —Kalinca se sienta a mi lado.

Poco a poco, al notar que estoy menos rígida, me acerca a su regazo y me envuelve con fuerza. Apoya su barbilla sobre mi cabeza y acaricia mi nuca con movimientos lentos y delicados.

Puedo entender muy bien cada una de las emociones que me recorren, pero no soy capaz de lidiar con ellas: rabia, dolor, tristeza y, sobre todo, una sensación aplastante de rechazo que me sepulta.

—Le conté sobre el embarazo y su reacción no fue buena… —es todo lo que consigo decir.

—Respira, estoy aquí y no voy a ningún lado —me abraza con más fuerza.

—Confié en él… —cierro los ojos.

No puedo dejar de llorar y mis ojos arden de tanto hacerlo.

—No eres tú la culpable en esta historia, Olivia…

—¿Por qué tuvo que reaccionar así? Parecía como si yo no significara nada para él.

Eso era lo que más dolía.

Mi sexto sentido siempre me advirtió que involucrarme con Daniel era un error, pero nada me preparó para el momento en que mis esperanzas y mi tonta idea de que enfrentaríamos esto juntos se hicieran añicos.

—Incluso dijo que nadie debía saber que él era el padre de mi bebé… que quería mantener intacta su imagen —sollozo solo de recordar sus palabras.

Además de herida, me siento traicionada y humillada.

—Problema suyo. El guapito tendrá que hacerse cargo de las consecuencias también —Kalinca se exalta.

—No quiero.

—¿No quieres?

—No quiero volver a verlo nunca más.

—Ah, eso está bien, pero lo verás, aunque sea en el tribunal para exigir tus derechos. ¡Nadie hace un bebé solo!

Es difícil contener las lágrimas que siguen escapándose.

Normalmente soy fuerte e intento ser el pilar de la familia, pero ahora me derrumbo porque no tengo fuerzas para sostenerme en pie.

Ni siquiera recuerdo la última vez que lloré tanto.

—¿Soy una idiota por haber imaginado un futuro a su lado?

Kalinca me mira en silencio, como si no supiera exactamente qué decir.

—No tienes idea de cuánto ha mejorado con Bia… Por un segundo, en medio de todo este caos, pensé que esta vez haría las

cosas de manera diferente y sería un padre amoroso para nuestro hijo… —me desahogo y limpio las lágrimas con los dedos.

—Debería haber estado a tu lado —concluye.

—Sí.

—Y enfrentar juntos las consecuencias de esta situación.

Parte de mi dolor se neutraliza al escuchar esas palabras.

—¿Por qué hizo esto?

—Porque los hombres siempre huyen de la responsabilidad.

—Siento que nunca podré levantarme de este sofá…

—No los hombres —corrige—. Cobardes. Un hombre de verdad asume las consecuencias de todo.

Sé lo que está haciendo. Está tratando de empujarme de la fase del dolor a la fase de la rabia, pero no funcionará tan rápido.

Mi cuerpo no puede sentir rabia hacia Daniel en este momento. De alguna manera estúpida, lo que quiero es que me abrace, que me consuele y que me diga que todo estará bien.

Aunque nuestra historia haya sido intensa, llena de altibajos, en el fondo creía que algo surgiría de esa pasión arrolladora. Que el

amor lo superaría todo.

Lamentablemente, ya no puedo creer en eso.

Ni siquiera sé si alguna vez estuvo realmente enamorado de mí.

—Lo que importa es que eres lo suficientemente fuerte para cuidar de tu bebé sin él. ¡Y no estarás sola! —toma mis manos y las aprieta con firmeza.

—Gracias.

Las palabras de Kalinca me dan algo de consuelo, pero aún es difícil no sentirme devastada.

Me levanto del sofá.

—¡Eso! ¡Muy bien! —aplaude—. Para alguien que decía que no podría levantarse, lo has hecho bastante bien.

Me divierto con su apoyo, pero esa sensación se desvanece rápidamente.

Quería su apoyo.

Quería que me envolviera en sus brazos, que me dijera que todo estaría bien y que enfrentaríamos esto juntos.

¿Sería pedir demasiado?

—Necesito tomar aire —anuncio.

Voy al patio trasero, miro hacia el cielo y lleno mis pulmones tanto como puedo. Al exhalar, tengo ganas de gritar, pero me trago el grito y las lágrimas.

Quería que Daniel enfrentara esta crisis conmigo.

Parece demasiado difícil y aterrador lidiar con esto sola…

Pero ahora no es momento de fantasear. Lo que realmente necesito es poner los pies en la tierra, encarar la realidad desnuda, cruda y dolorosa: estoy embarazada y fui rechazada por un hombre que despertó en mí un sentimiento que no puedo borrar de mi pecho.

Lloro en silencio al sentir el viento en mi rostro.

—Voy a seguir adelante y enfrentar esto, aunque tenga que hacerlo sola —digo en voz alta.

—Esa es la Olivia que conozco —Kalinca me acaricia el hombro.

Enfrentar la incertidumbre de la vida era aterrador, pero había algo de lo que estaba segura: así como fui fuerte para luchar por mi

madre, haría todo lo posible para darle a mi hijo amor, apoyo y todo lo que necesitara.

Y con el tiempo, esperaba que este dolor en mi pecho, esta sensación de rechazo y abandono, se transformara en esa fuerza implacable, necesaria para construir una nueva vida. Solo para dos.

Daniel

Salgo de la casa de Olivia con la cabeza hecha un caos y me meto en el coche.

Sus palabras resuenan dentro de mí, pero en lugar de atravesarme, chocan contra la pared de rabia y frustración que he construido a mi alrededor durante todos estos años.

Vine con la intención de saber la verdad, pero lo cierto es que no estaba preparado para enfrentar el hecho de que realmente estuviera embarazada.

No quiero ser padre.

Observo mi propio reflejo en el espejo retrovisor: mis ojos enrojecidos, la mandíbula apretada, la irritación hirviendo en mis venas, visible en mi mirada.

Ella cree que tiene derecho a atacarme, a culparme de todo, cuando en realidad yo solo intentaba ser realista.

Antes de salir de allí, subo el volumen de la música para ahogar mis pensamientos y tratar de disipar la rabia que me consume.

AC/DC ruge en los altavoces con *Highway to Hell* mientras intento tragar el llanto que se forma en mi garganta y la desesperación que me oprime el pecho.

No puedo ser padre.

El volante cruje bajo mis dedos, los músculos de mi rostro se tensan mientras conduzco por las calles.

Olivia está siendo irracional, tonta e infantil, creyendo que puede simplemente volcar toda su rabia sobre mí.

Quisiera tener a alguien con quien desahogarme, alguien con quien hablar, pero la verdad es que hace mucho tiempo que no

tengo una vida personal. Todo en mi mundo gira en torno al trabajo.

Así que me resigno a ser atormentado por mis propios pensamientos, y lo único que soy capaz de repetir ahora es:

No quiero y no puedo ser padre.

Esa verdad resuena dentro de mí con una intensidad que me asusta.

Porque junto con esa afirmación llega el recuerdo de lo que pasó con Mari.

Por mi culpa, me la arrebataron. Y casi pierdo a Bia aquel día.

Esa es una herida que nunca ha cicatrizado por completo. Y nunca lo hará.

La idea de pasar por todo esto otra vez es aterradora.

Nunca me recuperé del todo de lo que ocurrió. Pasé años sedado con medicamentos para tratar de sobrellevar el dolor, la desesperación, la sensación de abandono del único amor que conocí en la vida, arrancado de la forma más cruel posible.

Ahora que por fin había encontrado un respiro, un alivio, alguien que me hacía sentir vivo, todo se desploma sobre mis hombros, como si el mundo entero se viniera abajo.

Mientras conduzco, una parte de mí desea simplemente desaparecer, dejar atrás esta situación.

No quiero enfrentar esta realidad. No quiero lidiar con las emociones que despierta en mí.

Y aunque intente convencerme de que esa es la única salida, sé que no puedo escapar de esto.

Mi rabia es una defensa, un escudo que levanté para protegerme de sentimientos que son simplemente demasiado aterradores de enfrentar.

Pensé que Olivia entendería eso. Que se daría cuenta de que mis palabras no tenían que ver con lo que siento por ella, sino con el miedo que me consume.

El miedo de que le ocurra algo. De que algo le pase al bebé.

Pero las palabras que intercambiamos solo han profundizado el abismo entre nosotros.

Y no sé cómo arreglarlo.

—¡Mierda! —es lo único que sale de mi boca.

Estoy tan cegado por la rabia y por las lágrimas que se empeñan en escapar de mis ojos que ni siquiera me doy cuenta de

en qué momento llego a casa, estaciono el coche y salgo apresurado, directo al despacho.

Me encierro en el lugar, en mi castillo, como si eso pudiera protegerme de todo esto.

Pero sé que no es así.

Capítulo 27

Daniel

Me despierto con unos golpecitos insistentes en la puerta del despacho.

Me paso las palmas de las manos por la cara para despejarme y estiro el cuerpo.

—¿Papá? —escucho la vocecita de Bia llamándome.

Dormir no ha resuelto nada. De hecho, solo ha amplificado mi dolor de cabeza y ha dejado mi cuerpo aún más tenso.

Cuando llegué a casa, busqué mis antiguos medicamentos, pero no encontré nada. Así que intenté distraerme releyendo partes del caso, tratando de entender qué se me había escapado. Ahora que tenía la pieza que faltaba, mi mente decidió apagarse.

—¿Papá? —Bia insiste.

—Estoy aquí, hija —respondo.

Deja de golpear la puerta y comienza a girar la manija.

—Estoy trabajando, necesito estar solo.

—¿Abres? —pide.

No soy la mejor compañía para Bia en este momento y es difícil explicárselo.

Todo lo que necesito es estar solo y tratar de poner mi cabeza en orden para no arruinar aún más las cosas.

—¿Papá? —su vocecita me llama de nuevo.

Mi instinto paterno me obliga a salir de la silla. Camino hacia la puerta y la abro, preocupado por su insistencia.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Bia levanta la mirada y me observa en silencio durante un instante, con sus ojos curiosos y preocupados al mismo tiempo.

Siento como si pudiera ver a través de mí, leer la tormenta en mi interior.

Entonces, de repente, sonríe. Como si quisiera ofrecerme un rayo de luz en medio de la oscuridad que me rodea.

Y me abraza con fuerza, apoyando su cabeza contra mí.

Eso me rompe por completo.

Las palabras se desvanecen de mi boca y, cuando menos me doy cuenta, me inclino y la rodeo con los brazos. Ese simple gesto alivia un poco la presión en mi pecho.

Ni siquiera sabía cuánto necesitaba esto hasta que ocurrió.

Pero Bia es parte de mí. Y parece entender perfectamente lo que necesito sin que tenga que decírselo.

A medida que pasa el tiempo, su abrazo tiene un efecto tranquilizador en mí. Mi mente sigue sumida en el caos, pero siento que tengo un apoyo y que no tendré que enfrentar esto completamente solo.

—Papá, ¿por qué estás triste? —pregunta, su vocecita cargada de preocupación.

Bia aparta un poco el rostro para mirarme. Me agacho hasta quedar a su altura, le revuelvo el pelo con cariño y sonrío.

—Ah, Bia… todos tenemos días en los que no nos sentimos muy bien. ¿Sabes? Como cuando echas de menos el cole.

—Sí, pero las clases empiezan la semana que viene —se rasca la barbilla.

—Sí… y entonces ya no lo echarás de menos. No te preocupes, pequeña, estaré bien.

Frunce el ceño, parece evaluar mis palabras.

—No pareces estar bien, papá —insiste.

—Creo que es porque no he comido nada en todo el día…

Asiente de inmediato y cubre su boca con la mano, como si fuera a contarme un secreto.

—Yo también prefiero la comida de Olivia —dice con una sonrisa cómplice, como si esa información quedara solo entre nosotros.

La miro sin saber qué responder, y acabo riéndome.

—Sí. Su comida era la mejor.

—¡Shhh! ¡Rosario puede escuchar!

—¡Shhh! —repito, llevándome un dedo a los labios.

—¿Por qué no llamas a Olivia para que haga la comida, papá?

—Olivia no volverá, Bia… —intento explicarle.

No debería ser difícil de entender, Bia ya es lo suficientemente mayor para darse cuenta de que, a veces, los empleados de la casa

se van.

Pero ella sigue analizándome con el ceño fruncido. Y entonces su expresión se ilumina un poco.

—Sabes, papá, siempre pareces feliz cuando Olivia está aquí.

Escuchar su nombre es como recibir un puñetazo en el estómago, y siento un nudo formándose en la garganta.

Olivia no es un tema que planeaba discutir con Bia tan pronto, pero su curiosidad no me deja margen para respuestas evasivas.

—Bia, a veces las personas tienen que seguir caminos distintos por un tiempo —le explico—. Olivia está ocupada con algunas cosas ahora, pero estoy seguro de que aún te quiere mucho y que también te echa de menos.

—Sí, yo también la echo de menos. ¿Tú la echas de menos, papá?

Intento mantener la calma, aunque por dentro todo parezca un torbellino.

Hace una mueca pensativa y me pregunto cuánto entiende realmente de lo que le estoy diciendo.

—Sí —suspiro—. Yo también la echo de menos, Bia. Pero mira, aunque las personas no estén físicamente con nosotros, siempre pueden estar en nuestro corazón.

Bia está a punto de hacer otra pregunta cuando la interrumpo:

—¿Quieres hacer algo divertido ahora? —Intento desviar la conversación.

—¡Sí! —asiente emocionada, sus ojos brillando de entusiasmo.

—¿Qué te gustaría hacer?

—¡Dibujar! —Extiende la mano y, cuando la tomo, me jala con fuerza.

Su sonrisa es contagiosa y eclipsa el amargo sentimiento que se ha apoderado de mí.

Tal vez esto sea lo correcto: distraerla para que no haga más preguntas… y distraerme para no tener que dar respuestas.

Vamos a su cuarto de juegos, le ayudo a sacar los lápices de colores, crayones y rotuladores. Tomo un cuaderno de dibujo y me siento en el suelo, con Bia acomodándose en mi regazo.

Está tan concentrada y entretenida que ni siquiera nota a Rosario asomándose por la puerta. La mujer abre los ojos con sorpresa y avanza con la intención de llevarla de vuelta a su habitación.

—Está todo bien, estamos dibujando —le digo.

—Discúlpeme, señor, pero ya estaba en la cama…

—No hay problema, yo me encargo de ella.

Rosario se retira, preocupada, echando miradas hacia atrás con cada paso.

—¿Rosario?

—¿Sí, señor? —se gira de golpe.

—Avísele a Thiago que quiero verlo en mi despacho mañana, en cuanto llegue.

—¿Es algo urgente, señor? Puedo llamarlo ahora mismo.

—No, puede esperar hasta mañana. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, señor —se marcha apresurada y cierra la puerta.

Cuando vuelvo mi atención a Bia, veo que ha dibujado uno de nuestros momentos durante el viaje.

—Mira, papá, es el castillo de Mickey —señala con el dedo.

Admiro lo bien que percibe los colores y los trazos. Es mucho mejor de lo que yo era a su edad.

—Muy bonito.

—Ahora, mira, este eres tú —sigue dibujando.

Dibuja a un hombre alto a la izquierda, a ella pequeñita en el centro con una gran sonrisa y, a su lado, a Olivia.

Mi corazón se aprieta al ver eso.

Cuando termina, añade detalles al castillo, dibuja los fuegos artificiales en el cielo y, con los ojos brillantes, me entrega la hoja.

—¡Papá, esto es para ti! —dice con orgullo.

Miro el dibujo y sonrío, tomándolo entre mis manos.

—Gracias por el regalo, Bia. Es hermoso.

—Lo sé, lo hice yo —afirma con una sonrisa pícara.

—Lo guardaré en un lugar especial.

—¿En tu despacho? —pregunta emocionada.

—Claro, en mi despacho.

Bia me ayuda a recoger todo. Es bastante organizada y rápida guardando los lápices en su sitio, mientras yo me encargo de los crayones y los rotuladores esparcidos sobre la mesa.

Luego la llevo a su habitación y la acuesto para dormir.

—¡Cuéntame un cuento, papá! —pide.

—Soy pésimo en eso…

—Búscalo en Google.

Encuentro la historia de *Cenicienta* y la leo despacio, permitiendo que Bia sienta el peso del sueño caer sobre ella. Y cuando llegamos a la parte en la que deja atrás su zapatito de cristal, ya está roncando.

Bloqueo la pantalla del móvil y lo guardo en el bolsillo.

Le aparto el pelo del rostro y acaricio suavemente su mejilla. Mientras la observo dormir, una ola de sentimientos me invade.

Las palabras de Olivia siguen resonando en mi mente y me pregunto si he tomado las decisiones correctas todos estos años, si realmente hice lo correcto.

Estoy dividido entre la rabia que aún burbujea dentro de mí, el miedo a lo que pueda pasar y la comprensión de que quizá Olivia tenía razón en algunas cosas.

Tal vez esta sea mi oportunidad de hacer las cosas de manera diferente, de estar más presente, de ser más humano.

No quiero perder a Olivia.

Sé que la herida que dejó la partida de Mari sigue abierta y el miedo de revivir todo aquello es abrumador.

Al ver a Bia allí, durmiendo serenamente, siento un nudo en la garganta.

Ella merece un padre capaz de superar sus propias barreras, de abrirse al amor y a la posibilidad de ser herido de nuevo.

Merece a alguien dispuesto a enfrentar cualquier desafío y luchar por ella.

¿O quiero que crezca como yo? Arrastrando un dolor que nunca la abandone, dejando de vivir por miedo a que la paralice.

Tomo el dibujo que Bia hizo y salgo de la habitación.

Lo observo una vez más.

Ella en el centro, con una sonrisa radiante, Olivia a su lado, tomándole la mano. Y yo del otro lado, sujetando su otra mano también.

Voy a mi habitación y me dejo caer en la cama, sintiendo el cansancio en cada músculo y la mente agotada por el día turbulento.

Mientras cierro los ojos, desearía que hubiera una respuesta fácil, una solución mágica para todo esto.

Pero la vida rara vez es tan sencilla.

Y ahora, mientras el silencio de la noche lo envuelve todo, me pregunto si estoy preparado para enfrentar lo que está por venir.

Para finalmente dejar de ser perseguido por mi pasado, que insiste en mantenerse en mi presente.

No soy feliz.

Pero mientras Olivia estuvo aquí, no solo recordé lo que era esa sensación.

La viví tan intensamente que llegué a perderme en ella.

Y fue lo mejor que pude haber hecho.

Capítulo 28

Daniel

Al día siguiente, mientras estoy en el despacho, Thiago entra y hace un saludo breve. De todos los hombres que forman parte de mi seguridad, él es el más profesional y confiable.

—Buenos días, doctor Mascarenhas —mantiene su tono neutro—. ¿Todo salió bien en el viaje?

—¿Las noticias no llegaron hasta ti? —alzo una ceja.

Thiago niega con la cabeza y aprieta los labios.

—¿Ocurrió algo grave? ¿Algo de lo que deba estar informado?

—Siéntate —le indico, señalando la silla frente a mi escritorio.

Rapunzel de la Federal se muestra inquieto, se toca el moño samurái y frunce el ceño con un leve aire de irritación.

—Quiero asignarte a otra tarea.

—¿Asignarme a otra tarea? —Su expresión cambia por completo.

—No te necesito más aquí en la mansión.

—Doctor Mascarenhas, ¿qué ha pasado?

—Te necesito en otro lugar. Quiero que vigiles a Olivia y tomes todas las precauciones necesarias. Asegúrate de que esté segura y estaré satisfecho —señalo—. También quiero que me des recomendaciones sobre seguridad privada.

Permanece con los labios entreabiertos y parpadea rápidamente.

Es evidente que la sorpresa le impide reaccionar de inmediato.

—Señor, normalmente mi responsabilidad es garantizar su seguridad —deja claro—. No estamos encargados de proteger a cualquiera…

—Ella no es cualquiera.

—Mire, doctor… Yo soy su seguridad. Ni siquiera soy responsable de Beatriz, ella tiene una oficial asignada para que no se sienta amenazada…

—Sí, lo sé.

—No puedo simplemente abandonar mi posición para ir a proteger… ¿a la niñera? —Alza una ceja.

—Ya no trabaja aquí.

—Hum. ¿Está seguro de que todo salió bien en ese viaje?

Suspiro, consciente de que esta conversación puede parecer fuera de lugar, especialmente viniendo de alguien como yo, que siempre intenta mantener su vida personal al margen.

Sin embargo, siento la necesidad de explicarle algunas cosas a Thiago.

¿Es arriesgado? Por supuesto. Mi padre siempre decía: *un secreto solo está a salvo cuando dos hombres lo saben y uno está muerto*.

Pero hoy he despertado con una nueva perspectiva de vida: *que se joda la prensa, los chismes, mis casos o mi nombre*.

No voy a permitir que lo que pasó con Mari se repita con Olivia.

—Olivia… está embarazada.

Veo una sombra de confusión y sorpresa en los ojos de Rapunzel de la Federal, pero no dice nada. Solo asiente con la cabeza, indicándome que continúe.

—Sé que estás familiarizado con mi historia, al fin y al cabo, fue lo que te hizo venir a mí hace años.

—Afirmativo.

—No voy a permitir que su embarazo traiga complicaciones… personales —me aclaro la garganta—. Quiero que la mantengas protegida discretamente, sin que lo note. No quiero causar revuelo, pero creo que es importante garantizar su seguridad.

—Voy a tener que informar al comando.

—No puedes.

Veo un atisbo de duda y confusión en su rostro.

—¿Desde cuándo el juez Mascarenhas deja de seguir las reglas?

—Desde que seguirlas puede ponerla en peligro. Su vida es más valiosa que la mía.

—No lo es —se ríe.

—Sí lo es. Lleva un hijo mío, así que su vida es más importante que la mía —le doy énfasis a la información—. Será temporal, Thiago. Mientras tanto, buscaremos a alguien más para el trabajo, pero en este momento, solo confío en ti.

—Gracias —lo veo sonrojarse ligeramente—. Es bueno escuchar eso de usted.

—Y, por favor, no le cuentes a nadie sobre el embarazo —le pido.

—Sobre eso… ¿quién más lo sabe?

—Tú, Olivia, Fernanda y yo.

—Bien. Si llega a haber algún problema, será más fácil saber de dónde ha salido.

—No va a haber ningún problema —dejo claro—. Escucha, Thiago, si algún día tienes que elegir entre mi vida y la de Olivia, quiero que la protejas a ella.

—¿Y que me metan un proceso disciplinario? —se burla—. Ni loco.

—Thiago —gruño—. Hablo en serio.

Rapunzel de la Federal parece estar procesando la información, y me pregunto si estoy exagerando con la precaución.

Sin embargo, el miedo de que Olivia pueda estar en peligro, especialmente después de nuestras discusiones y sabiendo cómo operan estos criminales, es algo que no puedo ignorar.

—Usted es un hombre responsable.

—Sin halagos. Sal de aquí y ve a su casa. Sé su sombra. Infórmame si algo ocurre.

—Misión dada, misión cumplida, doctor. Me aseguraré de que Olivia esté a salvo. Y es importante que usted también se sienta tranquilo respecto a su propia seguridad. Haré todo lo posible para mantenerlos seguros.

—Te lo agradezco, Thiago.

Olivia

Días después.

Aquella intensa discusión con Daniel me robó varias noches de sueño.

Viví un torbellino de emociones difíciles de controlar, para las que no estaba preparada, pero no podía detener mi mundo por ello. Necesitaba seguir adelante.

Salía de casa todos los días, ya fuera para entregar currículums o para ir a la USP a ayudar a mi asesora en el laboratorio y rogar por una nueva recomendación.

—Pero, ¿no dejaste la guardería para reemplazar a tu madre? —pregunta con tono neutro.

—Sí, pero ahora ella ya ha vuelto al trabajo. ¿Cree que me aceptarían de nuevo?

—No, la vacante ya fue ocupada, Olivia, lo siento.

—Qué pena… Seguiré buscando.

—Tienes que aprender a lidiar con las consecuencias de tus decisiones. No fue fácil recomendarte para ese puesto, especialmente porque era lo que querías, trabajar con niños.

—Lo sé.

Mi ánimo ya estaba por los suelos y, para colmo, recibir esos golpes solo me dejó aún más frustrada, amplificando el dolor del rechazo y la sensación de abandono.

Parecía que el mundo estaba en mi contra, que todas las puertas estaban cerradas y que mi nombre estaba manchado.

La decepción y la tristeza se mezclaban en mi interior, y me sentía como si hubiera caído en un abismo sin fondo.

Fue Kalinca quien me sacó de ese estado de tristeza, proponiéndome salir con ella a vender productos de limpieza.

Así que comenzamos a salir juntas todas las mañanas y tardes, cargando los productos en carritos y vendiendo todo lo que podíamos.

—¿Y si no me contratan por estar embarazada? —pregunto.

—Se perderán a una excelente profesional —Kalinca se encoge de hombros.

—¿Y si no me contratan por ser madre soltera? Mi madre pasa todo el día fuera, ¿y mi padre? —Suelto una risa amarga—. Nunca puedo contar con él. ¿Quién se quedará con el bebé cuando tenga que trabajar?

—Amiga, un problema a la vez. Primero resolvemos el presente, después vemos todo lo demás.

Aprecio la oportunidad de contar con su apoyo, pero me siento frustrada.

Pasé horas revisando currículums, llenando formularios de inscripción, enviando correos, yendo a clínicas y escuelas con la esperanza de conseguir un nuevo comienzo.

Cada respuesta negativa o la ausencia de respuesta era un recordatorio de que esto no sería nada fácil.

—Lo importante es que estás luchando. Estamos logrando recaudar 200 al día…

—Sí. Solo tenemos que quedarnos en el metro todo el día, apretadas, acosadas y corriendo todo tipo de peligro —sonrío de manera angelical.

—Y por eso tomé clases de jiu-jitsu —Kalinca pasa la mano por debajo de su cabello y lo echa hacia un lado—. ¿Quién en su sano juicio se metería conmigo?

—Ah, Kalinca, siempre hay un loco…

Salimos del vagón y nos dirigimos a otra línea para probar suerte.

Las ventas hoy están bajas y necesito cada céntimo para asegurar mi futuro.

Mientras el metro sigue su curso, Kalinca y yo tomamos lados opuestos para ofrecer los productos de limpieza.

Una o dos almas caritativas compran algo, y luego nos reencontramos con cara de derrota.

—Tengo una sensación extraña —digo.

—No vayas a vomitar, ¿eh? Ay, me da horror el vómito —Kalinca hace una mueca.

—No es eso —me detengo un instante y miro a mi alrededor —. Siento que he visto un rostro familiar…

—Ah, la Zona Este entera en el metro, ¿no, gata? "Si la clase trabajadora lo produce todo, entonces está en el metro". Creo que eso lo dijo Marx…

—¡Deja de decir tonterías! —Me aguanto la risa para no alentarla.

Mi corazón se acelera cuando reconozco a un hombre blanco, de nariz afilada, ojos azules y gorra negra.

Veo el moño de su cabello detrás y lo identifico de inmediato, pero su nombre no me viene a la cabeza.

—Trabaja para Daniel. ¿Me está siguiendo?

—¿Quién? —Kalinca mira a su alrededor.

En la parada del metro, la mayoría de la gente baja, pero el hombre sigue ahí.

—Vamos a bajarnos en la próxima estación.

—Amiga, no hemos vendido ni la mitad…

—Confía en mí. Es la única forma de saber si nos está siguiendo o no.

Me lanza una mirada confundida, pero aprovecho el espacio para acercarme a la puerta.

Y en cuanto se abre, salgo rápidamente del vagón, casi tropezando con la prisa por escapar.

Kalinca viene justo detrás, con el pecho erguido, tirando del carrito y mirándome como si estuviera loca.

—¡Oye! ¡Tú! ¡Sé que estás ahí! —grito y apunto con el dedo hacia el hombre que finge estar interactuando con un grupo de personas.

No lo está. Nos está siguiendo.

Kalinca me mira como si estuviera perdiendo la cabeza.

—¿Qué estás haciendo, Olivia?

—Es… Thiago. Creo que ese es su nombre.

—¿Thiago? ¿Quién diablos es Thiago?

Mis ojos se encuentran con los suyos entre la multitud, y la mirada seria e imperturbable de Thiago me enciende por dentro.

—¡Él! ¡Nos está siguiendo! ¡Voy a llamar a seguridad! —advierto en voz alta.

El hombre se acerca, saca las manos de los bolsillos y las abre en un gesto conciliador, intentando calmarme.

—Olivia, escúchame, no hace falta hacer esto…

—¿Por qué me estás siguiendo? —exijo saber.

Thiago mantiene la calma, sus ojos fijos en mí.

—Mi trabajo es garantizar la seguridad del juez Mascarenhas y de las personas asociadas a él. —Mueve las cejas—. Incluyéndote a ti.

Mi rabia crece aún más.

—¿Crees que soy una amenaza? ¿Que voy a hacerle algo?

Sacude la cabeza lentamente.

—Negativo. Mi objetivo es asegurarme de que todos los miembros de la familia Mascarenhas estén a salvo. —Se acerca y me toma del brazo—. Y por favor, baja el tono de voz, estamos en un lugar público.

—Eh. —Kalinca agarra su brazo y lo aparta—. ¡Suelta a mi amiga!

Los dos se miran fijamente por un segundo, y el brillo en sus ojos hace que parezca que ya se conocían.

—¿Tú? —gruñe Kalinca—. Olivia, sujétame la peluca.

Se arranca el cabello postizo y me lo lanza como si fuera un perro listo para pelear.

—Señora, soy policía federal, por favor aléjese —advierte Thiago.

—¡Voy a romperte la cara y, de paso, a toda la policía federal si vuelves a tocar a mi amiga! —suelta golpes al aire mientras se acerca a él con pasos calculados, lanzando patadas también.

Yo estaba temblando de frustración y rabia.

Sobre todo, al darme cuenta de que Thiago estaba allí por órdenes de Daniel.

Y no podía aceptar que ahora mi vida estuviera bajo su vigilancia y control.

Pero, como siempre, Kalinca logra aliviar la tensión con sus locuras.

—¡Soy cinturón morado de jiu-jitsu! —le advierte mi amiga.

—Y yo soy cinturón negro. Y no quiero darte una paliza, señora.

—¿Señora? —Kalinca se ríe, se quita el gorro y me lo tira en las manos—. ¡Voy a darte una paliza, imbécil!

—Adelante. —Thiago adopta una postura defensiva y la reta con la mano.

—¡Parad los dos! —ordeno, irritada y tratando de contener una crisis de risa—. ¡Estáis actuando como críos!

—¡Fue él, Olivia! —lo señala Kalinca—. ¡Él fue quien intentó robarme los productos aquel día, ¿te acuerdas?! El greñudo con cara de amargado.

—¿Amargado? —Thiago abre los ojos con sorpresa—. Señora, contrólese o le daré voz de arresto.

—¡Señora será tu puta madre! —Kalinca le apunta con el dedo en la cara—. ¿Y quién carajos eres tú para arrestarme?

—Policía.

—¿Y sabes quién soy yo? —Kalinca se golpea el pecho.

—¿Quién eres?

—Kalinca Oliveira Pimenta, solo come quien aguanta —suelta su frase de impacto y da una vuelta sobre sí misma—. ¡De donde vengo, tipos como tú no me dan miedo!

—¿Y tipos como yo qué te ponen?

Kalinca se le acerca con el dedo apuntándole en la cara.

—Niño, deja de hacerte el gracioso porque yo no te he dado confianza —le gruñe.

Y él se ríe al verla perder la compostura.

—¡Thiago! —interrumpo la conversación de los dos antes de que llamen aún más la atención—. No soy una criminal, no soy una amenaza y, lo más importante: no soy parte de la familia Mascarenhas. Solo quiero seguir adelante con mi vida.

Thiago recupera su expresión neutral, sin mostrar ninguna reacción a mis palabras.

—Lo entiendo, Olivia, pero solo sigo órdenes del doctor Mascarenhas, y su orden es mantenerte a salvo.

—No quiero.

—No importa lo que me digas, él es quien da las órdenes —enfatiza.

—Entonces, pronto tendré una conversación con tu jefe. —Tomo el carrito con los productos de limpieza y me dirijo al vagón más cercano—. ¡Vamos, Kalinca!

—¿A dónde vamos? ¿A casa? ¿A vender? Estoy confundida.

—A tomar el metro de vuelta a casa y largarnos de aquí.

—Vale. Pero dame la peluca. —Me la pide con la mano extendida.

Dejo a Thiago atrás e ignoro si me está siguiendo o no.

Me irrita profundamente saber que, además de luchar por mí y por mi hijo, ahora también tengo que pelear por mi propia libertad.

Esto está yendo demasiado lejos.

Capítulo 29

Olivia

Paso el resto del día furiosa, porque lo último que esperaba en la vida era que me siguieran por ahí.

Dormí con esa rabia en el pecho y, cuando desperté, tuve que contener mis emociones y expresiones para que mi madre no notara nada.

—¿Ya está lista para ir a casa de Daniel, mamá?

—Sí, querida, ¿por qué?

—Iré con usted.

—¿En serio, Olivia? —Se ríe—. O sea que no lograste estar mucho tiempo lejos de Bia, ¿verdad?

—Sí. —Fuerzo una sonrisa—. A propósito, ¿cómo está ella?

—Muy diferente de lo que era… felicidades. —Me sujeta por el hombro—. No sé qué pasó, pero ahora parece que Bia está más

conectada con su padre. Pasan tiempo juntos, conversan… Rosario incluso dice que dibujan.

—Eso es genial. —Me muerdo la lengua, ardiendo de rabia.

—¿Cuál fue la magia?

—No hay magia, mamá. El proceso terapéutico es, como su propio nombre indica, un proceso.

Que, por cierto, es lo que debería hacer con ese desgraciado: *procesarlo*.

Pero eso solo prolongaría nuestro vínculo, y todo lo que quiero es cortar a Daniel de mi vida para siempre.

—¿Vamos?

—Sí, vamos.

Mi madre y yo nos dirigimos a la casa de Daniel, y yo me ocupo durante todo el trayecto revisando los currículums y las solicitudes de empleo que envié.

Al darme cuenta de que mi suerte sigue siendo mala, empiezo a considerar aceptar cualquier tipo de trabajo para ir ahorrando dinero.

No puedo pedirle a mi madre que compre la cuna, los pañales o las cosas necesarias para el bebé. Ya hace demasiado manteniendo la casa, y lo mínimo que puedo hacer es hacerme cargo de las consecuencias de mis actos, como dijo mi querida asesora.

—¡Hola, Bia! —Saludo a la niña, que ya está de salida rumbo a la escuela.

—¿Olivia? —Sus ojos brillan.

Hace de todo por quitarse el cinturón de seguridad, pero no puede. Voy hasta el coche y me apoyo en la ventanilla.

—¿Cómo estás, amor? ¿Las clases ya han comenzado?

—Sí, ya empezaron.

—¿Y están siendo muy difíciles?

—No.

—Claro que no, eres tan inteligente. —Le revuelvo el cabello con cariño.

—¿Viniste a ver a mi papá?

—Sí. —Asiento con discreción.

—Mi papá necesita pasar tiempo contigo, porque siempre está feliz cuando estáis juntos —dice la niña.

Ah, tengo claro que sentirá muchas cosas al verme, pero felicidad no será una de ellas.

—Será rápido, solo quería venir a verte y saber cómo estás.

—Bien.

—¿Has estado abrazando a tu papá?

—Sí.

—¿Y pasando mucho tiempo juntos? —Ella asiente—. ¡Genial! Recuerda: es un poquito cada día. Tu papá no tiene un manual, así que está un poco perdido. Haz todo lo posible por ayudarlo, ¿sí?

—Descuida.

—Adiós, amor, ¡buenas clases!

—¡Adiós, Olivia! —Me saluda con la mano y me lanza un beso.

Entro a la casa y saludo rápidamente a Rosario.

Ella y mi madre parecen ocupadas con alguna urgencia, así que corren a la cocina.

Subo las escaleras pisando fuerte en cada escalón, lista para derribar la casa si es necesario, de tanta rabia que tengo.

Voy directamente al despacho de Daniel y doy golpes firmes en la puerta.

—¡Pedí que no me molestaran, Rosario! —dice él.

—¡No es ella! —exclamo.

Hay un silencio alarmante dentro.

Escucho a Daniel levantarse y acercarse a la puerta.

La abre y me mira, incrédulo.

—¿Olivia? ¿Qué haces aquí? —Su expresión es una mezcla de sorpresa e incertidumbre.

Mantengo mi postura, mirándolo directamente a los ojos.

—Necesitamos hablar, Daniel. Sobre Thiago.

Estar frente a él de nuevo es como estar en el centro de un torbellino personal.

Incluso después de todo lo que pasó, me siento una idiota al notar que aún hay una conexión profunda entre nosotros, un magnetismo que parece arrastrarme hacia él.

Era como si mi corazón y mi mente estuvieran en una lucha constante entre la atracción que él ejerce sobre mí y la rabia, la frustración y la decepción que también siento.

Sus ojos permanecen fijos en los míos, incluso mientras se mueve hacia su silla, y me pierdo en la intensidad de esa mirada.

Eso me trae recuerdos de lo que compartimos, incluso dentro de esta misma oficina.

Pero la realidad golpea de inmediato y recuerdo sus palabras, la sensación de abandono y la estupidez de ponerme un guardaespaldas.

Aun así, mi corazón se acelera en su presencia y me pregunto cómo es posible sentir tantas emociones contradictorias al mismo tiempo.

Quiero simplemente odiarlo, sacarlo de mi mente y de mi corazón.

Sin embargo, hay una parte de mí que lucha por caer en sus brazos.

—Siéntate. —Señala la silla frente a su escritorio.

—Me quedaré de pie, será rápido.

—¿Segura, Olivia? —Frunce el ceño—. Podrías cansarte y…

Lo ignoro por completo y voy directo al grano.

—Sabes que Thiago me está siguiendo, ¿verdad?

Vuelve a señalar la silla con la mano una vez más, y esta vez le hago caso.

Me siento y cruzo las piernas, mirándolo con urgencia.

Necesito irme. No quiero estar en el mismo lugar que él.

—Sí, yo lo pedí. Pronto asignaré un equipo —advierte.

—¿Equipo? —Siento que se me eriza la piel.

—Precaución, Olivia.

—¡No merezco ser vigilada como una criminal!

—Él solo está asegurándose de tu seguridad y la del bebé.

—¡No necesitamos tu seguridad!

—Vives en un lugar peligroso... —Se humedece los labios.

—Nací y crecí en ese lugar. ¿Qué podría pasarme?

Daniel se encoge de hombros.

—Entonces fuera de allí. Thiago me dijo que has estado recorriendo toda la ciudad, yendo a clínicas de psicología y guarderías...

—¿Y qué va a hacer cuando consiga trabajo? ¿Entrar conmigo? —Suelto una risa nerviosa.

—Sí.

Mi sonrisa se transforma en una mirada de odio.

—No quiero.

—No tienes opción.

—¡No puedes hacerme esto!

—Puedo, ya lo hice y haré más —insiste—. Es por tu protección.

—Entonces, ¿por qué no me siento protegida, Daniel?

Eso parece golpearlo de lleno.

Veo cómo aprieta la mandíbula y sus músculos faciales se tensan.

Daniel aparta todos los papeles de su escritorio hacia un lado y me mira con seriedad.

—Lo lamento. Pero así será.

—¿Lo lamentas? Lamentarlo no es suficiente, Daniel. No quiero ser controlada, vigilada ni tener cada uno de mis pasos marcados como un animal enjaulado. ¡Merezco privacidad y libertad! —Me levanto, dispuesta a marcharme.

Él también se pone en pie rápidamente y se acerca a mí.

—Es inútil discutir contigo, porque nada de lo que diga cambiará tu opinión.

—Daniel, soy una mujer adulta, sé lo que es bueno para mí.

—Olivia, entiendo tu frustración, pero es por tu bien.

Mientras habla, lucho por mantenerme firme. Sus palabras son persuasivas y hay algo en su voz que me hace querer creer que realmente se preocupa por mí.

Pero sé que no es así.

Y tener que escuchar todo esto mientras lo miro a los ojos despierta en mí recuerdos mezclados: los momentos felices que tuvimos y los momentos de desilusión que nos separaron.

Es como si estuviéramos atrapados en un ciclo interminable de emociones conflictivas, sin una salida clara.

Quiero ser fuerte, quiero demostrarle que nada de esto me ayudará, porque me siento manipulada.

Y me frustra que no sea capaz de verlo… o simplemente no quiera verlo.

—Dijiste que no querías ser padre. Entonces sigue tu camino y déjame en paz.

—No puedo, Olivia… —Su voz suena ronca y baja, pero cargada de intensidad.

La proximidad entre nosotros crece a medida que se acerca, como si hubiera una fuerza magnética atrayéndonos.

Daniel mantiene los ojos fijos en los míos, atrapando mi atención.

Intento recordar todas las razones por las que estoy furiosa con él, pero mi cuerpo reacciona de otra manera.

La tensión entre nosotros alcanza su punto máximo cuando Daniel me arrincona contra la pared.

Siento una mezcla de deseo y rabia, una combinación que me deja confundida y agitada.

Nuestros rostros están a escasos centímetros y su aliento cálido roza mi piel. Su mano sube lentamente por mi brazo, provocándome un escalofrío que se transforma en un calor abrasador en mi vientre.

—Olivia… —susurra con voz grave—. Confía en mí.

Su mirada recorre mi rostro, como si estuviera buscando una rendija por la que colarse.

Y yo, como la idiota que soy, no puedo evitar sentir una chispa de esperanza.

—¿A qué precio, Daniel?

—¿Tu seguridad? Al precio que sea.

—No quieres protegerme, quieres controlarme. —Frunzo el ceño.

Su otra mano aprieta mi cintura y su cuerpo se pega al mío, atrapándome entre la pared y su calor.

—Sí, quiero controlarte —admite—. Quiero que seas mía, quiero encerrarte en esta casa si pudiera… Ahora mismo quiero follarte hasta que olvides quién eres.

Un suspiro escapa de mis labios y trato de mantenerme firme, pero mis piernas tiemblan.

—Quiero retroceder en el tiempo y hacerlo todo diferente. Quiero vendarte los ojos, atarte las manos y dejarte desnuda para mí, para hacer lo que me dé la gana contigo…

Me quedo sin aire.

—Te quiero de formas estúpidas, Olivia, y ¿sabes qué? No me avergüenzo de ninguna de ellas.

Me siento débil, desmoronándome, cediendo a sus palabras y, cuando me doy cuenta, estoy a punto de besarlo.

Pero no.

Le empujo con fuerza y le señalo con el dedo índice, advirtiéndole que se mantenga lejos.

—Esto no se trata de lo que quieres tú, Daniel. Tenemos que ser racionales y actuar de la manera correcta.

—¿Y cuál es la manera correcta? ¿Tener a un desconocido siguiéndote a todas partes?

—Si eso te incomoda, ven a vivir conmigo —propone—. No tendrás que trabajar, ni salir para nada. Me encargaré de que tengas

todo lo que necesites. Si quieres, firmamos un contrato.

—¿Qué? —Me río con incredulidad—. ¿Por qué todavía me sorprende? Es evidente que no me conoces en absoluto.

Daniel endurece el semblante y cruza los brazos.

—Quiero ser libre, Daniel. No voy a ser prisionera en tu casa.

—Serías mi huésped —corrige.

—No. Lo que quieres es tenerme bajo control.

—Olivia…

Mis palabras lo afectan.

Su mirada pierde intensidad hasta volverse seria y oscura.

Pero entonces, parece luchar consigo mismo y se acerca de nuevo.

Toca mi rostro, sus dedos rozan suavemente mi piel y mi rabia vuelve a confundirse con la pasión que su calor despierta en mí.

Y no puedo negarlo.

—Olivia, por favor…

Sus labios están a centímetros de los míos, la tensión entre nosotros es casi insoportable.

Mi mente está en guerra, mi corazón dividido entre las llamas del deseo y la rabia.

Quiero alejarme, salir corriendo y huir de todo esto.

Pero algo me mantiene paralizada. Algo en sus palabras, en la suavidad de sus dedos, en la desesperación de su mirada.

Y entonces, antes de que pueda racionalizarlo, antes de que pueda resistirme, sus labios se encuentran con los míos en un beso ardiente e intenso.

Es como si todas las emociones contradictorias que siento por él estallaran en ese único momento. Rabia, deseo, frustración… todo se mezcla en un torbellino avasallador.

Siento su mano sujetando con firmeza mi nuca y su boca devorándome con hambre, tanto que mi cuerpo se debilita y se entrega fácilmente.

Mi corazón se dispara y todo parece moverse en cámara lenta… hasta que lo empujo lejos y la realidad me golpea de nuevo.

Me aparto bruscamente, mi respiración es irregular y una sensación de mareo me obliga a apoyarme contra la pared.

—No, Daniel. No vas a convencerme con un beso —le advierto.

Él me mira, sus ojos ardiendo de intensidad y frustración.

Puedo ver la batalla interna en su rostro, la lucha entre sus emociones y su lógica.

Pero ¿sabes qué? Ese no es mi problema.

Es un adulto y necesita encargarse de sí mismo, igual que haré yo.

Me aparto, enviando un mensaje claro: no dejaré que esta atracción magnética me ciegue ni me domine.

—Quédate —ordena con tono firme.

—Me voy. Y espero no volver a ver a Thiago siguiéndome. —Mi voz es tajante mientras me giro para marcharme.

Capítulo 30

Daniel

Frustrado con la actuación de Thiago, le llamo para que tengamos una conversación. Nos encontramos en un restaurante cerca de donde vive Olivia, de modo que él pueda seguir vigilando la zona sin perder de vista su tarea.

—Me ha preocupado, doctor Mascarenhas. ¿Ha ocurrido algo grave? Usted no es de los que hacen encuentros sin previo aviso…

—El problema, Thiago, es que Olivia se ha dado cuenta de que la estabas siguiendo.

—Ah… —Asiente, incómodo—. Pero la culpa es de su amiga.

—¿La amiga?

—GPM.

—¿Qué demonios es eso?

—El peor tipo de mujer que existe: guapa, peligrosa y maldita loca. En ese orden.

—No quiero comentarios graciosos, quiero un plan de acción para mantener a Olivia segura —dejo claro.

—La mejor opción sería rotar al personal de vigilancia con frecuencia, para que ella no se dé cuenta —sugiere—. Y en nuestro caso, como solo yo sé que usted quiere protegerla, tenemos un problema.

—Sí.

—He llamado a algunas empresas de seguridad y hay una muy buena, llamada *Vigilant Watch*.

—Nombre interesante. —Tomo mi móvil y busco información en Google.

—Son discretos, tienen suficiente personal para hacer turnos rotativos y monitorizan todo a través de una aplicación, así que usted siempre sabrá dónde está Olivia…

—Voy a contratarlos ahora mismo. —Llamo a la empresa y agendo una reunión.

No quiero tratar nada sobre Olivia por teléfono. Todo debe ser en persona.

—Sobre su amiga…

—GPM. —Thiago sacude la cabeza.

—Hay que encontrar la manera de manejarla.

—¿Yo? ¿Y qué quiere que haga? —Se exaspera.

—Es amiga de Olivia, quiere lo mejor para ella. Y yo también. Así que estamos en el mismo bando.

—Mire, no sé si funciona exactamente así… —Thiago hace una mueca—. La mujer es bastante agresiva.

—¿Crees que sabe lo del embarazo?

—Probablemente.

—Entonces es la única persona cercana a Olivia con la que podemos contar. Descubre qué quiere o qué necesita y negociemos.

Thiago es el tipo de hombre que, cuando recibe una orden, la cumple. Sin embargo, en este caso, duda, y eso me preocupa.

—¿Qué pasa?

—Es difícil tratar con ella —explica.

—Lo sé, dijiste que era amiga de Olivia. —Asiento—. ¿A qué se dedica?

—Vende productos de limpieza no aprobados por la *ANVISA*, en el metro.

—¿Los fabrica ella misma? —Levanto una ceja—. Thiago, no quiero que Olivia esté manipulando químicos ni nada parecido.

Su mirada indica que no tiene control sobre eso.

—Olivia solo ayuda a vender, nada más.

—¿Todo el día en el metro?

—Exactamente.

—¿Esa mujer no tiene coche o algo? —Me rasco la nuca—. Ofrécele uno.

—¿Está seguro, doctor Mascarenhas? ¿De verdad va a negociar con esa gente?

—Esa gente no existe, Thiago. Olivia lleva en su vientre un hijo mío, no quiero que se exponga a ningún tipo de intoxicación…

—No me malinterprete, es solo que… —traga saliva—. Me incomoda meterme en la favela. No me gusta, ¿sabe?

No tengo tiempo para los prejuicios sociales de *Rapunzel de la Federal*. El asunto es serio y la vida de mi hijo puede estar en peligro antes siquiera de nacer, debido a productos tóxicos.

—Entonces conseguiré para Olivia un empleo en la guardería de mi hija —reflexiono.

—Eso sí lo veo útil. La hará feliz, porque la pobre ha estado recorriendo toda São Paulo dejando currículums sin éxito.

—Y nunca sabrá que fui yo —le advierto mientras me pongo en pie—. Ahora voy a *Vigilant Watch* para resolver este asunto. Pero si tienes la oportunidad de hablar con su amiga, negocia. Necesitamos a alguien cercano a Olivia de nuestro lado.

—De acuerdo, doctor. Que tenga buena tarde.

—Igualmente, Thiago.

Olivia

No he tenido un solo minuto de descanso desde que descubrí que estaba embarazada. Parece como si la vida conspirara para

mantenerlo todo en el caos.

Las náuseas matutinas se han convertido en náuseas a cualquier hora del día.

En cualquier momento, sin previo aviso, la sensación de malestar me invade: en el metro, al percibir un olor extraño en la calle o, simplemente, al despertar. A veces, lo único que puedo hacer es correr al baño más cercano e intentar mantener mi dignidad mientras todo sale de mi cuerpo.

—Lo siento, Ka, hoy no podré ir contigo al metro. Me siento fatal —le aviso por el móvil.

—No pasa nada. ¿Quieres que pase por ahí?

—Más tarde, cuando termines de vender. Te preparo una merienda rica y vemos vídeos graciosos en Instagram, ¿te parece?

—¡Por supuesto! Descansa, gata. ¡Y cuídate! —se despide.

Voy al baño y me lavo la cara.

¿Cómo he permitido que todo llegue a este punto?

Sola, desempleada y embarazada de un hombre al que ni yo ni nuestro bebé le importamos lo más mínimo.

Es difícil no sentirme abandonada y confundida.

Pero, al mismo tiempo, cuando pienso en el momento en que tenga a mi bebé en brazos, cuando pueda abrazarlo, siento que todo mejorará.

Creo que ahora entiendo de dónde sacó mi madre tanta fuerza durante todos estos años: solo con imaginar que tendré una vida frágil, pequeña y adorable bajo mi cuidado, noto cómo dentro de mí se enciende una energía que no puedo describir con palabras.

—Con calma, por favor… —acaricio mi vientre—. Tu mamá ya no aguanta más vomitar… —me quejo.

Un sonido de notificación interrumpe mi momento.

Tomo el móvil sin muchas expectativas, convencida de que será una cuenta vencida o un intento de hacker de robar mis datos… y decepcionarse, porque tengo **cero reales y muchos problemas**.

De: rh@educandarioabh.edu.br

Para: oliviapo@gmail.com

Estimada,

Nos ponemos en contacto porque hemos recibido su

currículum y nos gustaría agendar una entrevista. Tan pronto como sea posible, responda a este correo o contáctenos al teléfono adjunto en nuestra tarjeta.

Atentamente,
Poliana Fernández

Departamento de RRHH, Educandário Antônio Buarque de Holanda.

Lo primero que hago es comprobar si envié mi currículum a esa institución. La respuesta es **no**. Y eso ya enciende una alerta.

Pero al investigar sobre la empresa, veo que es una institución seria, con programas educativos que van desde infantil hasta superior, con sucursales en todo el estado de São Paulo.

Me comunico con ellos para obtener más información sobre la vacante y me atienden de inmediato.

—Buenos días, recibí un correo de ustedes y quisiera confirmar si es real —digo con una mezcla de nervios y ganas de reírme de mí misma.

—Buenos días, ¿con quién hablo?

—Olivia del Carmen Márquez.

—Ah, hola, Olivia. Soy Poliana, del departamento de Recursos Humanos —responde animada—. Sí, tenemos una vacante para psicóloga en educación infantil. El puesto implica acompañar a los alumnos, desarrollar proyectos y…

—Pero aún no estoy graduada —aclaro de inmediato, prefiero ser honesta antes que llevarme una decepción.

—No hay problema. Buscamos una profesional joven, en el inicio de su carrera, que quiera crecer dentro de la empresa. ¿Crees que tus clases interferirían con el trabajo? —Su voz es dulce y amable, lo que me tranquiliza un poco.

—En realidad… —respiro hondo y me paso las manos por la cara—. Ni siquiera sé qué hacer con mi semestre. Está… básicamente congelado.

Me muerdo la lengua. Acabo de perder la oportunidad de un buen empleo por ser demasiado sincera.

—Entiendo. ¿Por qué no vienes a una entrevista?

—¡Claro! ¿Cuándo podría? —Mi corazón late con fuerza.

—Si llegas antes del mediodía, yo misma te atiendo.

—Genial, voy en camino.

Me doy una ducha rápida para relajar el cuerpo y me maquillo ligeramente, solo para disimular las ojeras y el cansancio reflejado en mi piel después de todo lo que he pasado en las últimas semanas.

El trayecto no es muy diferente al que he tomado últimamente para ir a casa de Daniel. De hecho, el lugar queda más cerca de la Avenida Paulista, a pocos minutos de la mansión del juez.

Al llegar, me encuentro con un muro enorme que rodea toda la cuadra y varios edificios de hormigón construidos más hacia el fondo, además de un bloque de ladrillos con murales coloridos y dibujos infantiles.

—Disculpe, ¿podría indicarme dónde está el Departamento de Recursos Humanos? —le pregunto a uno de los guardias.

Me señala el edificio central de cinco pisos y me dirijo hacia allí.

Al llegar a la recepción, me presento y me envían al último piso, donde encuentro a Poliana, una mujer de cabello rizado con reflejos, gafas enormes y una sonrisa aún mayor.

—Olivia, ¿verdad? —sonríe—. Soy Poliana. ¿Podemos hablar?

—¡Claro! —Me seco las manos sudadas en mis vaqueros y la sigo hasta la oficina.

—¿Habías estado aquí antes o conocías el Educandário?

—En realidad, no. Me sorprendí mucho al investigar y ver que tienen desde educación infantil hasta universidad…

—Sí, pero nuestro campus universitario está en otra ubicación —explica—. Aquí solo tenemos educación infantil, primaria y secundaria. —Señala los edificios cuando los menciona.

—Entiendo… ¿y cómo consiguieron mi currículum?

—Lo dejaste en una guardería asociada a nosotros y, como sabían que necesitábamos a alguien, nos lo enviaron.

—Ah, genial. —Suspiro, aliviada.

—Aquí veo que tienes experiencia…

—Sí, trabajé en una guardería, haciendo seguimiento a los niños, especialmente en su desarrollo dentro del aula. También hablaba con los padres sobre temas delicados…

—Perfecto. Olivia, la vacante es para educación infantil. Nuestra psicóloga está de baja por maternidad y llevamos meses buscando a alguien para ocupar el puesto, pero es difícil encontrar una persona con experiencia en niños…

—Lo sé.

Trago saliva. Me pongo tensa y aprieto los dedos.

No me siento cómoda ocultando que estoy embarazada y que pronto necesitaré una baja por maternidad.

Pero, por otro lado, **necesito este trabajo más que nunca** y no quiero que Poliana desconfíe de mí.

—Ofrecemos un período de prueba de tres meses —continúa —. Si nos adaptamos a tu trabajo y tú a nuestra rutina, te hacemos fija.

—De acuerdo.

—El salario es de 3000 reales, con vale de transporte, alimentación y seguro médico.

Escuchar eso es como un coro angelical resonando en mis oídos.

—¿Cuándo comenzaría? —pregunto, sonriendo.

—Lo antes posible… —Poliana responde animada—. Luego de algunos exámenes.

—¿Exámenes?

—Sí, sangre, orina, heces… lo normal.

—Ajam. —Trago saliva.

El test de embarazo lo revelará todo.

—Tenemos convenio con el Hospital Rota da Vida. —Me entrega una tarjeta—. ¿Quieres que te agende para mañana por la mañana?

—Claro, puede ser…

Salgo del lugar con una sensación agridulce y la certeza de que nunca más volveré aquí.

Pero, al menos, algo bueno: Thiago no me ha seguido en todo el día.

Regreso a casa con una mezcla de tristeza y un atisbo de esperanza.

Capítulo 31

Olivia

Después de muchos días de lucha, por fin experimenté la gloria. Me hice las pruebas en el Hospital Rota da Vida y recibí la confirmación positiva de Poliana.

Sentí un alivio inmenso en el alma, porque ya había dado el trabajo por perdido y me estaba preparando para volver a vender productos de limpieza con Kalinca en el metro.

Había algo en el Educandário Antônio Buarque de Holanda que me resultaba familiar, como si lo conociera de algún lugar, pero no lograba acceder a esa memoria para identificar de dónde.

En cualquier caso, me sentía feliz por haber firmado un contrato en una escuela privada de renombre en São Paulo, con la posibilidad de crecer profesionalmente dentro de ella.

—¿Por qué no dijiste que estabas embarazada? —es lo primero que me pregunta Poliana cuando llego el lunes.

Mi corazón da un vuelco cuando me confronta de forma tan directa. No esperaba que el tema de mi embarazo saliera a la luz tan rápido.

—Lo siento, Poliana, estaba esperando el momento adecuado para contarlo. Y… no quería que eso afectara mi oportunidad de conseguir el trabajo…

Poliana me lanza una mirada comprensiva, aunque parece preocupada.

—Lo dejaré pasar esta vez —me guiña un ojo—, pero aquí somos un equipo y es importante que estemos al tanto de todas las circunstancias para brindar el apoyo necesario a nuestros empleados.

—Te prometo que haré todo lo posible para asegurarme de que esto no afecte mi desempeño en el trabajo.

—Está bien, no te preocupes —sonríe con amabilidad—. Déjame enseñarte la escuela.

Hice un recorrido más detallado por el Educandário. Poliana y yo pasamos por las aulas, los espacios abiertos y compartidos como la biblioteca, la ludoteca, la sala de descanso, la enfermería, las canchas… y también la cafetería.

De vuelta en Recursos Humanos, me propone un plan de acción que la escuela ya implementa y que abarca tres puntos: asesoramiento individual cuando los alumnos lo necesiten, prevención y combate del acoso y abuso, y orientación para padres y profesores.

A lo largo de la semana, me fui adaptando a la rutina escolar, a mis compañeros y a algunos alumnos que eran visitantes frecuentes en la oficina de dirección.

Lo que realmente me sorprendió fue encontrarme con Bia en la cafetería junto a unas amigas mientras supervisaba a un grupo de niños de su edad que estaban acosando a otros compañeros.

Mi corazón dio un salto al ver a la pequeña. Me pilló completamente desprevenida, como si el destino estuviera jugando conmigo.

—¡Hola! —me saluda desde lejos.

Siento el corazón calentarse al ver que me reconoce y me acerco a ella.

—¡Hola, cariño! No sabía que estudiabas aquí —digo con entusiasmo.

—Sí, estudio aquí —se aparta el pelo detrás de la oreja.

—¿Quién es ella, Bia? —preguntan sus amigas, curiosas.

—Es Olivia, y es increíble —gesticula, emocionada.

—¡Hola, chicas! —las saludo con la mano—. Soy la nueva psicóloga de la escuela. Trabajo con educación infantil. Si alguna vez necesitáis algo, podéis llamarme.

Las niñas asienten brevemente.

—¿Cómo están las cosas en casa? —pregunto.

—Ah… —Bia frunce los labios—. Todo bien, pero mi papá está muy triste…

—Se pone irritable cuando no trabaja, ¿verdad? —entorno los ojos—. Probablemente siga de vacaciones.

—Pero se encierra en su despacho y nunca sale.

—¿Y no pasa tiempo contigo? —abro la boca, fingiendo sorpresa.

—Sí… Ahora me lleva y me recoge del cole, me ayuda con los deberes, me lleva a natación y a ballet… Por las noches jugamos juntos…

—¡Vaya, tu papá está mucho más presente ahora!

—¡Sí! —Bia se ríe.

—¿Y es así todos los días?

—Todos los días.

Su respuesta me sorprende y, al mismo tiempo, me llena de felicidad. Saber que Daniel estaba haciendo un esfuerzo por cambiar por su hija me reconforta, porque Bia le necesita más de lo que él imagina.

Y en su mirada puedo ver que, en efecto, las cosas han cambiado. Sus ojos brillan de felicidad.

—Olivia, ya no vienes a casa… ¿no nos echas de menos?

—Sí —me agacho para estar a su altura—, pero he estado muy ocupada… Y ahora trabajo aquí, así que podrás verme siempre que quieras.

—¿Y mi papá?

Explicarle a Bia mi relación con Daniel era complicado. Sabía que sus intenciones eran buenas, porque quería recuperar aquellos momentos que habían traído cambios positivos a su hogar.

Pero ahora ya era demasiado tarde, y cada uno debía seguir su camino.

—Muy pronto tu papá volverá a trabajar y será feliz, porque el trabajo es lo que más le gusta —le acaricio el pelo con cariño—. Llámame si necesitas algo, ¿vale?

—Vale.

Dejé que Beatriz disfrutara del recreo y volví a supervisar a los niños que estaban acosando a sus compañeros.

Los días fueron pasando, y cada vez veía más a Bia, lo que me daba alivio y mucha felicidad.

Me encantaba esa niña y haría todo lo posible para asegurarme de que estuviera bien en la escuela, así como di lo mejor de mí cuando estaba en su casa.

*

A medida que pasaban los días, el embarazo tomaba nuevos matices. Las náuseas aumentaron, junto con una sensación constante de cansancio, y mis pechos empezaron a doler.

Me sentía más lenta, así que le pregunté a Poliana si ya podía usar el seguro médico para tener una consulta y ver si me faltaba alguna vitamina en el organismo.

—¡Por supuesto, siéntete libre de hacerlo! —respondió con naturalidad—. También puedes consultar a la doctora y a las enfermeras de la escuela, siempre son muy atentas con todos.

Fue así como, un viernes, pasé demasiado tiempo conversando con la enfermera jefe y se me hizo tarde para irme. Al dirigirme a la salida, vi a Daniel entrando en la escuela para recoger a su hija.

Pensé que después de tantas semanas sin verlo no sentiría nada al encontrarlo, pero una avalancha de emociones contradictorias me invadió, y lo único que quería era llorar y salir corriendo.

Di unos pasos hacia atrás y me escondí detrás de un árbol.

Vi a Bia soltar la mochila en el suelo y correr hacia su padre. Se lanzó a sus brazos y lo abrazó con fuerza. Daniel la levantó del suelo y la balanceó en el aire, dando pasos largos hasta la mochila abandonada para colgársela al hombro.

Hablaban animadamente sobre algo y, de repente, nuestras miradas se cruzaron.

—¡Mira, papá, es Olivia! —gritó Bia, llamándome con la mano.

—No hagas eso, por favor… —murmuré, mordiéndome el labio inferior.

—¡Ven, Olivia! —insistió la niña.

Respiré hondo y encontré el valor, no sé de dónde, para avanzar hacia la salida. Me detuve un momento para hablar con la niña.

—¿Vas a disfrutar mucho el fin de semana, Bia? —pregunté.

—¡Sí! ¿Qué vamos a hacer, papá? —lo miró expectante.

—Vamos a acampar en el jardín de casa el sábado. Haremos una fogata y comeremos malvaviscos derretidos. Y el domingo iremos al parque —informó Daniel, mirándome fijamente.

Lo ignoré. Seguí con el rostro dirigido hacia Bia, fingiendo que él no estaba allí.

—¿Y estás emocionada?

—¡¡¡Sí!!! —gritó, llena de energía.

—Podrías acampar con nosotros, Olivia. La tienda es grande y… —Daniel empezó a decir.

—¿Y la semana de exámenes? ¿Estás preparada? —pregunté a Bia, cortándolo.

—Aham… —respondió en un tono dudoso.

—Pero te sabes muy bien las letras del abecedario, los números, los colores… No tienes por qué tener miedo.

—Sí.

—¿Algún niño te ha molestado últimamente?

—No.

—Si lo hacen, les jalo las orejas, ¿eh? —me reí—. Solo dímelo.

La conversación con Bia me estaba ayudando a distraerme, a evitar a Daniel tanto como fuera posible. Sin embargo, su presencia se volvía más intensa a cada minuto, como una sombra que me rodeaba.

Su mirada parecía quemarme la piel. No apartó los ojos de mí ni un solo segundo, y yo simplemente no sabía qué hacer con esa sensación.

—Olivia… —Daniel parecía decidido a no ser ignorado.

—Y en Navidad, Bia, ¿ya sabes dónde la pasarás?

—Olivia, tenemos que hablar —su voz sonó firme, pero yo no lo miré a los ojos.

—Bia, cariño, ¿por qué no vas a dejar tus cosas en el coche? —sugerí, para desviar la atención de la niña.

Bia dudó por un momento, pero tras una mirada tranquilizadora de Daniel, asintió y corrió hacia el aparcamiento.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos, y sentí el peso de la expectativa flotando entre nosotros. Daniel rompió el silencio, tratando de derribar la barrera que había levantado.

—Necesitamos hablar —insistió.

—No tengo nada de qué hablar contigo, Daniel.

Frunció el ceño, claramente frustrado por mi resistencia.

—No puedes simplemente ignorarme, Olivia.

—Ok. ¿Qué quieres? ¿Un "gracias" por quitar al policía federal que me seguía?

Daniel torció los labios y, antes de que pudiera responder, concluí:

—En el lugar de donde vengo, los policías siguen a la gente y rara vez es para protegerla.

Vi su ceja arqueada y su mirada de desacuerdo.

Finalmente, lo miré y vi sus ojos. Vi una mezcla de incredulidad, miedo y preocupación.

—Ya no hay ningún policía siguiéndote —confirmó.

—Gracias por solucionar el problema que tú mismo creaste — parpadeé, acomodé la bolsa en mi hombro y me preparé para irme.

—¿Cómo te sientes?

—¿Sobre qué?

—Sobre el embarazo.

—Ah, ¿ahora sí te interesa mi embarazo? —me reí con amargura—. ¿Vas a decir que ahora quieres ser padre?

—No, Olivia, no quiero ser padre.

Sentí mis ojos arder, pero tragué el llanto e ignoré la vergüenza que me invadía.

—¿Quieres saber cómo es? Tengo náuseas todos los días, me duelen los pies, me duelen los pechos, estoy agotada, necesito comprar suplementos y mejorar mi alimentación porque ahora estoy comiendo por dos —solté todo de una vez, casi sin respirar.

Y después de desahogarme, sentí un alivio inmenso.

—¿Quieres que te lleve a una farmacia? Puedo comprarlos…

—Puedo pagar mis propios suplementos —me alejé de él.

—Entonces, al menos, deja que te lleve a casa.

—Daniel, creo que aún no lo has entendido —sonreí con amargura—. Vamos a tener un hijo juntos, pero somos completos desconocidos.

—Olivia…

—Y, por favor, no hables conmigo. No me hace bien.

Caminé hacia la salida y, al pasar por el aparcamiento, le hice un gesto de despedida a Bia.

Aunque intentaba resistir el efecto Daniel, no podía negar que hablar con él me alteraba. Sentía rabia, frustración, unas ganas tremendas de darle un puñetazo en la cara y, aun así, un deseo intenso que iba más allá de mi control racional.

Mientras volvía a casa, pensé en muchas cosas.

Incluso, si no estaba siendo demasiado dura con él. Al fin y al cabo, era natural que tuviera dudas y que quisiera acercarse de nuevo, aunque solo fuera para hacerse el buen tipo.

Pero solo pensar en abrirme a la posibilidad de una conversación más amigable hacía que el recuerdo de cómo me trató regresara como una avalancha de emociones negativas.

Una hora después, llegué a casa, me dejé caer en el sofá y sentí cómo el cansancio me vencía por completo.

—Por favor, no seas como tu papá, no voy a soportar a dos Daniel fastidiándome —me masajeé el vientre.

¿Cómo será cuando empiece a dar pataditas? ¿O será que es una niña?

Algo me decía que era un niño, y estaba ansiosa por saberlo, pero eso solo lo descubriría dentro de unos meses.

Capítulo 32

Daniel

Llego a casa con la cabeza caliente y molesto. Olivia puede ser tan terca como yo o peor.

La decisión que tomo para lidiar con todo esto es ocuparme con el caso que ya no está en mis manos y prepararme para regresar al tribunal con energía y la mente afilada. Mis vacaciones están terminando y necesito estar en forma para enfrentar los dolores de cabeza del juzgado.

Los días pasan hasta que vuelvo al trabajo.

Y, por más que ahora esté cien por cien más presente en la vida de Bia, no me siento feliz ni satisfecho.

—¡Chao, papá! —la niña me da un beso en la mejilla y baja del coche, emocionada por ir a la escuela.

—¡Chao, pequeña! ¡Diviértete!

Veo que Thiago, en el asiento delantero, mantiene una leve sonrisa en los labios.

—¿Le gustaría compartir el motivo de su buen humor, Rapunzel de la Federal? —gruño.

Su respuesta es un simple movimiento de cabeza en negación.

—Bien —cruzo los brazos, me coloco las gafas de montura gruesa y tomo la tableta para leer las noticias del día.

—Puede parecer una tontería, pero llevar a Bia al colegio equilibra su estado de ánimo —comenta.

Me bajo las gafas hasta la punta de la nariz y le lanzo una mirada de tedio y advertencia.

—Se le nota diferente… ¿Las vacaciones fueron revitalizantes?

Cuando saqué la seguridad de Olivia de las manos de Thiago y la pasé a la empresa *Vigilant Watch*, y después de aquella conversación en la salida del colegio, volví a cerrarme y no hablé con nadie más al respecto.

Ella quería distancia y, por más difícil que fuera, lo acepté.

—¿Cree que sería poco profesional que tuviéramos una conversación personal, Thiago?

—No, señor. Ya le he dicho, lo admiro mucho. Y lamento que no podamos ir a un bar a beber, me encantaría…

Desapruebo la idea con una mirada seria.

—Todo lo que pasó con Olivia me hizo darme cuenta de que me entregué en cuerpo y alma a Mari, mi primera esposa.

—Hum.

—Y cuando la perdí, quedé devastado. Me cerré al mundo y no permití que nadie entrara, porque no tenía capacidad para lidiar con mis propias emociones.

—Hablar de esto con una cervecita sería mejor… —se ríe.

—Y con el paso de los años me convertí en alguien solitario, con miedo de amar y de apegarme. Sobre todo, por el miedo a perder.

Thiago arquea una ceja, sorprendido por el rumbo que ha tomado la conversación. Pero es que me he quedado solo, sin nadie con quien hablar de estas cosas. Por más que tenga a Bia, ella jamás entendería esto.

—Y Olivia no merece eso.

—¿Señor? —pregunta, como si dijera: *¿entonces está renunciando?*

—Ella no merece ser castigada por las heridas de mi pasado, por las cicatrices que escondo. Merece la verdad, merece a alguien que la apoye, que esté presente en cuerpo y alma.

—Muy maduro de su parte, señor —asiente—. ¿Habló con ella?

—No. Porque… —respiro hondo— todavía estoy enfrentando esto. Y es aterrador, paralizante. Estoy acorralado por mi propio cerebro, el arma que afilé todos estos años y que no me di cuenta de que estaba alimentando contra mí mismo.

Cierro los ojos y siento el nudo que se ha formado en mi garganta. Me duele el pecho por no tener a Olivia. Quisiera tenerla ahora mismo, pero sé que si no curo mis heridas, pronto nos pelearemos y todo se irá al carajo.

Ella es demasiado valiosa. Y solo tengo una oportunidad, cuando una ventana de posibilidad aparezca. Y voy a aprovecharla como si mi vida dependiera de ello.

—Olivia merece más que la verdad, más que mi honestidad… merece mi vulnerabilidad.

—¿Y usted tiene una? —Thiago se ríe.

—Ella *es* mi vulnerabilidad. Y si todo este desastre ocurrió, es porque tengo miedo de perderla —explico—. No puedo dejar que sepan sobre nuestro bebé, necesito mantenerla a salvo. No quiero otro hijo porque no quiero volver a equivocarme, Thiago.

Suspiro. La tensión en mis hombros, que he acumulado durante todo este tiempo, parece un poco más ligera ahora. Estoy atrapado, en un callejón sin salida. No quiero enfrentar mis miedos, pero al mismo tiempo, no puedo perder a Olivia.

Y tal vez esta sea la oportunidad perfecta para dejar atrás los escombros de mi pasado y construir algo genuino, aunque signifique enfrentar el miedo más profundo que jamás haya conocido.

—¡Buenos días, Thiago! ¡Muchas gracias por la conversación! —le hago un gesto con la mano al salir del coche y dirigirme al ascensor del TRF3.

—¡Estoy a sus órdenes, señor! ¡Siempre que lo necesite!

Mi regreso al tribunal es con una recepción moderada. Odio las fiestas o las aglomeraciones, así que saludo a todos rápidamente y pido que regresen a sus oficinas.

Entro en la mía y la veo más vacía que antes. Todas las cajas con pruebas, incautaciones y documentos han sido retiradas.

—Buenos días, señoras —saludo con un gesto a Lúcia y Márcia, mis asistentes.

Parece que estamos en un velorio. No es para menos, pasamos los últimos años dedicándonos a esto… para nada.

—¿Ya sabe quién se quedará con el caso, señor? —pregunta Lúcia.

—No, no lo sé —suspiro, coloco mi portafolio sobre la mesa y tomo mi bolígrafo favorito.

Selecciono los documentos pendientes para analizarlos y agilizar otros procesos, pero noto que las mujeres siguen tensas.

—Valmir. Él va a desmantelar todo el caso y esos delincuentes quedarán impunes —me provoca Márcia.

Le lanzo una mirada que deja claro que eso ya no es asunto mío y vuelvo a firmar documentos.

—Muéstrele.

—¿Está segura?

—Sí, muéstrele —insiste Lúcia.

Levanto una ceja y presto atención cuando Márcia saca su móvil del bolsillo y me muestra una grabación de audio. La voz de Valmir es nítida, parece estar conversando con uno de sus asistentes.

—El proceso es bastante simple, no hay pruebas, así que aprobaremos la solicitud de la defensa y archivaremos el caso. ¡Dos problemas menos! —el hombre se ríe.

—Un golpe de suerte que haya caído en sus manos… —comenta el asistente.

Hay otros diálogos en la grabación, pero ninguno tan comprometedor como ese.

Lúcia y Márcia me observan con tensión, como si hubieran guardado ese secreto durante semanas hasta mostrármelo.

—¿Están grabando a un juez? —hago una mueca—. Borren eso.

—Pero, señor…

—Señoras… se acabó —suspiro—. Valmir tiene razón sobre el otro caso: la empresa que supuestamente financiaba casas, coches y otros bienes no prometía resultados inmediatos, sino un supuesto sorteo.

—Pero nadie fue sorteado. Hay montones de demandas sobre eso…

—Y todas fueron aprobadas con la defensa de la empresa —asiento—. No hay pruebas de que ese dinero acabara en manos de políticos corruptos, más allá de un breve mensaje de WhatsApp que encontramos entre uno de los socios de la empresa y esa organización criminal…

—Basta, Lúcia, volvamos al trabajo —aconseja Márcia.

—¿Va a dejar que el caso más grande de su vida se desvanezca? —Lúcia me desafía.

—Ya no es mi caso —recalco, golpeo los papeles sobre la mesa y continúo firmándolos.

Hay algo más grande en juego: no quiero poner en peligro a Olivia y a su madre y, según lo que dijo Fernanda, esos malnacidos lograron conectarme con ambas. Peor aún, descubrieron que Olivia está embarazada.

¿Cómo?

No logro entenderlo.

—Parecía que estábamos tan cerca de resolverlo todo… —Lúcia lamenta.

—Supéralo, mujer. Esto no va a cambiar tu vida —se queja Márcia.

El ambiente en la oficina se mantiene tenso durante todo el día. Siento que estoy decepcionando a todos a mi alrededor, pero también estoy tomando decisiones difíciles para asegurarme de que lo peor no suceda.

—¿Día productivo, doctor Mascarenhas? —Thiago me saluda cuando me acerco al coche.

—Rapunzel de la Federal, necesito un favor.

—Uh, ya viene…

Extiendo la mano para que me entregue su móvil. Y aunque me mira con sospecha, me lo pone en la palma de la mano. Meto ambos teléfonos en mi portafolio, salgo del coche, dejo el portafolio lo más lejos posible y vuelvo.

—Voy a conducir hasta mi casa. Tú te vas en metro.

—¿Qué?

—Necesitas encontrar a la amiga de Olivia.

—Señor, ¿no habíamos superado esto? Olivia está trabajando en el Educandário, feliz, sin notar que tiene un equipo de seguridad siguiéndola…

—No es por eso —me aclaro la garganta—. Necesitamos una prueba contundente.

—Hum. ¿Para qué?

Siento que los músculos de mi rostro se tensan y mi cuerpo se pone rígido. Estoy cruzando todas las líneas de lo ético nuevamente, pero no voy a poder estar en paz si no hago lo correcto.

—Para evitar que el caso de la madre de Olivia sea archivado.

—Hum.

—Primero: la encontrarás y la llevarás a un lugar seguro para encontrarse conmigo.

—¿Y dónde sería eso?

—En tu casa.

—¿En mi casa? —Thiago abre los ojos como platos—. Doctor, mi edificio tiene cámaras, un sistema de seguridad riguroso y…

—Ella es una mujer, tú eres un hombre, cosas así pasan… —levanto una ceja—. Nadie sospechará.

Thiago sacude la cabeza frenéticamente, desaprobando la idea.

—¿Y cómo va a entrar sin ser visto?

—No voy a entrar —me aclaro la garganta—. ¿No tienes un teléfono viejo, que ni siquiera se conecte a Wi-Fi?

—No, doctor, soy de una generación más moderna —se ríe—. Y, por el amor de Dios, no me metas en problemas. Mi móvil está lleno de *nudes*, si llega a haber una incautación…

Meto la mano en el bolsillo y le entrego un teléfono no rastreable.

La expresión de Thiago cambia de una completa desesperación a una de cómplice en un crimen casi perfecto.

—Doctor Mascarenhas… —me provoca.

—Estoy tratando de hacer lo correcto —explico.

Thiago enciende el coche y pasa junto al lugar donde dejé el portafolio. Lo recojo y le devuelvo su móvil.

Vamos hasta la estación de metro más cercana, donde él se baja, y yo tomo el asiento del conductor, dirigiéndome a mi casa.

—Si supieras las locuras que estoy dispuesto a hacer por ti, Olivia… —suspiro—. No me tratarías de esta forma.

Capítulo 33

Kalinca Oliveira

Esta vida doble de pasar la madrugada produciendo productos de limpieza y venderlos durante el día me está matando. No veo la hora de llegar a casa, meter los pies en un balde con agua y hielo, abrir una botella de vino y bebérmela a morro.

Pero todavía me faltan vender cinco botellas. Y aunque solo sean 35 reales, al final del mes marcan la diferencia.

—¡Buenas noches, gente, estoy aquí vendiendo brownies de marihuana! —anuncio, captando la atención de todos—. Gracias, ahora que me estáis escuchando, en realidad estoy vendiendo algo que va a dejar vuestra casa perfumada como un consultorio de dentista que hace armonización facial y os deja con la cara del muñeco de Michelin —explico.

Me abro paso entre la gente dentro del vagón mientras intento avanzar vendiendo mis productos.

—¡Solo 7 reales! ¡Dura un montón! ¡Lo he hecho yo misma! ¡Nada aprobado por la ANVISA! —grito.

Veo una mano blanca levantada al otro lado del vagón, con dos billetes de 20 reales. Avanzo hasta acercarme y, cuando observo al hombre de camisa negra —los botones del pecho abiertos—, pantalón vaquero negro y botas, el pelo largo suelto sobre el hombro y una mirada de quien tiene testosterona para regalar, doy media vuelta.

—¡Son solo 7 reales, gente! ¡Comprad para que deje de gritar! ¡Solo vendo a personas que no sean unos pelotudos! —aviso.

Siento una mano cerrarse en mi brazo y le doy un codazo a ese policía atrevido.

—¡Ya te dije que soy cinturón morado en jiu-jitsu! —gruño.

—Y yo cinturón negro. Si te agarro, te inmovilizo en el suelo —murmura en mi oído.

—Vamos a ver quién inmoviliza a quién —me giro furiosa, lista para darle un puñetazo.

—No estoy aquí por ti —dice con voz serena—. Estoy aquí por tu amiga.

—Será mejor que tú y ese juez lo dejéis estar, si no, ¡voy a la policía! —amenazo.

—Es un asunto serio —se acerca aún más a mi oído y susurra —. Es sobre la demanda que la madre de Olivia tiene contra la empresa que le robó el dinero. Solo hay una forma de recuperarlo.

—¿Eh?

No sé qué me pone más los pelos de punta, si él hablándome tan cerca del oído o el tema que me agarra completamente desprevenida.

—Ven conmigo —pide y sale del vagón, confiado en que lo seguiré.

—¿Cómo puedo estar segura de que no me estás llevando a una trampa? —cruzo los brazos—. Puede que quieras arrestarme, robarme… o acostarte conmigo…

Él se gira, se recoge el pelo en un moño samurái y se encoge de hombros, como si le diera igual.

—Idiota —tuerzo la boca, tiro de mi carrito y salgo del vagón, siguiéndolo.

—Thiago —se acerca, pone la mano sobre la mía y me quita el carrito, levantándolo del suelo antes de seguir adelante.

—¿A dónde vamos?

—A mi casa.

—¿¡A tu casa!? —abro los ojos de par en par.

—Menos preguntas y más acción.

—¿Y por qué demonios iría a la casa de un desconocido que hace un tiempo intentó robarme la mercancía? —cruzo los brazos.

—Intenté confiscarla, no robarla.

—Es lo mismo.

—Y no soy un desconocido, soy de la policía federal —se detiene, saca la cartera del bolsillo y me muestra su identificación.

Su nombre es Thiago Zampieri, tiene 34 años y es la primera persona en la vida que veo que ha salido bien en una foto de carné.

—¿Puedo ver tus manos? —levanto una ceja.

Thiago cierra los puños y me muestra el dorso de sus manos, como lo haría un macho alfa. Veo los tatuajes y eso enciende una alarma en mi cabeza.

—¿Los policías pueden tener tatuajes?

—Tía... no jodas. ¡Ven conmigo!

—¿Puedo ver tus pies?

—¿Qué?

—No confío en hombres con pies feos.

Thiago sonríe de lado y me mira con impaciencia.

—¿Quieres que me quite las botas aquí y te enseñe los pies?

—Tú quieres que vaya contigo a saber dónde y confíe en ti, ¿no? —replico.

—Mis pies son bonitos.

—Eso lo juzgo yo.

—¿Cuál es tu problema con los pies? —gruñe, irritado, y prácticamente se arranca la bota con brutalidad, se quita el calcetín y me muestra el pie ahí mismo—. ¿Satisfecha?

—Bonito.

—¿Y qué más vas a hacer? ¿Leerme la palma de la mano? ¿Hacerme la carta astral?

—Solo leo el futuro en la cabeza de la pija.

—¿Perdón?

—Hola, ¿qué tal? —le lanzo dos besitos al aire, en dirección a su rostro.

—¿Tú estás loca?

—Sí. ¿Qué clase de mujer cae en la mierda de "eeeh, no sé, ven a mi casa, hablemos del caso de la madre de Olivia"? ¡Despierta, melenudo!

—Es la verdad.

—Eso lo veremos —agarro mi carrito y empiezo a tirar de él —. Y si no es verdad, te parto la cara a hostias, Kurt Cobain con músculos.

—Estás zumbada… —me analiza.

—Ya te lo dije, joder.

*

Thiago y yo tomamos un Uber hasta un aparcamiento cerca de la Avenida Paulista y, una vez allí, él recoge su vehículo: un Land

Rover negro mate 2022. Coloca mis productos en el maletero mientras yo me acomodo en el coche, súper espacioso y con olor a nuevo.

—¿Pagan tan bien en la Policía Federal?

Me ignora.

No intercambiamos ni una palabra hasta llegar a la zona sur de São Paulo. Entra en un condominio de lujo y aparca frente a la primera torre.

—Es muy raro que no digas nada, ¿sabes? ¿Eres tipo qué, un sociópata? ¿Un asesino en serie? —lo provoco.

Thiago parece inmutable. Me indica el camino y, solo cuando estamos en su apartamento, en el ático, cierra la puerta, saca un móvil del bolsillo y lo enciende.

—Lo que estamos haciendo puede joderme la carrera —explica.

—Genial, yo pensaba que me ibas a tirar en un descampado —cruzo los brazos—. ¿Puedo sentarme?

—Claro, ponte cómoda. ¿Quieres agua?

—Vino.

—¿Vino? —hace una mueca.

—Sí, cariño, yo estaba yendo a casa a meter mis hermosos pies en agua con hielo porque he pasado el día entero de pie. Y pensaba terminar mi jornada con un vino… hasta que tú me interrumpiste.

—Vino… —gruñe—. ¿Tomas argentino, chileno, de Oporto…?

—Cantina da Serra.

—¿Cantina da qué? —frunce el ceño.

—Ah, por favor, Kurt Cobain vikingo, sabes perfectamente cuál es el vino.

—No, en realidad, no lo sé.

—¡Argh! ¡Déjame ver tus vinos! —me levanto, irritada, y voy hacia él.

Thiago me muestra prácticamente una bodega. Tiene todos los tipos de vino del mundo aquí, menos el más barato de todos.

—No importa, lo pido por iFood —agarro mi móvil.

Él me lo quita de las manos y lo apaga.

—¡Oye!

—Hagamos lo siguiente: voy a prepararte agua con hielo para que descanses los pies y un buen vino de Oporto. En tu casa bebes eso… cantito de la sierra.

—Cantina —corrijo.

—Lo que sea… Él va a llamar en cualquier momento. Contesta cuando suene —me entrega un móvil que parece haber sido creado en la Edad de Piedra.

Veo a Thiago ocupado entre la cocina y la nevera. Llena un balde con agua, pone todo el hielo que tiene y me lo pasa.

—La alfombra —se queja, alejándola.

—Oh, está llamando… quienquiera que sea… —me río, nerviosa—. Hola —atiendo.

—Buenas noches, me llamo Daniel Mascarenhas y necesitamos hablar de algo urgente.

—Ah, claro… —trago en seco—. Primero que nada, señor juez de mierda, váyase a la concha de su madre y deje de molestar a mi amiga.

Thiago intenta contener la risa. Gira el rostro para que no lo vea doblándose de la carcajada.

—Sin bromas, por favor, el asunto es serio. La demanda que la madre de Olivia envió a segunda instancia será archivada y tenemos una oportunidad de revertirlo.

—Ajá.

—Necesitamos una prueba.

—¿Prueba de qué?

—De que es una empresa fantasma y que no cumple lo que promete. Así, el caso de ella avanza y, en consecuencia, otro caso más grande.

—Vale, ¿y qué tengo que hacer? —abro el vino de Oporto y empiezo a beber a morro.

Thiago parece desesperado cuando hago eso, corre por la casa en busca de una copa, pero ya es demasiado tarde.

Y el vino es maravilloso, como si ángeles renacentistas desnudos estuvieran pisando uvas directamente en tu boca. Una delicia de vino.

—Necesito que vayas a la empresa a pedir un préstamo.

—¿Yo?

—Sí, para un coche. Vas a explicar que necesitas un buen vehículo para vender tus productos en la calle y vas a dar una entrada de diez mil.

—Con diez mil me compro un coche en mi barrio. Si tuviera ese dinero, ya lo habría comprado —entorno los ojos.

—Yo voy a prestarte el dinero.

—Ah… —me quedo sin palabras.

—Necesito que grabes todo. Toda la negociación, las promesas que te hagan, pero hay un detalle.

—Ajá.

—Los estafadores solo atacan a personas vulnerables, así que necesitas parecer vulnerable —explica.

—¿Quieres que finja que soy ciega?

—No, eso no va a funcionar, porque necesitas abrir un proceso y, cuando estés frente a un juez, ¿cómo vas a explicar eso?

—Cierto. ¿Qué sugieres entonces, señor?

—Tiene que ser algo más simple y creíble…

—Puedo cojear —me encojo de hombros.

Thiago me lanza una mirada inquisitiva, preguntándome en silencio qué está pasando en la conversación. Le hago una mueca para que se ocupe de sus propios asuntos.

—Voy a pensar en algo y le pediré a Thiago que te lo diga. Pero, ¿entendiste lo que necesitamos?

—Sí, lo entendí. Haré lo que sea para ayudar a mi tía y a Olivia.

—Muchas gracias, me alegra poder contar contigo.

—Agradecida yo —sonrío.

—Sobre Olivia, ¿crees que podrías ayudarme a…?

—Uy, se cortó la llamada —cuelgo y le entrego el móvil paleolítico a Thiago—. Pero entendí todo. Solo necesito la dirección, el dinero para la entrada y me voy a actuar. Soy buena, ¿sabes? Hice teatro en la escuela.

—¿En serio? —Thiago se rasca la barbilla.

—Sí, fingía estar enferma para ir a vender palomitas en el puesto de mi padre —le guiño un ojo—. Una actriz nata.

—Ya veo. ¿Y cuál era el problema?

—Necesito parecer vulnerable. Pero es difícil, ¿no? Una mujer bonita, con muslos gruesos, el pelo casi hasta el culo…

—Peluca…

—¡Ocúpate de tu vida, Kurt Cobain! —le apunto con el dedo en señal de amenaza—. Y se llama *lace*.

—Lo que sea —se encoge de hombros—. Vulnerable… —entorna los ojos.

—Vulnerable. Justo yo: fuerte, valiente, inteligente…

—Tonta.

—Eres un pelotudo.

—No, digo que pueden tratar de engañarte si creen que eres tonta —sugiere.

—Cosa que no soy. Estoy loca —remarco—. Pero tonta, no. Voy a ser agente secreta de un juez por un día. Me encanta. Siempre quise ser parte de *Las Tres Espías Sin Límite*. ¿Sabías que yo era Clover?

Thiago deja claro que no tiene ni idea de qué estoy hablando. Me río fuerte y vuelvo a beber el vino pisado por bebés ángeles renacentistas.

—Los hombres son primitivos, ¿sabes? No piensan mucho cuando tienen enfrente a una mujer con tetas, culo y dispuesta a caer en una estafa… —explica.

—Entiendo tu punto —cruzo las piernas—. Y gracias por lo de "culo".

—De nada.

—¿Crees que soy tonta, Thiago?

Me deja claro que no.

—Ok. Muchas gracias por la charla, por el vino, por el balde con agua y hielo, pero me tengo que ir.

—Hecho —busca una toalla para que me seque los pies—. ¿Segura que no quieres que te lleve en coche?

—Segura, gracias. Sé cuidarme.

Le hago un gesto de despedida, agarro mi carrito con los productos de limpieza y salgo del apartamento de Thiago.

Capítulo 34

Olivia

Tres meses Después.

El tiempo pasó volando y, a medida que mi barriga empezó a hacerse más notoria, sentí la necesidad de compartir la verdad con mi madre.

Retrasé el momento todo lo que pude y utilicé todo tipo de trucos para engañarla: empecé a usar ropa holgada, un albornoz cuando llegaba del trabajo, y hubo días en los que simplemente me encerraba en mi habitación.

Sentía como si estuviera viviendo en dos realidades distintas: una en la que estaba ansiosa por descubrir el sexo del bebé y comprar todo lo necesario, y otra en la que mi madre no tenía idea de lo que estaba pasando.

—Mamá, necesito contarte algo importante —digo cuando llega, exhausta, en la tarde del domingo.

No era el momento ideal, pero este asunto llevaba demasiado tiempo atorado en mi garganta.

—Hola, hija. ¿Ha pasado algo?

—Sí. No hoy, en realidad. Hoy solo he descansado… —suspiro —. Pasó hace un tiempo y necesito contarte todo.

—Me estás poniendo nerviosa, Olivia.

Me sigue hasta la cocina y nos sentamos alrededor de la mesa del comedor.

—Me estoy preocupando, luces tensa.

Respiro hondo, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

Busqué el momento apropiado para sincerarme con ella y, a medida que pasaba el tiempo, no veía la oportunidad de hablar de esto.

Y, de alguna forma, ahora sentía que ya era demasiado tarde.

—Mamá, estoy embarazada —suelto, sintiendo mi corazón acelerarse por la ansiedad de su respuesta.

Al principio, mantiene una expresión inmóvil, como si estuviera procesando la información. El miedo y la incertidumbre por

su reacción me dejan paralizada. Incluso pienso que podría echarme de casa.

—¿Embarazada? —su voz suena débil.

Noto que se está poniendo pálida, así que me levanto para traerle un vaso de agua.

—Sí, mamá, embarazada —suspiro y le entrego el agua—. Por favor, no me juzgues, ya he sido demasiado juzgada y no sé si podría soportarlo… —me desahogo.

Su expresión, poco a poco, cambia a una mirada más dulce y comprensiva. Se levanta, se sienta a mi lado y toma mi mano.

—¿Desde cuándo lo sabes, Olivia?

—Desde el viaje a Estados Unidos —aprieto los labios.

—Embarazada… —repite, sorprendida—. Mi niña va a tener un bebé…

—Ya no soy una niña, mamá —la corrijo—. Pero sí, voy a tener un bebé.

—Lo siento, cariño, lo quieras o no, siempre serás mi niña —me masajea los hombros y luego acaricia mi cabello con suavidad—. Oh, cariño… ¡un nietecito!

—Sí —mis ojos se llenan de lágrimas de alivio.

Su sonrisa parece disipar toda la sombra que me rodeaba.

—¿Y cómo te sientes?

—Ya no lo sé… Solo sé que estoy cansada de ocultarlo y que, dentro de poco, ni siquiera podré hacerlo —me levanto y le muestro mi vientre, que ya se nota abultado.

—¿Es niño o niña?

—Aún no lo sé —respiro hondo—. No sé si tengo fuerzas para averiguarlo. A veces intento engañarme a mí misma, fingir que nada ha pasado, pero el peso de la realidad me jala de vuelta.

—¿Cómo así, hija?

—Lo único que puedo decir ahora, mamá, es que ha sido muy difícil.

Ella se acerca y me abraza con fuerza. Pasa sus manos abiertas por mis hombros y mi espalda, como si intentara limpiarme de toda la carga y el dolor que llevo dentro. Luego se aleja, mirándome profundamente a los ojos.

—No tenías que ocultarme esto, cariño. Soy tu madre y siempre voy a apoyarte.

—Oh, mamá, gracias…

—¡Y estoy feliz de que nuestra familia vaya a crecer! —exclama animada—. Esta casa necesitaba un poco de luz, en los últimos tiempos solo hemos recibido malas noticias…

—Sí.

—¿Quién es el padre?

Un escalofrío me recorre la espalda. Esperaba esta pregunta, pero no tenía idea de cómo responderla.

Daniel había dejado muy claro que quería que su paternidad se mantuviera en secreto. Pero, ¿cómo se lo explicaría a mi madre?

—Es una historia larga, y el padre… ya no está en mi vida —sonrío con confianza—. No quiero entrar en detalles, pero por favor, confía en mí cuando digo que es mejor así.

—Pero, hija, ¿criar un bebé sin padre?

Frunce el ceño, claramente intrigada, pero al ver mi expresión de miedo, decide no insistir más en el asunto.

—Tú lograste hacerlo.

—¿Lo hice? —se ríe—. Sí, lo hice. Siempre fuiste una hija ejemplar, nunca me diste dolores de cabeza… hasta ahora —me lanza una mirada de juicio.

—Voy a poder con esto. Me desdoblaré en mil para cuidar de mi bebé, ya lo verás.

—Ay, hija… —aprieta los labios—. ¿Es alguien de aquí del barrio?

—¡Mamá…!

—¿Alguien abusó de ti? —abre los ojos de par en par.

—No, mamá —dejo eso bien claro—. Fue un momento de pasión y ceguera… Me entregué completamente a un hombre y no me cuidé.

—¿Y él se cuidó? —levanta una ceja—. ¡Tienes que ir tras ese desgraciado, Olivia! ¡Al menos para que pague la pensión!

—No. No quiero nada de él. Y solo le diré a mi hijo quién es su padre si realmente quiere saberlo en el futuro —me encojo de hombros—. Me inspiro en ti, mamá. Y voy a intentar ser la madre que este bebé necesita.

—Pero es tan difícil… —hace un puchero.

—Lo sé.

—Y tenías planes tan bonitos, cariño. Ibas a graduarte, trabajar hasta lograr estabilidad, encontrar un hombre que realmente valiera la pena…

—Oye, mi vida no ha terminado —le aprieto la mano—. Me voy a graduar, voy a ser aún más estable de lo que ya soy y voy a encontrar un hombre que valga la pena.

—Pero con un hijo es más difícil, Olivia.

—No le tengo miedo a las dificultades de la vida, mamá. Y me gustaría que tomaras mi mano y me apoyaras para reforzar mi valentía.

Ella, de inmediato, toma mi mano, la acerca a sus labios y la besa.

—Siempre tendrás mi apoyo, mi cuidado y mi protección, mi niña.

—Gracias.

Nos abrazamos de nuevo y disfrutamos el momento.

Había repasado esta conversación decenas de veces en mi cabeza, y en ninguna de ellas terminaba así, de manera tan

tranquila. Si lo hubiera sabido, habría hablado con ella antes en lugar de alimentar mi ansiedad y mis paranoias.

—¿Y el ajuar? ¿La cuna, los pañales, los juguetes…?

—No te preocupes. Estoy guardando más de la mitad de mi salario solo para eso —le guiño un ojo.

—¿No quieres que haga un *baby shower*? —sugiere—. Podemos invitar a la familia, a tus amigas, a todo el mundo…

—No, mamá, quiero algo discreto, solo nosotras. Y, por favor —la miro con seriedad—, no le digas a nadie por ahora.

—Hija, ¿por qué tanto secreto?

—Porque sí. Kalinca lo sabe, tú también, y eso es lo único que importa.

—¿Kalinca lo supo antes que yo? —no esconde su molestia.

Y eso me divierte.

—Sí. Lo necesitaba, de lo contrario habría enloquecido…

—Vaya, hija…

—Mamá, acababas de sufrir un infarto —le aprieto la mano—. No podía complicar tu recuperación…

—Está bien —suspira, pero deja claro que no está convencida con mi excusa—. ¿Y qué estás esperando para hacerte los controles prenatales, Olivia? ¡Tienes que cuidar tu salud! ¡Y la del bebé!

—No sé, tenía miedo…

—¿Miedo?

—De que descubrieras algo. No sé, mamá, el miedo me paralizó.

—Está bien, no es momento de discutir —pide calma, levantando la mano—. Mañana mismo vamos al hospital para que empieces tu seguimiento, veamos cómo está el bebé y el sexo también.

—De acuerdo. Mi seguro médico me da derecho a un hospital muy bueno, así que estoy tranquila y sé que todo saldrá bien.

—¡Perfecto, hay que aprovechar ese beneficio! —celebra.

*

Solo puedo agendar la consulta para la semana siguiente porque mi madre insiste en acompañarme y la agenda de la obstetra está llena.

Estoy muy nerviosa por la primera consulta prenatal y todo en el camino parece un tormento: el calor, el metro abarrotado, el ruido y la contaminación de São Paulo.

Al llegar al hospital Ruta de la Vida, siento que mi estómago se hace un nudo de ansiedad y mis manos comienzan a sudar, a pesar del aire acondicionado fuerte y el clima más agradable en comparación con el exterior.

Mi madre me lanza una sonrisa de aliento y toma mi mano mientras caminamos por la recepción hasta la sala de espera.

El lugar tiene a tres mujeres embarazadas, cada una acompañada por sus maridos. Eso me deja un poco desconcertada. Los hombres me miran con un aire de juicio y las mujeres con una mezcla de lástima y preocupación.

—Todo va a salir bien. Hoy sabremos el sexo del bebé… —tararea mi madre.

Aunque intenta distraerme, me siento como una extraña en este mundo. Y, por más que nunca me haya importado el juicio de

los demás, me invade un sentimiento amargo al imaginar cómo sería si Daniel hubiera aceptado todo.

—¿Olivia del Carmen Márquez? —me llama la médica.

—Yo. —Me levanto y entro en la sala.

—Me llamo Paula Mancini y seré tu obstetra.

El espacio es amplio, con un olor agradable a talco y algodón de azúcar.

Mi madre y yo nos sentamos frente a la mesa de madera oscura, donde están la laptop de la médica, varias miniaturas del desarrollo fetal y una foto de ella con su hija. En la pared, detrás de la doctora, cuelgan varios de sus diplomas.

—¿Cómo te sientes? ¿Es tu primera consulta?

—Estoy un poco ansiosa… pero extrañamente emocionada. Y, sí, es mi primera consulta.

Ella me dedica una sonrisa acogedora y comienza a teclear en la laptop.

—Y ansiosa —complementa mi madre—. Está muy ansiosa.

—Lo entiendo, yo también estuve así. Es un momento emocionante y que nos pone al límite. Vamos a comenzar con algunas preguntas de rutina, Olivia. ¿Cómo ha sido tu salud general hasta ahora?

—Últimamente me he sentido bien, aparte de las náuseas, el cansancio, los pies hinchados, los senos doloridos, algunos cambios de humor…

—O sea, aparte de lo que está mal, todo está genial —bromea.

—Exactamente.

—Las náuseas son bastante comunes al principio. ¿Aún no has tenido antojos?

—No.

—A veces desaparecen cuando empiezan los antojos. Hablando de eso, ¿cómo está tu alimentación? ¿Puedes mantener una dieta equilibrada?

—Mira… —suspiro, sintiéndome descuidada conmigo misma —, no me he estado alimentando bien. Mi madre me está vigilando

desde la semana pasada, cuando le conté lo del embarazo, pero en general mi alimentación ha sido bastante irregular.

—¿Vamos a agendar una cita con la nutricionista? —guiña un ojo.

—Sí —responde mi madre antes que yo.

—Y exámenes de rutina —Paula sigue tecleando—. Ahora, me gustaría hablar sobre tus antecedentes médicos. ¿Ha habido algún problema de salud significativo en tu familia que quieras mencionar?

—Bueno… —trago en seco—. Mi madre tuvo un infarto recientemente.

Paula se pone en alerta y le echa un buen vistazo a mi madre.

—¿Historial de diabetes, problemas de tiroides, algún tipo de adicción?

—No, nada de eso. Pero mi padre es adicto al alcohol y al tabaco. Aunque yo no fumo ni bebo —aclaro.

—¿Y has tenido alguna complicación en embarazos anteriores, o este es tu primer embarazo?

—Es el primero.

—Perfecto. ¿Hace cuánto descubriste el embarazo?

—Unos… cinco meses atrás, más o menos.

Paula me mira con un juicio silencioso que hace que mi corazón se detenga por un segundo. Luego, su expresión cambia y me lanza una mirada comprensiva.

—¿Y solo viniste ahora, Olivia?

—Sí… es complicado, doctora…

—Paula. Llámame solo Paula —pide—. ¿Quieres ver a tu bebé?

Siento un escalofrío en la espalda y mi corazón se detiene. No puedo respirar, siento que me desconecto del mundo por un instante y solo regreso porque mi madre me sacude.

—Sí.

—Tal vez podamos ver el sexo del bebé, ¿te gustaría saberlo o prefieres una sorpresa?

—Me gustaría saberlo. Odio las sorpresas.

—Genial. Acuéstate aquí —se levanta y me indica la camilla.

Prepara el equipo y pide permiso para aplicar el gel en mi barriga, mientras mi madre sostiene mi mano, más tensa que yo.

—¿Tienes alguna preferencia?

—No. Pero siento que es un niño.

—Hum… —Paula respira profundamente.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo mal?

Miro la pantalla del ecógrafo, buscando algo.

—Creo que alguien te tenía preparada una sorpresita, Olivia… —sonríe—. ¡Son dos bebés! ¡Una niña y un niño! ¡Felicidades!

Miro la pantalla y veo la imagen en blanco y negro de los dos bebés, uno frente al otro. El latido del corazón de uno parece fuerte y regular, resonando en la sala. Cuando pasa el transductor y escucho el otro, el latido no es tan intenso y parece irregular.

—¿Hay algo mal, Paula?

—Lo veremos en los exámenes de rutina. Pero, para un embarazo gemelar de cinco meses, creo que tu barriga está algo pequeña.

—Hum… —un escalofrío recorre mi espalda.

—Así que necesito que te comprometas conmigo, Olivia: a partir de hoy, vas a cuidar tu alimentación, no te vas a estresar y vas a descansar lo más que puedas.

—¿Sabe que vivimos en São Paulo, verdad? —me río.

Y ella me acompaña en ese momento de relajación.

Mi madre me ayuda a levantarme y yo permanezco con la imagen de los dos bebés dentro de mí, uno mirando al otro… las pequeñas manos y pies en formación, el sonido de los latidos. Es una experiencia mágica y me emociona.

Ahora, más que nunca, sé que es real.

—¿Vamos a trabajar juntas para que estos bebés crezcan fuertes y sanos?

—Sí, vamos —asiento.

—Solo voy a recetarte suplementos y cualquier medicamento después de los exámenes de rutina, ¿de acuerdo? —me mira seriamente—. Hasta entonces, quiero que te alimentes bien, no te estreses y descanses —levanta un dedo a la vez para recordarme los compromisos.

—Puedes contar conmigo.

Imprime la solicitud para los exámenes de rutina y me la entrega.

—¿Tienes alguna duda?

—No.

—Entonces, nos vemos pronto, Olivia. ¡Cuídate!

—Gracias, Paula.

Salgo de la consulta preocupada, pero con la sensación de que pudimos detectar un problema antes de que fuera peor. Y ahora me siento más confiada y segura, porque tengo a una especialista que me ayudará.

—Ven aquí —mi madre me envuelve en un abrazo cálido—. ¡Todo va a salir bien!

—Sé que sí. Gracias por venir, mamá.

—De nada, mi niña. ¡Ahora voy a estar pendiente de ti para asegurarme de que tu salud y la de mis nietos estén en perfecto estado!

—Eso espero.

Capítulo 35

Olivia

Me preocupaba cómo la gente me trataría a medida que mi barriga creciera. La mayor extrañeza vino de la gente de mi calle, siempre chismosa, que se quedaba en las esquinas intentando adivinar quién era el padre.

En la escuela, no me lo pusieron fácil. Tenía a Poliana como aliada, aun así, el fin de año se acercaba y teníamos una reunión de Padres y Maestros para dar inicio al último trimestre.

—Siéntate, mujer, o no aguantarás todo el día —Poliana se ríe.

Me siento inquieta porque necesito hablar con algunos padres, especialmente con los de los niños que hacen *bullying*, pero parece que están más inclinados a huir de mí.

—Deberían venir todos a la misma hora —cruzo los brazos—. No puedo creer que vayamos a estar aquí todo el día.

—Pagan una mensualidad cara, así que les gusta pensar que tienen el control. Hay padres que solo llegan cerca de las nueve de la noche, ¿sabías?

—Conozco muy bien cómo se comportan los hombres ricos… un fastidio —revuelvo los ojos.

—Se creen los dueños del mundo.

—Sí. Mi madre va a enloquecer cuando no me vea en casa antes de las seis… —siento un vuelco en el estómago.

—¿El bebé? —pregunta Poliana.

—Bebés —le informo, por primera vez—. Son gemelos.

—¡Ah, qué ternura! ¿Ya pasaron las náuseas?

—Un poco. Ahora ha comenzado la etapa de los antojos —golpeo el pie contra el suelo, inquieta—. Tengo unas ganas locas de comer una tarta de piña caramelizada, pero no la encuentro en ningún lado.

—¿Tendremos suerte de que algún padre traiga una? —Poliana ríe.

La reunión de Padres y Maestros en el Educandário era como una pequeña confraternización, para suavizar un poco el tono serio y de reprimenda que necesitábamos darles por sus hijos.

La escuela proporcionaba las bebidas y algunos bocadillos, y cada padre que llegaba traía algo de comida: bombones, pastel de galletas, tarta de pollo… Delicias como esas fueron el combustible de mi día, porque llegué temprano y sería prácticamente la última en irme, junto con el personal de coordinación.

Gracias a Dios llevaba un vestido negro sencillo y cómodo, pero que parecía elegante. En lugar de tacones, usaba zapatillas deportivas… que, después de una hora, me quité, porque mis pies estaban hinchados.

El horario de mayor movimiento ocurrió entre las once de la mañana y la una de la tarde.

No sé cómo sobreviví. Era un constante ir y venir de gente que casi me marea, pero logré hablar con casi todos los padres que tenía en mi lista.

Y entonces sucedió.

El momento inevitable: encontrarme con Daniel.

Llegó a las cinco de la tarde. Creo que vino directo del TRF3 para acá.

Sentí su perfume antes de verlo, porque el olor de Daniel era inconfundible y diferente a cualquier otro.

Cuando finalmente entra en la cancha cubierta, mi corazón da un vuelco. Está tan atractivo como siempre, con su traje azul marino bien entallado y su cabello perfectamente arreglado. Ni rastro de sudor o cansancio, solo noté que tenía más canas y algunos hilos blancos en la barba.

Intento concentrarme en unos documentos que tengo en las manos y no mirarlo, pero es imposible no sentir su presencia imponente, sobre todo al escuchar sus pasos acercándose.

—Dios, dame fuerzas —susurro, intentando meter la barriga, pero ya no se puede.

Él se sienta frente a mí en la mesa, apoya la bandeja sobre ella y desabrocha el primer botón de su chaqueta.

—Olivia —cuando mi nombre sale de su boca, un escalofrío me recorre.

—Daniel —asiento con la cabeza rápidamente.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, gracias. ¿Y tú? —respondo secamente mientras anoto cualquier cosa aleatoria en la libreta que tengo en las manos.

—He estado mejor —echa un vistazo rápido a su alrededor y destapa la bandeja, revelando un pastel con rodajas generosas de piña caramelizada.

¿Cómo? ¿Cómo lo sabía?

—¿Día ajetreado?

—Mucho —se me hace la boca agua solo de ver el pastel, y él se da cuenta.

—¿Quieres un trozo?

—Me controlo, gracias —cruzo las piernas—. ¿De dónde salió la idea de traer este pastel? —mi curiosidad me está matando.

—Acabo de salir del tribunal y pasé por la panadería San Bento. Este me pareció el mejor, así que lo traje —se encoge de hombros—. ¿Por qué? ¿Tienes náuseas? —me mira con preocupación—. Tu barriga… ha crecido.

—No hablemos de mí, hablemos de Bia.

Me levanto y voy en busca de la maestra del Jardín II.

Cuando ve a Daniel, la profesora prácticamente se le lanza encima, como si esto fuera una fiesta y no una reunión.

—¡Doctor Mascarenhas! —exclama Susan—. ¡Cada vez que lo veo está más guapo con esas canas!

—Si supiera el estrés que paso a diario, no le parecería tan encantador —él le guiña un ojo y sonríe.

Soy la única que se mantiene seria. Me siento, abro la agenda de Beatriz que Daniel ha traído y reviso que no haya ninguna queja, pendiente o anotación.

—Beatriz tiene un desempeño fantástico —Susan pone su mano sobre la de él—. Desde la última reunión hasta ahora ha mejorado muchísimo. Está más presente, más activa, más segura… ¿Cuál es el secreto?

—Olivia —Daniel llama mi atención.

—¿Qué? —parpadeo y lo miro.

—Olivia es el secreto. Ella trabajó con nosotros antes de venir aquí y puso todo en orden. Y ahora que está aquí, creo que está

haciendo un trabajo fantástico.

—Ah —Susan asiente—. Sí, ha hecho un trabajo relevante, especialmente con los alumnos más inquietos. Pero Beatriz está fenomenal, ha demostrado más creatividad, percepción, su letra ha mejorado…

—Sí, entrenamos todas las noches —ríe.

Y ella también ríe, sujetándolo del hombro.

Los celos arden dentro de mí y me remuevo en la silla, buscando una posición más cómoda.

Lo que llama mi atención es que Daniel está intentando por todos los medios deshacerse de Susan, que sigue coqueteando con él… sin éxito.

—En fin, estaré aquí hasta las nueve para lo que necesite. Gracias por venir, doctor Mascarenhas.

—Agradecido soy yo.

Susan se levanta y se dirige hacia Poliana, que la ha llamado.

—¿Ahora podemos hablar sin preocuparnos por Bia? —pregunta.

—No —respondo secamente—. El propósito de la reunión de Padres y Maestros es enfocarnos en sus hijos y en su evolución…

—Sí, eso es lo que me preocupa. Mis hijos.

La frase toma otro significado cuando sale de su boca. Levanto una ceja y le indico que continúe.

—Tu barriga ha crecido…

—No sé si te has dado cuenta, Daniel, pero estoy embarazada —suelto una sonrisa irónica.

—Lo sé, de mí.

—Lamentablemente.

—¿Cómo están los bebés?

Respiro profundamente, golpeo la libreta contra mi muslo y lo miro con furia.

—No necesitas saberlo, porque no quieres ser padre, ¿lo olvidaste?

Daniel me dedica una sonrisa tranquilizadora y veo en su expresión lo cansado que está… y yo también. Extiende la mano, pero lo ignoro por completo.

—Creo que elegí mal las palabras aquel día.

—¿En serio?

—¿Tú querías ser madre, Olivia?

—Por supuesto que sí. Detener mis estudios, sentirme lenta y agotada en el trabajo, lidiar con un torbellino de emociones y con la falta de control sobre mi propio cuerpo… —me burlo—. Claro, Daniel, era exactamente lo que más quería.

—Pues eso —asiente—. Yo tampoco quiero ser padre. Quería jubilarme, alejarme de todo esto, irme a otro país, lejos de todos los peligros de aquí y entonces… quizás, tener hijos.

Trago saliva y sacudo la cabeza en negación.

No quiero escucharlo.

—No quiero ser padre porque tengo miedo de lo que pueda pasarte a ti y a nuestros bebés. No quiero ser padre porque ponerte en riesgo es injusto, cruel, y yo había planeado cosas maravillosas solo para los dos. No quiero… pero seré el padre que estos niños necesitan.

El final de su frase me pone la piel de gallina.

Daniel me mira a los ojos y me lo dice con tanta seriedad y dulzura que no puedo recordar por qué lo odio.

—Peor que el miedo de perderte, Olivia, es estar sin ti. Y este tiempo que estuve lejos me hizo darme cuenta de que te necesito.

—¿Me necesitas?

—Volví a encontrar la felicidad cuando te conocí. Y que me la arrebataran me desestabilizó —explica—. Solo de pensar que te pueda pasar lo mismo que le pasó a Mari… nunca me lo perdonaría. Preferiría morir.

Las palabras de Daniel me golpean de lleno, y una parte de mi resentimiento empieza a ceder ante su sinceridad.

No me había dado cuenta de cuánto estaba sufriendo por nuestra separación y por el miedo de perderme.

Por un momento, los muros que había construido alrededor de mi corazón empiezan a derrumbarse.

Mis celos, mi rabia, todo parece menos importante que la profunda conexión que compartimos.

Lo miro a los ojos, tratando de entender todas las emociones contradictorias que emergen dentro de mí. No era solo enojo y celos, también era el amor que sentía por Daniel, un amor que nunca desapareció realmente.

—Daniel… —mi voz sale más suave, casi como un susurro—. Aún me duele lo que escuché. Y por más que vea sinceridad en tus ojos… todavía duele, ¿sabes?

Él baja la cabeza, parece entender mis palabras, pero no se rinde.

—No te estoy pidiendo que me aceptes de vuelta. Te pido que me dejes estar presente, que podamos cuidar juntos de nuestro bebé, que me dejes cuidar de ti —sonríe de lado, sus ojos brillan.

Yo no soy tan fuerte como él. No puedo contener las lágrimas, que caen sin mi permiso, y rápidamente tengo que limpiarlas.

—Y quiero reconquistarte. Quiero demostrar que merezco una segunda oportunidad. Quiero ser parte de la vida de nuestro bebé y, si sientes que vale la pena, quiero ser parte de tu vida.

—¿Y tu trauma?

Daniel suspira, mostrando lo compleja que es la situación.

—Lo estoy tratando para tener fuerzas. Por mí, por el bebé, por ti —sigue con la mano extendida—. Mi vida cambió desde que llegaste, Olivia. Beatriz y yo ahora tenemos una conexión, una que deberíamos haber tenido desde el principio, pero que no fui capaz de construir… hasta que tú entraste en mi vida. Te quiero de vuelta, Olivia, y moveré cielo y tierra para que eso suceda.

Mi corazón está dividido entre el rencor que Daniel generó y el deseo de permitirle formar parte de la vida de los bebés, al menos.

Se ha convertido en un buen padre y lo ha demostrado con Beatriz.

—Necesito tiempo para pensar en esto, Daniel. No puedo tomar una decisión ahora.

Él asiente, pareciendo aceptar mi respuesta.

—Gracias por venir y felicidades por el desarrollo de Bia. El cambio es como una semilla: aunque tarde en crecer y dar frutos, lo importante es plantarla —sonrío.

—Solo creo en eso porque tú me cambiaste —se levanta y se prepara para irse—. Se está haciendo tarde y esto suele no tener hora para terminar… —suspira—. ¿Quieres que te lleve a casa?

—No quiero molestarte.

—Mantenerte segura no es ninguna molestia.

—Es que las cosas aquí pueden tardar…

—No hay problema, Olivia. Estaré afuera si me necesitas.

Observo a Daniel alejarse, dejándome con una montaña rusa de emociones.

Su repentina reaparición en mi vida abrió viejas heridas y creó nuevas dudas. Ante todo, estaba decidida a proteger a mis bebés, pero también era consciente de que no podía ignorar el hecho de que Daniel estaba dispuesto a ser un padre presente, algo que yo nunca tuve y que siempre soñé para mis hijos.

Vuelvo mi atención a la reunión de Padres y Maestros, pero mi mente sigue girando en torno a sus palabras. Daniel confesó de forma abierta y madura sus miedos, sus fallos y su genuino deseo de ser parte de la vida de nuestros bebés.

No era una decisión fácil, pero sabía que debía considerarla.

—¿Todo bien por aquí? —Poliana se acerca al notar mi agitación.

—Sí… —digo con la voz temblorosa.

—¿Por qué estás emocionada, Olivia?

—Porque un pastel de piña vino hasta mí —empiezo a llorar como una idiota.

Poliana se sienta a mi lado y me reconforta. Corta un pedazo del pastel y me lo entrega, y la dosis de azúcar parece ponerme eléctrica.

—Es el mejor pastel de piña de mi vida —sigo sollozando.

—Los antojos de embarazada son algo extraño, ¿no? —Poliana sonríe—. Me alegra que hayas podido saciar el antojo…

—Es un pastel increíble —termino de comer.

Debo quedarme unas horas más en el lugar, aunque el ambiente ya esté vacío. Y cuando terminamos todo, veo el coche de Daniel en el aparcamiento; está dentro, leyendo en su tablet.

Al notar mi presencia, sale del coche y se acerca a mí.

—Pensé que nunca te iban a liberar —dice con esa mezcla de mal humor y preocupación que encuentro bastante encantadora—. ¿Te llevo?

Parpadeo y sonrío.

—Hoy no. Pero gracias por preocuparte…

Espero para ver su reacción. Aprendí que se conoce mejor a un hombre cuando es contrariado que escuchando sus palabras.

—¿Tus pies no están cansados, Olivia?

—Sí, pero estaré bien —sonrío.

—Ok —Daniel asiente, intenta formar una sonrisa, pero no puede ocultar la frustración—. Si necesitas cualquier cosa, llámame. ¿Aún tienes mi número?

—Sí.

—Genial. Estaré esperando tu llamada.

Le hago un gesto de despedida.

—Buenas noches, Daniel. ¡Que descanses!

—Buenas noches, Olivia. ¡Igualmente!

Capítulo 36

Olivia

Al día siguiente, me despierto con un mensaje enviado a la una de la madrugada en el móvil, proveniente del número de Daniel.

Daniel Mascarenhas:

No creo que tengas condiciones para criar a un hijo mío, así que sugiero que te prepares para una batalla judicial, porque solicitaré la custodia del bebé antes incluso de que nazca.

El mensaje me golpea como un puñetazo en el estómago.

Mientras intento concentrarme para procesar las palabras, mi corazón se acelera y la adrenalina en mi cuerpo hace que la sensación de pánico se apodere de mí.

¿Cómo podía ser tan despiadado? ¿Cómo podía amenazar con quitarme a mis bebés antes siquiera de que nacieran?

Me siento en el borde de la cama, con el móvil aún en la mano, mirando fijamente el mensaje, sin saber qué decir.

—Sabía que no había cambiado —digo en voz alta, llena de decepción, rabia y miedo.

Nerviosa y con los dedos temblorosos, escribo un mensaje:

Olivia:

Daniel, ¿podemos tratar esto en persona? Creo que podríamos llegar a un acuerdo. No le hará bien a ninguno de nosotros, y mucho menos a los bebés, que comiences una batalla judicial.

Estoy tan estresada que, apenas envío el mensaje y no recibo respuesta, comienzo a llamarlo, pero no me contesta.

—¿Cómo puede ser tan hipócrita? Me dice una cosa cuando está frente a mí y ahora dice otra… —murmuro.

Voy al baño para ducharme, esperando que, al salir, tenga una respuesta suya.

No consigo calmar mi corazón acelerado. Siento el miedo dominándome y, con las manos mojadas, dentro de la ducha, empiezo a escribir, temblando:

Olivia:

Daniel, no importa lo que pasó entre nosotros en el pasado. Ahora es momento de pensar en el bienestar de los niños. Por favor, deja el ego de lado. ¿Cómo van a vivir sus primeros momentos de vida sin su madre?

Él responde casi de inmediato, lo que me genera un alivio momentáneo:

Daniel Mascarenhas:

Ningún juez se dejará llevar por el llanto de una madre sin empleo y que no tiene cómo mantener a los niños. Yo tengo las mejores

condiciones y se quedarán conmigo.

Siento un mareo repentino y salgo empapada de la ducha hacia el inodoro. Cierro la tapa y me siento sobre él.

Siento que las fuerzas me abandonan y mi cuerpo comienza a temblar.

La idea de perder a mis bebés ante Daniel es insoportable.

Se sentía injusto, cruel y sin sentido cargarlos, sufrir las consecuencias de todo, para que, al final, me los arrebataran.

¿Y la amenaza implícita? ¿Entonces también se movería para hacerme perder el empleo?

Las lágrimas comienzan a rodar por mi rostro mientras intento mantener la calma. Necesito encontrar una solución, necesito luchar por mi derecho a ser madre de mis propios hijos.

Pero, en ese momento, sentada en el baño, me siento impotente y devastada.

Si alguien entendía de batallas judiciales, ese alguien era él.

Daniel tenía fama de ser cruel, implacable y de siempre conseguir lo que quería. Y eso solo demostraba que pelear contra él iba a ser doloroso, desestabilizante y demasiado largo.

—¿Olivia? —Mi madre golpea la puerta del baño.

—Ahora no puedo, mamá… —Intento concentrarme para mantener la voz tranquila.

—¡Necesitamos hablar! —dice con seriedad.

—¿Qué pasó? —Siento mi cuerpo tensarse.

—Acabo de recibir unos mensajes…

—¿Qué?

—Del doctor Mascarenhas.

No tengo fuerzas para levantarme, mucho menos para abrir la puerta del baño. Lo único que consigo hacer es llorar y abrazarme a mí misma, intentando respirar y mantenerme firme.

—¿Olivia? —mi madre insiste.

—Mamá… no puedo… lo siento.

—Hija, por favor, ¡abre la puerta! —suplica.

Reúno las últimas fuerzas que me quedan, me envuelvo en la toalla y camino, un paso a la vez, hasta la puerta.

Veo la sorpresa, la decepción, el miedo y la preocupación reflejados en los ojos de mi madre.

—Hija, estás pálida.

—Es que…

—Olivia, acabo de recibir estos mensajes y, sinceramente, no sé cómo reaccionar…

Me entrega el móvil. En la pantalla, leo:

Daniel Mascarenhas:

Tu hija se aprovechó de mí y de mi confianza.

Debería haberla despedido en cuanto me di cuenta de cuál era su plan, pero la mantuve porque probablemente tú no estabas involucrada en esto.
Olivia está embarazada de mí y quiere estafarme, algo que no permitiré.
Usaré todos los medios legales para que aprenda cuál es su lugar.

Te pido discreción y colaboración para que puedas conservar tu empleo.

Todo parece aún peor. ¿Cómo pudo escribirle eso a mi madre?

—¡Esto es una mentira, mamá! ¡Yo no intenté aprovecharme de él!

Mi madre me mira, y siento como si mi mundo estuviera derrumbándose a mi alrededor.

Las palabras de Daniel eran una amenaza vil y mezquina.

¿Cómo podía difamarme así, manipulando a mi propia madre en mi contra?

—Hija… esto no es verdad, ¿cierto? —pregunta con el rostro lleno de preocupación.

—¡Mamá, te lo juro! No sé qué está intentando hacer, pero no es verdad. —Mis palabras salen ahogadas entre sollozos—. ¡Nunca planeé nada de esto! ¡Es una locura de ese hombre!

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada de él, Olivia? —Siento la decepción en su voz.

—Porque él me lo pidió.

—¿Y no confiaste en tu propia madre?

Mi móvil sigue vibrando con más mensajes de Daniel, pero no tengo el valor de mirarlos ahora.

Él no se rendiría fácilmente, estaba claro. Y yo tendría que enfrentar esta batalla, aunque eso significara confrontar al hombre que alguna vez amé.

—¿Cómo podría, mamá? ¿Y poner en riesgo tu empleo? ¡Era todo lo que teníamos!

Mi madre me envuelve en un abrazo fuerte, intentando reconfortarme.

Me siento frágil y vulnerable, como si estuviera a punto de derrumbarme en cualquier momento.

—No iré a trabajar hoy. ¿Sabes qué? Voy a renunciar —dice.

—No puedes —la advierto—. Está amenazando con denunciarme en la escuela y hacer que pierda mi trabajo…

—Qué hombre tan terrible. —Mi madre suspira—. Sabía que esa apariencia de buen tipo era solo una farsa…

—Mamá, no hagas nada, no hables con él, finge que nada ha pasado, ¡por favor! —le suplico—. Si las dos perdemos el empleo… le estaremos dando exactamente lo que quiere.

—¿Y cómo vamos a enfrentarlo así, Olivia?

—No lo enfrentaremos. No podemos, mamá. Daniel tiene demasiados amigos jueces, y es obvio que tiene ventaja sobre nosotras.

—Encontraremos la manera —dice con determinación, acariciando mi espalda.

Mi madre me mira, con curiosidad por saber cómo sucedió todo esto.

Pero no quiero explicar, ni contar nada ahora.

Estoy angustiada y me siento completamente desamparada.

—¿Necesitas un abogado, Olivia? Alguien que pueda ayudarte a enfrentar esto legalmente —sugiere mi madre.

—¿Y actuar en su contra?

—Él tiene que entender que es importante, un juez, pero no es Dios —dice con firmeza.

Asiento con la cabeza, dándome cuenta de que esta era la única opción.

No puedo simplemente agachar la cabeza y rendirme, demostrando que voy a dejar que Daniel me quite a mis hijos tan fácilmente.

Tengo que luchar, sin importar lo difícil que sea.

—Buscaré un abogado, mamá, no te preocupes. —Intento equilibrar mi tono de voz para calmarla—. Y tú, actúa con naturalidad, no dejes que sospeche.

—¡Si apenas veo a ese hombre, Olivia! —Chasquea los labios —. Se la pasa encerrado en la oficina, en el tribunal, ahora al menos pasa un tiempo con su hija, pero siempre está ocupado…

Mira el móvil, que no deja de recibir mensajes.

—¿Qué debo responder?

—No respondas. Ignóralo. Mostraremos todo a un abogado y él nos dirá qué hacer.

—Ok. —Me mira, perdida—. ¿Me arreglo o no? ¿Voy a trabajar o no?

—¡Mamá! —Le sostengo el rostro entre mis manos—. Tú cuida de Bia. La niña te necesita. Ignora todo lo demás y sé fuerte.

—No sé si soy capaz.

—Sí que lo eres. Y gracias por apoyarme. Esperaba tantas cosas… No sabía qué dirías… pero si me hubieras culpado, me habrías hecho sentir peor.

Tener a mi madre a mi lado es fundamental. No importa lo difícil que sea enfrentar a Daniel en un proceso, tenerla conmigo me da fuerzas para levantarme y pelear.

—Voy a dejar a ese hombre hablando solo. —Apaga el móvil.

—Sí. Yo también lo ignoraré. No quiere hablar, solo asustarnos… —Voy a mi cuarto, termino de secarme y me preparo para otro día de trabajo.

Mi día resulta ser un desastre, no consigo ser productiva y paso todo el tiempo en las nubes. Y con la sensación de que en cualquier momento recibiré malas noticias, del trabajo, de mi madre o de Daniel.

Durante mis descansos en la oficina, envío mensajes a varios despachos de abogados y, en un principio, me atienden bien, pero

cuando explico mi situación, todos dejan de responderme.

Es frustrante darme cuenta de que estoy ante una lucha que no puedo ganar. Que parece imposible negociar.

Parece una batalla perdida y ni siquiera he peleado. No hay peor sensación.

Al salir del trabajo, voy directamente al metro. Tres estaciones después, ¿quién sube? Kalinca. Con su carrito de productos de limpieza, gritando disparates para llamar la atención de la gente.

—Ka. —Asiento con la cabeza al verla.

—¡Dios mío, qué cara de funeral es esa, Olivia! —Hace una mueca.

—El peor día de mi vida. —Suspiro.

—Y Mercurio ni siquiera está retrógrado. —Se planta frente a mí.

Lo bueno de estar embarazada es tener un asiento asegurado, después de hacer cara de perrito abandonado y de que varias personas armaran un escándalo para que un holgazán se levantara del banco.

—Cuéntame qué pasó.

—No.

—Suéltalo, niña.

—No puedo, es un asunto de vida o muerte.

—Entonces vamos a matar. —Pone las manos en la cintura—. Ya te dije, estos productos limpian rastros de sangre.

—No vale la pena.

Pasamos el resto del camino debatiendo. Ella quiere que le cuente qué pasó y yo me niego a desahogarme. Primero, porque duele. Segundo, porque estamos rodeadas de gente, y la única cosa que viaja más rápido que la luz es el chisme.

—¿De verdad me vas a dejar morir de curiosidad? —pregunta cuando salimos de la estación.

Miro a mi alrededor, asegurándome de que no haya nadie que pueda escucharnos, y digo:

—Daniel quiere quitarme a los bebés.

Kalinca esboza una sonrisa ladeada y niega con la cabeza.

—No, no quiere…

—Sí, sí quiere. ¡Maldito! Ayer fue a verme a la escuela por la reunión de Padres y Maestros y ahora… ¿será que es bipolar? ¿Será que…?

—¿Qué día te mandó ese mensaje?

—Ayer de madrugada y hoy.

—Mmm… no lo creo.

—¿No lo crees? —Frunzo el ceño.

—Amiga, tengo algo que contarte, pero prométeme que no me odiarás.

Abro los ojos como platos, esperando cualquier bomba que salga de su boca. Pero no esto:

—Estoy trabajando para Daniel.

—¡¿QUÉ?! —Me controlo para no lanzarme a su cabello.

—Es confidencial. No podía decírtelo. Pero bueno, ya qué… —Respira hondo—. Daniel descubrió que quieren archivar el caso de tu madre y me usó para recolectar pruebas.

—¿Pruebas?

—Pedí un préstamo, nena. En el mismo lugar donde tu madre intentó financiar la casa.

—Ajá…

—Me prometieron que el préstamo saldría en quince días, me dijeron que no era un sorteo, que todo estaba asegurado… y grabé todo. Han pasado tres meses y nada. Ya metí el caso en la justicia y, según Daniel, esa era la ficha de dominó que faltaba para derribar todo. —Sonríe con satisfacción.

—Y… ¿qué tiene que ver eso con lo que te acabo de decir? —Parpadeo, irritada.

—Ah, sí. —Kalinca se aparta el cabello—. Es que Kurt Cobain dijo que Daniel no podía tener una reunión conmigo esta semana porque alguien hizo portabilidad de su número.

—¿Ah?

—Le robaron el número, amiga. Y está tratando de recuperarlo con la operadora. Está súper estresado. No es que tenga nada ilegal en su móvil, pero imagina, la cuenta del banco y todo eso…

—Pero me envió los mensajes. —Saco el móvil y se los muestro—. Si no fue él… ¿quién pudo haber sido? Alguien que sabe que estoy embarazada. Alguien que… —Me detengo a mitad de la frase y la miro con rabia.

—¡No fui yo, estás loca?

—Obvio que no —gruño.

—¿Y esa cara de sociópata asesino en serie, Olivia? —Kalinca se lleva una mano al pecho, preocupada.

—La maldita de su madre —digo, furiosa.

Capítulo 37

Daniel

Me despierto con el sonido insistente del despertador resonando en la habitación. Es temprano y el sol aún no ha aparecido en el horizonte.

Mientras me ducho y me preparo para comenzar el día, mi mente divaga hacia la conversación que tuve con Olivia en aquella reunión de padres y maestros.

Me alegró que fuera receptiva a mis pensamientos y creo que logré expresarme mejor, porque entendí con más claridad el dolor que me estaba afectando.

Vivir sin Olivia estaba siendo una abstinencia que me llevaba a la locura, con algunas dosis de cordura, y la terapia regular me ayudó a poner cada cosa en su lugar y a saber lidiar con la presión en mi pecho.

—Buenos días, princesa. ¿Vamos a despertar para el colegio? —llamo a Bia cuando llega su hora.

La pequeña se da la vuelta en la cama y se aferra a mi brazo con el rostro arrugado y soñoliento.

—Cinco minutitos más y vuelvo a llamarte —le aviso.

Regreso al vestidor y termino de colocarme la corbata, me pongo los zapatos de vestir y organizo mi portafolio.

Todo parece estar en orden.

El plan que puse en marcha con Kalinca ya estaba bastante adelantado y no tardó en llegar a las manos de Valmir, quien sabía que no podía simplemente archivar el caso teniendo pruebas tan contundentes frente a él.

Mis casos, comparados con ese, eran simples, y tenía que escuchar testigos durante la semana, nada que requiriera todo mi esfuerzo.

—¿Qué es esto? —alzo una ceja cuando enciendo el móvil y veo el rastreo de Olivia—. ¿Ella está aquí? —hago una mueca.

Eso es lo que indica el último informe del guardia de seguridad, hace apenas tres minutos.

Salgo del despacho y voy hasta el cuarto de Bia. Me aseguro de que ya esté en la ducha.

—Buena niña —comento en voz alta—. Papá te espera en la cocina para el desayuno, ¿vale, princesa?

—¡Sí, papá! —grita.

Verifico que su uniforme esté bien planchado sobre la silla y llevo su mochila abajo. Justo cuando bajo las escaleras, veo a Encarnación, María del Carmen y Olivia en la puerta de entrada.

Madre e hija parecen tensas, y Encarnación parece intentar entender lo que está pasando.

—Buenos días —saludo a todos—. Qué sorpresa verte aquí, Olivia…

—Buenos días, Daniel. Necesitamos hablar.

—¿Ha ocurrido algo? —termino de bajar, dejo la mochila sobre el sofá y camino hacia ella.

María del Carmen, en particular, parece incómoda conmigo. Se va a la cocina en silencio y me ignora por completo.

—Sí. ¿Podemos…?

—¿Un lugar privado?

—Por favor.

Le señalo las escaleras para que vaya delante, la acompaño hasta mi despacho y cierro la puerta.

—Siéntate, por favor —le pido.

Olivia se sienta y yo también. Tamborileo los dedos sobre la mesa, esperando a que hable.

—Daniel, ¿fuiste tú quien envió estos mensajes? —me entrega su móvil.

Paso la vista rápidamente por lo que está escrito y lo desapruebo de inmediato.

—Algo pasó con mi número, hicieron una portabilidad sin mi permiso —explico—. Pero… ¿cómo esa persona sabe sobre tu embarazo?

—¿Entonces no fuiste tú?

—¿Olivia? —me levanto y voy hacia ella. Me arrodillo frente a ella y tomo sus manos—. Olivia, jamás te quitaría a nuestro hijo. Al contrario, quiero que podamos estar todos juntos, pero si no es posible… nunca haría algo así.

Veo el alivio reflejarse en su rostro. Y sin previo aviso ni señal, me abraza con todas sus fuerzas y apoya la cabeza en mi hombro.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ocurrió? —le acaricio la espalda con las manos abiertas—. Y yo nunca te enviaría ningún mensaje. Quiero respetar tu tiempo, tu espacio…

—Lo sé. Fui… una tonta.

—No, no fuiste tonta —tomo algunos pañuelos de la mesa y se los entrego para que seque sus lágrimas—. En tu lugar, tampoco sabría cómo reaccionar… esto parece cruel.

—Narcisista —dice.

—O eso —coincido—. Pero yo nunca haría algo así, Olivia —aprieto sus manos con delicadeza—. Nunca. Jamás. Solo quiero tu bienestar y me aseguraré de que lo tengas, estés conmigo o no. Solo te pido que confíes en mí.

—Confío en ti —me sorprende al decirlo.

De hecho, no fui yo quien escribió nada de eso. Y me horroriza que haya recibido esos mensajes, porque significa que el asunto es muy serio.

Recibí un informe hace una semana sobre un hombre que estaba siguiendo a Olivia por todas partes. Cuando lo acorralaron y le preguntaron por qué la estaba siguiendo, desapareció.

¿Y si no hubiera tenido guardaespaldas siguiéndola?

—Fue tu madre —dice Olivia.

—¿Qué?

Olivia mantiene una expresión ansiosa y cansada mientras me explica lo sucedido. Mi mente lucha por procesar toda la información que me está dando.

—¿Mi madre? —Mi voz sale más sorprendida de lo que pretendía—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Daniel, no quiero hacer suposiciones locas, pero estoy tratando de ser racional…

—Ok.

—Tu madre dijo todo eso sobre mí. Mira cómo se repite el patrón: que me embaracé a propósito… que me aproveché de ti…

—Lo extraño es que nunca mencionó nada de eso. De hecho, la última vez que hablamos fue cuando salimos de su casa rumbo a Disney…

—No estoy completamente segura, pero creo que tenemos una buena pista aquí.

Mi mente entra en cortocircuito solo de imaginarlo. ¿Mi madre sería capaz de algo tan retorcido? Y cuando mencionó que Olivia estaba embarazada, fue más una suposición que una certeza.

No sé cómo reaccionar ante esta revelación. Las emociones se agitan dentro de mí y mi mente está en conflicto. Si mi madre realmente estaba involucrada en esto, sería una traición a la confianza que jamás habría imaginado.

—Sé que suena absurdo, Daniel. Pero los mensajes son muy personales, con detalles… No puedo pensar en nadie más que pudiera haberlos enviado.

—Tu sospecha tiene sentido —me levanto—. Pero, ¿cómo lo descubriremos?

—Tengo un plan —dice.

—¿Un plan?

—En realidad, el plan es de Kalinca. También me he enterado de que empezó a trabajar para ti… —me lanza una mirada de odio.

—Yo… puedo explicarlo —trago saliva.

—Ella ya lo explicó. Y aunque estoy molesta e irritada con vosotros dos, sé que lo hicisteis por el bien de mi madre. Gracias por actuar… Imagino que te saltaste todos tus límites profesionales…

—Desde que llegaste aquí —completo.

Olivia ríe, y el sonido llena la oficina, disipando la tensión que se había acumulado entre nosotros. Por un breve momento, parece que estuviéramos juntos otra vez.

—Bueno, sobre el plan… necesito seguir discutiendo con este "Daniel" por mensajes.

—De acuerdo.

—Y tú llamarás a tu padre o a tu madre para decirles que he contratado abogados contra ti y que quiero quitarte todo.

—Qué maquiavélica —me rasco la barbilla.

—¿Te ha gustado? —se ríe—. Vamos a soltar esas dos informaciones y ver cómo se mueve. Tu padre era un juez famoso, ¿no? Debe de tener muchos amigos importantes… Y tu madre, si realmente está metida en esto, va a querer avivar el fuego.

—Su estilo es más pasivo-agresivo, pero tienes razón —reflexiono un momento—. Lo haremos.

Olivia parece incrédula ante mi respuesta.

Creo que no ha entendido lo que está pasando aquí. Ella está esperando un hijo mío y seremos nosotros dos contra el mundo, pase lo que pase. Ella es mi prioridad, su bienestar está por encima de todo.

—¿Eso es todo? —pregunta.

—¿Qué más?

—No sé, no vine preparada para tener una conversación tan sana… —se ríe, nerviosa.

—¿Qué esperabas, Olivia?

—Muchos gritos, reproches y culpas.

—Habría sido así, si no hubiera aprendido con el dolor que fue perderte.

Olivia frunce el ceño y esboza una sonrisa ladeada. Intenta ocultarla, pero sus mejillas se enrojecen.

—Y no voy a cometer el mismo error dos veces, no soy tan estúpido.

—Hay algo más… —Olivia aprieta los labios.

—Dios… ¿qué más?

—Mi madre lo sabe.

—¿Qué? —ahora soy yo quien frunce el ceño.

—"Tú" le enviaste un mensaje. De hecho, las dos nos sentimos amenazadas, como si pudiéramos perder nuestros trabajos por tu culpa…

—Suena totalmente como mi madre —reflexiono, negando con la cabeza—. Pero, ¿cómo supo que te conseguí el trabajo en el Educandario?

Olivia hace una pausa dramática y me mira fijamente, con los labios entreabiertos.

—Ah… he hablado de más —asiento con la cabeza.

—¿Tú me pusiste a trabajar ahí? —respira hondo.

—Olivia, no podía permitir que siguieras en el metro, en peligro, trabajando de una forma tan insegura…

—Daniel… —su voz sale débil y llena de irritación.

Mierda, lo he arruinado otra vez. ¡Qué fastidio!

—No me lo puedo creer. ¿Es en serio?

—Sí, es en serio —me rasco la nuca y miro a mi alrededor—. Conseguí tu currículum y lo envié. Mi familia es amiga de la familia de los dueños, les hemos hecho mil favores en las últimas décadas, jamás nos negarían nada.

Olivia claramente está en una batalla moral con esta información. Y sabía que tarde o temprano lo descubriría, así que dejo que lo procese.

—No esperaba esto.

—Sé que odias sentirte controlada, vigilada, observada, pero ya te lo dije: voy a cuidar de tu bienestar, cueste lo que cueste.

—Al menos me conseguiste un buen empleo. —Hay un tono de gratitud y enfado en su voz.

—Sentada, con aire acondicionado y todos los derechos laborales garantizados —recalco.

—Te odio ahora mismo. —Extiende la mano en mi dirección—. Pero cuando se me pase el enfado, seré más comprensiva. Por ahora, solo quiero pensar que es este trabajo el que va a pagar la cuna, los pañales y la ropita de los bebés…

—¿Be-bebés? —Mi voz se quiebra.

Olivia abre los ojos como platos y se cubre la boca.

—No debiste enterarte así…

—Por lo visto, no soy el único que guarda secretos, ¿eh?

—Deja de ser pasivo-agresivo como tu madre —refunfuña, mirándome con una mezcla de rabia y ganas de reír—. Ok, estamos a mano.

—¿A mano? Te conseguí un empleo y tú has estado ocultando todo sobre nuestros hijos... No estamos a mano.

—Ok, tienes un punto...

—¿Entonces por eso tu madre tenía esa cara?

Olivia asiente.

Mierda.

—Bajemos y contemos, juntos.

—Daniel, tu hija...

—Lo entenderá. Descubrirá que pronto tendrá hermanitos y estará feliz. Por cierto, ¿son dos niños, dos niñas…?

—Un niño y una niña.

—Ah. —Sonrío, algo nervioso, solo de imaginar a los dos bebés en mi vida y cómo, esta vez, aprovecharé cada momento.

—¿Estás seguro de que quieres contarlo? Dijiste que querías mantenerlo en secreto para que no afectara tu reputación y…

—Olivia. —Me acerco y le tomo los hombros—. Es nuestra familia. Tenemos que decirles.

—Ok. —Veo que le afecta cuando digo eso.

La ayudo a levantarse y la acompaño hasta la cocina.

Bia está sentada tomando el desayuno. Encarnación y María del Carmen charlan mientras beben café, pero la conversación se apaga en cuanto llego.

—Me gustaría que todas se sentaran conmigo en la mesa del comedor —digo, caminando hacia allí.

Encarnación parece incómoda, pero acude en cuanto la llamo. María del Carmen se queda en su sitio, con el ceño fruncido, preguntándose si también debería acercarse.

—Ven, mamá —pide Olivia.

Cuando todas están sentadas, aclaro la garganta y miro especialmente a la madre de Olivia.

—Olivia y yo queremos deciros algo… Está embarazada.

—Es obvio. —Bia pone los ojos en blanco.

—… de mí.

Las tres se miran entre sí, confundidas, sorprendidas, y Bia, ligeramente emocionada.

—Sé que no fue correcto ocultaros esto, pero ahora estamos aquí para hacerlo bien.

—Yo... yo... ¿voy a tener un hermano? —Beatriz se queda paralizada.

—Sí, hija, tendrás dos hermanos. ¡Un niño y una niña!

—¡Ah, qué hermoso! —celebra Encarnación.

Bia llora, así que me levanto, la tomo en brazos y la abrazo.

—¿Qué pasa, pequeña?

—Es que siempre me he sentido tan sola… Ahora ya no me sentiré así… —Llora.

—Está bien, está emocionada —explico a todas—. La familia va a crecer, y necesito el apoyo y la ayuda de todas vosotras. De Olivia, de Encarnación y de María del Carmen. Para que estos niños tengan un hogar seguro, con todo lo que necesiten y rodeados de amor y protección. ¿Puedo contar con vosotras?

—Por supuesto, patrón —dice Encarnación sin dudarlo.

María del Carmen parece impactada y sin saber qué decir.

—Hagámoslo juntos, María. Así nadie se sobrecarga y los niños tendrán la oportunidad de crecer en un lugar sano y seguro.

—¿Entonces no fue usted quien envió esos mensajes?

—Definitivamente no.

—Tenemos una sospecha de quién fue y vamos a investigarlo, mamá —dice Olivia.

—Bueno… Solo quiero lo mejor para mi hija y mis nietos, así que contad conmigo.

Miro a Olivia con una sonrisa. Sé que quiere alejarse de mí después de todo lo que he dicho, pero estoy dispuesto a demostrarle que su lugar es a mi lado y que puedo hacerla feliz.

Y darle una familia es el comienzo.

Para ella y para mí.

—He escuchado que aún no habéis comprado nada. Cuna, pañales, ropita, juguetes… y necesitamos todo por partida doble, así que tenemos mucho trabajo por delante —digo con entusiasmo.

—¿Usted quiere participar en todo esto? —María del Carmen todavía parece incrédula, como si todo esto fuera algo que jamás imaginaría que yo haría.

—Sí. Todos lo haremos. —Beso la cabeza de Bia.

Capítulo 38

Daniel

Después de la conversación productiva que tuvimos todos juntos, noté que el ambiente en la casa mejoró. Encarnación y María del Carmen estaban emocionadas por ir a comprar el ajuar de los bebés el fin de semana, y Bia estaba radiante con la noticia.

Llevé a mi hija a la escuela y aproveché para darle un aventón a Olivia.

—¿Emocionada por ser ascendida a hermana mayor, Bia? —pregunta Olivia.

—¡Sí!

—¿Y estás preparada para la llegada de dos? ¡Tendremos el doble de trabajo!

—Yo ayudaré. —Se recoge el cabello detrás de la oreja—. Cuidaré de ellos igual que cuido a mis muñecas.

—Sí, solo que no podrás dejarlos tirados por ahí… —Le revuelvo el cabello con cariño.

No tardamos en llegar al Educandario. Abro la puerta, ayudo a Bia a salir de la silla y la acompaño hasta la entrada.

—¡Chao, papá!

—Chao, mi amor, ¡que tengas un buen día! —Le hago un gesto de despedida.

Olivia y yo nos alejamos del bullicio y nos dirigimos a un lugar más apartado dentro de la escuela.

—Voy a llamarla ahora, veamos qué sucede… —Tomo el móvil y marco el número.

Esperamos hasta el último momento y, entonces, mi madre atiende. Pongo el altavoz para que Olivia también escuche.

—Hola, hijo, ¿ha pasado algo?

Olivia abre los ojos de par en par y me hace una seña para que mantenga la conversación lo más natural posible.

—Hola, mamá. Solo quería saber cómo estabas…

—Bien. Ayer tu padre y yo estábamos en el yate de un amigo, y hoy vamos a una fiesta benéfica —dice, animada—. ¿Alguna novedad?

—En realidad, sí… —Me aclaro la garganta—. Ha surgido un imprevisto.

—Ajá.

—¿Recuerdas a la mujer que estuvo cuidando temporalmente de Beatriz?

—Sí. La hija de esa otra mujer sucia que robó mis joyas.

—Mamá, ella no robó tus joyas —puntualizo.

—Ay, Dani, de esa gente uno espera cualquier cosa… dilo de una vez.

—Está embarazada.

Se hace un silencio sepulcral al otro lado. Pero cuando vuelve a hablar, mantiene un tono de voz calmado:

—¿Y…?

—Y ahora ha contratado algunos abogados, dice que quiere pelear conmigo en la justicia por la custodia…

—¡Lo sabía! —resopla—. Te lo advertí, Daniel. Soy tu madre, he vivido en Brasil, conozco a ese tipo de gente.

—Ajá.

—Déjala pelear sola en la justicia. ¿Para qué querrías estar cerca de hijos así? La fruta nunca cae lejos del árbol, Daniel. No basta con tener una hija deprimida, ¿ahora tu casa qué será, un centro de ayuda?

Escuchar a mi madre hablar de esta manera, menospreciando a Olivia y la situación, me hace sentir como si me clavaran un cuchillo en el corazón.

Nunca se llevaron bien y las barbaridades que escuché en Miami fueron duras, pero esta vez ha decidido ser cruel, y eso me deja atónito.

Respiro hondo, intentando mantener la calma y responder con dignidad. Olivia está a mi lado y no quiero que escuche más comentarios horribles.

—Mamá, esa no es la mejor manera de manejar la situación. Estamos buscando una solución pacífica y…

—¿Pacífica? —me interrumpe—. ¿Cuál es el próximo paso? ¿Pedir una pensión? ¿Crees que esa interesada se conformará con 2.000 reales? No, Daniel, tú ganas más de 30.000. Ella te sacará, como mínimo, 10.000 al mes, ¡idiota!

—Los niños… requieren cuidados. —Me froto las sienes.

—¿Niños de favela? Ay, por favor, Daniel. Si no resuelves este asunto, tu padre y yo lo haremos.

—¿Y qué sugieres que haga?

—Corta todo contacto con ella. Convocaremos a los abogados de la familia para que entren y la amenacen con quitarle todo a esa oportunista y a su madre, solo para que se asusten. Luego negociaremos: ellos lejos de nosotros, sin molestarnos, y tú siendo un padre distante que ni siquiera figurará en el registro civil de esos niños —explica—. Así debe ser.

Mi madre suspira del otro lado de la línea, evidentemente disgustada con el rumbo de la conversación.

—Daniel, siempre has sido un tonto cuando se trata de mujeres. Esa solo quiere tu dinero y te arrastrará al abismo. Tengo experiencia en esto, confía en mí, soy tu madre.

—De acuerdo. Voy a llamar a papá y escuchar su opinión.

—Tu padre es otro blando que lleva años esperando un nieto varón. Si esa desgraciada da a luz a un niño, es capaz de rendirse.

La interrumpo porque soy incapaz de soportar escuchar esas palabras por más tiempo. Y Olivia está oyéndolo todo. No quiero que se sienta mal.

—Mamá, este es un tema delicado para mí. No quiero discutirlo ahora, solo quería informarte sobre la situación.

Antes de que pueda seguir con sus comentarios venenosos, cuelgo la llamada y guardo el móvil en el bolsillo.

Olivia me mira incómoda, da un paso atrás, pero la sujeto del brazo y la atraigo hacia mí.

—Olivia, escucha...

—Fue ella. —Asiente, sacando el móvil del bolsillo y mostrándome los mensajes que siguen llegando sin parar—. Sabes que fue ella, Daniel.

—Lo sé —coincido de inmediato—. Mi madre no es una persona fácil, pero esta vez ha cruzado todos los límites.

—Me alegra que lo notes. —Suspira—. ¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a estar juntos —propongo. Mi mano desciende lentamente hasta tomar la suya, atrayéndola hacia mí—. Olivia, estos niños merecen más que un padre, necesitan una familia.

—¿Y cómo funcionará esto? Solo le daremos más munición a tu madre para atormentarnos la vida...

—¿Y qué importa? —Hago una mueca—. Todo funcionará a nuestro modo, solo tú y yo.

—Y tres niños.

—A nuestro modo —insisto—. He estado luchando contra esto por tanto tiempo… Vivir sin ti es un martirio. Nada me satisface, todo me parece insípido y sin sentido. Hasta el trabajo se ha vuelto una maldita burocracia…

Olivia sonríe con los labios apretados. Sus mejillas se ruborizan y me mira de la misma manera en que lo hacía cuando descubríamos nuestra pasión.

Eso es capaz de iluminar cualquier cielo nublado en São Paulo o de detener la tormenta en mi corazón.

—Te necesito. Y estos niños nos necesitan. —Acaricio suavemente su vientre mientras me acerco, hasta que nuestros rostros quedan a pocos centímetros.

Siento el magnetismo entre nosotros volverse tan fuerte que mi visión se nubla para todo lo demás, todo desaparece y solo quedamos nosotros dos.

Olivia refleja cuán vulnerable y, al mismo tiempo, decidida es, y eso hace que mis emociones por ella hagan latir mi corazón con más fuerza.

Mira mis labios y luego vuelve a mis ojos. Hay una vacilación, una incertidumbre, pero también un deseo palpable.

No puedo resistirme. Me inclino lentamente, acerco nuestros labios y, sin pensar en las consecuencias ni en su reacción, cedo a mi deseo y le robo un beso.

Olivia da un paso atrás de inmediato, asustada.

Siento mi cuerpo entumecido, mi corazón golpea con fuerza en mi pecho y la miro, mostrándole que es lo único que quiero. Y por ella, haré que lo posible e imposible suceda.

Olivia parece rendirse ante la distancia que hemos creado entre nosotros y se acerca de nuevo. Me sujeta por los hombros, esboza una sonrisa tímida y me besa de vuelta.

Es un beso cargado de añoranza, de pasión reprimida, de todos los momentos que nos negamos porque fui un estúpido y ella, demasiado terca.

Siento que nuestra conexión, poco a poco, se restablece, y no hay nada más que desee en este instante.

—¿Por qué siento que cada vez que nos besamos estamos siendo poco profesionales? —Mueve la cabeza, indicando que está en su trabajo.

—Cállate y bésame.

Mi mano se desliza suavemente hasta su cintura, atrayéndola aún más hacia mí. Y oírla suspirar en respuesta a mi toque hace que mi piel se erice y mi cuerpo arda.

Nuestros labios encajan a la perfección, como si estuvieran destinados a encontrarse. La abrazo con fuerza, como si quisiera fundir nuestros cuerpos en uno solo. Siento el latido acelerado de su corazón contra mi pecho y eso me hace sentir vivo otra vez.

Nuestras lenguas se encuentran en una danza lenta y apasionada, su sabor es familiar y, a la vez, nuevo, como redescubrir algo que había perdido hace mucho tiempo.

Nuestros labios se separan por un breve instante y la miro a los ojos, viendo el deseo y la pasión reflejados en ellos.

Entonces nos besamos de nuevo, con aún más intensidad, como si nos estuviéramos perdiendo el uno en el otro. Cada toque, cada beso, está cargado de una nostalgia que no podremos saciar aquí.

—Creo que he perdido completamente el juicio —murmura Olivia—. Y probablemente me despedirán...

Cuando finalmente nos separamos, nuestras miradas se encuentran y siento que algo ha cambiado entre nosotros.

—Tengo que irme… —Olivia intenta alejarse, pero la detengo.

—Te amo. —Mi voz sale ronca por la emoción, y acomodo su cabello, despeinado por la intensidad del beso.

Veo los ojos de Olivia brillar.

Me abraza con todas sus fuerzas, y yo le devuelvo el gesto, acogiéndola en mis brazos. Apoyo mi barbilla en la cima de su cabeza y sonrío, como un adolescente enamorado.

—Yo también te amo —confiesa.

—Me encargaré de todo. No te preocupes.

—Te daré un voto de confianza. —Me guiña un ojo y se aleja lentamente—. Ahora, tengo que irme…

—Buen trabajo. —Le hago un gesto y regreso al coche.

Thiago, fingiendo estar ocupado con el móvil, empieza a tararear en cuanto cierro la puerta:

—Eeees amoooor…

—Cállate, Rapunzel de la Federal —gruño.

Capítulo 39

Daniel

El día en el tribunal fue agotador y lleno de compromisos.

La única forma de terminar la noche y devolverle la belleza a mi día era encontrar a Olivia y pasar un rato con ella.

—¿Qué haces aquí? —pregunta al ver mi coche aparcado en el Educandario.

—He venido a buscarte.

—¿Y me vas a llevar a algún sitio?

—A casa. Tengo una sorpresa.

Llegamos a casa después de 15 minutos de atasco. Olivia se quita los zapatos, estira el cuerpo y mira a su alrededor.

—¿Dónde están Bia, Rosario y mi madre?

—Se han ido al cine. Volverán en unas horas, pero tu madre seguramente se irá a su casa.

—Ya veo. —Hace un gesto de descontento—. Ah, quería darme un baño caliente, pero no he traído ropa...

—Como si eso te impidiera usar la mía. —Le guiño un ojo—. Siéntete cómoda, Olivia. Después de un día agotador, un baño relajante es lo mínimo que te mereces.

Ella sube a mi habitación, y yo preparo el ambiente: enciendo las velas perfumadas que le pedí a Rosario que comprara, saco todos los ingredientes que necesito de la nevera y los dejo listos en la encimera.

Me quito el traje y me pongo un delantal negro para no mancharme, y me pongo manos a la obra. Cuando Olivia baja, casi todo está listo.

—¡Vaya, qué olor tan rico! ¿Qué es?

—De entrante, gambas salteadas con verduras.

—Mmm... ¡no sabía que eras un chef de renombre! —bromea.

—De plato principal, salmón a la parrilla con mantequilla y hierbas, y arroz con almendras. Y de postre, tú.

Olivia ríe bajito y mira a su alrededor. Los guardias están en la parte delantera de la casa; por lo demás, estamos completamente solos. La luz ambiental proviene solo de las velas esparcidas por la habitación, y el aroma a fresas y chocolate se extiende por el lugar.

—Y tenemos champán sin alcohol. —Cojo la botella y sirvo una copa para ella.

—No conocía tus dotes culinarios...

—En realidad, hace tiempo que no cocino. Solo en ocasiones especiales.

—¿Y cuál es la ocasión especial, Daniel?

—Que hayas vuelto a mi vida.

Olivia sonríe de manera tonta y tímida, lo que hace que mi corazón se acelere.

—Voy a darme mi baño ahora. El horno debe apagarse en 10 minutos. No empieces sin mí.

—Lo intentaré.

Subo a mi habitación, me quito la ropa y me libero del cansancio del día con un baño caliente. Me pongo un pantalón de

vestir y una camiseta azul marino para romper con el aire formal que siempre mantengo, y bajo a la cocina.

—Esto... estaba divino... —Olivia muestra que ya ha picado todo lo que encontró a su paso.

—¿No podías esperarme? —Cruzo los brazos.

—Estoy embarazada y hambrienta, así que no. —Gira el tenedor entre sus dedos—. ¿De dónde salió la idea de todo esto?

—Te encanta la playa, el sol, el calor... ¿qué combina más con eso que los mariscos?

—Me has pillado. —Olivia asiente.

—Aún no.

—¿Cuáles son los planes para el resto de la noche?

—Estar contigo. Matar la nostalgia de tu olor, de tu cuerpo, de tenerte en mis brazos...

Olivia traga saliva, parece un poco tensa, y eso me preocupa.

—¿Qué pasa?

—No sé...

—Puedes abrirte conmigo, Olivia.

Ella duda en contarme lo que está pasando. Termino de cenar, retiro los platos de la mesa y los llevo al fregadero, los lavo y los dejo secar. Y Olivia sigue tensa, evita mirarme.

—Es que...

—¿Mmm? —Le muestro que estoy prestando atención.

—He engordado por el embarazo. Mi cuerpo está flácido, no me siento guapa como antes, y...

Me arrodillo a su lado y tomo su mano. Beso el dorso y la aprieto cariñosamente entre mis dedos.

—No digas tonterías.

—Ya no soy tan guapa como antes, Daniel. —Suspira, como si se hubiera quitado un peso enorme de los hombros.

—Tonterías.

—¿Vas a decir que aún me deseas, incluso estando embarazada?

—Olivia, nunca he dejado de desearte.

Me levanto y la tomo de la mano. Rodeo su cuerpo, la abrazo fuerte y acaricio su piel, cada milímetro de ella.

Escucho a Olivia respirar pesadamente cuando mis dedos se deslizan bajo su camisa.

—Son mis estrías... —Cierra los ojos y muerde el labio inferior.

—¿De verdad crees que solo deseo tu cuerpo? —Me río—. Tu cuerpo es hermoso, sexy, me atrae, me pone cachondo.

Guío sus manos para que sienta mi erección. Y empujo a Olivia hasta la encimera limpia, donde la presiono y beso su cuello.

—Además de desearte, admiro tu fuerza, tu inteligencia, tu manera gentil y cariñosa. No tienes que temer que no sienta atracción por ti, porque la siento. Es más que eso, Olivia, lo que tenemos va más allá de todo esto.

—Me siento más cómoda ahora. —Su voz sale débil.

Chupo lentamente su cuello y bajo despacio, dándome tiempo para desabotonar su camisa y alcanzar sus pechos pesados. Llenan mi mano y me vuelven loco de deseo, siento que mis instintos me descontrolan, me ciega la pasión por mi mujer.

—Eres hermosa, sensual y eres mía —digo serio, mirándola a los ojos mientras tomo sus pezones en mi boca y los chupo

lentamente.

—No hables así, o voy a dejar que hagas lo que quieras conmigo.

—Es todo lo que más quiero. —Agarro sus muslos y la tomo en mis brazos, apoyo sus nalgas en la encimera y la atraigo para un beso.

Olivia se entrega a mis brazos con ternura. Siento que la tensión desaparece por completo y, en su lugar, queda solo el fuego de nuestra pasión y nuestro deseo animal el uno por el otro.

—Eres mía —se lo recuerdo.

Siento a Olivia mojada cuando paso mis dedos sobre su ropa interior.

—No puedo resistirme a ti —confiesa—. Haz lo que quieras conmigo, Daniel.

Es el incentivo que necesito para agacharme, quitarle los pantalones de chándal que lleva puestos y apartar su ropa interior.

La tomo en mis brazos y la llevo hasta el salón. Acomodo los cojines detrás y debajo de ella, y la recuesto en el sofá.

Me arrodillo frente a ella y masajeo sus muslos, dejándola cómoda para continuar. Le doy una lamida cuidadosa a su clítoris, esparciendo su lubricación y dejándola más sedienta de mí.

—Así, sigue chupando, así —gime.

El cuerpo de Olivia tiembla cuando presiono mis dedos en su zona sensible y alterno las succiones con el estímulo que le doy, hasta que se retuerce y noto que ha perdido el control de sus piernas.

Ese es el momento para que se entregue por completo a mi placer.

Me quito el pantalón de vestir y los calzoncillos, me agarro a sus muslos y la atraigo hacia mí. Olivia encaja perfectamente en mi cuerpo.

—Estaba loco cuando pensé que podría vivir sin ti —declaro.

Mi cuerpo hiperventila para intentar equilibrar el calor ardiente que siento y que no muestra señales de terminar.

Abrazo los muslos de Olivia y entro en ella hasta el fondo, ejerciendo toda la presión sobre su cuerpo, para luego salir y verla delirar de deseo, suplicando por mí.

Cada parte de mí la necesita, como mis pulmones necesitan aire. Y el simple pensamiento de perderla me hace querer pasar por encima de todo y de todos, solo por su bienestar.

Olivia me hace sentir vivo, como si el simple hecho de estar a su lado fuera una explosión de luz en mi mundo oscuro.

Nuestros cuerpos se mueven en armonía, cada respiración y gemido parecen completarse. Ver la pasión ardiendo en sus ojos alimenta mi fuego y la voluntad de hacerla sentir deseada, cuidada y amada, como si nadie más pudiera perderse en ella como yo.

Siento que mi corazón está a punto de explotar, pero mantengo mi cuerpo al servicio de su deseo, para que nuestros orgasmos lleguen juntos.

Y cuando sucede, es como si nuestros cuerpos se unieran en uno solo.

Capítulo 40

Daniel

Dormir abrazado al vientre de Olivia, acariciándolo, sintiendo su piel desnuda pegada a la mía, fue algo terapéutico. Me recargó por completo durante la noche.

Como de costumbre, desperté temprano, con la sensación de que los bebés estaban pateando su barriga. Al abrir los ojos, noté que ella ya estaba despierta, reflejando el malestar en su rostro.

—¿Hacen esto con frecuencia? —murmuro.

—Sí, a veces ni siquiera puedo dormir. —Aprieta los labios.

—Intenta descansar un poco más. Aún es temprano, yo te llevaré al trabajo. —Beso su frente y me levanto.

Después de una ducha rápida, me pongo la bata y bajo a la cocina para preparar algo ligero que Olivia pueda comer en la cama.

Apenas me acerco a las escaleras, escucho una conversación extraña. A medida que me aproximo, reconozco el tono de voz y de dónde proviene.

Al mirar hacia el jardín delantero, iluminado por los primeros rayos del sol, veo a mi madre, imponente, con varias maletas, discutiendo con el guardia de seguridad.

—Daniel —dice mi nombre con un tono gélido y, aun así, furioso.

—Mamá, ¿qué haces aquí? ¿Cómo…? —Alzo una ceja y me ajusto la bata con más fuerza.

—Vine a resolver tus problemas, por supuesto. —Lanza su bolso en manos del guardia y entra sin más—. Y necesito que resuelvas uno mío.

—Sí, pero ¿cómo llegaste sin avisar?

—Eso es lo que intentaba decirle, señor —explica Marcus—. Ella simplemente entró… no sé cómo tenía la llave… Señora, por favor, acompáñeme… —el guardia intenta manejar la situación.

Ella alza la mano para interrumpirlo. Sus ojos se estrechan y me miran con urgencia.

—Tenemos que hablar de la oportunista… —Mira a su alrededor—. ¿Dónde está el servicio? ¿Encarnación? —Eleva el tono al llamar a la ama de llaves.

—Encarnación aún está dormida. Habla bajo, Bia también está durmiendo —le advierto.

—¿De qué sirve una criada que no se despierta cuando más se la necesita? —Bufa—. Bien, aprovecharemos que todos duermen para conversar…

—¿Señor…? —Marcus me mira pidiendo instrucciones.

—Vuelve a tu puesto. Y deja sus maletas afuera.

—¿Afuera? ¿A la intemperie? Ah, qué más da… —Se encoge de hombros—. Vine porque esto es urgente.

—Mamá, sobre Olivia… —intento explicar.

—No sacará ni un centavo de ti. Déjala que se quede con los bastardos, no querrás tener en tu casa niños que no estén a la altura del apellido de la familia. —Arruga la nariz y observa con desprecio la decoración del lugar—. Todo sigue como Mariana lo dejó. ¿Esta casa se quedó congelada en el tiempo?

Sus palabras me golpean de lleno. Ahora soy consciente de que sí, por muchos años, esta casa y yo nos quedamos atrapados en el pasado, y eso me costó demasiadas cosas. Sin embargo, ahora, todo estaba volviendo a su lugar.

—Sé que estás haciendo todo lo posible para mancillar el apellido Mascarenhas, pero no lo permitiré, Daniel. Vamos a destruir a esa mujer y tú entrarás en razón. Te aconsejo que te involucres con Fernanda, ella es una buena mujer, y…

—No vamos a destruir a nadie.

—Idiota, ella quiere quitarte todo. Todo lo que hemos construido en todos estos años.

—Mamá, Olivia y yo vamos a estar juntos —resumo, dándole tiempo para asimilarlo.

Si lo acepta o no, ya no es mi problema.

—Te has vuelto loco. —Chasquea los labios y me mira con preocupación.

—La amo.

Levanta la mano una vez más, indicándome que guarde silencio. Sus ojos se encienden y su párpado tiembla involuntariamente.

—No puedes amar a una mujer como ella, Daniel. No puedes comprometer el futuro de los Mascarenhas por un capricho. Eres mi único hijo, no me diste una heredera decente y ahora ¿esto? ¿Alguien peor que Mariana, Daniel? Corta lazos con esa mujer ahora, o lo haré yo misma por ti.

Mi madre encuentra extraño que no me quede en silencio o simplemente asienta.

Desde joven, hice todo para complacer a mis padres, pero he llegado a un punto en la vida en el que solo cargaré con mis propias decisiones.

—No solo puedo hacerlo, sino que lo haré.

—¡Solo sobre mi cadáver! —Me sigue cuando nota que camino hacia la cocina—. ¿Qué estás haciendo, Daniel?

—Llamando a un hotel, porque te vas a alojar allí y no aquí.

—¡Qué absurdo!

—Esta casa tiene reglas y límites, mamá. Y estás cruzando uno de ellos.

—¿Solo porque intento abrirte los ojos? —Vuelve a exaltarse —. ¿No ves que esa mujer es una interesada que solo quiere tu dinero?

La ignoro y llamo a un hotel al otro lado de la ciudad para preguntar si tienen una habitación disponible. Cuando me confirman que sí, la reservo y cuelgo.

—¿Cómo te atreves a ponerte en contra de tu propia familia? ¿Qué pensaría tu padre de esto?

—Mamá, no voy a abandonar a Olivia. La amo, y nuestros hijos son parte de mí. Si quieres cortar lazos conmigo, entonces que así sea. Pero no la dejaré.

—Qué cabeza dura… —Se queja y va a servirse un vaso de agua—. Que así sea, Daniel. Si quieres arruinar tu vida, lo respetaré. Soy tu madre y me duele verte caer en este abismo, pero…

Me sorprende que ceda tan fácilmente. Eso captura mi atención, porque parece que hay algo más en juego.

—¿Esa cara qué significa?

—Tu padre y yo te necesitamos.

—No tengo intención de viajar a Florida pronto —le advierto mientras empiezo a preparar tostadas, bato un omelet y exprimo zumo de naranja.

—No es eso. Es sobre Roger.

—¿Quién es Roger?

—Un viejo amigo de la familia. A veces nos hace algunos favores, a veces nosotros se los hacemos a él… así funciona.

—Ajá. —Dejo de batir el omelet para escucharla.

—Tienes buena relación con la Policía Federal.

Levanto una ceja para demostrar que estoy escuchando.

—Resulta que la empresa de Roger está teniendo problemas, tanto en segunda instancia como en primera. Y necesito que intervengas para… retrasar las investigaciones.

—¿Me estás pidiendo que obstruya la justicia? —Río con incredulidad.

—Dicho así, suena horrible. —Cruza los brazos.

Lo que me faltaba, levantarme temprano y tener que escuchar semejantes barbaridades. Pero como ya creo que nada puede sorprenderme, hago un gesto para que continúe.

—Solo necesitas retrasarlo hasta que Roger saque todo el dinero del país. Tengo algunas inversiones en su negocio, no puedo perder mi dinero así.

—¿En qué estás metida, mamá?

—Es un asunto de consorcio… —Se encoge de hombros—. Financia motos, casas, coches, los sueños de la gente… pero son personas impacientes, lo quieren todo de inmediato, y por eso están hundiendo su negocio.

Cada palabra que dice me deja más incrédulo.

Si pudiera escucharse a sí misma, estoy seguro de que estaría en completo shock.

—Le pedí a Fernanda que retrasara las cosas hace un tiempo… Le prometí que saldrías con ella… pero no fue suficiente. Parece que han aparecido pruebas, y ahora…

—¿Me estás diciendo… —Hago una pausa en el omelet y apunto la cuchara manchada hacia ella— que tú eres la responsable

de apartarme del caso más importante de mi carrera?

—Daniel, no seas sentimentalista.

—Me estás pidiendo que obstruya la justicia, me dices que Fernanda lo hizo para alejarme del caso y que, además, tienes dinero involucrado en esto.

—Supuestamente. —Apunta el dedo hacia mí con una expresión calculadora.

—Asociación ilícita, evasión de divisas, fraude, blanqueo de capitales, corrupción pasiva… —Parpadeo lentamente—. ¿Quieres jugar al bingo con el código penal?

—Quiero mi dinero de vuelta y la garantía de que Roger podrá sacarlo del país.

—¿Estás intentando cooptar a un funcionario de justicia? —Abro los ojos con incredulidad—. ¿Quieres que te arreste ahora mismo? ¿Has perdido la cabeza?

—¡Daniel! —Su tono sube por última vez—. No recurriría a ti si no fuera urgente. Le prometí a Roger que lo solucionaría y…

—No, creo que no has entendido. —Levanto una mano para interrumpirla—. Estoy a punto de arrestarte, así que sal de mi casa inmediatamente.

—¿Qué quieres a cambio?

—¿Ah?

—¿Que apoye tu relación con la hija de la empleada? ¿Eso es lo que buscas? ¿Que acepte tener nietos de barrio y mezclarme con esa gente? Entonces que así sea, Daniel. Es mucho dinero en juego y…

—¿Papá sabe de esto? —Permanezco atónito.

—No, no lo sabe.

Suspiro con algo de alivio, pero sigo horrorizado por lo que acabo de escuchar. De todas las piezas que faltaban para cerrar este caso con pruebas irrefutables, nunca imaginé que mi madre sería la clave del esquema.

—Y si se lo cuentas, lo negaré todo.

—No, yo no voy a contárselo. Vas a hacerlo tú.

Ella suelta una risa despectiva.

—Engrampaste a esa pobre tonta y ahora te ha vuelto idiota.

—¿Vas a contárselo o prefieres que lo descubra cuando estés tras las rejas? ¿Cuál crees que será peor?

—No serías capaz de encarcelar a tu propia madre, Daniel. Eso es demasiado bajo, incluso para ti, que eres tan correcto y sigues las reglas, pero que nunca cruzas los límites.

Mi madre y yo nos miramos en un tenso enfrentamiento.

El peso de sus palabras se cierne en el aire y me encuentro atrapado en un dilema moral y ético.

No la reconozco, no veo en ella a la persona a la que tanto respetaba. Parece fuera de control, desesperada, dispuesta a todo por algo tan vil.

—Mamá, me estás poniendo en una situación imposible. —Cierro los ojos—. No voy a ser parte de esto.

—Entonces distrae a la Policía Federal con otras cosas. Valmir prometió arreglarlo… pero con las nuevas pruebas, ese idiota no encuentra una salida porque los medios se le echarán encima…

—¿Me sacaste del caso más importante de mi carrera, en el que he trabajado los últimos siete años, y ahora me pides que sea tu cómplice?

—Daniel, no querrás destruir esta familia. Tu padre quedaría devastado si me viera en prisión. ¿Qué pasaría con tu imagen si la prensa anunciara que tu madre está involucrada en este escándalo? —Se acerca a mí, pero evito tocar sus manos—. Hijo, te prometo que lo resolveré de alguna manera. Solo… dame tiempo para encontrar una salida.

Veo en sus ojos que está decidida y que no se irá sin una respuesta positiva. Trago saliva y pronuncio cada palabra con dificultad, sin creer que están saliendo de mi boca:

—Voy a pensar en algo, mamá, pero no te equivoques. No voy a perjudicar a nadie para proteger tus intereses.

Ella asiente.

—Es todo lo que necesito. Y como no soy bienvenida, buscaré otro lugar donde quedarme. —Da media vuelta y sale de la cocina.

La veo irse sin poder creer lo que acaba de suceder aquí.

Siento como si estuviera atrapado en una pesadilla, en un sueño sin sentido.

Voy hasta la puerta de vidrio que da al patio trasero y la abro para ventilar el lugar. Y me encuentro con Olivia, escondida detrás de la pared, escuchándolo todo.

—Así que, además de clasista, es una criminal.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Trago saliva.

—Escuchando conversaciones ajenas.

—Eso imaginé. —Le hago un gesto con la mano—. Sal del frío.

—Increíble… —Olivia está incrédula—. ¿Ella estaba detrás de todo esto?

—Tenía dinero invertido —explico.

—Sí, claro. Dinero invertido… —Suspira—. Mira, Daniel, nunca imaginé que tu familia estuviera metida en algo así. Después de todo, eres un hombre de principios.

—Estoy tan sorprendido como tú.

—¿Y ahora?

—Ahora tendré que hacer lo correcto… —Cierro los ojos y siento el peso de mi decisión—. Tengo que informarlo a la policía.

—No sé qué es peor, que te pidan ser parte de la banda o que tengas que entregar a tu propia madre… —Olivia chasquea los dedos.

—No me hagas la vida más difícil —gruño.

—No, como dice Kalinca: el mal que uno hace, siempre se le devuelve. Estoy ansiosa por ver el karma actuar en la vida de esa mujer.

Capítulo 41

Olivia

Daniel y yo nos quedamos en silencio en la cocina hasta que Rosario llega. Esa fue mi señal para subir, cambiarme de ropa y prepararme para ir al trabajo.

—¿Quieres dormir aquí otra vez esta noche? —propone Daniel, impidiéndome salir del cuarto.

—Mejor vayamos con calma por ahora. —Le masajeo los hombros—. No quiero que mi madre piense algo equivocado sobre esto.

—Creo que todo quedó claro para ella en esa conversación.

—No es así como funcionan las cosas, Daniel. —Le guiño un ojo—. Pero te prometo que el fin de semana me quedaré con vosotros. Echo de menos a Bia y quiero que empiece a acostumbrarse a la idea de tener hermanitos…

—Más que acostumbrada, está ansiosa. —Me besa y me deja pasar.

Apenas doy unos pasos, Daniel me atrapa por la cintura, me levanta del suelo y me llena de besos en la nuca. Me empuja suavemente contra la pared, entrelaza sus dedos con los míos y presiona su cuerpo contra el mío con delicadeza.

—No, no vas a convencerme de quedarme. —Río.

—Solo esta noche…

—Negativo. —Me escapo y le lanzo un beso—. ¡Buena suerte con las decisiones difíciles que tienes que tomar!

—Argh, ¿por qué me recuerdas eso? —Gruñe.

Voy al trabajo y me esfuerzo por no contarle nada a Kalinca ni a mi madre. Me carcome la inquietud, miro el móvil a cada momento y siento la tentación de llamarlas, pero me contengo.

Espero que Daniel haga lo correcto, porque si ayuda a su madre y a ese tal Roger a huir con el dinero, mi madre nunca recuperará lo que invirtió.

Imagino cuánta presión debe de estar sobre sus hombros.

Daniel

Lo primero que hago al llegar al TRF3 es ir al despacho de Fernanda. Ella sonríe de manera invitadora y me indica que tome asiento, pues está ocupada.

—Necesitamos hablar —digo.

—Tráfico de drogas y evasión de divisas sobre mi escritorio, Daniel. No importa lo que tengas que decirme, puede esperar.

—Lo sabías —es todo lo que digo.

Fernanda levanta la mirada y me observa, atónita.

—Salgan —ordena a sus asistentes.

Espera a que todos hayan salido de la sala, cruza los brazos y me mira con aprensión.

—¿De qué estamos hablando?

—De que ella quería alejarme del caso porque estaba demasiado cerca de resolverlo todo.

—No seas tonto, Daniel, estabas impedido de juzgar por la cercanía con la empleada y el embarazo de Olivia… —Rueda los ojos.

—¿Y qué te ofreció mi madre? ¿Parte del dinero de Roger? —Observo atentamente sus reacciones para captar el momento exacto en que se desestabiliza—. ¿Quitarme mi momento de gloria? ¿Querías estar conmigo?

Es más revelador de lo que pensaba.

Fernanda siempre fue una buena amiga, una gran oyente y una profesional ejemplar. Nunca imaginé que la respuesta sería esa.

—¿En serio, Fernanda?

—Daniel, no sé de qué estás hablando. Tu madre solo estaba preocupada por todo el caso y…

—¿Y te instruyó para obstruir la justicia, prometiéndote que estaría contigo? —Frunzo el ceño—. ¿Cómo pudiste creer en eso?

Ella niega con la cabeza, incapaz de responderme.

—La verdad es que intenté proteger tu imagen.

—¿Me sacaste del caso que me mantenía vivo con la esperanza de que abandonaría a Olivia y me consolaría contigo?

—Así fue cuando Mari murió, ¿no? —Sonríe.

—Me desahogué contigo, no mostré ningún interés romántico o sexual. ¿Creíste que esta vez sería diferente? ¿Que discutiría con Olivia y correría a tus brazos?

Me impacta ver sus reacciones y darme cuenta de que, en su cabeza y en la de mi madre, todo parecía un plan simple y eficaz.

Tengo la impresión de que nunca conocí a Fernanda y de que nuestra amistad todo este tiempo fue una mentira.

—Júzgame por gustarme de ti, Daniel. Pero no digas que estoy involucrada en ningún crimen, porque solo actué para protegerte.

—¿Entonces no tenías idea de que este caso involucraba a mi madre? ¿Y que ella está haciendo todo lo posible para retrasar el juicio mientras encuentra una forma de sacar el dinero del país? —Me paso una mano por el rostro—. Por el amor de Dios, Fernanda, ¿te vendiste por tan poco?

—Por amor a ti. —Se levanta, irritada—. Desde siempre intenté mostrarte que yo era la mujer para ti. Que seríamos felices juntos. Que estábamos hechos el uno para el otro.

—Estás loca.

—Daniel, ¿no lo ves? Somos iguales.

—¿Y crees que quiero casarme con mi copia? —No puedo evitar reírme—. Me mataría. No sé cómo Olivia aún no me ha matado.

—Maldición…

—Olivia es mi completo opuesto, Fernanda. Es dulce, amable, no teme ser vulnerable y es lo suficientemente valiente para enfrentarme. Ella me completa. Es con ella con quien quiero estar…

Mi voz suena firme, pero cargada con la herida de la traición que estoy sintiendo. Fernanda guarda silencio, procesando mis palabras y, tal vez, dándose cuenta de que nuestras visiones sobre nuestra relación eran completamente diferentes.

—Daniel, yo… lo siento. Entendí mal las cosas. —Se echa el cabello hacia atrás y cubre su rostro con las manos—. Pensé que

había una oportunidad para nosotros, pero ahora veo que estaba equivocada.

Me alejo del escritorio sin decir una palabra más y salgo del despacho de Fernanda.

La sensación de traición y decepción sigue pesando en mi pecho mientras camino por los pasillos del tribunal, tomo el ascensor hacia el aparcamiento y, al bajar, me encuentro con un Thiago sorprendido.

—¿Ya va a salir, señor?

—Tengo que ir a la Policía Federal a declarar sobre un crimen.

—¿Qué? —Se exaspera—. ¿Va a entregarme? Yo acepté. Fui cómplice. Pero usted fue la mente maestra. Yo…

—Deja de hacer drama, Rapunzel de la Federal. —Le indico que suba al coche—. Es una actualización del caso de esa empresa fraudulenta.

—Ah. ¿Y qué descubrió?

—El nombre del cabecilla y una involucrada.

—Sabía que solo usted podría resolver este caso. —Sonríe confiado.

—Por Dios, menos charla y vamos de una vez.

Olivia

—Esa perra… —Es la reacción de Kalinca después de escuchar todo lo que le conté.

—Y ella creyéndose el pozo de la virtud y la moral. ¡Delincuente! Me mira por encima del hombro como si yo fuera una oportunista, pero mira quién se quedó con el dinero de mi madre.

—Ah, pero va a pagar por todo el mal que hizo. El karma existe, ¿eh, Olivia?

—No quiero saber de karma, quiero saber de este coche. —Señalo el Land Rover negro mate delante de mí—. ¿Cómo conseguiste dinero para comprarlo?

—Es de un boy por ahí.

—¿Estás tomando prestado el coche de alguien, Kalinca?

—Ay, hija, ¿cuál es el problema? —Pone la mano en la cintura —. Ya no soportaba andar en metro, así que lo pedí prestado y el boy lo cedió.

—Valiente.

—Ahora vendo mis productos en el barrio de los ricos al triple del precio y se acaban en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y el boy tiene nombre?

—Lo tiene, pero no viene al caso.

Suspiro profundamente y cruzo los brazos para demostrar mi indignación.

—Thiago.

—¿Thiago, Thiago? ¿El Thiago? ¿El policía federal?

—Él es cinturón negro en jiu-jitsu… —Kalinca saca el trasero y se contonea.

—¿Se están acostando? —Abro los ojos de par en par.

—A golpes, por ahora. Quiero volverlo loco, desesperado, hambriento por mí. Luego me largo, no es un hombre para mi nivel.

—Iiiih, exigente.

—Ahora tengo que irme, voy a devolverle el coche a Thiago y vuelvo en metro. O tal vez no vuelva. Tiene una bodega de vinos en su casa.

—Y si no se están acostando, ¿qué hacen toda la noche?

—Luchamos jiu-jitsu, cariño. —Kalinca me guiña un ojo—. ¡Nos vemos!

—¡Nos vemos! —Le hago un gesto—. ¡Loca!

Entro en casa y ayudo a mi madre a limpiar la cocina, preparo la cena y vemos la telenovela juntas.

No comentó ni expresó nada sobre lo que escuchó de Daniel, y eso me preocupa, pero estoy respetando su tiempo.

A la hora de dormir, apago las luces y me acuesto en la cama. Siento los pies doloridos y una incomodidad descomunal en mi vientre, parece que los bebés están cambiando de posición porque no paran quietos.

Dormito unos minutos y luego me despierto con cólicos. Después consigo dormir un poco más y solo me despierto cuando escucho un ruido estridente en la casa.

Salto de la cama y, antes de encender la luz, siento una mano que me agarra en la oscuridad para impedírmelo.

—¡No hagas eso! —susurra mi madre.

—¿Qué está pasando?

—¡Cuatro hombres han invadido nuestra casa, están destrozándolo todo!

Cierra la puerta de mi habitación y me llama para empujar la cama contra la entrada y bloquear el paso. Nos sentamos y ponemos nuestro peso contra la puerta para impedir que la abran.

—¡Tenemos que llamar a la policía!

—Ya lo hice, hija, y aún no han llegado. Empecé a escuchar ruidos hace unos minutos en el techo. Pensé que eran gatos, pero cuando comenzó el destrozo, supe que no.

Tomo el móvil y mi primer reflejo es llamar a Daniel, pero recuerdo que no tiene su número activo y sigo recibiendo amenazas "de él".

—Dame el número de Rosario, voy a llamarla.

—Olvídalo, hija. Rosario tiene el sueño pesado, ni aunque la casa se le viniera encima se despertaría…

—¿Y ahora?

—Llama al teléfono de la oficina, tal vez el doctor Daniel atienda.

Me da el número y hago la llamada.

Intentan derribar la puerta de mi habitación y nos mantenemos firmes, haciendo contrapeso para impedir la entrada.

—Vamos a necesitar mover tu tocador y la cómoda para añadir más peso —dice mi madre.

Enciendo la linterna del móvil e ilumino la habitación para ella, mientras uso toda la fuerza de mi cuerpo para evitar que la puerta ceda. Mi madre arrastra los muebles uno por uno con lentitud y la ayudo a colocarlos para bloquear la entrada.

—¿Aló? —Escucho la voz de Daniel, cansado.

—Hola, soy yo, Olivia.

—¿Olivia? —Parece sobresaltarse—. ¿Qué pasa? ¿Los bebés están inquietos?

—Daniel, han invadido mi casa. Estoy encerrada con mi madre en mi habitación y están intentando derribar la puerta… por favor… si puedes hacer algo… ayuda…

No sé qué más decir y siento que me trabo con las palabras. Estoy somnolienta, con dolor en el vientre y tratando de sostener una barricada contra los invasores.

—Voy para allá, llama a la policía.

—Ya llamamos, pero no han venido —explico.

—No te preocupes, yo llamaré.

Daniel cuelga.

Los criminales siguen empujando la puerta durante cinco minutos más y entonces escucho una sirena fuerte afuera.

Parece que se desata una escena de guerra en mi casa: escucho golpes, disparos y gritos. Tiro de mi madre para que nos acostemos en el suelo y mantenemos las manos apoyadas contra los muebles para asegurar la barricada.

Lo único que me tranquiliza es que han dejado de intentar entrar a la habitación, pero aun así, no pienso bajar la guardia.

Incluso cuando escucho voces pidiéndonos que salgamos, solo lo hago cuando reconozco la voz de Daniel.

Enciendo la luz, mi madre y yo comenzamos a apartar los muebles del camino y salgo. La primera visión que tengo es la destrucción total: la televisión, los cuadros, los electrodomésticos… Sacaron toda la comida del frigorífico y lo tumbaron, arruinaron la cocina, el fregadero, no hay un solo mueble en pie.

El llanto de desesperación que tenía atascado en la garganta surge con fuerza y me desplomo.

—Está todo bien, ahora estoy aquí. —Daniel me sujeta, impidiendo que caiga al suelo—. Tranquila, Olivia, tranquila. ¿Estás bien? ¿Lograron entrar a tu habitación?

Me lanza una avalancha de preguntas y no logro responder ninguna. Siento que mis fuerzas me abandonan y me arrodillo en el suelo, mirando todo lo que mi madre construyó con tanto esfuerzo durante su vida, hecho trizas.

Mi cuerpo entra en un estado de shock en el que no puedo moverme y esto se prolonga hasta el punto en que me falta el aire.

Cierro los ojos y siento mi mente apagándose poco a poco.

Hasta que todo se vuelve negro.

Capítulo 42

Daniel

Nada me prepara para ver la escena de caos y destrucción que dejaron los invasores.

La casa está destrozada, no quedó ni un solo mueble excepto los del cuarto de Olivia, y eso me provoca una sensación paralizante de que todo se está repitiendo. No puedo perderla.

—¿Olivia? —Me sobresalto al verla desmayarse.

Antes de que caiga al suelo, la sostengo en mis brazos y aguanto el peso de nuestros cuerpos, porque es peligroso apoyarnos en el sofá o en el suelo lleno de vidrios rotos.

Mi corazón se aprieta y mi respiración se entrecorta, pero aun así, intento mantenerme fuerte por ella.

Miro a mi alrededor y veo a su madre, que parece estar en estado de shock, pero físicamente ilesa.

—Será mejor llamar a una ambulancia —sugiere su madre con voz débil.

—¿Está bien? ¿Podrá acompañarnos al hospital?

Temo que María del Carmen también se desmaye o algo peor le suceda, pues una fuerte emoción ya la dejó hospitalizada durante semanas.

—Voy a buscar los documentos y nos vamos al hospital. —Se mueve lentamente entre los escombros.

—Ayúdenla —ordeno a los guardias de seguridad, quienes deberían haber estado atentos y evitar que esto sucediera.

—Los vecinos nos ayudaron a inmovilizar a los criminales —informa el jefe de seguridad—. Están todos afuera, tirados en el suelo.

—Perfecto, expliquen todo lo que vieron a la policía y entréguenles a esos delincuentes.

—Sí, señor.

María del Carmen regresa apoyada en uno de los guardias, apenas puede moverse debido al impacto.

—La obstetra dijo que no podía pasar por estrés...

—Vamos de inmediato al hospital, solo necesito que despierte. —Acaricio el rostro de Olivia y comienzo a hablarle—. Amor, ¿puedes oírme? Respira hondo y tranquilízate, nos encargaremos de esto.

La cargo en mis brazos y la llevo a su habitación, donde no hay peligro de que se lastime en el suelo. Le coloco dos almohadas bajo los pies y empiezo a abanicarla.

—No hagas mucho esfuerzo, solo respira...

Reviso la cintura del pantalón y la blusa de su pijama, me aseguro de que no estén apretados y sigo abanicándola.

—Daniel. —Sujeta mi mano, su piel está helada y no tiene fuerzas para sostenerme.

—Necesito que te mantengas despierta para llevarte al hospital.

—Mi casa, Daniel… lo destruyeron todo… —susurra.

—Nos encargaremos de eso, te lo prometo.

—No te vayas. Quédate aquí. Te necesito.

Mi mente va a mil por hora, pero cuando escucho su súplica y veo sus ojos llenos de miedo e incertidumbre, no dudo en responderle:

—Mi lugar es a tu lado. No me iré sin ti.

El pánico en mi pecho disminuye a medida que los minutos pasan y Olivia recupera algo de color en su piel y logra sentarse.

La ayudo a ponerse de pie y juntos vamos hacia mi coche. Afuera, también llevo a su madre.

—Debe presentar una denuncia formal —instruyo—. ¿Puede reconocer a alguno de estos hombres?

Las mujeres se esconden detrás de mí al ver a los cuatro sujetos acostados en el suelo, inmovilizados por la policía.

—Sí, fueron ellos.

—Perfecto, infórmelo todo a la policía y vayamos al hospital.

Ajusto el asiento para que Olivia esté cómoda dentro del coche, enciendo el aire acondicionado y cierro la puerta para que no se moleste con el alboroto afuera de su casa.

La calle está llena y los vecinos no dejan de hablar.

—Me desperté con el ruido en plena madrugada y estos hombres ya estaban dentro de mi casa... —la madre de Olivia le explica a los policías—. Entraron y lo rompieron todo. Intentaron derribar la puerta de la habitación donde estábamos, pero usamos los muebles para bloquear la entrada.

—Necesitan averiguar quiénes son, para quién trabajan y si esto fue planeado —digo.

—¿Me está enseñando a hacer mi trabajo? —El policía me mira, furioso—. ¿Sabe con quién está hablando?

—Soy juez federal —declaro brevemente.

—Lo investigaremos de inmediato, señor. —Su tono de voz cambia por completo y rápidamente pone a sus hombres a trabajar.

Suben a los delincuentes al patrullero y vienen a prestar asistencia.

—¿Ellas deben someterse a un reconocimiento médico?

—Mi mujer está embarazada, necesito llevarla al hospital para asegurarnos de que todo esté bien. Luego iré a la comisaría.

—De acuerdo, doctor, lo estaremos esperando.

María del Carmen termina de relatar todo lo que vio y sabe. Cuando finaliza, abro la puerta del coche para que suba y conduzco hacia el hospital.

—Llévame al Rota da Vida, mi seguro médico es de ahí —pide Olivia.

—Está bien.

Intento no estresarme con el tráfico y me mantengo alerta para llegar lo más rápido posible y de forma segura.

Cuando llegamos al hospital, bajo del coche y busco una silla de ruedas para que Olivia no haga ningún esfuerzo.

—Lo perdimos todo… —lamenta su madre, aún en estado de shock por lo sucedido.

—Mamá, por favor, toma un calmante y descansa un poco. No quiero que vuelvas a sufrir un infarto.

—¿A dónde iremos ahora, Olivia?

—A mi casa —intervengo en la conversación—. Hasta que resolvamos todo.

—No. No podemos aceptar esto… —María del Carmen se resiste.

—Solo por unos días. Tengo dos habitaciones vacías de sobra, seguridad, estarán lejos de todo el estrés… —intento convencerla.

—Por eso quería salir de ese lugar… se estaba volviendo tan peligroso. —La mujer se desconecta de la conversación y comienza a divagar.

Llevo a las dos a urgencias y pido que las atiendan. Explico el caso de Olivia: embarazada, se desmayó y está muy estresada. También el de su madre: sufrió un infarto recientemente y parece que su estabilidad mental está colgando de un hilo.

Toda la burocracia es completada y esperamos la atención.

María del Carmen es atendida primero por un médico general, quien la deriva a recibir suero con algunos medicamentos para el dolor y el estrés.

En el caso de Olivia, esperamos a que llegue su obstetra para que la atienda.

—Vine lo más rápido que pude —se justifica la doctora mientras revisa su piel en busca de heridas—. ¿Qué sucedió?

Olivia comienza a llorar en cuanto la médica le hace la pregunta. La abrazo por los hombros y beso su nuca para intentar calmarla.

—Invadieron su casa y lo rompieron todo —intento resumir.

Me doy cuenta de que repetir esta historia no está ayudando a Olivia, parece que recordarlo la deja más angustiada.

—Revisemos cómo están los bebés, porque imagino que esa es su mayor preocupación. —La doctora ajusta la cama del hospital.

La cargo en brazos y la acomodo sobre la camilla, quedándome atento a la máquina de ultrasonido.

—Mira, están muy inquietos. —La doctora señala la imagen.

Veo en blanco y negro a los dos bebés dentro de Olivia, que no dejan de moverse.

—La madre transmite todas sus emociones a los bebés, así que cuando está alterada, ansiosa, preocupada o eufórica, ellos sienten lo mismo. —Muestra en la pantalla lo agitados que están—. Lo ideal sería que nunca llegara a este nivel, pero para calmarlos…

Su voz se desvanece y solo puedo concentrarme en lo que veo.

La sensación de ver a mis hijos por primera vez hace que el mundo se vuelva pequeño e insignificante.

Jamás podría haber imaginado la emoción que esto me causaría. Fue tan fuerte que mi corazón se aceleró y mis manos comenzaron a sudar.

—… crear un espacio seguro, y… —La doctora deja de hablar cuando sujeto la mano de Olivia.

—¿Qué pasa? —Frunzo el ceño—. ¿Qué ocurre?

Ella observa la pantalla de la máquina una vez más y luego mira mi mano.

—¿Podría…? Con permiso. —Toma mi mano y la coloca sobre el gel esparcido en el vientre de Olivia.

Veo a los bebés prácticamente bailar dentro de ella y luego, poco a poco, se calman. Se quedan quietos y serenos, como si nada hubiera pasado.

—Creo que este es su espacio seguro. —La obstetra sonríe—. ¿Es su…?

—El padre de los bebés —responde Olivia.

—Pero estamos juntos —aclaro—. Ella es mi mujer.

Olivia parece sorprendida al escuchar eso. Un segundo después, sonríe de lado y respira hondo, transmitiendo calma.

—Perfecto. Creo que ella te necesita ahora más que nunca… ¿?

—Daniel.

Siento una ola de responsabilidad y la necesidad de protegerla envolviéndome, mucho más que antes. Pero esta vez no delegaré esa tarea, yo mismo me encargaré de cuidar de Olivia.

—¿Es la primera vez que ves a tus bebés, Daniel?

—Sí, lo es —respondo con la voz entrecortada.

—¿Y qué sientes? Porque parece que el inquieto ahora eres tú…

—Me siento… —Trago saliva, sin saber qué decir—. Siento que… son perfectos. —Es la única conclusión a la que llego.

Tengo que hacer todo lo posible para asegurarme de que estos pequeños crezcan en un ambiente seguro y lleno de amor.

Me acerco más a Olivia, mi mano derecha entrelazada con la suya con ternura, mientras que con la otra acaricio su vientre por encima del gel.

Algo mágico sucede, como si sintiera una conexión profunda con nuestros hijos, una sensación de amor inmenso e instinto protector que no puedo explicar.

—Háblales.

—¿Q-q-qué? —tartamudeo.

—¿Les hablas? Déjalos escuchar tu voz. Acércate y háblales a tus hijos.

—¿Pero ellos me entenderán? —Hago una mueca.

La doctora parpadea y me mira como un profesor observa con ternura a un joven alumno que está aprendiendo sobre la vida.

—Hola —digo, sintiéndome bastante estúpido al principio.

Acerco mis labios al vientre de Olivia.

—Todo estará bien, papá está aquí. Y no voy a dejar que nada les pase…

Me pierdo en las palabras y comienzo a imaginar cómo serán cuando nazcan. Cómo sonarán sus voces, cómo será sostenerlos en mis brazos por primera vez.

El primer llanto… el primer pañal… la primera sonrisa.

El momento en que dormirán sobre mi pecho sintiéndose seguros y amados. Y también cuando compartan sus vulnerabilidades, mostrándome que confían en mí.

Siento una lágrima arder en mis ojos y, cuando menos me doy cuenta, he dicho cosas de las que ya no me acuerdo.

—Mira, se han dormido. —La doctora señala el ultrasonido.

—Yo también estoy más tranquila. —Olivia acaricia mi espalda —. Gracias.

Beso su vientre por encima del gel y la miro de una forma en la que no creo que nos hayamos mirado antes.

Siempre la he deseado, también sé que le he transmitido mi mirada de profundo amor, pero ahora parece algo que trasciende

cualquier explicación.

—Vámonos a casa —digo.

Y ella asiente.

—Sobre su casa… ¿puedo sugerir que tomes la iniciativa en esto, Daniel? ¿Podemos contar contigo? —pregunta la obstetra.

—Por supuesto.

—Intentemos mantener a Olivia alejada de situaciones agotadoras, estresantes y que se salgan de su control. ¿Puede contar contigo?

—Siempre.

—Olivia, ¿quieres tomar algún medicamento para reducir el estrés? Puedo acompañarte mientras tomas suero, y…

—No, creo que no será necesario.

—De acuerdo. ¿Puedo pedirles que se queden aquí unos 30 minutitos más? Solo para asegurarnos de que todo esté bien. Yo sigo de guardia y los daré de alta en cuanto pase el tiempo.

—Claro.

Ayudo a Olivia a levantarse y salimos del consultorio. Nos dirigimos al restaurante del hospital y permanecemos en silencio, mirándonos sin saber qué decir.

Cuando finalmente parece que hay algo que decir, hablamos al mismo tiempo:

—Perdón por…

—Quiero casarme contigo. —Mis palabras son más audibles porque Olivia se queda en silencio a la mitad de su frase.

—Daniel…

—La pregunta es si tú quieres casarte conmigo.

Ella se sonroja y me da un manotazo en la mano.

—Sin emociones fuertes, ¿recuerdas?

—Me gustaría pedirte matrimonio en un momento especial, hermoso, único… pero…

Los ojos de Olivia brillan, se llenan de lágrimas amenazando con escaparse.

—Pero lo único que quiero es hacer las cosas bien contigo. Darte seguridad sobre lo que tenemos y lo que construiremos

juntos. Ven a vivir conmigo, déjame ser tu hombre y mostrarte que voy a luchar a tu lado, Olivia.

—Daniel… —Respira hondo y mueve la cabeza en señal de negación—. La respuesta es sí.

Un calor reconfortante llena mi pecho al escuchar esas palabras.

—Mientras estábamos ahí dentro, en el momento en que me tocaste y me tranquilizaste… dejé de luchar, de resistirme, de tener miedo de construir algo contigo. No necesitamos algo grandioso, perfecto, hermoso… Soy feliz con lo que tenemos.

—Yo quiero más —dejo claro—, pero todo lo que quiero es contigo.

Tomo su mano y la llevo hasta mis labios, besándola con todo mi amor. No parece suficiente. Tiro de Olivia hacia mí y la envuelvo entre mis brazos.

Es extraño cómo mi corazón sigue agitado, pero siento una paz profunda cuando nos tocamos.

La acaricio lentamente mientras miro sus ojos y, sin nada más que decir, beso sus labios para transmitirle toda mi devoción, deseo

y amor.

Media hora después, nos dan el alta y vamos en busca de María del Carmen, quien ya terminó su medicación y está más tranquila.

De ahí, nos dirigimos a la comisaría para seguir el proceso, registrar la denuncia y dar más detalles, y luego regresamos a mi casa.

Olivia y yo sabemos que, sin importar lo que pase ahora, estamos decididos a construir un futuro juntos y enfrentaremos todo por ello.

Parientes, nuevos invasores o cualquiera que se interponga en nuestro camino.

Menos nosotros mismos, porque a partir de ahora, solo lucharemos juntos.

Capítulo 43

Olivia

Al llegar a la casa de Daniel, caigo rendida por el cansancio y el sueño, y no despierto hasta las once de la mañana.

Despierto sobresaltada y agitada porque falté al trabajo, y me levanto apresurada de la cama. Solo me doy cuenta de que hay una nota al lado de mi almohada cuando noto que no tengo ropa limpia ni ningún otro objeto personal aquí.

"Llamé a tu trabajo y expliqué todo lo que pasó.

Avisé que faltarías hoy. Trata de descansar, llego a casa después de las 17 h.

—Daniel."

Voy al baño de la suite a lavarme la cara y devuelvo la llamada a Kalinca, con la esperanza de que no atienda, pero contesta casi de inmediato.

—Pon las noticias —dice eufórica.

—¿Qué? ¿Qué pasó? Si es algo sobre mi casa, prefiero ni verlo… —me quejo.

—No es nada sobre tu casa. Que, por cierto, tienes que contarme qué pasó. Pasé por allí hace un rato y me quedé impactada…

—Necesito volver, buscar algo de ropa y ver qué se puede salvar. Pero no sé si podría volver a vivir en ese lugar, creo que nunca podría dormir.

—Sí, gata. Vi la situación. Ahora pon las noticias.

—¿Qué canal?

—Cualquiera.

Termino de lavarme la cara y salgo de la habitación de Daniel. Bajo las escaleras hasta la sala y veo que Rosario y mi madre están absortas con las noticias.

—¿Qué pasa? Kalinca me está fastidiando para que vea las noticias. —Me froto los ojos.

—Arrestaron a toda la organización criminal que robó mi dinero —explica mi madre.

—¿En serio? —Me animo.

—En serio. Solo hay una prófuga.

—¿Quién?

—Adivina. —Rosario contiene la risa—. La madre del doctor Mascarenhas.

—Dios mío. —Me cubro la boca.

—Mi abogado llamó, dijo que van a devolverme todo mi dinero con intereses y daños morales…

—¡Mamá! ¡Esa es una gran noticia!

—Sí, después de todo, necesitamos una casa nueva más que nunca —lamenta.

Me siento a su lado en el sofá y trato de consolarla con un abrazo.

—¿Qué es esto? —Hago una mueca al mirar la televisión.

Varios policías federales fortachones escoltan al dueño de la empresa y a sus asociados. Veo a Thiago con gafas de sol y su peinado samurái, haciéndose el galán en la tele mientras supervisa la operación.

Pero la cereza del pastel es Kalinca, con un top rojo y unos vaqueros que le hacen ver el trasero enorme en la pantalla, siendo entrevistada por el reportero.

—Ahí está, hijo, lo grabé todo. Sí, lo grabé. Todas las promesas, lo que me ofrecieron, dijeron que tendría mi coche en un mes y cuando pasaron dos, fui directa a la policía —explica.

—¿Y pensó que su denuncia sería la pieza de dominó que derribaría a toda una facción criminal?

Kalinca se gira de lado para destacar su trasero y pone cara de diva ante las cámaras y las luces.

—Obvio, mi amor. Además de tener un culazo, soy inteligente y astuta. ¿Querían estafar? Pues ahí tienen, que caiga quien quiera. —Se ríe a carcajadas.

—Qué chica más loca… —Mi madre frunce el ceño—. Después de todo lo que me vio pasar, ¿todavía se metió en el consorcio?

—Es Kalinca, ¿no, mamá? —Me río—. Al menos ahora recuperará su dinero y un poco más, igual que tú.

—Las órdenes de arresto fueron emitidas esta mañana por el juez del TRF3 Valmir García, y la Policía Federal está en las calles cumpliendo con las detenciones —continúa el reportero.

Esto debería darnos un gran alivio, pero después de tantos acontecimientos, mi madre y yo estamos cansadas y golpeadas por tanta tensión.

—Voy a volver a casa para recoger algunas cosas. ¿Necesitas algo? —pregunto.

—Toma algo de ropa y…

—Deberíamos ir todas —anima Rosario—. El doctor Daniel no se molestará, él sabe lo que pasó.

—¿Estás segura, Rosario?

—Vamos, mujer.

Mi madre apura el almuerzo y yo espero a que llegue Kalinca. No puedo creerlo cuando estaciona la Land Rover dentro del garaje

de Daniel y sale toda pomposa, sacudiendo el cabello de un lado a otro.

—¡Eso es! Ahora soy famosa, ¿quién quiere un autógrafo? —Llega emocionada.

—Solo tú te metes en estos líos… —desapruebo con la mirada.

—¿Cómo están mis sobrinos? —Empieza a examinar mi estado —. Gata, tienes unas ojeras enormes.

—Lo sé, lo sé. Están bien… estuvieron inquietos ayer, sentí que iba a parir, hasta me desmayé. Pero luego llegó Daniel y se calmaron un poco…

—Uuuuh, Daniel salvando el día…

—Y ese coche, Kalinca, ¿no lo vas a devolver?

—Lo haré cuando compre el mío. —Se ríe—. ¿Vamos? ¿Todas listas?

—¡Sí! —grita mi madre desde la cocina.

Nos subimos las cuatro en la Land Rover, yo en el asiento del copiloto y mi madre y Rosario en la parte trasera. Kalinca conduce

con concentración, pero parece estar pilotando una nave espacial. Cada vez que alguien la mira raro en el tráfico, lanza un beso y saluda.

—¡Amo a mis fans!

—¡Deja de ser loca y maneja con cuidado!

—¿Viste que solo falta que arresten a esa vieja maldita? —Kalinca me mira y luego observa a mi madre y a Rosario por el espejo.

—Espero que no logre escapar y pague por todo lo que hizo.

—Ah, el karma es implacable y llega en formas que menos imaginamos… esa de ahí va directo a la boca del lobo en cualquier momento…

—¿Boca del lobo? —Rosario hace una mueca.

—No le des cuerda, son sus expresiones locas.

Kalinca se distrae por un momento y casi atropella a una mujer que está corriendo en medio de la avenida. Esquiva a tiempo, el coche se sacude y casi me caigo del asiento si no estuviera con el cinturón de seguridad.

—¿Viste lo que yo vi? —pregunto.

—¡Una loca corriendo en medio de la avenida! —Kalinca toca la bocina frenéticamente—. ¡Vete al cruce peatonal, inconsciente! —Saca la cabeza por la ventana y grita, aunque ya estamos lejos del lugar donde casi ocurre el desastre.

—Y ahora, Olivia, ¿se quedarán en la casa del doctor Daniel?

—Hasta que consiga el dinero para dar el anticipo y comprar una casa —dice mi madre.

—Yo sí me quedaré —respondo.

Y eso parece sorprender a todas.

—Daniel me pidió matrimonio.

—¿En serio? —Mi madre se muestra impactada y emocionada.

—¡Uhul! —Kalinca grita—. ¿Cuándo fue eso?

—Ayer en el hospital. ¿Y sabes qué? Acepté.

—Nunca te critiqué. —Kalinca pone una expresión divertida.

—Después de todo lo que pasó, nos merecemos un nuevo comienzo.

—Pero, hija, ¿no crees que las cosas están yendo demasiado rápido? —Mi madre se muestra preocupada.

—Lo creo. Pero desde el primer momento en que lo vi… sentí que era él. Me decepcioné mucho en el camino, maduré y sé que tengo la capacidad de hacerme valer para construir mi lugar al lado de Daniel.

—¡Qué noticia maravillosa, Olivia! ¡Bia estará tan feliz! —celebra Rosario.

—Es una nueva oportunidad para que nuestras familias sean felices y construyamos un hogar juntos. Además, los bebés llegarán pronto, y creo que es importante que crezcan con un padre presente y amoroso.

—Y nadie mejor que tú para poner a ese hombre en cintura —apunta Kalinca.

La conversación nos distrae, pero pronto llegamos a casa.

Por fuera parece que nada pasó, pero por dentro, no logro entender cómo no nos cortamos con los vidrios en el suelo o nos lastimamos con tantas cosas destruidas en el camino.

Kalinca va a su casa a buscar maletas para ayudarme a recoger la mayor cantidad de pertenencias posible. Tuve suerte de que mi habitación quedó intacta.

Pero la de mi madre… completamente destruida, igual que el resto de la casa.

—¿Crees que puedas salvar algo? —Suspiro.

—La ropa… —Recoge la que está en el suelo, pisoteada y manchada con varios líquidos—. Uno que otro álbum de fotos que intentaron destruir. —Me muestra los encuadernados reforzados—. Y nada más.

—Ay, mamá, lo siento tanto. —La abrazo.

—Olivia, ¿estás segura de que quieres casarte con Daniel? ¿Incluso después de todo?

Entiendo que lo vea sospechoso y, sobre todo, que no quiera que dependa de un hombre que, al principio, no aceptó bien mi embarazo.

Sin embargo, he visto el cambio en Daniel, y me ha demostrado que estará a mi lado en cualquier circunstancia.

Eso es el amor: un salto de fe en lo que no se puede ver.

—Daniel pasó por algo muy difícil, mamá —intento explicarle —. Y durante todos estos años, rodeado por una madre narcisista, amigos falsos y sin nadie con quien abrirse, alimentó dolores y paranoias que lo llevaron al abismo.

—Entonces, Olivia. ¿Estás segura de que quieres estar con un hombre así? ¿Igual a tu padre?

—No es igual a mi padre. —Necesito dejar eso claro—. Cuando recordamos, desahogamos y buscamos sanar nuestras heridas, nos curamos, mamá. Daniel hizo eso, mi padre no. Mi padre prefiere seguir igual, porque para él, vivir anestesiado fue la forma que encontró de lidiar con algo que ni siquiera sabemos…

—Hum.

—Daniel cambió. Y solo acepté casarme con él porque lo amo. Pero también porque veo que está luchando para ser mejor persona.

—¿Por cuánto tiempo, Olivia?

—Solo el futuro lo dirá. Si se convierte en un hombre diferente de lo que pienso, me separaré, mamá. —Sonrío—. Si tiene recaídas y vuelve a estar mal, trataré de ayudarlo. Lo tuyo es

diferente… —Tomo sus manos—. Es imposible ayudar a un hombre que no quiere ser ayudado.

—Tienes razón… y el doctor Daniel es un buen hombre.

—Lo es. Solo estaba muy lastimado y asustado. Pero mira cómo cambió con Bia…

—Sí. Tienes razón.

—Si es así con nuestros hijos, me volverá a conquistar cada día.

—¡Llegué con las maletas! —grita Kalinca al entrar en la casa —. Dios mío, parece que pasó un huracán por aquí.

—Un huracán de maldad —lamento—. Ahora recojamos lo que se pueda salvar, y…

Me detengo cuando recibo una llamada de Daniel.

—Hola —contesto de inmediato.

Me cuenta brevemente lo que pasó y cuelga, dice que probablemente llegará tarde hoy y me pide que me quede en casa.

—¿Qué pasó? ¿Por qué tanto misterio?

—¿Recuerdas a la mujer que casi atropellaste? —Miro a Kalinca.

—Ay, ni me lo recuerdes, qué tráfico caótico…

—Era la madre de Daniel. Y un camión la atropelló.

—¡Santa misericordia de Dios! —Mi madre hace una oración rápida.

—Pero, ¿el camión la atropelló, le pareció raro haber pasado sobre algo, dio marcha atrás y pasó de nuevo por encima y, cuando vio que realmente era lo que pensaba, siguió adelante y le pasó otra vez? —pregunta Kalinca.

—¡Qué horror, Kalinca!

—Lo sé, tú pensaste lo mismo, solo que no lo dijiste.

Le lanzo una mirada de reproche mientras contengo la risa e intento mantenerme seria.

—Ella… falleció. Daniel dijo que llegará tarde. En fin, apresurémonos.

—Te lo dije, tía, te lo dije… —dice Kalinca.

Me ocupo de guardar mi ropa y mis pertenencias en la maleta. No me alegra esta noticia, sí creo que esa mujer debía pagar por todo lo que hizo, pero nadie tiene la culpa de que perdiera el control y saliera en una fuga frenética para no ser arrestada, encontrando el final que buscó.

—El karma, Olivia, es una vaca. Y te persigue.

—¿Y qué? ¿Mercurio está retrógrado hoy? —la provoco.

—Ninguno. Mercurio volvió a la normalidad hoy. ¿Y sabes lo que eso significa?

—No, ¿qué?

—Que el tiempo de Dios siempre es perfecto. —Se ríe a carcajadas y me ayuda a sacar las cosas.

Capítulo 44

Daniel

El ambiente en el TRF3 estaba tenso: Valmir se encontró en un callejón sin salida cuando nuevas pruebas y mi testimonio llegaron a su escritorio, y Fernanda quería hablar conmigo a toda costa. Sin embargo, yo había cortado todos los lazos con ella y decidí tratarla solo con la cordialidad necesaria por ser mi colega de trabajo.

Cuando mi teléfono sonó, juré que sería un aviso de Thiago diciéndome que habían arrestado a mi madre, pero en su lugar fue:

—Daniel, lo siento mucho, pero tu madre ha sido atropellada por un camión y no ha resistido. Necesitamos que vengas a hacer el reconocimiento del cuerpo y te entregaremos sus pertenencias.

El sentimiento de culpa pesa sobre mis hombros.

Salgo del despacho en silencio y me dirijo al lugar del accidente para confirmar su muerte.

—¿Qué ha pasado? —pregunto a Fábio, jefe de la operación.

—Se descontroló y huyó. Intentamos alcanzarla, pero cruzó la avenida y… —me pone una mano en el hombro—. Lo sentimos mucho, Daniel.

Lo primero que hago es llamar a mi padre para avisarle de lo sucedido. Simplemente cuelga el teléfono en mi cara y no me responde durante el resto del día.

La policía toma su móvil como prueba, extrae todas las conversaciones, llamadas y rastrea sus movimientos en los últimos días. Al final, me entregan el dispositivo desbloqueado, y en él puedo constatar tres cosas: sus llamadas a Roger, los mensajes amenazantes para Olivia y su acuerdo con los criminales que invadieron la casa de María del Carmen.

Todo eso usando mi número y mi nombre. Al final, parecía que quería incriminarme.

Vuelvo a casa al final del día con la sensación de que una parte de mí ha muerto con todo esto.

—¡Papá! —Bia es la primera en recibirme, corre desde el salón y me encuentra afuera, abrazándome con fuerza.

La cojo en brazos y entro con ella.

—¿Cómo ha ido tu día, pequeña?

—Ha sido bueno. ¿Estás bien, papá? Pareces tan triste…

—Bia, tu abuela ha fallecido —intento explicarle con sencillez y observo su reacción.

Mi hija no dice nada, solo me abraza del cuello y, durante el resto de la noche, no se separa de mí.

—Te entiendo, papá, yo también he perdido a una mamá —me acaricia la cabeza, intentando consolarme.

Su manera inocente y gentil logra aliviar un poco el dolor que siento.

—Hola… —Olivia se acerca y me abraza—. Lo siento mucho, Daniel.

—Fue ella quien contrató a los tipos que destrozaron tu casa, ¿lo sabías? —abro los ojos, absorto con esta información que no puedo ocultarle—. No logro entenderlo… ni reconocer a mi propia madre.

—Tomó las decisiones que creyó correctas. Lamentablemente, pagó el precio por ello —Olivia suspira—. ¿Quieres estar solo? Puedo cuidar de Bia…

—Quiero estar con vosotros. Pero no quiero hablar, mi cabeza está llena.

—No te preocupes, yo me encargo. Pero si necesitas un tiempo para ti, hablo con Bia, ella lo entenderá.

—Está bien —sello nuestros labios y apoyo mi frente contra la suya—. ¿Los bebés están bien?

—Se han portado bien todo el día —se acaricia la barriga—. Creo que ya han vivido demasiadas aventuras en los últimos tiempos y ahora solo quieren descansar.

—Ya era hora de que le dieran un respiro a mamá —me arrodillo y acaricio el vientre de Olivia, acerco mis labios y digo—: Seguid así, comportándoos. Os quiero y espero que seáis bien inquietos aquí fuera.

—¿Daniel? —Olivia protesta.

—Al menos espero que hereden tu energía y llenen esta casa de luz, mi amor.

La noche es agitada.

Por primera vez en esta casa, hay una cena con la mesa llena de personas y conversaciones. Permanezco atento al móvil, esperando una llamada de mi padre, pero nunca llega.

Mi mayor miedo ahora es que me culpe por todo esto.

*

La noche fue larga y no pude dormir. Al menos Olivia me hizo compañía, porque los bebés decidieron jugar al fútbol dentro de su barriga, patearon sin parar toda la noche y solo se calmaron cuando nos metimos bajo la ducha con agua caliente, acariciándolos.

El día llegó y me di cuenta de que no había dormido nada, y Olivia había sido mi cómplice en eso.

—¿Estás segura de que vas a trabajar? ¿No crees que sería mejor quedarte en casa? —sugiero.

—Daniel, necesito ocuparme, si no, voy a enloquecer. Y te recomiendo que hagas lo mismo para distraer tu mente.

—Sí. Creo que es justo lo que necesito.

—Pero escúchame… —toma mi mano—. No escondas tus sentimientos de ti mismo. Cuando te sientas seguro, sin nadie cerca, deja que todo salga. La sanación solo llega cuando expresamos lo que sentimos, cuando tomamos conciencia del dolor, cuando comprendemos lo que ha pasado.

—Lo tendré en cuenta. Gracias por cuidar de mí.

Los ojos de Olivia brillan y eso es suficiente para sentir que el día será mejor.

—Tú también me cuidas todo el tiempo —me besa—. No hay problema en no sentirse fuerte todo el tiempo, ¿ok? Y si necesitas a alguien con quien hablar, aquí estoy.

—Gracias. Pero espero no molestarte en tu trabajo.

Bajamos a desayunar y luego llevo a Bia y a Olivia a la escuela.

Desde allí, sigo hacia el trabajo en silencio. Incluso cuando Thiago intenta hablarme, lo ignoro y sigo encerrado en mí mismo, con las gafas de sol puestas, rumiando en silencio los dolores que cargo.

Al llegar al TRF3, entro en el despacho y no paro ni un segundo: tomo los documentos de un caso nuevo y empiezo a estudiar los testimonios, las pruebas y las acusaciones, todo lo que ha pasado por la primera instancia.

—Buenos días —escucho una voz firme al entrar en mi oficina.

Levanto la mirada y veo a mi padre.

—¿Podrían darnos un poco de privacidad? —le pide a Lúcia y Márcia.

—Sí, señor, por supuesto —salen de inmediato.

Mi padre camina por la oficina examinando las paredes. Señala los cuadros donde aparezco con otras autoridades de la república, evalúa mis diplomas y, tras una inspección minuciosa, se sienta frente a mí en la mesa.

—¿Tuviste un buen viaje, papá?

—Fue agotador y caro. Tuve que tomar el primer vuelo para venir…

—Podrías haberme avisado en vez de ignorarme.

Mueve la cabeza y asiente sutilmente.

—¿Sabías que ella estaba involucrada con esa banda criminal? —alzo una ceja.

—No. Pero leí el informe mientras venía para acá…

—Entonces viste que fui yo quien la entregó con mi testimonio —decir eso hace que mis ojos ardan y que el dolor en mi pecho se intensifique.

Mi padre se levanta, con su porte imponente y su mirada severa. Rodea la mesa y se sienta en el borde, frente a mí.

—¿Qué estás insinuando, Daniel?

—Que soy culpable de su muerte.

Mi padre me lanza una mirada seria y desaprobadora. Respira hondo y cruza los brazos.

—No digas tonterías. Tu madre tenía un carácter fuerte y quería controlarlo todo y a todos. Quería estar presente en todas las oportunidades y complacer a los amigos de la familia a toda costa. Y, lamentablemente, ese fue el precio que pagó…

—¿Entonces no me culpas?

—¿Culparte? —se ríe con una risa apagada—. Hijo, ella era tu madre, sabía que harías esto. Y yo soy tu padre, sé que si hay alguien que jamás desafiaría la ley por nadie, ese alguien eres tú. Cueste lo que cueste.

Trago saliva y bajo la cabeza.

—Sí, pero estás equivocado. Desafié la ley. Hice algo inmoral, pero no me arrepiento, porque fue lo que permitió que este caso avanzara.

—¿Lo hiciste por un sentido de justicia?

—Lo hice porque necesitaba salvar a alguien a quien amo.

Me observa nuevamente, pero esta vez de una manera más detenida.

—¿La que está embarazada?

—Se llama Olivia.

—¿Y fue por ella que hiciste esto?

—Sí, lo fue. Sí —admito.

—Estoy orgulloso de ti, hijo.

Estaba preparado para escuchar de todo, incluso para que me señalara con el dedo y me dijera cuánto era responsable de la muerte de mi madre.

Durante todos estos años me culpé por la muerte de Mariana; cargar con una culpa más habría revivido todo y añadido más peso a mis hombros, pero estaba preparado para ello.

—¿Orgulloso?

—No importa lo que pase, siempre eliges lo correcto.

—Pero actué contra la ley.

—Cuando amas a alguien, la ley no significa nada. Hacemos lo que tenemos que hacer. Y eso es todo —extiende los brazos, llamándome a un abrazo—. Ven aquí, tu viejo necesita un poco de cariño.

Me levanto y lo abrazo con fuerza por los hombros.

—Ahora solo quedamos nosotros dos.

—No, papá. Está Bia… está Olivia… y los bebés, un niño y una niña.

—¿Un nieto? —se anima—. ¿Y sobre esta mujer, qué piensas hacer con ella?

—Quiero casarme con ella y formar una familia.

—Mejor que la nuestra, espero.

—En esta relación, el mayor problema soy yo, créeme. Olivia es increíble.

—Me alegra ver que tu vida está tomando rumbo. Mereces todo el amor del mundo —apoya sus manos en mis hombros—. Y salir de estas cuatro paredes de vez en cuando, para vivir lo que realmente vale la pena.

—Gracias, papá.

—Ahora vuelve al trabajo mientras yo me encargo de los últimos detalles del funeral —suspira—. ¿Fecha estimada para el nacimiento de mis nietos?

—En tres meses.

—Entonces nos veremos de nuevo —sonríe—. Llevaré las cenizas de tu madre a Miami.

—¿No habrá velorio?

—Tu madre pasó la vida queriendo ser el centro de atención… —niega con la cabeza—. Pero ahora está muerta, ¿no? —alza una ceja—. Una misa de séptimo día será suficiente —se encoge de hombros.

Y sale de la oficina para ocuparse de la parte burocrática que aún queda pendiente.

Capítulo 45

Olivia

Tres meses Después.

En el momento en que escuché el llanto de mis hijos por primera vez, algo cambió completamente dentro de mí.

Mis miedos adquirieron una nueva dimensión, mis instintos se agudizaron y mi fuerza se triplicó, porque me di cuenta de que era capaz de todo por ellos.

Y ver lo mismo reflejado en los ojos de Daniel solo confirmó cuánto estábamos profundamente conectados.

Los últimos tres meses fueron más fáciles: no hubo peleas, desacuerdos ni personas tratando de separarnos. Aun así, fueron meses lentos, tortuosos, que se arrastraron hasta el momento en que di a luz.

Si no hubiera tenido a Daniel a mi lado, no sé cómo habría podido soportarlo. Pero, gracias a Dios, él fue mi compañero, mi apoyo, y cuidó de mí cuando más lo necesité.

—Mira qué lindos son. Tienen tus ojos —le digo, mostrándole a los bebés.

Daniel los observa con tanto amor y admiración que me emociono.

—Son perfectos —su voz está cargada de emoción—. Ahora nuestra familia está completa.

—Nuestra familia —repito sus palabras, que suenan como magia.

Pasamos largos minutos juntos, simplemente contemplando a nuestros hijos, tratando de memorizar cada rasgo, cada expresión, cada diminuto detalle que los hace únicos.

—Estuviste increíble, Olivia —besa mi frente—. Pero ahora es cuando comienza la verdadera aventura.

—Al menos ya no estaré exhausta ni con los pies hinchados…

—Sigue soñando —se ríe y me hace un cariñoso masaje en la nuca.

En los días que siguieron al nacimiento de nuestros hijos, Daniel se mostró como un padre ejemplar, un compañero incansable y un hombre completamente entregado.

Siempre estaba presente, cuidando no solo de mí, sino de los bebés con un esmero que habría sido imposible en el antiguo Daniel.

Las primeras noches, cuando los bebés lloraban sin parar, era él quien se levantaba, los acunaba en sus brazos y les hablaba hasta que se dormían.

Y fue así como tuve la prueba de que había tomado la decisión correcta al quedarme.

Daniel me demostró, día tras día, que el pasado ya no lo ataba y que estaba dispuesto a mejorar por el bien de nuestra familia.

*

Pasado el período de resguardo de los bebés, invitamos a todos nuestros amigos a una reunión para presentarles a nuestros hijos: Sophia y Sebastián.

—Claro que tú serías la primera en llegar —abro los brazos para recibir a Kalinca.

Ella trae una cesta llena de productos que ha hecho ella misma: jabones, talco, champú, pomada para rozaduras… Una línea completa para cuidar a los bebés, y todo con sus nombres.

—No hay nada químico aquí, ¿verdad? —entorno los ojos.

—Casi me gradué en la USP, Olivia. Soy inteligente, una mujer de negocios y, además, guapísima, ¿ok? Permiso, ahora voy a morder las mejillas de mis ahijados —corre a buscarlos.

—Thiago —Daniel y yo lo saludamos.

—Es mera coincidencia y casualidad que Kalinca y yo hayamos llegado juntos —explica.

—Claro. ¿Todavía le prestas tu coche?

Él abre los ojos como platos, como si su pequeño secreto hubiera sido descubierto.

—Luego tomaremos algo juntos, ¿eh? —dice Daniel, y eso entusiasma a Thiago.

—¡Por fin! Voy a cumplir mi sueño de fan.

—Idiota.

Poliana y otras compañeras del Educandário vinieron, así como Lúcia y Márcia, que trabajaban con Daniel. Algunos familiares de ambas familias también estuvieron presentes, pero quien realmente me tenía nerviosa por conocer era el doctor Roberto, el padre de Daniel.

Aunque era treinta años mayor que él, Roberto parecía bastante fuerte y activo.

—¿Dónde están los bebés? —pregunta al llegar, con un coche lleno de regalos.

—¿No crees que esto es un poco exagerado, papá?

—Para nada. Van a necesitar muchas cosas —saluda a su hijo y luego se vuelve hacia mí—. Y la boda, ¿para cuándo?

—Ah, su hijo me está dando largas…

—¿Yo? —Daniel ríe—. En esta casa no se ha hablado de otra cosa en los últimos meses.

—Sí, claro.

Con todos los invitados presentes, Daniel y yo pasamos un rato presentando a nuestros hijos a quienes aún no los conocían, hasta que tuvimos que hacer una pausa rápida para cambiar pañales.

Cuando volvemos afuera, el escenario ha cambiado: hay más globos, una cortina de luces entre los árboles que hace que el patio se vea aún más encantador, y todos parecen reunidos para un gran anuncio.

—¿Qué es esto? —pregunto, meciendo a Sophia en mis brazos.

—Olivia…

—Ay, Dios mío… —siento que mi corazón se acelera.

Sophia extiende su mano hacia su padre, pidiéndole que la coja. Pero Daniel da unos pasos hacia atrás y me observa en silencio. Todos a nuestro alrededor contienen la respiración.

Me mira profundamente a los ojos, meciendo suavemente a Sebastián, quien se estira con todas sus fuerzas para alcanzar el bolsillo del pantalón de su padre. Bia intenta distraer al más pequeño, pero el niño parece decidido a conseguir lo que quiere.

—Desde el momento en que entraste en mi vida, supe que lo cambiarías todo para siempre. Y luché para que todo siguiera igual, pero eso habría salido demasiado caro, porque el precio habría sido perderte.

Mis mejillas arden al estar frente a todos nuestros amigos y familiares, escuchando todo esto. Y creo que es valiente por parte de Daniel declararse así, abiertamente, para que todos lo escuchen.

—Me trajiste paz, amor, felicidad y dos maravillosos milagros.

Sophia grita emocionada, saludando a su padre.

—Mi vida ya no tiene sentido sin ti. Y las palabras ya no son suficientes para expresar cuánto te amo —mete la mano en el bolsillo y saca una pequeña caja de terciopelo negro.

Sebastián se agita en su regazo, intentando a toda costa tomar el objeto de su padre.

Trago saliva y siento las lágrimas comenzar a formarse en mis ojos.

—No tiene sentido vivir si no es contigo. Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, luchando por hacerte feliz y demostrándote que nuestro amor es capaz de superar todo.

Se arrodilla ante mí, y siento un nudo en la garganta. Mi corazón late con fuerza y mi piel se eriza por completo.

—¿Quieres ayudar a papá? —besa la frente de Sebastián y le entrega la cajita.

El bebé la sacude como si fuera un juguete. Daniel sujeta sus manitas y la abre, revelando dos anillos de oro, uno de ellos con incrustaciones de diamantes.

—¡Dile que sí, Olivia! —exclama Bia emocionada, antes incluso de que su padre pueda hacer la pregunta.

Todos ríen y aplauden, enternecidos por la niña.

—Y entonces, Olivia, ¿aceptas casarte conmigo? —pregunta Daniel.

Las lágrimas ya resbalan por mi rostro solo con observar la escena, y apenas puedo hablar. Asiento con la cabeza con dificultad, sintiendo mi corazón desbordarse.

A pesar de que ya me había conquistado y de que me lo había pedido una vez, me pareció hermoso que Daniel lo hiciera frente a todos nuestros amigos y familiares.

Demuestra el tipo de hombre serio y comprometido que es, no solo consigo mismo y con nuestra familia, sino también conmigo.

—Sí, por supuesto que acepto. Ya lo dije una vez y seguiré repitiéndolo.

Él desliza el anillo en mi dedo y luego se levanta para abrazarme con fuerza. Los dos bebés también nos abrazan y tratan de cambiar de brazos, inquietos como siempre.

Mi corazón late desbocado y siento una mezcla de alegría y euforia por poder coronar este momento con algo tan hermoso, después de todo lo que hemos vivido.

Veo el anillo brillar en mi dedo y miro a Daniel con ternura, mis ojos llenos de lágrimas de felicidad.

—Sigues sorprendiéndome —mi voz sale temblorosa—. Gracias por esto.

—Eres mi mujer, mereces el mundo entero.

Me envuelve por la cintura con la mano libre, como si fuera un tesoro que necesita proteger, y entonces sus labios se encuentran con los míos en un beso suave y lleno de emoción.

—¡Que vivan los novios, gente! —Kalinca grita y arranca los vítores.

—¡Que vivan!

—¿Te gusta el anillo de mamá, hijo? —se lo muestro a Sebastián, que ahora está en mis brazos.

El niño agarra mi dedo y trata de arrancar el objeto brillante.

Daniel coge a Bia para tomarnos una foto de familia completa en este momento. Y una película pasa por mi mente, con todos los desafíos que superamos juntos, los obstáculos y pruebas que casi nos separaron. Y ahora, todo eso ya no significaba nada.

Solo un recuerdo de lo que vencimos para ser felices.

Y solo quien es feliz sabe que pagaría cualquier precio por vivir plenamente su destino.

Al menos, así es como me siento cuando estoy con Daniel y nuestra familia.

—Te amo, mi vida —Daniel susurra en mi oído y besa mi cuello.

—¡Felicidades, guapísima! —Kalinca toma mi mano—. Qué anillo más hermoso, Daniel, estás de enhorabuena también.

—Gracias, Kalinca. Thiago —llama a su amigo para beber y se alejan con las chicas.

—¡Ay, hija, qué felicidad! —mi madre viene a celebrar conmigo—. ¡Que seáis muy felices!

—Si Dios quiere, mamá.

—Nada de "si Dios quiere" —Kalinca chasquea los labios—. Si alguien no quiere, lo atropellamos y listo.

—¡Kalinca, por el amor de Dios! —la reprendo.

—Y dime, ¿cómo va la nueva casa, mamá? —pregunto.

—Ah, todo en orden. Estoy comprando las cosas poco a poco.

—Pero recibió una indemnización millonaria por culpa de esos trogloditas que invadieron y destrozaron todo, ¿no? —Kalinca pone las manos en la cintura.

—Sí.

—Pero mamá ahora se la pasa viajando… —explico.

—Hace bien, tiene que vivir todo lo que no vivió porque estaba luchando para cuidar de esta de aquí —Kalinca me da un codazo—. ¿Y la nueva chica que trabaja para vosotros? ¿Está dando problemas?

—No, es excelente y ya ha hecho amistad con Rosario.

—Qué bueno.

—Ahora, Kalinca, lo que todos queremos saber… —la empujo con el dedo—. ¿Cuándo sale la petición de noviazgo entre tú y Thiago?

—¿Thiago y yo? —se ríe—. Sigue soñando. No pasa nada entre nosotros, Olivia.

—Ah, claro.

—Te lo juro. Solo somos buenos amigos.

—Mejor eso que acostarte con enemigos… —río.

—¡Cuidado con la boca, que el niño está escuchando! —mi madre coge a Sebastián en brazos y le tapa los oídos.

—Perdón, hijo —hago un puchero.

—Escucha, Olivia, deja de inventar fake news sobre el Kurt Cobain de AliExpress y yo, ¿ok? Somos amigos, él me presta su coche, yo soy su Uber particular a cambio y no pasa nada más.

—Está bien.

—Solo un "mamadita" en secreto, pero esa es otra historia.

—¿Un mamadita? —alzo una ceja.

—Una lucha de jiu-jitsu en la alfombra del salón, desnudos, algo básico que todo el mundo hace.

—Claro, lo más natural en una amistad —sacudo la cabeza.

—Lo que importa es que tú te vas a casar, estás bellísima después de haber parido a dos terroristas…

—¡Oye, no llames así a mis hijos!

—Son escorpianos, Olivia. Esos niños van a poner esta casa patas arriba antes de los cinco años, anota lo que te digo.

—Iiiih, ahí vas otra vez con el mercurio retrógrado.

—Ah, pero ese sí que se queda, ¿eh?

No existe mercurio retrógrado, intriga ni obstáculo que pueda impedir mi felicidad o cambiar lo que estoy construyendo con mi familia.

Y no necesito nada más para ser feliz, aparte de este momento, con mis amigos y mi familia celebrando el amor.

Aquí tengo todo lo que siempre soñé: Daniel, nuestros bebés y el compromiso de un amor que durará para siempre… y que superará cualquier alineación astral.

Y como diría Kalinca: si alguien intenta interponerse en nuestro camino, lo atropellamos.

Epílogo

Olivia

Un año Después.

El sol de Fernando de Noronha pinta el cielo con tonos dorados mientras Daniel, Bia, Sebastián, Sophia y yo caminamos en dirección a la playa.

Bia, con sus ojos curiosos y brillantes, sostiene mi mano y mantiene su rostro vuelto hacia la inmensidad azul frente a nosotros. Daniel lleva a Sophia y Sebastián en brazos, quienes parecen ansiosos por experimentar lo que es poner los pies en el suelo.

A medida que nos acercamos a la playa, el sonido de las olas rompiendo contra la costa se vuelve cada vez más fuerte, una melodía suave y reconfortante que hace que mi corazón lata más rápido.

—¡Mamá! —Sebastián me llama con sus manitas cuando pisa el suelo y siente la arena hundirse bajo sus pies.

Me agacho frente a él y lo ayudo a mantenerse de pie. Se apoya en mí y empieza a saltar y a patear la arena, emocionado, gritando de alegría.

—¿Te gusta, hijo? Espera a que entres en el agua —le guiño un ojo.

Sophia es más independiente; pisa con firmeza el suelo y camina con cierta destreza. Eventualmente cae de espaldas en la arena, suelta una carcajada y llama a Bia para que se quede cerca.

Me río al ver su alegría. Cierro los ojos y siento los pequeños granos de arena caliente acariciar mis pies descalzos.

El mar, de un azul cristalino y profundo, se extiende ante nosotros, sus olas parecen invitarnos a entrar.

Daniel me lanza una mirada con su tedio y mal humor característicos.

—Odio las playas —suspira.

Preparo una respuesta afilada, pero él continúa:

—Pero es mágico estar en este lugar con vosotros. Y solo por ver la alegría de Sophia, ha valido la pena.

—Es una playa infinitamente más bonita que la de Miami, admítelo.

—Cualquier playa en la que estés tú es más hermosa que cualquier otro lugar del mundo.

—Idiota —le saco la lengua.

Daniel me toma del brazo y me atrae hacia un beso.

—¡Papá! —Su hija, celosa de que su padre le preste atención a alguien que no sea ella, lo llama.

—Papá está aquí, mi amor —Daniel va hacia Sophia.

Se coloca detrás de la niña y sostiene sus manitas, guiándola con cuidado hacia la orilla.

—¿Y tú, Sebastián, no quieres entrar en el agua?

—Daixi —responde, señalando hacia atrás, donde Kalinca y Thiago están a varios metros de distancia.

—Mejor dejemos a tus tíos tranquilos. Fingen que no se gustan y nosotros fingimos que no sabemos que están juntos —le explico.

—Daixi —repite el niño.

—Eso mismo.

Lo cargo en brazos y tomo la mano de Bia para que me acompañe. En la parte baja, las aguas no son tan violentas, pero siempre intento ser cuidadosa con ellos.

—¡Me encanta este lugar, mamá! —dice Bia.

Deja escapar un "mamá" y eso hace que mi corazón se detenga por un instante.

Acaricio su cabeza y la abrazo contra mi cuerpo. Ella es mi niña, mi hija, y me hace feliz saber que se siente cómoda conmigo.

—¿Puedo recoger conchitas para hacerte un collar? —pregunta.

—Claro, pero no te alejes, mi amor —le indico dónde puede quedarse.

—Está bien —corre, y Sebastián salta en mis brazos para acompañarla.

—¡Tú vas a bañarte en el mar conmigo! —le hago cosquillas en la barriga.

Daniel y Sophia ya estaban más avanzados, dentro del agua. Él, cubierto hasta la cintura, baja a Sophia poco a poco para que se acostumbre a la temperatura.

Sebastián lucha por quedarse en mis brazos, se aferra con todas sus fuerzas para no tocar el agua. Entro despacio y, poco a poco, siente sus pies mojarse, luego sus piernas y su barriga, hasta que se anima y empieza a chapotear, salpicando agua en todas direcciones.

—¿Se siente bien, hijo?

Él suelta una carcajada de pura felicidad. Lo acuno en mis brazos y lo dejo flotar suavemente sobre el agua, moviéndolo con las olas con cuidado de que nada entre en sus oídos.

—¡Bia! —Sophia grita a su hermana al verla en la orilla recogiendo conchas.

Daniel se acerca a mí y nuestras miradas se encuentran. Sonreímos en silencio y observamos a los niños disfrutar, cada uno a su manera.

—Es maravilloso tener una reunión familiar en este pequeño paraíso —digo.

—Sí, vendremos más veces —Daniel asiente.

Nos quedamos en el agua un rato más, hasta que la temperatura comienza a bajar. Luego salimos, nos sentamos en la arena y dejamos a los niños explorar libremente, bajo nuestra supervisión.

Me recuesto en el regazo de Daniel y él me envuelve en un abrazo. Vemos juntos la puesta de sol más espectacular que he visto en toda mi vida.

—Nunca pensé que pudiera haber algo más hermoso que el mar… —comento—. Hasta que vi a nuestros hijos aquí.

—Eso pensaba yo de la vida, hasta que te conocí —responde.

Siento mis mejillas tensarse. Le doy un manotazo en el brazo, indicándole que deje de decir tonterías.

—Tienes esa magia, Olivia. La de hacer que cualquier lugar se sienta como mi hogar cuando estamos juntos.

—Yo también lo siento, mi amor.

—Te amo. Gracias por otro año mágico.

—… y tranquilo.

—Joder, nos lo merecíamos. Estoy casi aburrido, si quieres saber —Daniel ríe.

—Ni empieces, por el amor de Dios… —miro a mi alrededor—. ¿Dónde están Kalinca y Thiago?

—Detrás de algún arbusto, seguro.

—¿Cuándo crees que se van a atrever a dar el paso?

—Creo que nunca lo harán. Parece que ninguno de los dos quiere compromiso… —Daniel desaprueba la idea con su respiración. Lo conozco lo suficiente como para saber lo que piensa solo por la forma en que inhala.

—¿Sabes qué necesitan? Una intervención.

—Son adultos, Olivia, deja que se arreglen solos.

—Pero se ven tan bien juntos…

—¿Sabes quiénes también se ven bien juntos?

—¿Quiénes?

Él se aparta de detrás de mí, haciendo que me recueste sobre la arena. Daniel sostiene mis brazos para mantenerme inmóvil y se

tumba sobre mí. Me atrae hacia un beso lento e intenso, mientras el sol se oculta en el horizonte y las olas mojan nuestros pies.

—Tú y yo —murmura contra mis labios.

Logramos tener nuestro momento, hasta que Sophia y Sebastián se lanzan sobre nosotros, pidiendo atención. Y Bia regresa con un balde lleno de conchas para distraer a sus hermanos.

Y ahí, acostados en esa playa paradisíaca, con la brisa nocturna y los vibrantes colores de los últimos rayos del sol frente a nosotros, comprendí que los problemas no significaban nada ante la bendición que habíamos recibido al final.

Daniel me atrajo para un último beso mientras la playa se oscurecía, y en ese instante, mientras nuestros labios se rozaban bajo el atardecer, supe que estábamos destinados a vivir una vida llena de amor, aventuras y magia.

Fin.

¿Te gustó esta historia? Espero que haya calentado tu corazón y te haya entretenido. Pretendo traducir varios libros al español, así que, por favor, si tienes algún comentario, sugerencia u observación que pueda ayudarme, ¿podrías enviármelo por correo electrónico? Siempre estoy abierto a escuchar y mejorar tu experiencia con mis libros.

¡Cariño para ti!

Yule Travalon.

?? yuletravalon@gmail.com

---

[1] Traducción propia del portugués.